


# DANIEL EASTERMAN



## JUICIO FINAL

¿QUIÉN PODRÁ SOBREVIVIR  
AL RETORNO  
DEL TERROR NAZI?

2<sup>A</sup>  
EDICIÓN

Lectulandia

Todo empieza en Cerdeña, con el secuestro de un niño. Cuando sus padres reciben un paquete con una diminuta uña arrancada de cuajo, se dan cuenta de que la pesadilla no ha hecho más que comenzar. Ante la imposibilidad de acudir a la policía, la familia entra en contacto con un asesino a sueldo, Yosef Abuhateira, un israelí que reside en los territorios ocupados. La investigación que éste lleva a cabo para dar con el paradero del pequeño pone de manifiesto una realidad escalofriante y aterradora: el lento y silencioso exterminio de todos y cada uno de los supervivientes de Auschwitz.

Basándose en unos hechos verosímiles y de terrible actualidad, Daniel Easterman realiza una disección perfecta de las lacras de nuestro mundo: el fundamentalismo más sanguinario, las conspiraciones de la extrema derecha y el regreso de la esvástica a Europa. *Juicio final* es una novela reveladora de nuestras pesadillas pasadas y futuras.

**Lectulandia**

Daniel Easterman

# **Juicio final**

**ePub r1.0**

**Sarah 18.03.14**

Título original: *The Final Judgement*

Daniel Easterman, 1996

Traducción: Cristina Pagés Boune

Editor digital: Sarah

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Beth, ahora y siempre*

14 de marzo de 1994: En el programa Today de Radio 4 de Gran Bretaña se informa de que en un cine de Estados Unidos, el público, compuesto en su mayoría por jóvenes, se rió cuando un oficial de las SS disparó contra una judía en la película «*La Lista de Schindler*».

DONALD, THOMAS

«Watch Your Lip: policing the talk of literature»

*Pen International*, XLV:1 (1995), 6.

## **Agradecimientos**

Mi especial agradecimiento a Patricia Parkin: su destreza en la corrección y revisión del manuscrito, su apoyo y su amistad la hacen mucho más que una editora. Gracias también a Roderick Richards de Tracking Line por ayudarme con las complejidades del sistema policíaco italiano.

# EL TENDERO



*Arzachena*

*Costa Esmeralda, Cerdeña*

*5 de diciembre*

Lo primero que indicó a Aryeh Levin que algo andaba mal fue el silencio. Pero, en medio de la noche, seguramente no era algo fuera de lo ordinario, ¿o sí? Sin embargo, el silencio lo inquietó en cuanto despertó. Había experimentado silencios como éste en el ejército, en el Líbano, silencios que llegaban justo antes de un bombardeo o del ruido sordo de una explosión. Sabía que algo ocurría con éste también.

¿Qué lo había despertado? ¿Un ruido, acaso? Normalmente dormía hasta que Yoel despertaba y lo llamaba, cosa que no solía hacer últimamente. A su lado en la cama, Chaya dormía a pierna suelta. Aryeh se incorporó y la miró, observó su suave perfil, sus hombros desnudos; siempre dormía boca abajo, desde niña, o al menos eso afirmaba. Un haz de luna le iluminaba el rostro, Aryeh le apartó un mechón de cabello de los ojos. Llevaban once años casados y aún no había perdido el placer de acostarse con ella cada noche.

¿Qué ocurría, pues? ¿Qué lo había despertado? Aguzó el oído y no oyó nada; mas sabía que algo andaba mal, que faltaba un sonido. Debía salir de la cama, bajar e investigar, pero ¿qué buscar?

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que era. El sistema de alarma se había parado. Por lo general, un pequeño dispositivo en el dormitorio emitía un casi inaudible pitido por minuto, indicando que el sistema funcionaba. Miró alrededor. La lucecita roja en el panel de control se había apagado.

Después de eso, dos cosas ocurrieron, una detrás de otra. Yoel gritó asustado, un fuerte grito en italiano y luego en hebreo:

—*Papa, papa, aiuto! Abba, Hatzilu! Hatzilu!*

Simultáneamente, o justo antes o justo después del grito, ¿quién sabe?, la puerta del dormitorio se abrió de golpe.

La luz bañó la habitación. Dos hombres enmascarados se hallaban en la puerta, con rifles recortados en la mano. Chaya despertó de pronto, vio a los hombres y se puso a gritar. El más alto de los intrusos se dirigió a toda prisa a la cama y con el dorso de la mano le propinó una bofetada tan fuerte que cayó hacia atrás, golpeándose con la cabecera.

—*Sta' zitta, puttana!* —gritó el hombre.

Aryeh hizo ademán de detenerlo, pero sintió el frío y duro tacto del cañón de una pistola en el cuello.

—*Non fa' stupidaggine.*

La voz era gutural y el acento, imposible de adivinar. Sardo, casi seguro.

Aryeh sintió cómo su cuerpo se aflojaba; a su lado, Chaya sollozaba en silencio con una mano pegada a la mejilla.

—¿Qué quieren? No guardo dinero en la casa, pero pueden llevarse lo que quieran, mientras mantengan sus sucias manos alejadas de mi mujer y de mi hijo.

Por toda respuesta, el hombre que había golpeado a Chaya cogió una larga cuerda que llevaba enroscada en el hombro. Y entonces Aryeh comprendió lo que ocurría.

—¡Mi hijo! —exclamó—. ¿Dónde está? ¿Qué han hecho con él?

Sus captores no contestaron. El hombre de la cuerda sacó a Chaya de la cama, desnuda y gritando. Aryeh intentó ayudarla de nuevo, y de nuevo el hombre que estaba a su lado presionó la pistola contra su cuello. Aryeh sabía que haría uso del arma si era preciso. Conocía a hombres como él, hombres de otra nacionalidad, de otra religión, si es que podía decirse que tenían realmente más religión que la violencia, pero que se ceñían estrictamente a las normas por las que se guiaban.

—¡Yoel! —gritó con todas sus fuerzas—. Yoel, no te preocupes, te recuperaré, te encontraré, te...

El golpe le dio en la base del cráneo. La pérdida de conocimiento, inmediata, negra y hambrienta, lo devoró de un bocado voraz.

Cuando volvió en sí, el sol entraba a raudales en el dormitorio. Se sentía como si le hubiesen arrancado la cabeza con un par de llaves inglesas y se la hubiesen vuelto a colocar con un martillo; experimentaba un dolor intenso cada vez que trataba de abrir los ojos. Sintió una oleada de náuseas, pero sabía que, puesto que lo habían amordazado, moriría si vomitaba; de modo que con gran esfuerzo bregó por contenerse hasta poder respirar sin tener ganas de devolver, y, pese a la desesperada necesidad de averiguar lo que había sucedido en la habitación, se obligó a mantener los ojos bien cerrados.

Gradualmente los chillidos de dolor en su cabeza amainaron y se convirtieron en sordas punzadas. Se encontraba sentado en una silla, desnudo. Trató de moverse en vano: algo se lo impedía. Se obligó a abrir los ojos.

Lo habían atado, y bien atado, a una silla. Cerca, con los ojos muy abiertos por el miedo y amordazada como él, Chaya se hallaba atada en otra silla. Aryeh juró que si le habían puesto las manos encima, los buscaría hasta los confines de la tierra y se vengaría. Entonces se acordó de Yoel, y supo que de todos modos los cazaría.

Nada podía hacer ahora, aparte de consolar a Chaya con la mirada. Seguro que lo había adivinado, conocía los riesgos que corrían al vivir allí. Habían llegado a la

Costa Esmeralda de Cerdeña ocho años antes, poco después del nacimiento de Yoel. Aryeh quería que su hijo se criara lejos de Israel, lejos de la constante violencia y el racismo que infestaban el país y que habían convertido el sueño sionista de sus padres en una pesadilla.

Cerdeña sólo tenía una desventaja: su reputación como centro de secuestros y extorsión. Pero después de su gira por el Líbano como recluta del ejército, a Aryeh esto le pareció poco más que un juego de niños.

Hasta ahora. Ahora se habían llevado a Yoel, lo habían secuestrado, lo habían llevado a las montañas, escondido entre pastores que sabían cómo mantener la boca cerrada, hasta que pagara el rescate. O..., trató de no pensar en eso. No obstante, sentado en esa silla, llorando y mareado, juró que, pasara lo que pasara, se vengaría.

Maria Deiana, el ama de llaves, los encontró poco después de las ocho de la mañana. Algunos de los ciudadanos más pudientes de la Costa Esmeralda contaban con un numeroso personal, pues la mano de obra en la isla resultaba barata, como lo había sido siempre. La pobreza era todavía endémica y el poco dinero que había llegado a Cerdeña de la Cassa per il Mezzogiorno (la institución creada por el gobierno italiano para promover el desarrollo del sur del país) había ido a parar a los bolsillos de casi todos, salvo de aquellos a los que debería haber beneficiado. Se habían construido enormes fábricas en Cagliari o en Porto Torres, pero producían más humo que empleos. Los ricos, como siempre, bien podían costearse el servicio de los pobres.

Sin embargo, los Levin no eran así: Maria era ama de llaves, cocinera y niñera, y Aryeh le pagaba un buen sueldo. Un jardinero venía dos o tres veces por semana. Ni el uno ni la otra vivían con ellos. Nada más. Por la mañana, cuando iba a trabajar a Porto Cervo, conducía él mismo, y de camino dejaba a Yoel en la escuela Abbiadori en Arzachena.

Oyó a Maria recorrer la casa gritando sus nombres con voz desconcertada y un tanto inquieta. La familia solía estar levantada a estas horas y Yoel la recibía con un resumen de lo que haría ese día. El niño hablaba el dialecto sardo con soltura y ni Aryeh ni Chaya lo hablaban con tanta fluidez. Eran muy amigos, Yoel y María, que tenía seis hijos, y Yoel iba a menudo a jugar con ellos a su casa. Algunos colegas de Aryeh desaprobaban un contado tan íntimo con los campesinos, pero él les prestó la misma atención que a sus amigos en Tel Aviv, aquellos que le advertían de que no debía relacionarse con musulmanes y cristianos.

Lo primero que vio Maria al entrar en el dormitorio fue a Aryeh sentado en la silla, desnudo, y su primera reacción consistió en gritar, seguida de un aleteo de dedos con los que se persignó una y otra vez. Entonces se levantó el mandil y se cubrió la cara. Tan escandalizada se había quedado al ver a Aryeh que no había

reparado en Chaya.

—*La signora! Dov'è la signora?* —inquirió.

—Está bien Maria, Chaya se encuentra bien, al otro lado del dormitorio. Ahora, quítate ese ridículo delantal de la cara y desátame.

Pero Maria no estaba dispuesta a correr el riesgo de hacer algo tan impropio como bregar con nudos en el torso desnudo de un hombre. Guiñando por encima del borde del mandil, entrevió a Chaya y se dirigió hacia ella. Una mujer desnuda tampoco era decente, pero representaba mucho menos peligro para su honor.

El ama de llaves desató la mordaza y se dedicó a las cuerdas que mantenían a Chaya atada a la silla, sin dejar de rezongar en sardo. Le temblaban las manos y las lágrimas le corrían libremente por las mejillas. Ni siquiera preguntó por Yoel, pues al entrar en el dormitorio se imaginó lo ocurrido: la Anónima había venido a por el niño y en un par de días pediría el rescate. Había vivido con esto toda la vida y habían detenido a hombres de su propia familia por *rapitori*.

Al principio, Chaya no pudo hablar, sólo aspirar aire con frenesí, como si se ahogase; su resuello y sus resoplidos recordaron a Maria que la señora padecía asma.

—*Dov'è il vostro inalatore?* —preguntó.

—*Ne... nel... cassetto... Nella... toi... toilette* —Chaya pronunció las palabras a duras penas.

Maria volvió a taparse la cara con el mandil, se encaminó de puntillas hacia el tocador y abrió el cajón en el que se hallaba el inhalador gris azulado. Se lo llevó a Chaya y le sostuvo la mano mientras se llenaba los pulmones con una dosis tras otra de Ventolín. El resuello se calmó paulatinamente y Chaya logró respirar mejor. María desató los otros nudos y dejó caer las cuerdas al suelo. Con una mano secó las lágrimas de las mejillas de Chaya y, después, cogió su bata que estaba tendida a los pies de la cama. Chaya, todavía temblorosa, se la puso, tan embotada tenía la mente que era incapaz de pensar o de actuar.

Acto seguido, con el delantal en su lugar, Maria salió corriendo de la habitación, y dejó que Chaya desatara a su marido. En otras circunstancias, su actitud les habría resultado cómica, pero en este momento lo que menos les apetecía era reír. Chaya se levantó de la silla; la inmovilidad de tantas horas había tensado cada músculo hasta lo insoportable y cada paso le suponía un tormento.

No hablaron. Chaya se inclinó y apoyó la cabeza en el hombro de su marido, muda, como una piedra; así se quedó largo rato, sin moverse. Luego, poco a poco, revivió y empezó a desatar los nudos, esos fuertes nudos que habrían constituido pruebas para quienes sabían algo al respecto. El que los había hecho era o había sido marinero, pero probablemente no un pescador sardo. Con dedos temblorosos, rompiéndose las uñas, Chaya los aflojó para siempre jamás.

En cuanto hubo liberado a Aryeh, se volvió.

—Yoel. Tengo que ir con él, se estará preguntando lo que ocurre, tengo que prepararlo para la escuela.

Con un gesto gentil que pareció duro, Aryeh la cogió del brazo y tiró de ella.

—Yoel no está. Se lo han llevado, lo han secuestrado.

Chaya le miró como si no le creyera, como si nunca hubiese creído nada de lo que él decía.

Y gritó, y continuó gritando hasta que él la abrazó, le acarició el cabello y la acalló. Lo inquietó aún más la quietud subsiguiente de su mujer, una quietud que le pareció que nunca la abandonaría, ni siquiera si le devolvían a su hijo.

La llevó al cuarto de baño y le lavó y le secó la cara antes de ocuparse de sí mismo. Desde la ducha la observó, sin saber qué hacer o qué decir. El agua no lavaba la amargura ni el pesar. Se secó y Chaya lo contempló, sin moverse, sentada en el borde de la bañera.

—¿Quieres ducharte? —le preguntó Aryeh—. Te sentirás mejor. Vamos a tener un día difícil.

¿Cuántos días difíciles transcurrirían antes de que Yoel se encontrase de nuevo con ellos, sano y salvo? Sabía que estas situaciones solían durar semanas e incluso meses antes de concluir satisfactoriamente, y a veces la familia no podía pagar el rescate. Cuando esto ocurría... Los secuestradores eran hombres de negocios, no jugadores, y a la larga una víctima muerta les era tan útil como una víctima viva, pues la siguiente familia pagaría aún más pronto. Aryeh estaba desesperado porque sabía cuánto valía, no creía que los secuestradores supiesen cuán poco tenía... Pedirían más de lo que podía pagar, y su hijo moriría.

Regresaron al dormitorio y se pusieron ropa limpia. Al verla vestirse, a Aryeh le asustó el enorme cambio que se había operado en ella en unas horas. Ayer, era una mujer alta, de espalda recta, llena de vida, y ahora estaba encorvada; sus pechos, caídos; su cabello, sin vida; sus hombros, gachos, y hasta su piel parecía gris. No quiso mirarse en el espejo.

Alguien llamó a la puerta. Maria entró con una bandeja sobre la que había una cafetera llena de café negro y tres vasos largos de *aquavite*, la aromática versión local de la *grappa*.

—He llamado al doctor Talanas —informó—. Vendrá en cuanto pueda. Y al padre Cavia. Espero que no les moleste, sé que no son católicos, pero él sabe cómo ayudar en estas situaciones, sabe mantener la boca cerrada. Los ayudará, ya lo verán.

Aryeh y Chaya no dijeron nada. ¿Qué importaba a quién vieran? Aryeh apuró su *aquavite* de un trago, seguido de una taza de fuerte café. Tras una segunda taza se levantó y fue hacia el teléfono, al otro extremo del dormitorio. Más valía acabar de una buena vez. Cogió el auricular y marcó un número.

—*Cento tredici. Desidera?*

—*La polizia, per favore.*

En ese momento una mano bajó bruscamente la horquilla del teléfono y cortó la comunicación.

—*Scusi, signore, scusi* —dijo Maria—. Cometería un terrible error al llamar a la policía. No puede haberlo olvidado.

Por supuesto. ¿Cómo pudo ser tan estúpido? Lo último que necesitaba era involucrar a la policía. En 1991, en un intento por controlar la epidemia de secuestros en Italia, el parlamento había aprobado una nueva ley antisequestros, y según la principal disposición de esta ley, la más controvertida, el Estado tenía el poder de congelar los fondos de la familia de la víctima. En teoría, si los secuestradores en potencia sabían que nadie podía pagar, tendrían que recurrir a otros medios deshonestos de ganarse la vida. En la práctica, sin embargo, las familias desesperadas hallaban el modo de contravenir la ley, el dinero cambiaba de manos cuando la policía no lo veía y los secuestros continuaban como antes.

Aryeh colgó.

—Lo siento —murmuró—. Tiene razón, actué sin pensar.

Se sentó en el borde de la cama. Entonces se le ocurrió que no tenía a quién pedir ayuda; era un forastero, sin vínculos ni contactos, sin influencia, sin padrino. Sólo podía sentarse y esperar a que sonara el teléfono.

La llamada llegó poco después de medianoche, había sido un día como ningún otro. Fue como si de pronto los hubiesen aislado del mundo y de sí mismos, como si les hubiesen arrancado toda emoción que no fuera el sufrimiento. Durante todo el día habían permanecido cerca del teléfono y durante todo el día éste se había negado obstinadamente a sonar. Aryeh había llamado a la oficina y alegado que se hallaba enfermo. Maria había pedido disculpas en nombre de Chaya por no poder asistir ésta a una partida de bridge en Porto Cervo. El día había transcurrido muy despacio, minuto a minuto, horriblemente repleto de silencios y de una atormentadora sensación de ausencia.

El doctor dio unas pastillas a Chaya, no podía hacer más. No era la primera vez que lo llamaban para atender un caso como éste, ni sería la última. No dijo nada, fingió creer lo que decían acerca de una mala noticia de Israel, y se marchó tras pronunciar unas palabras vagamente tranquilizadoras. Confiaría en su esposa, claro, y ella en su reducido círculo de amigas. Éstas se lo contarían a sus maridos y éstos hablarían en el bar. A los pocos días todos en la Costa Esmeralda se habrían enterado del secuestro del niño Levin.

Al doctor Talanas lo siguió casi de inmediato el padre Cavia, el párroco, un melancólico hombre de baja estatura oriundo de Orgosolo, muy versado en las costumbres de los bandidos de Barbagia, pero mucho menos en las necesidades y los sentimientos de sus víctimas. Intentó consolar a los padres de Yoel con lugares comunes y les sugirió que fueran a misa en su iglesia el domingo siguiente. No importaba que no fuesen creyentes, insistió, la Iglesia era universal, y Jesús tenía sitio en su corazón para todos. Le preguntaron si Jesús tenía sitio para su hijo. Por supuesto, dijo, Jesús tenía sitio en su corazón para todos, hasta para los secuestradores del niño. Aryeh le pidió que se fuera.

Con una mezcla de alivio y temor, Maria Deiana observó cómo se marchaba el cura. Había querido involucrarlo, menos por el consuelo espiritual que pudiese proporcionar que por su posible utilidad como intermediario.

El padre Cavia hizo pensar a Aryeh en su abuelo, Zalman, un rabino lituano de barba y abrigo negros, imbuido de tradiciones, un *mitnagid* intelectual poco emotivo. De niño siempre le tuvo miedo, miedo que luego, al observar al anciano rabino intentar aceptar un mundo al que nunca entendería, se trocó en compasión.

El padre de Aiyeh nació y se crió en Israel, luchó en la guerra de 1967 y poco después abrió un restaurante francés en Tel Aviv, en el que la comida era tan *kosher*

como judía era la madre francesa de Aryeh, pero eso al viejo le daba igual. Quería que sus hijos estudiaran la Tora y el Talmud, y que obedecieran las leyes de Dios, como lo había hecho él. En cambio, vio el mundo cambiar a su alrededor hasta volverse irreconocible, y no para mejor.

Aryeh siguió a sus padres en su fe liberal y en su creencia en un estado sionista laico; sin embargo, libró su guerra en el Líbano y el papel que tuvo que desempeñar allí destruyó las lecciones de su infancia. Al acabar su servicio militar en 1984, se asoció con su padre y sus dos tíos y abrió un hotel de lujo en Herzliya, el año siguiente se casó con Chaya y durante un tiempo todo marchó bien. Eran felices juntos, el hotel prosperaba y hablaban de crear una familia dentro de uno o dos años.

No obstante, entre sus familias existían tensiones. La de Chaya, compuesta de judíos sefardíes, fue una de las últimas familias judías que salió de Marruecos como parte de la Aliya, la emigración que se produjo a Israel en los años sesenta. Sus miembros, de derechas, se impacientaban con el paralizado Estado liberal de los sionistas europeos y no dudaban en demostrar abiertamente el odio que sentían hacia los árabes. Hasta hacía poco, el hermano mayor de Chaya pertenecía a la unidad antiterrorista de élite, la Sayaret Matkal, y había participado en numerosos ataques israelíes a través de la frontera libanesa, tanto durante la invasión como después. Cuando llevaba dos años casado con Chaya, a Aryeh le parecía que él y su cuñado no podían reunirse sin agrias discusiones acerca de uno u otro aspecto de la política israelí.

A partir de 1988, cuando se inició la Intifada, Aryeh fue perdiendo la confianza por momentos. En sus sermones, el rabino Meir Kahane no hablaba sino de odio y exigía la expulsión de Tierra Santa de todos los árabes. El abuelo de Aryeh empezó a pasar los días a solas en su habitación, rezando y estudiando la Tora; no criticaría abiertamente a Kahane, pero ya antes había visto esta clase de odio y sabía a lo que podía llevar. En 1989, nació el primer hijo de Aryeh y Chaya, y ese mismo día una manifestación antiárabe pasó frente al hospital, lo que a Aryeh se le antojó un presagio.

Finalmente, como allí no veía futuro para ellos, se llevó a su esposa e hijo al otro lado del Mediterráneo, a Cerdeña, y no por azar. Un amigo palestino, Abbas al-Khalil, se había ido a vivir a esa isla unos años antes y ya poseía una próspera empresa en Olbia.

En los años sesenta, el Aga Khan y varios socios adquirieron terrenos baratos en la costa nororiental de Cerdeña, la Costa Esmeralda, y la convirtieron en una de las zonas de ocio más lujosas del mundo.

Abbas conocía un hotel que acababa de ponerse a la venta en Porto Cervo y Aryeh consiguió reunir el dinero suficiente para invertir en la empresa; un mes después, compró una casa en la cercana Arzachena.



—*Abbiamo vostro figlio* —anunció una voz de mujer, dura e inflexible—. Tenemos a su hijo... Está a salvo y no le haremos daño si sigue nuestras instrucciones. Depende de usted volver a verlo pronto. Piense en esto como en una mera transacción comercial: un poco de dinero a cambio de la vida de su hijo.

El acento no era sardo, de eso estaba seguro Aryeh, si bien no logró situarlo con exactitud. Más sureño que norteño, quizá calabrés, pensó.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Nada que no se pueda permitir. Cuatro mil millones de liras.

Aryeh sintió cómo de su pecho se escapaba todo el aliento, como si le hubiesen propinado un puñetazo en el estómago, y casi dejó caer el auricular.

—Es imposible, no tenemos tanto.

La comunicación se cortó y él se quedó con la mirada clavada en el auricular. Le temblaba la mano al colgar. ¡Cuatro mil millones de liras! Como solía hacer desde sus primeros días en Cerdeña, convirtió la suma en dólares: cinco millones. No podría conseguir tal cantidad, ni nada que se le acercara. Aunque poseía el veinte por ciento del hotel Giudichessa Eleonora, había firmado acuerdos que le prohibían retirar su inversión sin una notificación previa de varios meses. A menos que contara con muchísima suerte y que lograra mantener en secreto el secuestro de su hijo, sus socios harían cumplir la ley y congelarían sus activos. De todos modos, su veinte por ciento no alcanzaba la cantidad exigida, ni mucho menos. Aun vendiendo todo lo que poseía, le faltarían al menos dos mil millones de liras.

Siempre había creído que los secuestradores hacían sus deberes antes de elegir a sus víctimas. A fin de cuentas, afirmaban ser hombres de negocios que trataban de ganarse la vida, y no tenía sentido gastar tiempo y dinero en algo no rentable. Habían cometido un error. Lo habían confundido con otra persona, habían cogido a su hijo en lugar de otro. Supo que si no los convencía de esto, no volvería a verlo.

Esa noche casi no durmió. A su lado, Chaya daba vueltas febriles, sumida en un sueño provocado por sedantes. Durante horas fue revisando mentalmente sus finanzas, tirando de todos los cabos y deshaciendo cada nudo, comparando riesgos, certidumbres e incertidumbres. La luz del día lo encontró sentado frente a su escritorio en el estudio, sudoroso, agotado y rodeado de cálculos ya sin sentido.

Llamaron de nuevo a las nueve de la mañana, mientras él y Chaya tomaban café. La misma voz, carente de emoción; no sabía por qué, pero el hecho de que se tratase de una mujer lo hacía más duro.

—¿Ha tenido tiempo de pensarlo?

—Oiga —contestó Aryeh con voz trémula—, se ha equivocado, no tengo tanto dinero, ni nunca lo he tenido. Seguro que me confunde con otra persona.

—Nosotros no cometemos errores. Sabemos cuánto vale.

—Es imposible. Puede hablar con mi contable, con el director de mi banco, con quien quiera. Ellos se lo demostrarán. Aunque lo vendiera todo, no tendría suficiente. Tenemos que negociar.

La voz de la mujer perdió su ecuanimidad.

—Me da asco —espetó—. La vida de su hijo corre peligro y usted sólo piensa en un truco para ahorrarse su asqueroso dinero. Debería darle vergüenza.

Dicho esto, colgó y Aryeh permaneció sentado, escuchando el zumbido de la línea, incapaz de moverse. Chaya le quitó el auricular y le abrió con gentileza la mano izquierda.

—Estás sangrando.

Aryeh había apretado tan fuerte la mano que se le habían clavado las uñas en la palma y éstas le habían hecho sangrar. Tiró de Chaya y la abrazó como protección contra sus pensamientos. Ella no intentó consolarlo. Estaba vacía, apagada, ya nada le importaba. Maria los observaba silenciosa, impotente, incapaz de ayudarlos. Nadie le preguntó por el dolor que experimentaba por la pérdida del niño; al fin y al cabo, no era sino el ama de llaves.

Volvieron a llamar por la noche. Un hombre en esta ocasión, un forastero de acento difícil de situar; su voz era la de alguien de unos sesenta años o más, y su italiano, gramaticalmente correcto, ligeramente afectado.

—Señor Levin —dijo en tono suave, razonable, si bien poco emotivo, sin prisas y preciso—. Me llamo Bianco. Me han pedido que hable con usted para ayudarlo a solucionar el dilema en que se encuentra. Quisiera que me viera como un amigo, quiero ayudarlo y ayudar a su hijo.

Una pausa, un silbido como de viento. Aryeh se preguntó dónde se encontraban, cuán lejos habían llevado a Yoel. El lugar acostumbrado era la montaña, en las Gennargentu, donde sería imposible encontrar al niño entre los millares de cuevas y escondites subterráneos. La voz del hombre continuó:

—Déjeme decirle que Yoel corre mucho peligro, creo que es mejor que lo sepa. No llegaremos a nada si se le oculta la verdad. La gente que lo tiene no es conocida precisamente por su ternura, y si no consiguen pronto lo que quieren, le harán mucho daño. Si decidieran que no quiere o que no puede pagar, lo matarán. No se trata de un juego; el que un niño pequeño se enfrente a tal destino es muy grave. Ya está aterrado, créame, lo he visto. Aunque todo acabe bien, me temo que le costará recuperarse de la tensión.

Aryeh escuchó con creciente dolor y rabia, luchando por controlar las emociones, pues sabía que debía prestar atención por el bien de Yoel. El tono prosaico del extraño le resultaba aún más odioso que la frialdad de la mujer, como si hubiese algo subyacente aparte de un asunto de negocios. Aryeh supo que Yoel no sería el único

que saldría de esto con cicatrices, que a todos los esperaba una vida llena de heridas, fuera cual fuese el resultado.

—Señor Levin —continuó la voz, todavía dulce, rezumando sensatez—. No le digo todo esto para asustarlo, sino para que entienda cuán delicada es su posición y cuán precario el bienestar de su hijo. Dice usted que no posee fondos suficientes para cubrir las exigencias de los secuestradores de Yoel y tiendo a creerlo, pues no todos los judíos son ricos, a pesar de lo que piensa la gente.

»Sin embargo, he de decirle que los que tienen a Yoel no lo creen, dicen que lo han investigado, que posee usted muchos recursos y que se los está negando. Se encuentra usted, creo, en una situación muy desagradable, y puede que tenga que pagar el no ser lo bastante rico con la vida de su hijo.

El extraño hizo otra pausa. Su silencio retorció el corazón de Aryeh. ¿Adónde quería ir a parar? ¿Acaso seguiría una mayor crueldad?

—Así pues —prosiguió el hombre—, he encontrado una solución para sus problemas. Estoy dispuesto a pagar la cantidad exigida por los secuestradores, a cambio de algo que sé que usted posee, algo que no tiene ningún valor para ellos, pero que significa mucho para mí.

A Aryeh le daba vueltas la cabeza. ¿Quién era este hombre? ¿Qué quería de Aryeh que valiera cuatro mil millones de liras? ¿Su participación en el hotel? ¿Una parte de sus ganancias futuras?

—No tiene sentido lo que dice, no tengo nada que valga tanto.

—Al contrario, ya verá que lo que digo tiene mucho sentido. ¿Quiere que continúe?

Aryeh seguía tratando de situar su acento, algo le decía que podría darle una pista de lo que había detrás de todo esto. Sus conjeturas se veían limitadas por el hecho de que no conocía los numerosos dialectos italianos ni el modo en que las distintas nacionalidades hablaban el idioma. No obstante, sí que percibió cierta semejanza entre el acento de este hombre y el de uno de sus colegas, oriundo de Bolzano, de la región del Alto Adigio, en el noreste de Italia, en la frontera con Austria. Y recordó que alguien le había dicho que allí se hablaba más alemán que italiano.

—Continúe, lo escucho.

—Lo que deseo es muy sencillo y consiste en dos cosas. La primera es que me garantice su silencio, que no hable con nadie de nuestro acuerdo, ni con la policía, ni con los *carabinieri* y, menos aún, con amigos suyos que quizá intenten interferir en mis planes. La segunda es igual de clara: quiero información, como quizá ya habrá adivinado. Quiero saber el paradero actual del *bottegaio*.

Aryeh tuvo la sensación de que una gruesa mano le había arrancado la mitad del estómago. Estaban jugando con él, torturándolo sin razón.

—¿El *bottegaio*? ¿El tendero? No lo entiendo.

—Al contrario, lo entiende muy bien. Piénselo: la vida de su hijo a cambio del tendero, o, visto de otro modo, el tendero a cambio de cuatro mil millones de liras y la vida de su hijo.

La mano de Aryeh temblaba. Esto era peor que una pesadilla.

—Por favor, de veras que no lo entiendo. ¿Quién es el tendero?

Oyó un clic cuando se cortó la comunicación. Permaneció de pie, con el auricular pegajoso de sudor y miedo en la mano. Se quedó así lo que pareció una eternidad, sin saber qué hacer, hacia dónde volverse, como un actor en una película cuando el proyector se ha atascado, paralizado en medio de un movimiento, incapaz de acabar el simple gesto de colgar el auricular.

Sin hacer ruido, Chaya apareció a su lado, cogió el auricular y lo colocó en la horquilla.

—¿Qué querían? —preguntó.

Percibía su miedo, un miedo que también le pertenecía, como un hijo que hubiesen engendrado juntos.

—No lo sé —Aryeh agitó la cabeza—. De veras que no lo sé.

Esa noche tuvo su primera pesadilla, un anticipo de lo que los esperaba.

A la mañana siguiente, el cartero trajo un pequeño paquete enviado desde Cagliari, aunque eso no significaba nada, pues tendrían gente en toda la isla.

El paquete contenía dos cosas: una diminuta caja de cartón y una fotografía Polaroid en color de Yoel contra un fondo sencillo. Su carita se veía tensa y rígida, y sus ojos, desenfocados. Al principio Aryeh no entendió lo que contenía la cajita: de un pequeño sobre transparente extrajo algo muy parecido a una arista de vidrio o plástico mate, de medio centímetro de ancho y un centímetro de largo. Lo examinó a la luz y se dio cuenta de que se trataba de una minúscula uña, arrancada de cuajo. La soltó con un grito y se dejó caer pesadamente en la silla, tembloroso.

Cuando Chaya entró en la sala, él ya había escondido la fotografía y la uña. El secuestro había demostrado la fragilidad de su esposa, y tenía que protegerla, ocultarle la posibilidad de que hubiesen herido a Yoel. Varios miembros de su familia habían muerto de modo violento en los últimos años: un hermano y, un mes después, un primo, ambos en el Líbano; un tío y una tía en un ataque con bombas a un mitin del Shas, un partido israelí, dos años antes; y su madre había querido venir con ellos a Cerdeña, pero murió de un infarto poco antes de la partida. Que Yoel muriera o fuese torturado constituiría el golpe definitivo para Chaya, del que Aryeh sabía que no se recuperaría.

Esa tarde, fue a Olbia a ver a Michele Mannuzzu, su abogado. Se lo contó todo. Mannuzzu lo escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando con la cabeza, sin apresurarlo, sin hacerle preguntas. Era un hombre de mediana edad cansado, hijo de un granjero, que debía su prosperidad a hombres como Aryeh Levin. El dinero le había llegado como un sueño, y como tal desaparecería. Levin no era su primer cliente en las miras de los *rapitori* y no sería el último.

—Usted conoce mi situación financiera, Michele, sabe que no dispongo de tanto dinero. ¿Qué puedo hacer?

—Ir a la policía. Si no tiene con qué pagar, no importará que le congelen los fondos.

—Pero será como condenar a Yoel a muerte.

—No si la policía lo encuentra. Enviarán un equipo de la Criminalpol, son eficaces y cabe la posibilidad de que tengan éxito.

—Prefiero negociar, es más seguro. ¿Cree que puedo obligarles a rebajar sus exigencias?

Mannuzzu asintió despacio. Había comido un plato entero de *malloreddus* y éstos

se estaban vengando, parte de su mente se hallaba centrada en su estómago. Se preguntó si tendría úlcera.

—Depende. Ciertamente, rebajarán el precio, siempre lo hacen, pero no se sabe si lo rebajarán hasta lo que usted puede permitirse. Sinceramente, no lo creo.

—El hombre con el que hablé anoche, Bianco, dijo que podía hacer un arreglo..., que si le proporcionaba información él pagaría a los secuestradores. No lo entiendo.

Mannuzzu agitó la cabeza.

—Yo tampoco. —Se acarició el corto bigote y se quitó una migaja con las uñas—. Dígame lo que dijo exactamente.

Aryeh se lo explicó como pudo.

—¿Dice que el hombre le pidió el paradero de alguien llamado el *bottegaio*?

—No lo sé. Solamente «*il bottegaio*», creo que eso fue lo que dijo.

—¿Y usted no sabe quién es el tendero?

Aryeh negó con la cabeza.

—Es un error —aseguró—, han cometido un error. No sé nada al respecto.

—Ya veo.

El pequeño abogado se acarició las mejillas con aire pensativo, como si el nombre significara algo para él.

—Aryeh, creo que se enfrenta usted a un grave problema. Haré lo que pueda para ayudarlo, por supuesto. Si me aceptan como intermediario me reuniré con ese tal Bianco y trataré de que sea sensato. Necesitará usted copias de todas sus cuentas, inversiones, hipotecas... todo. Haré lo que pueda para convencerlos de que son auténticas.

»Pero necesitaré más información acerca de ese tendero. Se me ocurre que puede tratarse de un terrible error y, si puedo probarlo, soltarán a su hijo sin dañarlo. Tienen un código.

Ya en la puerta, a punto de irse, Aryeh se volvió hacia el abogado.

—Michele, ¿qué significa lo de la uña?

Mannuzzu tragó saliva, que le supo realmente amarga. Afuera el día se había tornado tormentoso.

—Nada. No significa nada, es una prueba física de que tienen a su hijo, nada más.

Mannuzzu contestó al teléfono esa noche. Era ese hombre de nuevo, el tal Bianco. Le explicó quién era y que deseaba hablar de los problemas de su cliente con él. Bianco lo escuchó y aceptó reunirse con él.

—No tenemos mucho tiempo —declaró—. Esto tiene que hacerse pronto, si no, el niño sufrirá.

—Más vale que no le hagan daño, sin violencia conseguirán más pronto lo que quieren.

Bianco colgó.

Mannuzzu se volvió hacia Aryeh.

—Aleman —anunció—. Nuestro amigo Bianco es alemán.

A la mañana siguiente trajeron otro paquete. Contenía un dedito, el dedo meñique de la mano izquierda, sin uña.

Mannuzzu llegó media hora más tarde y encontró a su cliente en su estudio, pálido y tembloroso. El dedo se hallaba aún sobre el escritorio, con el extremo lleno de sangre, envuelto en algodón. El abogado mandó llamar a Maria y le pidió que llevara el dedo a su coche.

—Puede que no sea suyo —dijo—. A menudo usan cadáveres, el cuerpo de un niño muerto en un accidente. A usted le da pavor, pero reduce su condena si los pillan. Trate de no preocuparse.

—No es su hijo al que tienen secuestrado, usted no tiene que soportar todo esto.

—Lo entiendo, pero no debe perder de vista el hecho de que se trata de gente razonable, que tienen reglas y las siguen. Si pierde usted la cabeza y trata de quebrantarlas, Yoel sufrirá de verdad. Déjeme que lo guíe, trataré el asunto cuando me reúna con ellos.

—¿Cuándo será eso?

—Pronto, quizá esta misma tarde. Si tienen tantas ganas de acabar con esto como parece, habrán hecho arreglos para que la reunión sea pronto.

María regresó.

—La *signora* está alterada, cree que el niño ha muerto.

—¿No le habrá...?

La mujercita negó enérgicamente con la cabeza.

—No sabe nada, no le he enseñado nada. La asustaría saber lo bestias que son estas gentes. No son sardos, se lo juro, es imposible que un sardo haga algo como esto. Conocí a Grazianeddu, hace muchos años. Él nunca habría hecho algo así. Era un *bandito d'onore*, el rey del Supramonte. Lo que hizo, lo hizo para su pueblo, nunca para sí mismo, nunca habría atacado a los inocentes. Pero estos forasteros no tienen honor, ni código, ni valor... sólo codicia.

—Gracias, María. Dile a mi esposa que no tardaré en reunirme con ella. Pediré al doctor Talanas que vuelva a visitarla.

Cuando María se marchó, Aryeh se volvió hacia Mannuzzu.

—¿Cree usted que ella sabe algo? Parecía muy segura de que los secuestradores no son sardos.

Mannuzzu negó con la cabeza.

—Se acuerda de Grazianeddu, Graziano Mesina. Quizá usted no haya oído hablar de él. Fue una leyenda en los años sesenta, un héroe para los de su generación. Lo

dejaron salir de prisión hace unos años. La revista *Oggi* publicó una serie de artículos sobre él, con mucho bombo y platillo: el bandido honrado que robaba a los ricos para ayudar a los pobres. En realidad, era un asesino y un secuestrador, pero probablemente sea cierto que no habría herido a un niño. Dicen que los *latitanti*, o sea, los prófugos de Calabria, fueron los primeros en mutilar a sus víctimas, cortarles las orejas; lo de los niños vino mucho después.

Aryeh recordó la voz en el teléfono, la de la mujer. ¿Sería calabresa? Mannuzzu lo detectaría.

En ese momento sonó el teléfono; Mannuzzu lo dejó sonar dos veces y contestó.

—Pronto.

Habló unos dos minutos.

—Quieren reunirse conmigo esta noche —dijo en cuanto colgó.

—¿Dónde?

El abogado agitó la cabeza.

—No puedo decírselo. Soy el intermediario. Si alguien más se involucra, si me siguen, por poco que se sientan inseguros, matarán al niño. ¿Lo entiende?

Aryeh asintió con la cabeza.

—Tenga todos sus papeles preparados para las cinco y no se guarde nada: no sabemos lo que pueden haber visto ya.

—¿Cuándo lo sabrá?

—Me pondré en contacto con usted a medianoche o en cuanto me sea posible después de eso. Quédese aquí, cuide a su esposa y no se preocupe, recuperaremos a su hijo. Se lo prometo.

En la puerta, el abogado vaciló.

—¿Está seguro de que no sabe nada del tal tendero? Quizá sea un judío, alguien a quien conoció en la sinagoga.

Aryeh negó con la cabeza.

—No conozco a ningún tendero, se lo juro. ¿Cree que arriesgaría la vida de Yoel si lo supiera?

La medianoche llegó y se fue sin la llamada de Mannuzzu. Aryeh permaneció solo en su estudio, temblando e incapaz de separarse del teléfono. A las tres, Chaya vino a buscarlo.

—Ven a la cama, Aryeh, ya no llamará. Duerme un poco. Ya vendrá por la mañana.

—No puedo dormir.

—Inténtalo. No me sirves de nada así, tienes que conservar la fuerza.

—Tengo miedo, Chaya.

Ella le cogió una mano.

—Sí —susurró—. Ven a acostarte.



Por la mañana, Mannuzzu no se presentó. Aryeh lo esperó hasta la una, cada vez más desazonado. Finalmente, al ver que el *notaio* no aparecía, lo llamó a su despacho y la secretaria le dijo que no había ido a trabajar esa mañana. Aryeh buscó el número de teléfono de su domicilio y lo llamó allí. Su esposa contestó.

—Michele ha desaparecido. Salió anoche a las siete; dijo que tenía que ver a un cliente por un asunto de negocios y no ha regresado. Estoy segura de que ha sufrido un accidente.

—No se preocupe, va aparecerá, no ha habido ningún accidente, está a salvo.

—¿Sabe usted algo al respecto?

—No, pero estoy convencido de que se encuentra bien. Es un hombre cauto, estará a salvo.

Aryeh colgó y evitó más preguntas con alivio. Al cabo de un momento, el teléfono sonó. La voz de aquella mujer.

—¿Levin? Le dijimos que no nos jodiera. Esto no es un juego. La próxima vez díganos lo que queremos saber o no volverá a ver a su hijo.

La comunicación se cortó y Aiyeh se sintió enojado y abrumado a la vez. ¿Qué querían de él? ¿Qué habían hecho con Michele Mantazzu?

Oyó una motocicleta que se acercaba a la casa y se alejaba a toda velocidad. Conió a la puerta a tiempo de ver la parte trasera de una pesada moto que desaparecía, conducida por un hombre vestido de cuero negro.

Encontró otro paquete en el umbral y lo cogió con mano temblorosa. Sólo Dios sabía lo que contenía. Lo llevó directamente al estudio y cerró la puerta con llave.

El paquete no estaba sellado, pero la envoltura era igual que la de los otros. De él salió una fotografía, otra Polaroid. En ella figuraban la cabeza y los hombros de Michele Mannuzzu contra un fondo verde que parecía madera con la pintura desconchada. Le habían cortado el cuello de oreja a oreja y una gruesa capa de sangre le cubría el pecho y los hombros. Aryeh soltó la foto. Esta cayó al suelo.

Mucho después, sin saber si estaba despierto o dormido, abrió la caja de cartón que acompañaba a la foto. Bajo una capa de algodón pegajoso por la sangre seca, encontró una oreja; no la de Mannuzzu, sino la de un niño. Y no la de un niño muerto robado de un depósito de cadáveres rural, el pequeño y estrecho lóbulo era inconfundiblemente de su hijo.

Esa tarde, Aryeh Levin hizo una llamada telefónica desde un bar en Porto Cervo. No le quedaba más remedio, no tenía a nadie más a quien recurrir.

—*Centosettanta. Centralino intemazionale. Desidera?*

—Quiero una conferencia, por favor.

—Sí. ¿Qué nombre, por favor?

—Abuhatseira. Yosef Abuhatseira. Se lo voy a deletrear.

La telefonista lo apuntó lentamente y lo repitió.

—¿Adónde quiere llamar, por favor?

—A Israel. La ciudad se llama Kiryat Arba, en Samaria.

—Lo siento, yo...

—Lo encontrará bajo «Territorios Ocupados».

Cuando colgó, le temblaba la mano. Salió del bar a la calle. Encima de los tejados del pueblo el cielo había adquirido el color del hibisco, como si los pétalos de una enorme Mor se abrieran en los últimos y tristes momentos previos al anochecer. El corazón todavía le martilleaba y la conversación resonaba en su oído.

De no haber sido por Yoel, por nada del mundo habría hecho esa llamada. Abuhatseira era el hermano de Chaya, aquél con el que Aryeh había estado en desacuerdo casi desde el principio. Aryeh era pacifista, apoyaba al Movimiento por la Paz Ahora y creía firmemente en la integración de árabes y judíos. Yosef, al igual que numerosos judíos de África del Norte, era de derechas, de los que querían echar a los árabes y que Israel fuera sólo para los judíos. Había luchado con una unidad de servicios especiales en el Líbano y otras partes, y, recientemente, había establecido residencia en Kiryat Alba, un controvertido asentamiento en el corazón de los territorios ocupados.

La relación entre ambos nunca fue fácil. Más de una reunión familiar había terminado con gritos y portazos cuando uno u otro se marchaba enfurecido. Más a menudo de lo que a Aryeh le gustaba recordar, Chaya se había acostado alterada y con los ojos rojos de tanto llorar, desgarrada entre su marido y su querido hermano. A Yoel también lo turbaba la animosidad que presenciaba entre su padre y su tío. Si el uno era amable, sabio y gentil, el otro era nada menos que un héroe para él, lleno de cicatrices de batallas, taciturno y valiente, alguien de quien alardear en la escuela.

Aryeh se dirigió a su coche y subió al asiento del conductor. Sabía que no podía dejar que interfirieran sus sentimientos, sus principios. De pronto, él también deseaba que su cuñado fuese el héroe que Yoel veía en él.

El vuelo de Alisarda procedente de Roma aterrizó en el aeropuerto de Olbia bajo una ráfaga de llovizna. Eran poco más de las once de la mañana, veintiuna horas después de que Aryeh Levin hiciera la llamada, un día y medio después de que degollaran a Michele Mannuzzu.

Aryeh observó descender al pequeño avión, reflejar la luz al salir de la cobertura de las nubes y tocar tierra salpicando agua lodosa. Se sentía agotado, perdida ya toda esperanza. En cuestión de días se había convertido en una nulidad, un cero a la izquierda, un hombre cansado que aguardaba a que un avión aterrizara. Y su esposa se encontraba en casa, acostada, con la vista clavada en la pared.

A Michele Mannuzzu seguían buscándolo. Los *carabinieri* llevaban días rastreando sin éxito las montañas. Aryeh había quemado la fotografía del hombre muerto y no había dicho nada a nadie, ni siquiera a la esposa de Mannuzzu. Sentía lástima por ella, pero nada podía hacer, pues la vida de su hijo corría peligro. No quería que la policía lo relacionase con él y comenzase a investigar el secuestro de Yoel. Esta situación, estaba convencido de ello, resultaría desastrosa. Había escogido su propio camino y se ceñiría a él, pasarse lo que pasase.

El avión rodó por la pista y se detuvo; condujeron la escalera hasta el fuselaje. Aryeh se apartó de la ventana y bajó a reunirse con las familias que esperaban a sus amigos o familiares. La espera no sería larga, pues los pasajeros no tenían que pasar por el control de pasaportes: por muy distintas que fueran sus costumbres y su lengua, Cerdeña todavía formaba parte oficialmente de Italia.

Dos policías habían visitado a Aryeh el día anterior, hombres de la *questura* de Olbia, o sea, la comisaría. Habían oído rumores de que habían secuestrado a su hijo, ¿podía confirmarlos? Él contestó que los rumores no eran sino embustes, que Yoel había ido a Israel unos días antes a visitar a unos parientes. ¿En pleno año escolar? Se trataba de una fiesta religiosa, Hanuca, la festividad de las luminarias. Yoel había ido a pasarla en Haifa, donde la celebración era más pródiga que en Cerdeña.

Aryeh había sonreído, contándoles que a Yoel le encantaba Hanuca; sin embargo, en el fondo no era más que un objeto roto, fragmentado, a sabiendas de que, efectivamente, Yoel había esperado la fiesta con gran expectación.

Los policías se fueron al poco rato, pero sabía que no le habían creído y temía que pronto regresaran.

El hombre al que esperaba fue el último en entrar en la sala de llegadas. Aunque no se conocieran, lo habría detectado a primera vista entre los pasajeros. Su mirada

resultaba inconfundible, si bien, de haberle pedido alguien que la definiera le habría sido imposible hacerlo. Aun desde lejos, esa mirada separaba a Yosef de sus compañeros de viaje.

Éste cruzó las puertas y se dirigió directamente hacia Aryeh. Los demás pasajeros saludaban a sus familias o habían ido a recoger su equipaje.

Sin dudarlo, Aryeh y Yosef se abrazaron, olvidadas sus viejas rencillas en este momento de necesidad. Aiyeh percibió en su cuñado el inconfundible perfume de Israel, un indefinible olor a mar y a desierto.

—*Shalom*, Aryeh.

—*Shalom*, Yosef, me alegro de que hayas venido.

Se separaron y se miraron. Habían transcurrido cuatro años, si no más, desde su último encuentro, y en esa ocasión, como siempre, habían discutido. Ni muy alto, ni muy guapo, ni muy bien vestido, Yosef Abuhateira no encajaba en el ideal bronceado del hombre israelí, pero nadie pasaría por la calle junto a él sin repararen su presencia. Sobre todo por sus ojos, por la introversión de esos ojos, por su negrura, la de las olivas, por su inmensidad y porque parecían fijarse en todo, conocerlo todo. Y por su boca, firme y tensa, como si fuese a sonreír en cualquier momento o a soltar una carcajada, como si toda la energía de su rostro se concentrara en ella, en esos labios, dispuesta a estallar.

«Sí», pensó Aryeh, «hice bien en pedirle que viniera». Por primera vez en varios días, creyó que podrían salvar a su hijo.

Iba a coger el macuto de Yosef, pero éste lo levantó y se colgó del hombro sin pronunciar una palabra.

—¿No traes maleta?

Yosef negó con la cabeza.

—No necesito más equipaje que éste, del resto nos ocuparemos más tarde.

Se encaminaron hacia la salida del aeropuerto. Aryeh no dejaba de echar miradas nerviosas a derecha e izquierda, por si los seguía la policía o alguno de los secuestradores.

—No pasa nada —lo tranquilizó Yosef—. No nos vigilan, puedes relajarte.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Yosef se encogió de hombros.

—Créeme, lo sé.

Junto a la puerta pasaron frente a un cartel de hombres buscados, colocado allí por la *questura*, y Aryeh leyó uno.

RICERCATO  
BAUDO, PINO,  
FU PASQUALE, NATO AD ORGOSOLO (NUORO)

IL 4.5.71 IVI RESIDENTE. COLPITO DA PLURIMI MANDATI DI CATTURE PER SEQUESTRO DI PERSONA A SCOPO DI ESTORSIONE — OMICIDIO AGGRAVATO — TENTATO OMICIDIO AGGRAVATO — EVASIONE AGGRAVATE DA CARCERI GIUDIZIARIE OVE ESPIAVA RESIDUA PENA DI ANNI 42 DI RECLUSIONE TAGLIA VENTI MILIONI  
CHE IL MINISTERO DELL'INTERNO CORRISPONDERÁ A CHIUNQUE NE AGEVOLERÁ LA CATTURA

Aiyeh no podía apartar la vista del rostro en el cartel. Ojos pequeños de párpados caídos, labios carnosos y cabello despeinado: los rasgos de un pastor de Barbagia de unos veinticinco años. ¿Quién iba a creer que se trataba de un asesino implacable, el autor de un «homicidio con agravantes»?

Yosef lo asió del brazo, lo separó casi a rastras y negó despacio con la cabeza.

—Este hombre, no —dijo con gentileza—. El no cogió a Yoel.

—¿Cómo lo sabes?

Yosef volvió a mirar el cartel y apartó de nuevo la vista.

—Tú sabes de hoteles, yo sé de hombres como él.

Al enfilar la carretera, Yosef se volvió hacia su cuñado.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Aryeh hizo una mueca. La noche anterior había pasado casi media hora tratando de persuadir a Bianco de que alargara el plazo. A fin de ganar tiempo fingió entender lo que el hombre quería decir con eso del *bottegaio* y añadió que no tenía acceso inmediato a la información que Bianco quería. Finalmente éste aceptó prolongar el plazo en cuarenta y ocho horas, al expirar el cual matarían a Yoel de un disparo. No más retrasos, no más intentos de ganar tiempo.

—Tenemos hasta mañana por la tarde a primera hora —comentó Yosef—. No es mucho tiempo. Tengo que localizar a los secuestradores y valorar sus fuerzas antes de pensar siquiera en sacar a Yoel.

—Podrías ir como intermediario mío —sugirió Aryeh.

Yosef negó con la cabeza.

—Sólo como último recurso; perdería el elemento sorpresa y fijarían un punto de encuentro lejos de dondequiera que tengan a Yoel. Sería demasiado arriesgado. —Hizo una pausa—. Según dices, mataron al hombre que enviaste, el abogado, ¿no?

Aryeh asintió con la cabeza. No había conseguido deshacerse de la imagen del hombre degollado.

—¿Sabes por qué lo mataron?

—Según Bianco, se había pasado de listo y quería parte del bolín.

—Sin duda no es algo desacostumbrado en estos casos.

—Sí, pero creo que Mannuzzu sugirió que sabía de qué iba la cosa. Al menos eso es lo que me dio a entender Bianco, y me dijo que si se lo contaba a alguien más, Yoel sufriría las consecuencias.

Pasaron Olbia de largo, rumbo al norte, y enfilaron la carretera a Arzachena. De vez en cuando Aryeh miraba por el espejo retrovisor, preocupado por si los seguían. Al pasar por el camino que llevaba a Pantaleo, Yosef puso la mano entre el espejo y los ojos de Aryeh.

—Estás perdiendo el tiempo. Si están allí, no dejarán que los veas.

—¿Crees que nos siguen?

—Tenemos que dar por sentado que sí. —Yosef se encogió de hombros—. Si te hacen preguntas, diles la verdad, al menos la parte que necesitan saber: que soy tu cuñado, que he venido a petición de mi hermana y que no interferiré. —Dudó un momento e hizo la pregunta que más lo inquietaba; después de todo, Chaya era su hermana menor, y siempre habían estado muy unidos—. ¿Cómo se encuentra Chaya?

—No muy bien. Esto la está matando.

—¿Le has dicho que venía?

Aryeh asintió con la cabeza.

—Te está esperando.

—¿Sabe a qué he venido?

—No lo creo, yo sólo le dije que querías acompañarnos.

—Bien, más vale que no sepa la verdad.

Atravesaron Albucciu, dormida bajo el sol del mediodía, y la dejaron atrás en un momento, al cabo de unos minutos aparecieron los altos peñascos que rodeaban Arzachena. Casi no había tráfico. Aryeh observó cómo se perfilaba su chalet. Nunca antes se había sentido tan a la deriva al llegar a casa.

Maria había preparado la comida, consistente en *pane carasau* —pan redondo, crujiente y plano como un roscón, muy parecido al pan ácimo de Palestina—, pescado, tomates y queso calcagno. Lo rociaron sin placer con un vino Tortoli seco. Yosef se veía cansado, había viajado casi desde que recibió la llamada telefónica la noche anterior y parecía más pensativo de lo que Aryeh recordaba.

Una vez acabada la comida y despejada la mesa, Aryeh pidió a María que regresara al comedor.

—¿Cómo se encuentra Chaya? —inquirió.

—Hoy un poco mejor, creo. A veces llora, a veces se queda muy quieta. Está esperando. Ahora duerme, pero sólo con la ayuda de pastillas, y ése no es un buen sueño.

—¿Le ha dicho algo?

María negó con la cabeza.

—Nada, *signore*. Cree que pronto pagará el rescate, que pronto le devolverán a su hijo, y que no le han hecho daño.

Aryeh la vio morderse el labio con fuerza; más de una vez la había encontrado sollozando silenciosamente en la cocina.

—Cuando despierte, por favor dile que su hermano está aquí, su hermano Yosef. Querrá verlo, puede que esto la anime un poco. —Hizo una pausa—, María, quisiera que explicaras a Yosef lo que me dijiste ayer; por favor, no tengas miedo, ha venido a ayudarnos.

Maria observó al recién llegado. Ya había visto hombres como él antes, muchos, y no era la clase de hombre que a una mujer le conviniera conocer bien. Tenían una marca, estos hombres; todos los que ella había conocido murieron jóvenes y de modo violento. De haber sido joven otra vez, habría hecho cualquier cosa por él.

Habló en italiano y Aryeh tradujo al hebreo.

—Mi hermano posee pastos en el Supramonte, en Oliena. Hace tres días fui allí a hablar con él; es mi hermano mayor, de mis parientes vivos, el mayor. Le conté lo que había ocurrido, lo que significa para mí el niño, lo que significa para su madre. Me escuchó y me prometió que averiguaría lo que pudiera. Es un hombre muy respetado, las gentes hablan libremente con hombres como él, confían en él. Dos días después de que habláramos, vino a verme y me dijo que había encontrado el lugar donde tienen al niño. Es un sitio muy difícil de encontrar, cerca del Gennargentu, pero mi hermano lo conoce. Dice, *signore*, que está dispuesto a llevarlo, pero que no debe haber policías, ni *carabinieri* ni *mobile*.

—¿Querrá llevar a mi cuñado?

Maria miró de nuevo a Yosef y asintió con la cabeza.

—Sí, lo llevará.

Cuando Maria se fue, Yosef preguntó si podía usar el teléfono e hizo varias llamadas, todas a números de la zona; todas las conversaciones fueron en árabe, cosa que no sorprendió a Aryeh, habida cuenta de que eran árabes muchos de los hombres de negocios y turistas venidos a la Costa Esmeralda, a raíz de la empresa del Aga Khan.

Por supuesto, Yosef aprendió árabe marroquí como algo natural en su tierra natal, Marruecos, y posteriormente había aprendido los dialectos palestino y libanés. Si bien nunca habló abiertamente de su trabajo en la Sayaret Matkal, Aryeh siempre sospechó que en gran parte consistía en interrogar a los sospechosos árabes. Ahora, al oírlo hablar árabe con el fin de salvar a su hijo, Aryeh se sintió turbado; verse tan dependiente de alguien al que despreciaba desde hacía tanto tiempo, y saber que dependía precisamente de la habilidad de Yosef como cazador y asesino, le suponía una enorme contradicción.

Media hora después de la última llamada alguien tocó el timbre de la casa. Un hombre con un elegante traje de calle, un maletín grande en una mano y otro mediano en la otra, pidió ver a Yosef. Era italiano y su acento, marcadamente napolitano.

Yosef cerró las persianas de la sala y encendió la luz antes de pedir a su visitante que abriera el maletín más grande. Este contenía todo un arsenal: en la sección superior, un rifle Heckler & Koch PSG1 desmontado; en la inferior, una metralleta Beretta MPI2S de cuarenta centímetros de largo y mira telescópica; una pistola Browning Hi-Power de carga automática y municiones para las tres armas.

El segundo maletín contenía una variedad de artefactos, desde un telescopio binocular con visión diurna y nocturna hasta una ballesta de caza y sus saetas; junto a la ballesta, un extraño objeto que semejaba un diminuto cetro metálico con una correa de lona en un extremo. Yosef lo sacó y lo levantó, sonriente.

—Ustedes, los sardos, son muy ingeniosos. No creí que alguien pudiera conseguir uno de éstos, pero helo aquí.

—¿Qué es?

—Es un dispositivo que usaron las fuerzas especiales británicas en la segunda guerra mundial, un Peskett para combates cuerpo a cuerpo. Mira, la protuberancia en este extremo puede utilizarse como porra. —Presionó un botón en el otro extremo y salió una larga púa—. Esto es una daga muy eficaz, y esto... —levantó una minúscula bola de metal en el extremo de la porra y sacó una larga cuerda de metal— es un garrote.



Volvió a meter el arma en el maletín y lo cerró.

El deleite que Yosef parecía encontrar en las armas inquietaba a Aryeh. Lo había visto manejarlas, visto el placer que le proporcionaba tocarlas y se preguntó cómo podía sentir alegría al usarlas. Pero éste era el hombre que había venido a salvar a su hijo, de modo que no dijo nada.

Al ver que Yosef quedaba satisfecho, el hombre que había traído los maletines se dispuso a partir. Dio un manojo de llaves a Aryeh y le dijo dónde había aparcado el vehículo. En el maletero Yosef hallaría ropa y otros artículos que había pedido.

—Y esto —le entregó un papel— es la dirección donde su cuñado encontrará a su intérprete, una mujer, una israelí que reside en Cerdeña desde hace varios años y habla tanto el italiano como el sardo. Su cuñado puede confiar totalmente en ella, yo mismo la he escogido; no tiene de qué preocuparse. Dígale a su cuñado que debe encargarse primero de los *latitanti*, pues tendrán instrucciones de matar al niño si algo les ocurriese a quienes los han contratado. Asegúrese de que lo entienda.

No dijo nada más, ni siquiera le deseó suerte. Para él, como para los secuestradores, se trataba de un mero negocio y, simplemente, en esta ocasión estaba de parte de Aryeh.

Cuando se marchó, Aryeh explicó a Yosef lo que el hombre le había dicho. Yosef lo escuchó atentamente, con un ocasional asentimiento de cabeza. Aryeh esbozó un mapa de Arzachena y en él señaló el lugar donde se hallaba el coche. Yosef lo estudió unos minutos, quemó el papel y echó las cenizas en la chimenea.

—Ahora, quisiera dormir un rato. ¿Está preparada mi habitación? —preguntó.

Aryeh se la enseñó.

—No te preocupes —le tranquilizó Yosef antes de cerrar la puerta—, Yoel estará bien. Ahora cuento con el tiempo suficiente para encontrarlo y encargarme de sus secuestradores; no me esperan, y en situaciones como ésta, el noventa por ciento del éxito en el combate reside en el factor sorpresa. Lo rescataremos, te lo prometo.

—¿Qué hay de Bianco? No va a renunciar con tanta facilidad y la información debe valer mucho para él.

—Estoy de acuerdo, pero en cuanto Yoel se encuentre a salvo estará en desventaja. Primero salvemos a Yoel y después decidiremos qué hacer con nuestro amigo alemán.

Aryeh dio un paso adelante y dio un torpe abrazo a su cuñado. Éste respondió calurosamente y estrechó a Aryeh contra su pecho, como si con ello pudiese borrar las discusiones. ¿O acaso el propio Yosef, sintiéndose tan cercano por primera vez, quería que Aryeh las borrara?

—Gracias. —Aryeh se apartó por fin, sonrojado y desconcertado—. Lamento que... lamento que tuviésemos que esperar a que esto nos uniera.

Yosef esbozó una sonrisa cansada, impaciente.

—No te preocupes, volveremos a discutir. Tú todavía eres paloma y yo sigo siendo halcón. Forma parte de nuestra naturaleza. Tú decidiste abandonar Israel y yo elegí defender la tierra que Dios nos dio; eso siempre causará fricciones entre nosotros. Pero Yoel es hijo de mi hermana y tú, su marido. Eso es lo que importa en este momento. Ve a dormir un poco porque te necesitaré esta noche.

A solas en su dormitorio, Yosef se sentó sobre la cama, ordenó sus ideas y dejó que su cuerpo se relajara. Antes de dormir, tenía que recitar su oración de la tarde, de modo que se levantó y agitó la cabeza para despejarse.

—Señor —empezó—, abre mis labios y de mi boca saldrán alabanzas...

Abajo, sin Dios y sin hijo, Aryeh vigiló los maletines de aspecto inocente e hizo todo lo posible por no pensar en nada.

Yosef acababa de recitar el *shmoneh esreh* cuando la puerta se abrió. Miró por encima del hombro y vio a una mujer en el umbral; vestía un albornoz largo y estaba despeinada; sus ojos, rojos y cansados, daban la impresión de que no había dormido bien en varios días.

—¿Quién eres? —inquirió y, como habló en italiano, Yosef tuvo que adivinar lo que preguntaba.

—Soy Yosef, he venido a recuperar a Yoel.

Ella lo miró en silencio un rato y se apartó un mechón de los ojos.

—No eres Yosef. Yosef está en Eretz Israel.

Él se le acercó con los brazos abiertos y los ojos anegados de lágrimas. Nunca la había visto tan herida, tan destrozada.

—Soy yo, Chaya, tu hermano Yosef. Salí de Israel anoche. Sólo he venido yo, el resto de la familia no sabe nada. No te preocupes, esto se acabará pronto.

Ella dio unos pasos hacia atrás y continuó mirándolo como si lo que decía no tuviese sentido. Finalmente, giró sobre los talones, salió sin pronunciar una sola palabra más y cerró la puerta a sus espaldas. Yosef la oyó regresar a su propia habitación arrastrando los pies. Lo envolvió un terrible cansancio y de pronto se preguntó si era él el indicado.

Marcilo después de caer la noche, se llevó las armas y se aseguró de que nadie lo viera salir. Sus contactos habían hecho arreglos para que se reuniera con su intérprete en Nuoro, la capital provincial en la frontera con la región de Barbagia. Llegó justo antes de las once con la imagen de su hermana aún fresca en la mente, cual un insecto peligroso volando en una estancia vacía. Un mapa cuidadosamente esbozado lo llevó directamente a la dirección que buscaba, un apartamento elegido por su anonimato y relativo aislamiento. Tocó el timbre una vez y dio un paso atrás. Aguardó.

En un momento la puerta se abrió y reveló a una mujer de baja estatura y de cabello oscuro. Contaría poco más de treinta años; vestía con sencillez pero con esmero: pantalón y jersey negros. Yosef se fijó de inmediato en la inteligencia y energía de sus ojos y observó la mueca ligeramente burlona de sus labios. Esperaba a alguien diferente, alguien con aspecto pedante y reservado, alguien con quien quizá resultaría difícil trabajar en caso de acabar teniendo que negociar directamente con los secuestradores. En seguida percibió que en una crisis esta mujer se mostraría serena y sensata.

—Usted debe de ser Yosef Abuhateira —dijo en hebreo—, yo soy Maryam, Maryam Shumayyil. Encantada de conocerle.

Le tendió una mano y él se la estrechó, pero sólo para darle un brevísimo apretón. Se sentía traicionado.

En cuanto vio su expresión Maryam la identificó.

—Creyó que sería judía.

Yosef asintió con la cabeza, mudo, y trató de convencerse de que daba igual, de que sólo sería su intérprete, que no la iba a pedir en matrimonio, pero de nada le sirvió. Con el paso de los años y sobre todo desde que residía en Kiryat Arba, se había vuelto desconfiado con los árabes. Quizá el papel de la intérprete no fuese el más importante en este asunto, pero tenía que estar seguro de su lealtad.

—No es nada personal.

—Nunca lo es. —Maryam hizo una pausa y lo miró con dureza; la diversión desapareció de sus labios, como si le hubiesen puesto una rodaja amarga en la boca. Algo en sus ojos alteró a Yosef—. Más vale que entre.

El espartano alojamiento provisional que le habían proporcionado sus contactos consistía en unos cuantos muebles baratos, una televisión y un hornillo eléctrico. Con su aplomo, Maryam resaltaba en ese entorno, controlada y casi burlona. Ahora, con la luz, Yosef se dio cuenta, para su sorpresa, de que era bonita; más que eso, poseía una dignidad y una seguridad en sí misma que convertía lo bonito en algo más sólido.

—Abuhateira... —La mujer se sentó en una de las dos sillas de la estancia y él lo hizo en la otra—. ¿Marroquí?

Yosef asintió con la cabeza.

Maryam empezó a hablar en árabe.

—Mire, casi no me han dicho nada de su situación y, a menos que algo vaya mal, no necesito saberlo; pero he vivido aquí el tiempo suficiente para tener una idea de lo que ocurre y el hecho es que no tiene tiempo para buscar otro intérprete aunque pudiese encontrarlo, cosa que dudo. De modo que, a menos que esté dispuesto a correr riesgos innecesarios, me parece que tendrá que aguantarme.

—Un intérprete no es esencial, puedo arreglármelas solo.

—¡Y un cuerno! Aunque hablase bien el italiano, estaría perdido en la Barbagia.

Yosef se encogió de hombros. Sólo quería disculparse y marcharse.

—¿De dónde es? —preguntó Maryam.

—De Jerusalén.

—¿Vive allí ahora?

—No. —Yosef negó con la cabeza—. En Kiryat Arba.

Una lenta sonrisa apareció en los labios de la mujer.

—Ya veo, eso lo explica. Puede que tenga razón, quizá no necesite una intérprete.

Maryam se puso en pie sin dejar de observarlo con una expresión difícil de descifrar, no era de hostilidad, sino de algo entre la amargura y la resignación.

—No me debe nada —comentó. Recogió del suelo una bolsa de fin de semana y al dirigirse hacia la puerta se volvió—. Dígale a sus amigos que les devolveré el anticipo que me han pagado. Buena suerte, espero que encuentre a su sobrino.

Yosef pensó en Yoel, asustado y rezando para que lo liberaran; si algo salía mal nunca podría perdonárselo.

—Lo siento —contestó en árabe casi sin darse cuenta—. No hablo una palabra de italiano y ya no digamos de... —Vaciló.

—Sardo. Sobrevivirá, la gente de la zona es muy tolerante con los forasteros. —Maryam abrió la puerta—. La llave está sobre la mesa, échela cuando salga.

—Van a matarlo —comentó bruscamente Yosef—, a menos que yo lo evite. Sólo tiene diez años.

Se preguntó si ella tendría hijos. La mujer lo contempló largo rato, como si lo estuviera juzgando, Yosef se sintió empequeñecido por su mirada, evaluado, medido con unos valores morales que era incapaz de comprender.

—Muy bien —aceptó Maryam por fin—. Por el niño. —Dejó que la bolsa se deslizara de su hombro y cayera al suelo—. Lo haré por el niño, dígales eso cuando regrese a Kiryat Arba.

Partieron antes del amanecer, a pie, como sombras, rumbo al Supramonte. Matteo, el hermano de Maria, guió a Yosef sin vacilar en la oscuridad: había pasado la vida en estos montes, andado por sus caminos bajo cualquier inclemencia del tiempo, y los conocía tan bien como el cuerpo de su esposa. No hablaron, pues habían dejado a Maryam en Oliena, donde permanecería hasta que Yosef trajera al niño. La noche anterior, los dos hombres se habían dicho todo lo que necesitaban decirse. Matteo le enseñaría el camino hacia la cueva donde tenían al niño y aguardaría, bien escondido, hasta que llegara el momento de llevar a Yosef de vuelta.

Recorrieron el valle del Locol, se adentraron en las colinas encima de Orgosolo. Se hacía de día por momentos y las cumbres del monte Corراسi y del monte Ortu se recortaban contra el cielo como fantasmas. Allí donde antes había racimos de estrellas, ahora había un campo con franjas plateadas y nacaradas. Yosef contempló el terreno montañoso que nacía en derredor y recordó el Marruecos de su infancia. Con nostalgia evocó las mañanas en que vigilaba los pastos de su padre, el aroma de las flores de las colinas al abrirse, el sonido de las ovejas y las cabras de su padre. Si alguna vez encontraba la paz, regresaría a un lugar como éste y criaría ovejas y vería salir el sol por las mañanas.

Hicieron una breve pausa mientras Yosef recitaba la oración matutina; primero se lavó en un frío riachuelo, se ató el *tefillin* al brazo derecho y se cubrió la cabeza con el chal de oración. El pastor lo miró sin curiosidad.

Matteo se movía como un joven, subía por las empinadas cuestas casi con la misma facilidad y gracia que poseía a los veinte años. Costaba calcular su verdadera edad, pero su hermana María pasaba de los cincuenta años y había tres hermanos entre ellos. Quería dejar Orgosolo atrás y penetrar la *macchia* antes de que los vieran. Una vez allí, podría esconder al forastero de modo que nadie lo viera en los viejos caminos, senderos antiguos antaño marcados por las pezuñas de jabalíes y musmones.

No lo avergonzaba lo que estaba haciendo, pero sabía que desobedecía el código de las montañas al traicionar a sus compatriotas ante un extranjero. Lo que lo convenció de hacerlo fue el saber que los secuestradores no eran oriundos de Barbagia; lo supo sólo con ver cómo trataban al niño. Lo más probable, pensaba, era que fuesen miembros oportunistas de grupos anarquistas del continente y criminales organizados de Cagliari, que utilizaban a los pastores como mano de obra contratada para guardar al niño en un sitio seguro. Matteo condonaba el secuestro y el robo de ganado bajo el código no escrito de Barbagia y hasta las anticuadas normas de la

Anónima. Pero estos forasteros implacables y codiciosos estaban dispuestos a cortarle una oreja y un dedo a un niño con el solo fin de apresurar una transacción. No los compadecía, ni a ellos ni a nadie que se aviniera a trabajar para ellos.

A ambos lados, las sombras se solidificaron y se convirtieron en gigantescos montículos de piedra caliza; al aumentar la luz, el color de la piedra cambió de verde a azul grisáceo y a plateado. En una cuesta a la derecha vieron un grupo de *su pinnettu*, viejas casas hechas de troncos de tejo, y tejados cubiertos de musgo.

Subieron a un montículo, en la cima del cual Matteo enseñó a su compañero un sendero que serpenteaba entre una maraña de endrinos, arrayanes y madroños. Allí empezaba la *macchia*, la inmensa extensión de maleza donde generaciones de bandidos y fugitivos de la justicia se habían escondido. En sus mochilas ambos hombres ocultaban armas. Yosef vestía ropa vieja de Alessandro, el hijo de Matteo, y llevaba su rifle de caza en el hombro.

Entraron en un tramo boscoso donde altos olmos tapaban casi toda la luz. Brillantes grupos de retama crecían en los espacios entre árboles caídos; de cuando en cuando pasaban junto a los restos de árboles quemados hacía mucho tiempo en incendios forestales, pero que permanecían en pie cual monumentos a sus compañeros desaparecidos. Las aves callaban a su paso, luego se envalentonaban y volvían a cantar. Al salir del abrigo de los árboles Yosef y Matteo se encontraron muy arriba y el sol les dio en la cara.

Yosef sabía que no podría haber venido solo, en parte porque ningún forastero habría encontrado sin ayuda el camino hacia la cueva donde los pastores tenían al niño, pero sobre todo porque las montañas estaban repletas de grutas inesperadas y profundos barrancos en los que un hombre podría caer sin que lo encontraran en meses o años.

Matteo asió su brazo y señaló hacia arriba, a través de un estrecho puerto.

—*E' un po' pin in lá* —dijo—. *Piú in alto. Il nascondiglio.*

Yosef entendió lo que quería decir y asintió con la cabeza. A partir de ahora tendrían que andarse con mucho más cuidado.

Cada vez que despertaba sentía el dolor y la terrible presión de las vendas que le habían puesto en la cabeza. Rompía a llorar, en parte por el dolor y en parte por el miedo y la soledad que lo rodeaban desde que los hombres fueron a por él. Entonces le daban pastillas, el dolor remitía un poco y lo dejaban solo con el miedo y la soledad.

Recordó la voz de su padre que le gritaba mientras ellos bajaban con él en brazos: «Yoel, no te preocupes, te recuperaré... te encontraré». Pero habían pasado varios días y su padre no había acudido todavía. Quería a su madre, desesperadamente, y por la noche lloraba, quedamente para que no lo oyeran y lo golpearan. Podían cortarle la

otra oreja, cortarle todos los dedos, no le importaba, a condición de que lo llevaran de vuelta con ella.

Sabía lo que había ocurrido, lo supo casi en seguida. Unos bandidos lo habían secuestrado y pedían un rescate. Habían hablado de eso en la escuela, susurrando, donde los maestros no los oyeran. Todo el mundo sabía lo de los secuestros, de las pandillas que cogían a niños pequeños y los retenían escondidos hasta que sus padres pagaban suficiente dinero para recuperarlos, y los mataban si no pagaban todo lo que querían. El invierno pasado hubo una niña en Porto Cervo, y hacía unos años un niño en su escuela, un niño árabe cuyos padres eran amigos íntimos del Aga Khan.

Uno de sus amiguitos en la escuela, otro niño judío llamado Yigal, le había contado que su padre tomaba fuertes precauciones para su seguridad. Cada día un chófer con un Mercedes lo recogía en la escuela, y cuando iba a la playa o a pasear por los montes, lo acompañaban guardaespaldas. Pero los padres de Yigal eran muy ricos, mucho más ricos que los de Yoel y tendrían dinero suficiente para pagar el rescate. Yoel tenía miedo de que su propio padre no hubiese podido encontrar el dinero que querían los secuestradores y de que los hombres lo matasen si no lo conseguían.

Lo dejaban a oscuras mucho tiempo, en el fondo de una pequeña cueva que apestaba a comida rancia y a cabras. Yoel creía que la usaban para guardar los animales en invierno y como refugio para los pastores. Había cuatro hombres con él, todos sardos, todos pastores, y lo trataban como a un animal, pero no fueron ellos los que le cortaron el dedo y luego la oreja, eso lo hizo la mujer.

Nunca les había visto la cara pues llevaban máscara todo el tiempo, o al menos cuando estaban con él. Los pastores iban y venían durante el día y pasaban la noche en la cueva; dos de ellos lo vigilaban en todo momento. A veces los otros, la mujer y los dos hombres que lo sacaron de la casa, venían a verlo. La mujer le dijo que si su padre no pagaba pronto tendrían que hacerle daño otra vez; añadió que volvería con una cámara de vídeo y que tendría que hacer una película pidiéndole a su padre que pagara, diciéndole lo que le harían si no pagaba.

Yosef apartó una rama y enfocó la entrada de la cueva con el telescopio. Había pasado las largas horas de la noche frente al escondite, vigilando y durmiendo hasta el amanecer. Matteo había ido a cazar; le había dejado un poco de comida y agua y le había dicho que regresaría por la tarde.

Por la mañana Yosef examinó a fondo el entorno de la cueva y comprobó que había cuatro guardias y que todos llevaban rifles de caza en todo momento.

Uno salió con el arma al hombro y se dirigió hacia el lugar que Yosef supuso usaban como letrina. No habían sacado al niño en ningún momento, aunque había visto a uno de los pastores salir antes con un cubo tapado. Tampoco había señales de fuego, ni fuera ni dentro; los pastores comerían comida fría para no llamar la atención

con el humo.

No estaba seguro de qué hacer a continuación, pero sabía que tendría que decidir pronto y ponerse manos a la obra. Estaba razonablemente seguro de que, si entraba ahora, podría pillar a los pastores por sorpresa y rescatar al niño. Ésa era su principal misión. Sin embargo, la última imagen de su hermana con la mente tan alterada que no lo reconoció, le había provocado un deseo perentorio de vengarse. Quería enviar un mensaje a todos aquellos que pensarán en secuestrar niños judíos, y eso significaba que debía coger también a los organizadores... aquí o, si conseguía seguirles la pista, en su base.

Necesitaba averiguar cómo Bianco se ponía en contacto con los hombres en el escondite: o alguno de los pastores bajaba una vez al día a un pueblo cercano a telefonarle o bien contaban con un aparato de radio; Yosef habría apostado por el aparato, pero nunca apostaba, pues la opción del teléfono en el pueblo resultaba torpe, podría atraer la atención de alguien y sería inútil en caso de urgencia.

Eso significaba que si iba primero a coger a los pastores, debía hacerlo con rapidez: con una palabra de advertencia a través de la radio, Bianco y cualquiera que estuviese con él se largarían. Yosef habría dado lo que fuera por saber cuándo se efectuaba la toma de contacto diaria. Probablemente a primera hora de la mañana y, si ya lo habían hecho hoy, sabía que tendría que esperar al menos otra noche antes de que el grupo principal se presentara.

Apagó el telescopio y tapó la lente. Ya lo había decidido: ése era el momento de sacar al niño.

La bajada hacia la letrina era resbaladiza y lo acercó peligrosamente a la entrada de la cueva, pero había escogido el camino con cuidado, casi siempre camuflado por la espesa maleza, gateando a veces, como un animal acechando a su presa, y con la mente centrada en dos únicas cosas: en el silencio y en permanecer oculto; si conseguía hacerlo todo sin hacer ruido, tanto mejor.

Dio un rodeo hasta situarse detrás de la letrina y fuera de la vista de la cueva. Delante de él vislumbró su objetivo, el pastor que había salido: sentado sobre un tronco caído, se tomaba su tiempo para fumar un cigarrillo y había dejado el rifle en el suelo.

Yosef sacó el Peskett de una bolsa pequeña que le colgaba del cuello y extrajo poco a poco el largo alambre del garrote; lo habían lubricado bien y se encontraba en perfectas condiciones. Avanzó sin hacer ruido. El hombre se encontraba ya a pocos metros, cantaba suavemente para sí una popular canción de amor. Yosef se apresuró a eliminarla de su mente.

Cruzó los últimos metros como una sombra. Ahora todo dependía de la rapidez: la vida del niño, la suya propia, el honor y la felicidad de su familia, todo ello



dependía de la rapidez. La compasión lo retrasaría, le retendría la mano, lo destruiría a él, destruiría al niño y destruiría a Chaya. Se encontraba lo bastante cerca como para tocar al hombre y en ese momento supo que se había percatado de su presencia. El pastor dejó de cantar y empezó a volverse. Yosef levantó el garrote, rodeó con él el cuello del hombre y tiró de él con un rápido movimiento, sin vacilar. El fino alambre sajó el cuello del pastor, penetró en la carne y los tejidos como un cuchillo en el queso. El cuerpo se tensó y se aflojó. Yosef se echó hacia atrás de inmediato, dejó que la sangre manara y aguardó a que el corazón bombeara sus últimas consignas al cerebro moribundo. El cuerpo se estremeció y se detuvo; la sangre corrió por todas partes y enrojeció la hierba.

Yosef cogió a su víctima de los brazos y, cuando empezaba a arrastrarlo hacia atrás, oyó voces cerca de la cueva. Miró hacia arriba y vio a tres personas que se acercaban a la entrada. Una mujer, que llevaba algo parecido a una cámara de vídeo, y dos hombres con chaquetas de camuflaje y gorras negras. Los tres llevaban modernos rifles en bandolera.

El grupo de secuestradores había llegado. Quizá uno de los hombres fuese el propio Bianco. No tardarían más de unos minutos en darse cuenta de que uno de los pastores había desaparecido.

U no contra seis. Podía descartar a los tres pastores o bandidos que quedaban; no parecían ni bien entrenados ni bien armados, y estaba seguro de poder encargarse de ellos sin problemas. Pero no sabía cómo serían los tres recién llegados; quizá fuesen criminales corrientes sin conocimientos de cómo luchar; o bien, si Matteo no se equivocaba en sus especulaciones y eran anarquistas del continente o terroristas de derechas, cabía la posibilidad de que supieran cómo reaccionar. Llevaban armas de muy buena calidad y si sabían usarlas podrían resistirse a un hombre sin apoyo.

Fue hacia la roca en la que se encontraba la cueva y trepó hasta situarse un poco a la derecha encima de la entrada. En cualquier momento alguien saldría a buscar al hombre que faltaba. Yosef se apoyó en una roca que sobresalía y cogió la ballesta que llevaba a la espalda.

Oyó un grito abajo.

—*Antonio! Antonio! Dove diavolo sei? Sono arrivati i pezzi grossi!*

La voz hizo eco en las rocas y se desvaneció. Yosef miró hacia abajo: uno de los guardias había salido de la cueva y buscaba alguna señal de su amigo. Vestía una chaqueta de cuero, tejanos deslavados y una boina; un hombre apuesto de unos veinticinco años, probablemente no fuese pastor, pensó Yosef, sino un hombre de la zona que había pasado tiempo en chirona y ahora huía. El hombre se dirigió hacia la letrina. Yosef lo observó y levantó la ballesta. Aflojó la cuerda al máximo y en completo silencio colocó una flecha en el canal. El hombre se hallaba en su punto de mira, tan impotente como un conejo.

Lo vio ponerse tieso; ya había visto la sangre, en un par de segundos habría adivinado lo que significaba y entonces gritaría. Yosef dejó volar la flecha y ésta se clavó en el cuello del hombre, sin ruido. El golpe debería de haberlo hecho caer, sin embargo, inesperadamente, mantuvo el equilibrio, trastabilló, movió los brazos y, finalmente, con los dedos debilitados trató de asir lo que tenía clavado en su cuello.

Sin compasión, Yosef lo contempló darle pequeñas y repetidas vueltas dolorosas, como si al girarla pudiese destornillar la saeta que lo estaba matando. Su diminuta boca se abría y cerraba, sin emitir sonido alguno, llena ya de sangre. Se tambaleó, casi cayó. Desde su escondite, Yosef lo observaba. El moribundo dio tres pasos adelante y cayó de rodillas; había conseguido coger la punta de la flecha con ambas manos y tiraba de ella. Tenía las manos enrojecidas de sangre.

Otro hombre salió de la cueva y vio al primero forcejeando. Una flecha, apuntada

con precisión, lo alcanzó en un lado de la cabeza, en la oreja. Él también cayó sin hacer ruido.

El primer hombre se estaba dejando llevar por el pánico, no podía librarse de lo que se le había clavado en el cuello, ni siquiera podía asirlo bien. Se desplomó, pataleando. Yosef ya se movía, trepaba por las rocas hasta alcanzar una profunda hondonada que había avistado antes con el telescopio y que le permitió bajar y esconderse fuera de la vista de la entrada de la cueva.

Al pie de la roca un grupo de madroños le proporcionaron un buen refugio; desde allí veía a los dos hombres, arriba, uno quieto del todo y el otro, convulsionándose de vez en cuando, como un pez en la tierra.

Avanzó por el camino de cabras que llevaba a la cueva y se ocultó en la *macchia* frente a aquella. Corrió agachado entre la maleza y se situó justo enfrente de la entrada de la cueva, cuyo interior estaba totalmente a oscuras. Desde donde se hallaba no veía nada.

Ahora sospecharían; se sentirían recelosos y un tanto inquietos, quizá hasta temerosos. Tres hombres habían salido y ninguno había vuelto. Lo que más los preocuparía sería el silencio. La policía o los *carabinieri* se habrían anunciado, habrían exigido que se entregaran, que liberaran al niño sin causarle daño. Pero nada: ni un grito, ni un disparo, nada.

Alzó el telescopio y enfocó la entrada de la cueva. Una tenue luz brillaba, pero no vio nada más. Dejó el telescopio en el suelo y abrió la mochila. Matteo le había dicho que la cueva tenía una sola entrada. Esperaba que fuese cierto. No debía dejarlos dentro, pues podrían herir al niño o usarlo como escudo para escapar. Tendría que hacerlos salir con trucos.

Abajo, en el claro, los esfuerzos del hombre con la saeta clavada disminuían; en torno a su cabeza se había formado un pequeño charco de sangre.

Algo malo ocurría. La horrible mujer y los dos hombres que siempre la acompañaban habían regresado. Se encontraban en la cueva y discutían frenéticamente sobre qué debían hacer. Yoel no sabía lo que había sucedido, pero poco después de su llegada se habían alterado. El corazón le palpitaba acelerado: quizá su padre había traído por fin a la policía para rescatarlo.

No los veía bien; siempre dejaban la cueva medio oscura y él creía que lo hacían para que no les viera la cara si se quitaban la máscara. Todavía no se la habían puesto y ni siquiera lo habían mirado de reojo. Percibía su nerviosismo, el mismo que mostraron cuando lo cogieron, sudorosos, hablando con voz dura, irritables, aunque después se habían portado con frialdad. Sabía que estaban dispuestos a hacerle daño sin importarles su actitud.

De pronto uno de los hombres empezó a toser; luego lo hicieron los otros, al

principio sólo un poco, aunque pronto empeoraron. Miró hacia la entrada de la cueva y vio una nubecilla cubrir la luz. Ahora tosían violentamente, tenían arcadas. De pronto le escocieron los ojos y la garganta, sintió como si tuviera espinas en el pecho y también él empezó a toser.

La mujer se hallaba de pie a su lado; se tapaba la boca con un pañuelo y le gritaba palabras que no entendía. Lo cogió del brazo y se lo torció.

—Nos han echado gas —murmuró—. Voy a sacarte de aquí; si tratas de escaparte, te dispararé. Mantente a mi lado.

Aguardó a que todos salieran. La suerte estaba de su parte, pues la ligera brisa que soplaba en dirección a la cueva empujó el gas hacia dentro. Había usado una granada Zig-Zag francesa, que saltaba impredeciblemente, gracias a lo cual los que estaban en la cueva no podían localizarla.

Salieron tambaleándose, se apoyaron en la roca y tomaron varias bocanadas de aire. La mujer fue la última, arrastraba al niño a su lado. Era lo bastante lista, o tenía suficiente experiencia, como para taparse la boca y la nariz con un pañuelo mojado, de modo que estaba más alerta que sus amigos. La mano con la que apuntaba al niño con la pistola no temblaba. Yosef la oyó gritar algo, aunque no entendió nada. Miró alrededor en un intento de localizar a sus agresores. El niño, con la cabeza y una mano vendadas, tenía dificultades para mantenerse en pie. La mujer vio a los hombres en el suelo, ambos quietos ya, y volvió a gritar; estrechaba al niño contra su cuerpo a modo de escudo y le apuntaba con el cañón de la pistola.

Yosef apuntó cuidadosamente y disparó a la cabeza de uno de los hombres que llevaban chaqueta de camuflaje. Cuando cayó, Yosef ya estaba apuntando al siguiente blanco. El otro recién llegado se quitó el rifle del hombro y abrió fuego ciegamente hacia el lugar del que procedía el disparo. Yosef lo tumbó con un único disparo entre los ojos. El pastor corría a trompicones hacia los matorrales que rodeaban la roca. Un tercer disparo lo cogió en la parte posterior de la cabeza.

Cuando Yosef miró de nuevo, la mujer había tirado al niño al suelo y se hallaba de pie encima de él, asía la pistola con ambas manos, le apuntaba a la cabeza y gritaba. Yosef no sabía qué hacer. Resultaría fácil dispararle, pero un movimiento reflejo podría dirigir una bala al cráneo del niño y echarlo todo a perder.

Tenía que obligarla a levantar el arma, apartarla de Yoel. Sin embargo, aunque se dejara ver, Yoel sufriría las consecuencias. Ella no sabía que Yosef era el único tirador, pero si conseguía arrastrar al niño lo bastante lejos, lo adivinaría; y en cuanto el niño ya no sirviera de escudo y se convirtiese en carga, no tendría reparos en matarlo, Yosef lo sabía.

Sacó la Browning de la mochila y la cargó. La metió entre la correa de la espalda de la chaqueta que se usa para colgar pequeños paquetes; no se caería si no se movía

bruscamente. Se puso las manos en la nuca, se levantó despacio y echó a andar.

La mujer movió la pistola y lo apuntó.

—*Gli altri! Dove son gli altri?* —gritó.

Yosef agitó la cabeza.

—No lo sé —contestó en hebreo—. No hablo italiano.

Vio a Yoel levantar la cabeza. La mujer lo miró fijamente; todavía no lo había entendido. Su aspecto lo sorprendió: realmente hermosa, de baja estatura y corto cabello rubio rizado. Mantenía la mano que asía la pistola firme como una roca. Había visto mujeres como ella entre los suyos, en la orilla oeste, pero nunca pensó que encontraría una aquí. Su fe las había inspirado a emprender grandes hazañas. ¿Acaso la codicia también daba tanto valor?

La mujer agitó la pistola y lo señaló, a la vez que le gritaba alguna orden. Yosef avanzó un par de pasos; debía tenerla al alcance, lo bastante cerca para que el primer disparo sirviese, pues no tendría una segunda oportunidad.

De pronto, Yoel gritó en hebreo, tradujo lo que le decía la mujer.

—Quiere que levante más las manos, poco a poco, dice. Dice que si no lo hace, le disparará y luego me disparará a mí.

Yosef echó una mano atrás para coger la Browning pero ésta había resbalado hacia abajo, impulsada por su propio peso. Estiró el brazo cuanto pudo, mas no consiguió tocar el arma.

La mujer gritaba y gesticulaba frenéticamente con la pistola. Yosef alzó una mano sin dejar de tratar de coger la pistola con la otra; su dedo rozó la culata. Tendría que bajar el brazo y cogerla por el costado.

La mujer vio el movimiento y adivinó lo que iba a hacer. Se dejó caer de rodillas, cogió al niño, lo levantó y lo sostuvo entre ella y Yosef.

—*Lasci cadere la pistola!*

Yosef dejó caer el arma y la vio levantar la suya. Todo había acabado. Cerró los ojos y elevó una silenciosa y escueta plegaria, sin palabras.

Entonces oyó un sonoro disparo.

Al principio, el niño no lo reconoció y Yosef supuso que tardaría mucho en entender lo que había ocurrido. Hacía un par de años que no se habían visto, casi una vida para alguien de la edad de Yoel. Sus heridas físicas eran desagradables, pero se curarían y aprendería a vivir con ellas. Yosef había sustituido la venda de la oreja con un vendaje militar, bien aplicado: en sus tiempos lo había hecho con casos peores.

Lo que le preocupaba era el estado mental del niño, que tenía un shock y se asustaba de todo cuanto veía y oía: el crujido de una rama bajo los pies, el balido distante de una cabra montesa, el repentino aleteo de un ave al alzar el vuelo.

No había preguntado por sus padres, ni cuándo se reuniría con ellos; ni siquiera había llorado por ellos. Aun cuando Yosef le aseguró que pronto estarían en casa, no había mostrado ninguna emoción, como si en cuestión de días hubiese olvidado que tenía una casa y un hogar al que pertenecía y no a esa oscura cueva. Andaba con ellos, con la cabeza muy metida entre los hombros y los músculos hechos nudos, como preparándose para el siguiente golpe o la siguiente herida. Angustiado, Yosef lo observaba esperando que explotara en cualquier momento. Era demasiado pronto para saber si se recuperaría de este tormento, pero dado el estado de Chaya, temía que su sobrino se retrajera aún más, y para siempre.

Matteo iba delante, como antes; los guiaba por los estrechos senderos que los sacarían del Supramonte. Su disparo había pillado a la mujer completamente desprevenida, cuando no apuntaba al niño. Hasta entonces, Matteo se había contentado con observar sin intervenir. Los pastores eran hombres de la zona, rufianes que no le agradaban, si bien no les habría disparado; los forasteros, en cambio, eran harina de otro costal, aunque se los habría dejado al extranjero de no ser por el cobarde intento de la mujer de usar al niño como escudo.

Antes de irse, Matteo y Yosef se habían empleado a fondo para enterrar los cuerpos en la parte más densa de la *macchia* y limpiar la zona en torno a la cueva. A la policía no le costaría encontrarlos si llegaba en busca de pistas, pero alguien que pasara simplemente por allí no habría visto nada fuera de lo normal, y las gentes de la zona, acostumbradas a toparse con cuevas que habían hecho las veces de escondite, ni siquiera considerarían que mereciera la pena informar de ello.

Yosef se detuvo dos veces para rezar en el camino de regreso, pero no se puso el chal de oración ni el *tefillin*, que sólo se usaban para las oraciones matutinas. Desde cierta distancia, Matteo lo contempló con la misma indiferencia que antes. Su

hermana le había explicado que, como los Levin, era judío, pero eso no le decía gran cosa. Que él supiera, cuando era joven no había judíos en Cerdeña. Había oído hablar de las leyes racistas aprobadas por los fascistas en los años treinta y de las cosas terribles hechas después a los judíos italianos, cuando los alemanes tomaron el control en el norte, pero todo eso ocurrió en el continente y nada tenía que ver con él. Los Levin pagaban bien a su hermana y, según afirmaba, se portaban bien con ella. Eso, a Matteo le bastaba.

Hacía tiempo ya que había oscurecido cuando llegaron a la casita de Matteo en las afueras de Oliena. Para entonces se hallaban todos exhaustos y resultaba obvio que Yoel no podría dar un paso más. La esposa de Matteo echó un vistazo al niño y se lo llevó directamente a la cocina para alimentarlo con comida caliente. Sería cruel llevarlo hasta su casa; antes de permitir que siguiera avanzando debía alimentarlo, lavarlo y dejarlo dormir toda la noche en una cama cómoda.

Matteo y Yosef se dirigieron a la ciudad. Maryam los esperaba, según lo convenido, en un pequeño bar detrás de la iglesia de San Lussorio. Yosef le dijo que habían recuperado a su sobrino, mas nada contó de lo ocurrido en la montaña. Parecía genuinamente aliviada, aunque la tensión entre ellos subsistía. Yosef dijo que quería telefonar a Aryeh y Chaya.

El teléfono sonó varios minutos y nadie contestó. Lo intentó de nuevo y colgó inquieto.

—Ocurre algo malo —anunció—. Deberían estar en casa.

—No siempre se puede uno fiar del teléfono —sugirió Maryam—. Voy a hablar con la telefonista.

Tardaron un rato en comprobar la línea, pero cuando la telefonista volvió fue para decir que todo funcionaba a la perfección.

Yosef condujo hacia el norte, acompañado de Maryam. De momento, Yoel estaría seguro con Matteo y su esposa; mañana, si todo iba bien, regresaría a Oliena y lo llevaría a casa.

El ambiente se relajó paulatinamente. A fin de evitar una conversación acerca del secuestro, Yosef le preguntó a Maryam sobre sí misma. Árabe israelí, cristiana de Tiberias, había cambiado de vida, primero en Nápoles, luego en Cagliari. Era lingüista, con un alto nivel académico y muy ambiciosa, pero en Israel no había trabajo para ella, o, en todo caso, ningún empleo que encajara con sus aptitudes y sus ambiciones. Tenía un doctorado en lenguajes artificiales y había intentado encontrar trabajo en el campo de la informática, pero todas las empresas de ese ámbito tenían contratos con el Ministerio de Defensa y ninguna quería emplear a un árabe, alegaban que podría constituir un riesgo para la seguridad.

Existía la posibilidad de que hiciera investigaciones en el Instituto Tecnológico de Haifa o en una de las universidades, pero sabía que no ascendería: en más de cuarenta

años, sólo un árabe había conseguido una cátedra en una universidad israelí y, para mayor desventaja, Maryam era mujer. Sabía que por muy buena que fuera y por muy original que fuese su trabajo, nunca conseguiría aquello que un colega judío daría por sentado.

Mientras conducían, Maryam habló de sus padres, del hogar que había dejado atrás, de la frustración que experimentaba al no poder servir a su tierra natal en el campo en que se había formado. En Israel no se habría atrevido a quejarse abiertamente ante un judío, pero aquí, en Cerdeña, no tenía por qué disculparse con nadie; hervían cosas en su mente, cosas de las que le hacía bien hablar.

Yosef la escuchó, asintiendo ocasionalmente con la cabeza y murmurando su comprensión. Gran parte del tiempo tenía la mente puesta en otro asunto. Ya antes había oído a los árabes rezongar acerca de lo mal que se les trataba en Israel y sentía cierta simpatía por ellos, sobre todo por los que contaban con una educación universitaria del más alto nivel, como Maryam. No obstante, tendía a preguntarse cómo le iría a una mujer cristiana en la mayoría de países árabes. En todo caso, entendía el punto de vista de las empresas de informática. No se podía uno fiar de los árabes en el ejército de tierra o en el ejército del aire; no tenía sentido emplearlos en lugares donde tendrían acceso a información delicada, datos que podrían pasar a las agencias de información árabes o a la prensa internacional. Maryam había hecho bien al irse; qué pena que no lo hicieran más árabes, dijo, y Maryam se calló, como si se hallase de vuelta en Israel, en un país donde no tenía ni rostro ni voz.

Era casi medianoche cuando llegaron a Arzachena, la diminuta ciudad se hallaba silenciosa, oculta en el sueño. Pasaron frente a una iglesia vacía y privada de luz que se hallaba a su izquierda, una empinada carretera de largas curvas serpenteantes los llevó al campo santo y, más allá, a un barrio de chalés modernos.

Una pálida luz en una ventana superior de la casa de los Levin sugería que la pareja se hallaba en el dormitorio, esperando noticias de Yoel. Todo parecía tranquilo. Quizá, a pesar de lo que les habían dicho, el teléfono no funcionase.

Yosef aparcó a unos doscientos metros de la casa, en un lugar que no estaba iluminado y que no se veía desde arriba. ¿Para qué arriesgarse? Sacó su Browning, comprobó que estaba cargada y volvió a guardarla en su funda.

—Quédese aquí. Si ve que alguien actúa de modo sospechoso toque la bocina tres veces.

—Mi trabajo consiste únicamente en ir con usted en calidad de intérprete...

—Como quiera, pero ya sabe lo que le hicieron a mi sobrino, y puede que mi hermana y su marido corran peligro. Tómelo como un deber cristiano, no me importa, pero me ayudaría que alguien vigilara.

—Pues apresúrese —dijo Maryam asintiendo con la cabeza.

Yosef abrió la portezuela del coche y salió a la oscuridad. Tras el calor del coche



y la somnolencia del largo viaje, la noche resultaba fría; no había nubes, y el cielo vacilaba bajo el peso de las estrellas. Yosef miró hacia arriba en un esfuerzo por ver en la oscuridad. Éste era un mundo al revés, en el que Dios sacaba a las galaxias de la luz y dejaba a niños acurrucarse incómodos en frías cuevas. Estos pensamientos lo turbaron y se centró en la tarea que tenía por delante.

Todo en la casa parecía normal. Yosef la rodeó una vez, para asegurarse de que todo estuviera bien. No había ni puertas abiertas ni ventanas rotas. Más tranquilo, fue a la puerta y llamó al timbre.

No hubo respuesta. Volvió a llamar y, mientras aguardaba echó un vistazo alrededor. El coche y Maryam se encontraban fuera de la vista, y la calle, vacía, como una carretera que atraviesa una ciudad cuyos habitantes se han marchado sigilosamente de noche. Entre tanto esperaba y los segundos se alargaban, se convertían en minutos. La experimentó de nuevo, con insidiosa crueldad, esa vieja sensación, una sensación que creía haber abandonado años atrás, en las calles de Beirut. Era la convicción de que, hallara lo que hallara detrás de esa puerta, él saldría menos humano que antes. El estómago se le retorció, sintió primero náuseas, y, de pronto, frío; se sintió distanciado de lo que vendría a continuación, no era ya sino un soldado en un país extranjero, cumpliendo su misión.

La puerta se derrumbó al segundo intento y la alarma no se disparó. Yosef desenfundó su Browning y entró. Todo en silencio. Nadie se movía. Nadie hablaba. No gritó. Caminó con sigilo, pues los intrusos podían estar todavía en el interior.

Encontró a Maria Deiana en la cocina, sentada en una silla, fuertemente amordazada, atada con cuerdas, al igual que Aryeh y Chaya hacía unos días. Los intrusos la habían rapado y atado al cuello un improvisado cartel en el que figuraba una única palabra: «Traidora». Tenía los ojos abiertos como platos, asustados; al principio no lo reconoció y el arma en su mano no hizo más que aumentar su terror.

Yosef se agachó a su lado y le habló en tono calmado y lento. María no entendía las palabras, pero su actitud la tranquilizó y, cuando se relajó un poco más, recordó al hombre que había venido a la casa el día anterior, el hombre que había venido a rescatar al pequeño Yoel.

Le quitó la mordaza y le indicó que guardara silencio. Quería preguntarle si los intrusos se hallaban todavía en la casa, pero no sabía cómo hacerlo. Se puso detrás de ella y desató las cuerdas que la sujetaban a la silla.

—*Il signor Levin... la signora. Al piano superiore... va subito...*

Yosef entendió la referencia a los patronos de Maria, pero no el resto.

—¿Dónde? ¿Dónde están?

—*Gli hanno portato via... di sopra, non so esattamente... forse nella camera da letto...*

Mientras hablaba, la anciana señalaba al piso de arriba. Yosef asintió con la

cabeza. Acabó de desatarla y con un gesto le indicó que permaneciera allí; salió de la cocina sin hacer ruido y empezó a subir por la escalera.

Sabía ya dónde encontraría a Chaya y Aiyeh. Habían dejado la luz de su dormitorio encendida, como reclamo. Aguzó el oído para captar hasta el más mínimo de los sonidos, pero lo único que percibió fue su propia respiración y los latidos de su corazón. Fingió que era de miedo, como si el hielo tuviese sentimientos, como si el hielo pudiese asustarse, era mejor que reconocer lo que sentía de veras al ir en busca de su hermanita.

Tuvo que luchar contra una oleada de recuerdos. Chaya en la cuna, Chaya en la escuela, Chaya en la *bar mitzvah* del propio Yosef, Chaya esperándolo cuando regresó a casa con su primer permiso del ejército, Chaya el día de su boda. Una vez arriba, titubeó como un ciego. De haber estado allí todavía, podrían haberlo matado en ese momento, pero Yosef ya sabía que hacía rato que se habían ido.

Alguien había cerrado la puerta con llave y la había sellado con espuma de esa que se endurece casi inmediatamente, la que usan los constructores para llenar huecos. La abrió de un solo golpe y se echó para atrás cuando aspiró una oleada de gas que le hirió la garganta y el pecho.

Consiguió alejarse, trastabillando y arrastrándose, y se encontró junto a la puerta del cuarto de baño. Tiró fuertemente de ella y se dejó caer en el interior. Se puso en pie y tanteó hasta encontrar una toalla, la empapó en agua y se envolvió la cabeza y la cara hasta los ojos para protegerse del gas. Cobró ánimos y regresó al descansillo.

De la puerta entreabierta del dormitorio escapaba el gas hacia el resto de la casa, inodoro pero mortal. Se abalanzó sobre la puerta y la cerró antes de bajar corriendo.

Se agachó y se apoyó contra la pared, tosiendo y resollando, sentía la cabeza ligera, y en el pecho, su corazón se convulsionaba como un perro apaleado. Al cabo de unos minutos empezó a recuperarse. Su exposición al gas no había sido ni muy intensa ni muy larga, y, aunque sabía que ni Chaya ni Aryeh estarían aún vivos, no podía dejarlos así sin más.

Bajó y entró de nuevo en la cocina. Sacó a Maria Deiana, por si el gas llegaba hasta allí. Era una anciana y estaba muy asustada, sus pulmones probablemente no soportarían ni siquiera una pequeña dosis. En cuanto la hubo dejado sentada en el escalón de afuera, Yosef se apresuró a buscar una escalera.

Encontró una larga escalera en el garaje y la sacó a rastras; en una caja de herramientas en el fondo del garaje encontró un martillo. La escalera se deslizó con facilidad por la pared y la punta descansó poco más de medio metro por encima de la ventana. Con el martillo metido entre el cinturón y el pantalón, Yosef subió. Sentía los pies de plomo y todavía le ardía el pecho.

Alcanzó el alféizar y con gran esfuerzo salvó los últimos peldaños. A primera vista todo en el dormitorio parecía normal: el mobiliario en su lugar, los cuadros en la

pared, derechos, los frascos de perfume y de maquillaje en fila sobre el tocador. En un largo espejo vislumbró su propia imagen, la de una criatura salvaje, espeluznante, suspendida entre velos de oscuridad.

Lo que vio a continuación lo vio a la primera, aunque en dos partes distintas, muy discretas ambas, y sin embargo, ligadas entre sí. En la pared encima de la cama de matrimonio, alguien había pintado una enorme esvástica roja, mal dibujada, de líneas torcidas y los codos al revés. La pintura se había escurrido de los brazos horizontales y daba la impresión de que había sangrado.

Dos figuras yacían en la cama, debajo de la esvástica, con el cuerpo retorcido, las extremidades inmóviles y la boca abierta en un vano intento de respirar. Su asesino las había rapado y les había puesto trajes a rayas. Lo primero que pensó Yosef fue que se trataba de una burla, pero entonces se dio cuenta de que no lo era, que eso era algo más cruel, que se trataba de una repetición, de volver a hacer algo que ya se había hecho.

# EL ENCUADERNADOR

**D**urante las siguientes semanas Yosef tuvo la sensación de que lo acechaban, aunque no a él personalmente, si bien, dado lo ocurrido en el Supramonte, no podía descartar del todo esa posibilidad. No obstante, en aquel momento en la ventana fuera del dormitorio, había sentido que se convertía de actor en espectador, de cazador en presa. Ya no era una persona, había pensado, ya no era Yosef Abuhateira, sino un judío, cualquier judío, que veía cómo arrastraban a su familia al pie de un burdo icono y la liquidaban, mientras él miraba, inmóvil, desde lo alto de una escalera de la que no era posible descender.

Hacía un frío anormal en Israel, sus fronteras norteñas, sumergidas en nieve y hielo, sus cielos, cargados de nubes, sus desiertos, yermos. De día llovía, una suave e incómoda lluvia que lo penetraba todo, de noche no había estrellas. Un pesado viento atravesaba el país, procedente de un lugar inexplicablemente remoto. Le gente temblaba y permanecía dentro. Yosef regresó a casa como un hombre sin alma, con la mente retorcida por el remordimiento y el corazón súbitamente estéril.

Enterraron a Chaya y a Aryeh en Jerusalén, uno al lado del otro, la ceremonia fue presidida por un rabino askenazí y otro sefardí. De pie junto a la tumba, Yoel, desconcertado, no entendía cómo, habiendo dejado la oscuridad de su cueva, se encontraba en esa oscuridad aún más absoluta. Desde lejos, sin lágrimas, sin emoción aparente, al parecer sin amor, observó cómo sus padres bajaban a su tumba. De los que lo vieron ese día, ninguno olvidaría al niño silencioso, con la cabeza aún vendada, una *kippa* negra en la cabeza y su mundo destrozado e irreparable.

Sus dos abuelos estaban a su lado, rígidos, cogiéndole la mano y con la mirada perdida. Después, ambas familias rezaron juntas, lloraron juntas y comieron juntas en silencio. No tenían palabras para tamaña monstruosidad, aunque, gracias a Yosef ninguno tenía idea de toda su extensión. Se trataba, les había dicho, de un secuestro que acabó mal, nada más. Los secuestradores los habían asesinado como advertencia a sus siguientes víctimas, en el caso de que se hicieran de rogar a la hora de soltar el dinero necesario para rescatar a su hijo o hija.

No mencionó ni el gas ni la esvástica pintada en la pared encima de los cuerpos, un mensaje que todos conocían y que no hacía falta recordarles.

Su intento de llegar al fondo del asunto había resultado frustrante. En la capital de la provincia de Sassari, la policía se mostró comprensiva, pero Yosef pronto se dio

cuenta de que o no querían o no podían investigar a fondo los asesinatos; en parte porque él mismo se hallaba atrapado por la inevitable mentira con que había considerado necesario envolver sus propias actividades, y en parte por una auténtica renuencia a involucrarse en una investigación que podría acarrear publicidad negativa para una zona de ocio que dependía tanto del turismo de los ricos.

Maria Deiana lo apoyó en todo lo que decía: afirmó que había venido a Arzachena para acompañar a su hermana y a su cuñado cuando secuestraron a su hijo; Yosef, manifestó, había aceptado actuar como intermediario, tras la inexplicable desaparición de Michele Mannuzzu. Reconoció que su patrón había engañado a la policía cuando dijo que Yoel se encontraba en Israel, pero ¿qué esperaba el *ispettore* que hiciera? ¿Acaso no se sentía confuso y temeroso?, quiso saber. ¿No le habían advertido los secuestradores que no lo notificara a las autoridades? ¿No le habían enviado un dedo cortado y luego una oreja? ¿Qué habría hecho el *ispettore*, en su lugar? ¿Acaso no tenía una madre, una esposa amante e hijos?

Maryam ya había convenido con Yosef en que sus historias debían coincidir. Sabía que corría el riesgo de ser acusada de complicidad en un intento de negociar, sin permiso policial, con secuestradores, y, aunque no conocía lo sucedido en el Supramonte, no creía que la policía tuviera que enterarse. Lo que le ocurriera a Yosef no le importaba, pero si ella se veía involucrada en algo más grave, por muy inocente que fuese su participación, las consecuencias serían críticas: cárcel, deportación o ambas.

Explicó a la policía que había acompañado a Yosef a Oliena, donde se reunieron con dos de los secuestradores y consiguieron convencerlos de que la cantidad exigida era desmedida comparada con las posibilidades de Aryeh, y que, para su gran sorpresa, les habían devuelto a Yoel, herido pero vivo. Yosef y Maryam habían dejado al niño exhausto con Matteo y habían regresado a Arzachena, sólo para encontrarse con que habían asesinado brutalmente a los padres.

El gas empleado era Zyklon-B, un gas hecho con ácido cianhídrico que una empresa llamada Degesch había fabricado para uso en los campos de exterminio nazis. Esta empresa, siguiendo las órdenes de las SS, había eliminado el olor que solía añadirse como advertencia, a fin de no alarmar a sus víctimas antes de que surtiera efecto.

Los botes que los asesinos habían dejado en el dormitorio de los Levin parecían muestras auténticas de los años cuarenta y para Yosef constituían el aspecto más perturbador del caso. ¿Cómo los habían conseguido? ¿Por qué se habían esforzado tanto y, presumiblemente, gastado tanto, sólo para burlarse del judaísmo de sus víctimas? ¿Acaso los botes de Zyklon-B, al igual que las esvásticas en la pared, suponían un mensaje?

—Créame —dijo el *vice questore*, el comisario adjunto, encargado del caso—, los

asesinos son simples bandidos, nada más. En Cerdeña no tenemos neofascistas, y mucho menos aquí, en la Costa Esmeralda. Esto de la esvástica... puede estar tranquilo, no es más que un truco para desviar la atención del auténtico motivo del asesinato.

—Me cuesta creer que los que usted llama simples bandidos tengan acceso a botes de Zyklon-B —replicó Yosef a través de Maryam.

Ésta iba ahora a todas partes con él e interpretaba. Lo horrible de la tragedia había derrumbado parte de la barrera que había entre ellos, y, muy a pesar suyo, se habían convertido en amigos recelosos.

El *vice questore* agitó la cabeza.

—Se sorprendería, *signore*, al ver lo que nuestros criminales pueden conseguir. A diario llegan a Cagliari barcos de Nápoles; algunos descargan en otros puertos. Sabemos de la mayoría, pero algunos, los más pequeños, no informan de su presencia, e incluso el capitán más honrado hará la vista gorda cuando su tripulación haga negocios con las autoridades portuarias. Si mostrase demasiado interés, tendría problemas, puede que graves problemas.

»¿Por qué problemas? Porque parte de su tripulación pertenece probablemente a la Camorra y estará protegida por algún importante *mammasantissima*. Esa gente puede conseguir cualquier cosa: drogas, armas, mujeres, niños, políticos, cualquier cosa que se le pueda antojar. Unos botes de gas alemán no son nada para ellos.

—Pero el Zyklon-B se produjo por última vez en los años cuarenta. Sería...

—No lo entiende. —El *vice questore* se encogió de hombros—. Cincuenta años no son nada para la Camorra. Después de la guerra mundial se llenaron los bolsillos y los almacenes. Si este gas era útil, seguramente lo debieron de obtener en algún saqueo y lo almacenaron en algún lugar. Créame.

Yosef y el policía discutieron hasta tarde, hasta que resultó obvio que nada que dijera el israelí haría que el funcionario cambiara de posición. Buscarían a los asesinos, gracias a una llamada telefónica de la embajada israelí en Roma, pero a Yosef algo le decía que sería una caza superficial. Las víctimas no eran sardas, ni siquiera italianas, sus familias no ejercían influencia sobre el gobernador civil de la provincia ni sobre nadie que pudiera acelerar y profundizar en la caza. Yosef no tenía acceso al sistema de padrino, el único por el que se hacían las cosas en la isla.

Al cabo de unos meses archivarían el expediente y olvidarían el asunto. Nadie se espantaría, nadie dejaría su chalet en la bahía Romazzino ni cancelaría su derecho de amarre en Porto Cervo; ni siquiera adquirirían un nuevo sistema de alarma o un perro guardián más feroz. Así lo querían los hoteles y los restaurantes, así lo querían los tenderos, así lo quería la policía. Los negocios ante todo.

Una semana después del entierro, Yosef regresó de mala gana a Kiryat Arba a

administrar su negocio, una pequeña encuadernadora en el centro del *yishuv*, el asentamiento, atestada de prensas, guillotinas y rollos de vitela. Yosef aprendió el arte de su padre, que fue uno de los mejores encuadernadores del barrio judío en Fez. En Kiryat Arba, Yosef recibía pedidos de todo Israel, de antiguos clientes de su padre, sobre todo miembros de organizaciones ultraortodoxas que empleaban grandes cantidades de textos religiosos en las escuelas y en los seminarios donde formaban a las futuras generaciones de piadosos, como plantas en un invernadero.

Antes de la partida de Yosef, en la familia se había producido una acalorada discusión acerca del futuro de Yoel. En los testamentos de Aryeh y Chaya no figuraba ninguna disposición en cuanto a quién debía responsabilizarse del niño en el caso de que murieran al mismo tiempo. Los abuelos tanto maternos como paternos se habían ofrecido a adoptarlo y ambas ramas habían expresado fuertes reservas en cuanto a que lo criara la otra.

En opinión del padre y la madre de Aryeh, sus parientes sefardíes carecían de cultura, eran de derechas y probablemente convertirían a su querido nieto en un fanático, en alguien que odiaría a los árabes, en resumen: en la clase de oriental que antaño deseaban desplazar. En opinión de la familia de Chaya, los Levin, por muy piadosos e inteligentes que fuesen, poseían los defectos típicos de los judíos lituanos, o sea, estaban obsesionados con la lógica, eran fríos, estirados, más europeos que judíos, y no encajaban en el clima y el carácter de la tierra en que residían.

La discusión duró días enteros, ahora enardecidos, ahora sollozantes luego arrepentidos, de nuevo enardecidos por un comentario casual. Mientras tanto, Yoel permanecía abatido en su habitación, se alojaban todos en casa de los Abuhatseira en Jerusalén, o bien una sucesión de tíos y tías lo llevaban a interminables paseos por el Jardín de la Independencia o el Zoo Bíblico.

Finalmente, acordaron exponer el caso a un tribunal religioso, el *Beit Din*, y ambas partes estuvieron de acuerdo en aceptar su decisión como definitiva. Hasta que llegara esta decisión, Yoel se alojaría un mes con los abuelos paternos, en Haifa, y otro con los maternos, en Jerusalén. Parecía que a nadie se le había ocurrido que el pasarlo constantemente de una facción a otra podría alterar aún más al niño.

Yosef esperaba contar con un par de días para sí mismo, para poner al día su negocio, para recuperarse mental y emocionalmente. Pero Kiryat Arba era un pueblo pequeño, habitado únicamente por unos centenares de familias sionistas, y pronto se supo que había regresado. Desde el primer día su soledad se vio interrumpida por la visita de los vecinos, todos sabían lo ocurrido en Cerdeña, todos estaban preocupados por Yosef y deseosos de tener noticias de Yoel, al que ninguno conocía.

Yosef los recibió, los hizo entrar, les dio té de menta, bebida marroquí con la que se había criado, y, casi siempre en silencio, los escuchó compadecerse y bendecir su futuro y el bienestar de Yoel. Sabía que obraban con buena intención, incluso las



madres con hijas casaderas que soltaban indirectas: era una pena, decían, que él no pudiese adoptar a Yoel, no sin una esposa. Sin embargo, se sintió distante de ellos todo el día, como si algo en él hubiese cambiado mientras estaba fuera.

Observó a las madres soltar su rollo y exponer su mercancía, con las chicas sentadas a su lado, recatadas, avergonzadas, moviéndose en el asiento, deseosas de marcharse. «¡Qué asco! —pensó—. Nos vendemos, a nosotros mismos y a nuestra familia, ¡y por tan poco!» Y recordó el precio de la cabecita de Yoel y el precio que se habían cobrado.

Esa tarde, asistió al servicio vespertino en la sinagoga. Una vez terminado, cuando salió, lo saludaron viejos amigos, con actitud sobria aunque su curiosidad se evidenciaba bajo las fórmulas convencionales. Saludó a algunos, pero dejó claro que se sentía cansado y no deseaba hablar de los recientes acontecimientos. Gradualmente, se fue reduciendo el grupo frente a la entrada.

Yosef fue hacia el tablón de anuncios y ojeó los tumos de guardia. Su nombre solía figurar entre los que se ofrecían para acompañar a los niños a la escuela por la mañana o de vuelta por la tarde, o para vigilar el asentamiento de noche. Había varios espacios vacíos en las siguientes semanas; escribió sus iniciales en todos y apuntó las horas en su agenda.

—*Yosef, ma shelomkha?* —inquirió una voz a sus espaldas.

Se volvió y vio a Ben Kushner, que lo observaba con los brazos cruzados. Ben, un norteamericano y amigo íntimo, había servido con él en la Sayaret Matkal y se había instalado en Kiryat Arba más o menos al mismo tiempo que él.

—Estoy bien, gracias, Ben.

—No tienes por qué apuntarte todavía. Tómate tu tiempo. Necesitas descansar.

—No, quiero volver a la rutina, no puedo quedarme sin hacer nada.

Echaron a andar y se alejaron de la sinagoga.

—¿Cómo se encuentra el niño, Yosef? He oído que hiciste un gran trabajo al recuperarlo.

—Lo rescaté, pero fue gracias a que mi formación era mejor que la suya. Cuando regresé... ya sabes lo que ocurrió.

—Pero el niño, ¿está bien?

—No. —Yosef negó con la cabeza, meditabundo—. Creo que no, no creo que nunca llegue a estar del todo bien. Ha tenido que soportar mucho y, además, fue rescatado sólo para encontrarse con que sus padres habían muerto. Y ahora su familia se pelea por adoptarlo. Es una locura.

—El mundo está loco, Yosef. Mientras estuviste fuera, nosotros también tuvimos un problemilla. ¿Te lo ha mencionado alguien?

Siguieron andando. Pasaron frente al centro comunitario y la escuela, rumbo a la casa de Yosef, a la que acostumbraban ir dos o tres veces por semana, después del

servicio en la sinagoga.

—No, nadie me ha dicho nada.

—Ocurrió hace un par de semanas en Shilo, justo antes de que regresaras a Israel. —Shilo era otro *yishuv* en la orilla oeste, a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de Kiryat Arba, no muy lejos de Ramalla—. Unos fanáticos del campamento de al-Amari asaltaron el autobús vespertino que venía de Jerusalén. Mataron al conductor e hirieron a varios pasajeros. Los guardias de a bordo lograron matar a uno, pero el resto huyó.

»El ejército entró en al-Amari al día siguiente, echó abajo la mitad del campamento y se llevó a la mayoría de los hombres jóvenes a la cárcel. Todavía no sabemos si acusarán a algunos. Por supuesto, la ACRI —añadió, refiriéndose a una asociación en pro de los derechos civiles— ha armado el alboroto habitual. "El ejército ha pasado por alto los derechos de árabes inocentes", dicen. ¿Por qué cojones no guardan esos hijos de puta parte de su compasión para los judíos que iban en ese autobús? No sé por qué no se largan y dejan que los verdaderos israelíes se encarguen de esto.

Yosef había oído estos sentimientos expresados a menudo y él mismo los había manifestado en varias ocasiones. Esa noche, no obstante, le parecieron rancios.

—¿Ocurrió algo aquí? —preguntó.

—No, las cosas han estado tranquilas. La noche de la agresión, unos cuantos fuimos a al-Khalil y dimos una paliza a algunos de los alborotadores, les dijimos por qué lo hacíamos y que regresaríamos si se les metían ideas raras en la cabeza. Supongo que los de la ACRI dirían que hemos violado sus derechos.

—Estoy seguro de que sí lo dirían, Ben.

Habían llegado a la puerta de la casa de Yosef. De pronto, éste se sintió tremendamente cansado. No dejaba de pensar en la burda esvástica pintada en la pared; esa esvástica debía hacer que se sintiera orgulloso de lo que le contaba Ben, de que los judíos se defendieran y atacaran a su vez, de que no habría un segundo Holocausto. Sin embargo, se sintió ligeramente avergonzado de su amigo.

—¿Te importaría que no te invitara a entrar esta noche, Ben? Estoy cansado, creo que necesito dormir y me espera una larga jornada mañana. Tengo que poner muchas cosas al día.

—Claro. Se te ve agotado. Vendré mañana después del trabajo. Ya hablaremos. No te preocupes. *Yihye tov*.

Era una frase para viejos, pensó Yosef, una que los jóvenes usaban rara vez: «Las cosas saldrán bien, todo irá bien».

Con una inclinación de cabeza, entró. Por un momento se preguntó qué hacía allí.

En lugar de Ben, la tarde siguiente trajo a un forastero, alguien que no era del

asentamiento. Pidió ver a Yosef y le llamó por su nombre, preguntó si podía entrar. Yosef contestó que sí de mala gana.

—Iré derecho al grano —anunció el forastero antes incluso de sentarse—. Soy Yossi Biran, funcionario del Mossad. Tenemos que hablar.

**E**l visitante se sentó en la sala de Yosef como si esperara que lo echara en cualquier momento. Los agentes del Mossad no eran bienvenidos en los asentamientos, aun cuando dieran su nombre y actuaran como seres humanos normales. Los colonos sabían que, tarde o temprano, se convertirían en un bochorno insoportable para el gobierno de turno y que, como parte de un pacto entre Israel y los estados árabes, los sacarían de allí. Cuando ese momento llegara, el Mossad y el Ministerio de Interior, el Shin Bet, serían sus enemigos más implacables.

Yossi Biran, sin embargo, no había venido a causar problemas a nadie, deseaba que Yosef Abuhateira confiara en él, quería caerle bien si era posible. ¿Cómo ganarse su confianza? Echó una ojeada por la pequeña y escasamente amueblada estancia de paredes blancas sin cuadros ni fotografías, casi sin adornos, salvo por un discreto marco de madera, la única concesión a la decoración, en el que figuraban insignias que Biran reconoció.

—Sayaret Matkal —comentó, señalando las insignias con la cabeza. Yosef nada dijo. Biran lo miró—. ¿Cuánto tiempo sirvió con ellos?

—Doce.

Biran sacó el labio inferior y asintió con la cabeza.

—Mucho tiempo, sin duda vio mucha acción.

—Alguna, como todos.

Biran volvió a asentir con la cabeza.

—Más que la mayoría. Tuvimos que trabajar más que de costumbre para no perderlos de vista.

Yosef sonrió, picó el anzuelo, como se esperaba de él.

—¿Nosotros?

—La 35 de paracaidistas.

Ahora le tocó a Yosef mostrarse impresionado.

—Una unidad dura.

—Bastante. La dejé después de cuatro años y no me imagino quedándome tres veces más.

Yosef colocó una silla frente a su visitante y se sentó. Al observar a Biran supo que podría haber aguantado doce años si alguien no le hubiese sugerido que sería más útil en el servicio de información.

—Dijo que necesitaba hablar conmigo.

—Así es. —Biran asintió con la cabeza.

—¿De qué?

El agente del Mossad respiró hondo.

—Quiero que me cuente lo que ocurrió en Cerdeña.

Yosef lo miró con expresión vacía. Su primer impulso fue pedirle que se marchara y quizá lo hubiese hecho de tratarse de otra persona; pero Biran no era un mero chupatintas, había servido en uno de los servicios más duros del ejército israelí y eso, a ojos de Yosef, le daba cierta ventaja, suficiente como para concederle un par de minutos antes de echarlo a la calle.

—No lo entiendo —contestó—. La policía italiana tiene todos los detalles, si su oficina quiere verlos...

—Los hemos visto —lo interrumpió Biran—, pero creemos que ocultan algo y queremos saber qué es.

—¿No es asunto de la policía?

Biran negó con la cabeza.

—Ciertos aspectos de este caso sugieren que es mejor que lo maneje el Mossad. En todo caso, nuestra policía tiene muy pocos poderes y ninguno fuera de Israel, no le queda más remedio que aceptar los informes que le den los italianos, aunque tengan sus dudas. Mi gente padece menos restricciones.

—¿Qué aspectos?

—Disculpe, ¿qué ha dicho?

—Usted dijo que ciertos aspectos del caso hacen que sea de interés para el Mossad. No veo cuáles.

Biran se dispuso a echarle el segundo anzuelo.

—Hace unos meses hubo un caso semejante en Milán. Una familia judía, italiana no israelí; padre, madre y dos hijos, uno de quince años y el otro de nueve. Todos asesinados.

—Coincidencia. Sólo porque fueran judíos...

—Los mataron con gas. En la pared donde encontraron sus cuerpos habían pintado una esvástica. No es una coincidencia.

Yosef se estremeció. La habitación se había enfriado. Se puso en pie, fue a la ventana, la cerró y se volvió hacia su visitante.

—Neofascistas. Ya lo sospechaba. Escogen víctimas judías al azar.

Biran negó con la cabeza.

—Ni un caso ni el otro fueron por azar. En Milán, la policía encontró cartas de chantaje, cartas que pedían información a cambio de silencio. El padre, Ennio Pontecorvo, un arquitecto, untaba la mano de funcionarios del ayuntamiento y los investigadores anticorrupción lo estaban presionando. Los chantajistas sabían lo suficiente para que lo detuvieran con graves cargos.

»En el caso de su hermana y el marido de ésta, secuestraron a su hijo, pidieron

dinero y luego información. Entonces, ¿qué sabía Aryeh Levin que también sabía el arquitecto de Milán? Fuera lo que fuera, les acarrió la muerte a ambos.

—Aryeh no sabía nada, me lo juró. Lo creí, y todavía estoy seguro de que es cierto.

—¿Por qué le pidió que fuera allá?

—Figura en el informe.

—Quiero que me lo diga usted personalmente.

—Aryeh quería que negociara con los secuestradores en su nombre. Usan intermediarios porque resulta demasiado arriesgado hablar directamente con los cabecillas. Creía que la policía lo vigilaba, que impedirían el pago, de modo que me pidió que lo ayudara.

Biran volvió a negar con la cabeza. El hombre ocultaba la verdad, no cabía duda.

—¡Y un cuerno! Ni siquiera habla italiano.

—Tenía un intérprete.

—Eso es torpe y lo sabe. Mire, sé que fue a por los secuestradores, sé que hizo arreglos para que Mitzvar Enterprises le proporcionara armas. No ponga esa cara de sorpresa, sabe muy bien que también trabajan con nosotros. Parte de nuestro acuerdo con ellos consiste en que nos informen cuando un ciudadano de a pie quiere comprar armas para su uso personal. No me interesa lo que hizo con los secuestradores, francamente me importa un bledo, pero me imagino que consiguió liberar a su sobrino y que los asesinatos subsiguientes fueron su castigo y el del niño, un castigo y una advertencia. Eso fue lo que ocurrió, ¿verdad?

Yosef guardó silencio.

—Yosef, escúcheme, por favor. No he venido a pillarlo o a denunciarlo a las autoridades italianas. Le prometo que nada de lo que me diga saldrá de esta estancia. Sólo quiero saber lo que ocurrió realmente en Cerdeña, y luego quizá podamos hablar de lo que ha de hacerse después.

Yosef no sabía qué pensar. La sensación de acecho que lo había acompañado en Israel no lo había abandonado, como una sombra que no lo dejaba en paz. Ahora se enteraba de que Chaya y Aryeh no eran las únicas víctimas, que su muerte formaba parte de una pauta, tal vez una pauta de mayor envergadura de lo que podía imaginarse. De ser así, él mismo correría peligro, aunque aún no sabía de dónde vendría. Lo más sensato sería, como mínimo, escuchar a Yossi Biran, averiguar qué interés tenía el Mossad en el asunto.

—¿No saldrá de esta habitación —insistió—, ni siquiera en un informe?

—Tiene mi palabra.

Yosef le habló de cómo había hecho arreglos para poder disponer de armas al llegar a Arzachena, de cómo había seguido la pista de los secuestradores y de lo que había hecho con ellos. Biran lo escuchó sin interrumpir y, al parecer, impasible. El

relato de Yosef resultó frío, carente de emoción, como si acabara de llegar de una misión y estuviese dando un informe verbal a su superior.

—Gracias —dijo Biran cuando Yosef hubo terminado—. Lo que me ha contado arroja cierta luz sobre los posibles motivos del asesinato, pero no estamos más cerca de entender lo que hay detrás de todo ello. ¿Está seguro de que nada de lo que Aryeh le dijo nos serviría?

Yosef negó firmemente con la cabeza.

—Absolutamente. Sabía tan poco como usted o yo.

—Bien, supongamos que eso es cierto. En ese caso, cabe la posibilidad de un error; o bien los asesinos de Aryeh se equivocaron al creer que disponía de esa información, o bien lo confundieron con otra persona. Si se trata de una equivocación en cuanto a la identidad, hemos de dar por supuesto que podría ocurrir de nuevo.

Yosef sintió que el frío de la habitación lo traspasaba, pensó en el dormitorio de Arzachena, en la esvástica que flotaba frente a sus ojos. «Tenemos que dar por supuesto que podría ocurrir de nuevo».

—¿No pueden hacer nada? —preguntó.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De usted.

Se produjo un silencio. El corazón de Yossi latía acelerado; quería la ayuda de Abuhatseira, la quería desesperadamente.

—No lo entiendo, ya hice todo lo que pude.

—Yosef, hablé de esto con mis superiores antes de presentarme aquí. Queremos que regrese a Cerdeña, que haga preguntas, que hurgue, que averigüe lo que pueda.

Yosef, que apenas lo entendía, se limitó a clavar en él la mirada.

—Está loco, lo que me pide es una locura.

Quería levantarse, poner al hombre de patitas en la calle. No se podía confiar en el Mossad, nunca. Sin embargo, diríase que estaba pegado a la silla.

—No, Yosef, no es una locura, es muy cuerdo. Usted es el hombre idóneo para la misión. Según su expediente, tuvo experiencia en el campo de la información cuando estuvo en el ejército, sabe cuidarse si la situación se descontrola. Cualquier otra persona que hiciera preguntas allí despertaría recelos, pero en su caso sería absolutamente natural, cuenta con la excusa perfecta.

—No soy policía, no tengo formación para llevar a cabo investigaciones. ¿Qué hay de la policía italiana? Si les señalan el paralelismo entre el caso de Milán...

Biran hizo una mueca desdeñosa.

—Yosef, escúcheme, por favor. Creemos que detrás de esto hay más de lo que se ve a simple vista. Una de nuestras tareas consiste en vigilar a las organizaciones antisemitas y neofascistas cuando aparecen, en cualquier parte. En los últimos años se

han multiplicado los grupos, como ratas, y los que ya existían han reclutado a centenares de nuevos miembros. Sospechamos que los asesinatos en Milán y Arzachena tienen que ver con las actividades de la ultraderecha italiana.

Vaciló un momento. ¿Cuánto podía contar a Abuhatseira ahora? Cuanto menos, mejor, le habían dicho. El sefardí era inteligente, valiente y fiable; mas sus emociones estaban comprometidas y Biran no conseguía deshacerse de la impresión de que los judíos orientales podían llegar a ser inestables y tendían a enardecerse con facilidad, que eran tan irracionales como los árabes con los que habían convivido durante tantas generaciones y cuya cultura habían asimilado en tantos aspectos.

—Yosef —prosiguió—, tiene que saber que esta posible relación con la ultraderecha italiana es la razón por la que no podemos fiarnos de la policía. En el caso de Arzachena, el *questore* responsable del conjunto de la policía de la provincia de Sassari es el *dottore* Fulvio Gui. Gui estudió en la academia de policía de Roma en los años cincuenta, una época en que un hombre, Guido Leto, controlaba todas las academias de policía del país. Leto fue el jefe de la OVRA, la policía secreta de Mussolini; él y Gui fueron amigos íntimos hasta la muerte de Leto. El nombre de Gui ha surgido en varios lugares, sobre todo como asistente a una conferencia celebrada en 1965 en el hotel Parco dei Principi, en Roma, organizada por el Instituto Alberto Pollio, uno de los principales centros de estudios de derechas, fundado el año anterior, en parte con dinero del SIFAR, el servicio de información de las fuerzas armadas.

»El coronel Ezio Ortolani, jefe de los *carabinieri* en Cerdeña, es tan poco fiable como Gui. Su hermano fue vicepresidente del MSI, el principal partido de derechas de Italia hasta que se disolvió en 1995. Coqueteó con varios grupos extremistas cuando era un joven oficial, y puede que participara en la conspiración de los *carabinieri* para dar un golpe de estado en 1964.

Yosef alzó las manos.

—Hace que suene como si todo el sistema policíaco de Italia estuviese repleto de fascistas.

Biran sonrió.

—No llegaría a tanto, pero se invirtió mucho dinero y muchos esfuerzos en la Italia de la posguerra para que los comunistas no tomaran el control. La policía y los *carabinieri* estuvieron entre los principales participantes en los juegos de poder de los años sesenta y setenta.

»Lo único que digo es que no podemos depender de que la policía dé un seguimiento adecuado a este asunto. Los archivos pueden traspapelarse, a los detectives pueden cambiarles de misión y a los magistrados que lo investigan pueden encomendarles tareas más importantes. Usted, en cambio, es libre de seguir cualquier pista que consiga. A menos que quebrante la ley, no hay mucho que puedan hacer los



italianos para detenerlo, al menos no sin ponerse en evidencia. Nosotros podemos introducirlo en el país, darle dinero y armas ligeras, apoyarlo con la poca información con que contamos. Aparte de eso, dependerá de su propia iniciativa.

—Lo que me pide es imposible. Como usted mismo ha dicho, ni siquiera hablo italiano.

—Se las apañó bastante bien con un intérprete antes y le daremos fondos suficientes para que contrate a Maryam Shumayyil a tiempo completo.

Yosef arqueó las cejas.

—¿Está dispuesto a dejar que una árabe participe en una investigación de esta clase?

—¿Por qué no? Si usted no tiene objeciones, ¿por qué habríamos de tenerlas nosotros? Su ficha está limpia y en su familia inmediata no hay sospechosos políticos.

Yosef se mordió el labio. La habitación se le antojaba fría y húmeda. La primavera le parecía infinitamente remota y el verano, un sueño imposible. El rostro de Maryam Shumayyil surgió, fugaz, en su mente y lo calentó un momento. Lo había ayudado más que nadie en los días después del descubrimiento del asesinato de Chaya. Reprimió la idea y se volvió hacia Biran.

—Tendré que pensarlo, necesito unos días.

—Si insiste, pero, por favor, no tarde mucho. Puede que no dispongamos de tanto tiempo como quisiéramos.

Los dos hombres se estrecharon la mano y Biran se marchó. Yosef oyó cómo su coche doblaba la esquina y salía rugiendo del asentamiento. Permaneció largo rato pensativo, frente a la ventana.

Al día siguiente, temprano por la mañana, una llamada telefónica sacó a Yosef de un sueño inquieto. Era Biran y parecía cansado.

—¿Yosef? Se me ocurrió que debía saber que ha vuelto a ocurrir. Un soltero en esta ocasión, un profesor de la universidad de Turín, de más de ochenta años. Un superviviente de Auschwitz llamado Alberto Cantoni.

# EL CAUTIVO

A veces dormía hasta tarde, hasta las once o las doce, y cuando despertaba le dolía la espalda y se sentía mareado. Salir de la cama le suponía un tremendo esfuerzo y se sentía mal casi todo el resto del día. Otras mañanas, despertaba demasiado pronto, mucho antes del amanecer, y permanecía tumbado, tratando de volver a dormirse, dándose una que otra vuelta para observar el avance del reloj digital en la mesita de noche. Diríase que los parpadeantes números verdes consumían su vida ante sus ojos, inexorables, indiferentes.

Fuera como fuese, sufría; no existía un punto medio.

Los sueños habían vuelto. ¿Cuánto hacía que no lo molestaban? ¿Cuarenta años? ¿Cincuenta? No estaba del todo seguro de que fueran los mismos sueños, por supuesto, ¿quién podía estar seguro de eso, aun cuando fueran recurrentes, noche tras noche? A fin de cuentas, no existe un medio preciso de registrar lo que ocurre en ese terreno. El recuerdo es un guía muy poco fiable.

La tarea de un historiador de los sueños sería imposible, más aún que la encomendada a los que tratan de hacer una crónica de lo que tan a la ligera llamamos el mundo real. Para él, sus sueños constituían una especie de registro, pero a veces despertaba sudando y llorando en voz alta. No eran, pues, un registro, sino una suerte de castigo.

Su entorno resultaba agradable, tan agradable como podía serlo dadas las circunstancias. No lo habían obligado a venir aquí y sus guardianes lo reconocían y lo recompensaban como era debido. Contaba con un encantador dormitorio con cuarto de baño integrado, una sala y un cuarto donde podía aislarse, ver la televisión, fumar o jugar al solitario. Los programas de televisión corrientes no significaban nada para él, claro, puesto que apenas si sabía unas cuantas palabras del idioma, pero le habían traído un vídeo y algunas películas antiguas, de las que disfrutaba. En ocasiones el tiempo transcurría despacio y en ocasiones pasaba veloz, como poseso.

El abogado venía una vez por semana, los miércoles, aunque a él le daba igual el día de la semana que fuera. El abogado debía repasarlo todo con él, prepararlo para el juicio. No habían fijado fecha aún, y tenían que asegurarse de que estuviese dispuesto para la clase de preguntas que podría hacerle el abogado de la defensa. De modo que él y el abogado lo revisaban una y otra vez, semana tras semana, hasta rellenar todos los huecos. Todo dependía de su testimonio; al menos, eso le habían dicho. A veces usaban un intérprete, como lo harían cuando llegara el juicio real.

¿Cómo se llama?

¿Su fecha de nacimiento?

¿Qué graduación tenía?

¿Ante quién respondía directamente?

¿Cuáles eran sus deberes?

¿Puede dar más detalles al respecto?

¿Tiene alguna prueba que apoye esta afirmación?

¿Puede dar más detalles?

¿Lo vio con sus propios ojos?

Me cuesta creerlo.

¿Puede dar más detalles?

Oía su propia voz contestando, entrecortada, seca, sin emoción. Cada respuesta conllevaba un tren de recuerdos, un largo y pesado tren que rodaba hacia el presente pasando por un paisaje quemado y estéril; ecos de un país remoto, reflejos de un pasado enterrado tan hondo que creía haberlo perdido del todo para siempre jamás.

En el fondo, tenía miedo de no ver nunca el interior de un tribunal. Demasiadas personas querían deshacerse de él, demasiadas personas a las que estaba dispuesto a traicionar. Sabía quiénes eran y de lo que eran capaces. Tarde o temprano lo encontrarían.

# LA INTÉRPRETE

*Porto Torres.  
Cerdeña*

Contempló a un alcatraz bajar, primero ladeado y luego con firmeza sobre sus alas perfectas, dibujando arcos en un cielo sembrado de nubes; lo siguieron otros, brillantes sus alas de un blanco sucio, recortadas primero contra el cielo y luego encima del mar espumoso, embravecido, persiguiendo la ancha estela del transbordador. Un toque de sirena de tres notas graves impulsó a la bandada a alzar precipitadamente el vuelo y alejarse. Las notas se perdieron en la popa, pero el quejido de pesadas cadenas y un perceptible cambio en el ritmo de los motores llenó el silencio. En la cubierta de vehículos, la gente ponía su coche en marcha, anticipándose al momento en que las puertas de proa se abrieran para soltar una flota de autos y camiones por las estrechas carreteras de Cerdeña.

El transbordador había visto tiempos mejores; un olor a diesel pendía, denso y vagamente nauseabundo, sobre cada centímetro de cubierta, como una vieja mancha que no se quita con nada. Cicatrices oxidadas desfiguraban las mamparas de contención; yacían, cansadas, como rastros de viejas lágrimas, debajo de filas de ojos de buey; corroían lentamente los grandes tornillos que mantenían los cabrestantes, los pescantes y las maquinillas sujetos a las cubiertas grises.

Se habían opuesto a que fuera directamente a Olbia, por cuyo aeropuerto había llegado a la isla la última vez. En su lugar, había ido a Roma en avión desde Tel Aviv, en taxi a Civitavecchia y allí se había embarcado en el transbordador nocturno de Tirrenia a Porto Torres, en la costa noroccidental de Cerdeña. Llevaba pasaporte falso, suministrado por el Mossad, a nombre de Yosef Katzir.

El trayecto fue agitado y el mar, oscuro. Yosef permaneció casi toda la noche metido en su exiguo camarote, sudoroso e incapaz de dormir. Fuera se oía soplar un fuerte viento y las olas romper violentamente contra los costados de metal de la embarcación. Durmió un rato, pero una pesadilla alteró su sueño intranquilo.

Viajaba en un tren, un tren con máquina de vapor; a paso de tortuga cruzaba un paisaje sombrío, visible únicamente por los huecos en la pared. Cuando miró alrededor, vio que se hallaba en un amplio vagón atestado de gente como él, hombres sin afeitar, mujeres pálidas y angustiadas; sabía que llevaban varios días de viaje, quizá semanas, y se imaginó, o creyó imaginarse, la naturaleza de su destino. Cuando el sonido metálico de las ruedas sonó en una estación vacía por la que pasaban, despertó para oír el clamor del motor del transbordador martilleando en la tormenta.

Subió a cubierta y se sintió perdido en una inmensa oscuridad sin luna ni estrellas, en medio de un mar que se alzaba por todos lados, negro y vacío, y al parecer ilimitado, como si todas las costas se hubiesen esfumado. No había más barcos a la vista, ninguna luz que revelara el litoral. Yosef regresó a su camarote, tan parecido a un ataúd, y allí permaneció hasta mucho después del amanecer, acurrucado en su litera.

Lo curioso del sueño, pensó, era que nadie en su familia había experimentado directamente el Holocausto, la deportación en vagones de ganado, un mundo que desaparecía a través de las rendijas de un vagón de madera. No se había criado con las historias del Holocausto contadas por abuelos y tíos; lo que sabía del sufrimiento de los judíos europeos lo aprendió de segunda mano, al igual que cualquier persona de su edad. Y, sin embargo, la pesadilla se le antojó no sólo vivida sino también horriblemente real, y le dejó una honda desesperación.

Mientras el transbordador atracaba, Yosef miró hacia el muelle y vio a Maryam que lo esperaba, una pequeña figura envuelta en un anorak rojo y con tejanos. Le sorprendió descubrir que era bonita, aun desde tan lejos; o bien no se había fijado en ello antes, o su mente lo había bloqueado. Un segundo después, Maryam se movió, o lo hizo el transbordador al topar con los neumáticos del embarcadero, y el instante de magia se desvaneció. Yosef regresó al camarote a por su macuto, su único equipaje. Por el sucio cristal del ojo de buey no vio más que una amplia extensión de mar gris sobre cuya superficie, cual barniz, flotaba una capa de aceite.

—¿Cómo se encuentra su sobrino? —preguntó Maryam, al doblar y trasponer la verja del puerto al volante de su Volkswagen.

Después de los asesinatos, ella había pasado mucho tiempo con el niño charlando en italiano a ratos, o intentando charlar, ayudándolo a veces cuando su hebreo no bastaba para conversar con Yosef. Las sesiones en hebreo fueron las más desgarradoras, pues Yoel relacionaba el hebreo exclusivamente con sus padres y el sólo hecho de hablarlo le hacía pensar en ellos.

—¿Yoel? Según los médicos, se recuperará, pero no sé lo que quieren decir con eso. Tiene cicatrices que no van a curarse fácilmente y está con personas que lo destruirán sólo para demostrar cuánto lo quieren.

—No lo entiendo.

Yosef se lo explicó. A Maryam no le hizo falta usar mucho la imaginación para captar lo que iba mal. Su propia familia, a su manera, tenía problemas semejantes. Las familias extensas, por muchas virtudes que tengan, pueden en ocasiones abrumar a sus componentes individuales.

—Qué triste para él, quien quiera que sea que consiga su custodia. En realidad, no entiendo la razón de tanta rivalidad, yo creía que todos los judíos eran más o menos

iguales.

Yosef negó con la cabeza y, al hacerlo, levantó la mano sin darse cuenta para enderezar su *kippa*, que llevaba sujeta a la parte posterior de la cabeza con dos finas horquillas. Hasta el estilo de su *kippa*, pensó, decía mucho en cuanto al alcance de la religiosidad o de las ideas políticas de quien lo lucía.

—De nariz ganchuda y avaros, ¿no?

Ella lo miró, ofendida.

—No, por supuesto que no. Qué estúpido es usted. Me refería a la religión; sé que existe una enorme diferencia entre judíos reformistas y judíos ortodoxos, pero creía que eso era todo, que no tenían sectas, como nosotros.

—No exactamente; existen fuertes divisiones y hoy en día los *jaredim*, los fundamentalistas, ni siquiera aceptan a los demás judíos como tales. Mucha gente se halla atrapada en medio de estas disputas. Yoel es uno más.

—Qué lástima. Da la impresión de ser un buen chico.

—Casi no lo conocía —murmuró Yosef y se volvió para observar la calle.

—Le he reservado habitación en el hotel Presidente —le informó Maryam cambiando de tema.

—Y usted, ¿dónde se hospedarán?

—Yo también me hospedo allí, en el mismo piso. Tenía entendido que necesitaba que estuviese disponible en cualquier momento.

—Le agradezco que me dedique tanto tiempo —contestó Yosef con una inclinación de la cabeza.

—No hay problema. Los estudiantes están de huelga ahora, y todo indica que, si la derecha gana las elecciones el mes que viene, permanecerán alejados de las clases indefinidamente. De hecho, varios colegas míos no van nunca al campus: media docena tiene plaza en otra universidad, dos de ellos tienen su propia empresa, uno es funcionario y otro es miembro del Parlamento europeo. Estamos en Italia, Yosef, donde llaman *baroni* a los profesores, dada la influencia que ejercen fuera de las aulas.

»En todo caso, usted me paga más que la universidad; además, no soy profesora, sino una humilde *ricercatrice*, una investigadora. —Aparcaron frente al hotel—. Les he pedido que tengan su habitación disponible; seguro que la travesía le ha cansado, lo sé porque la he hecho muchísimas veces.

Yosef vaciló y negó con la cabeza.

—No estoy realmente cansado. Dejemos mi equipaje aquí. Quiero ir a Arzachena.

—¿Para algo concreto?

—Sí, quiero ver la casa de mi hermana. Necesito centrarme en ella para recordar el motivo que me trajo; si no, este hotel podría encontrarse en cualquier lugar y yo podría ser un turista cualquiera.



Maryam asintió con la cabeza, aunque al mirarlo costaba imaginar que pudiera ser un turista cualquiera o que alguien lo tomara por tal. No es que entendiera del todo su necesidad de centrarse, pero comprendía que tuviera sus propias razones para hacer lo que hacía, y que eran razones de peso.

—Meteremos el equipaje cuando volvamos —comentó.

El coche se metió en el bullicio del tráfico y por los pelos no atropello a una pareja que pasaba por delante en una diminuta Vespa. A los pocos minutos habían salido de la ciudad e iban rumbo a Arzachena, situada a poco menos de veinte kilómetros.

El pueblo, emplazado en la cima de altos peñascos, parecía haber crecido orgánicamente y formar parte de la naturaleza misma. La región era famosa por sus tumbas de gigantes y sus templos de piedra, elementos de una cultura milenaria. No obstante, Yosef no vio nada de esto. Se concentraba en el recuerdo de los acontecimientos de esa noche, acaecidos unas semanas antes, cuando acudió allí en medio de la oscuridad y se encontró sumido en una oscuridad aún más densa. En todos los años en que había luchado y matado, era la primera vez que se hallaba cara a cara con la auténtica maldad, y pensar en ello todavía le producía una sensación de debilidad física.

Doblaron una esquina y entraron en la calle donde residieron los Levin. Yosef reconoció la casa de inmediato, con su tejado azul y sus paredes de estuco blanco. Maryam se acercó más. Junto a la puerta, oculto al principio por el tronco de un magnolio, un letrero rojo y amarillo rezaba: «*Invendita*». En venta.

En el hotel, durmió dos horas. La pesadilla volvió más inquietante que antes. Un niño lloraba, inconsolable, mientras su cansada madre trataba de calmarlo. No había comida, nada que beber. Todos tenían sed. A veces se detenían en alguna estación y estiraban el brazo implorando ayuda, pero los guardias y los perros mantenían al público alejado. Sabía adonde iban, aunque guardaba el secreto: los otros se enterarían demasiado pronto.

Maryam lo esperaba abajo, en el vestíbulo; la encontró leyendo los expedientes de los casos de Milán y de Padua que le había dejado. Eran, le dijo al dárselos, expedientes de la policía israelí; la mitad del material estaba en hebreo y la otra mitad, en italiano. Esta parte la habían sacado de los informes de los *carabinieri* y de la *Polizia di Stato*.

Al verlo aproximarse, se levantó y dejó la carpeta en una mesita, junto a una taza que había contenido *caffé ristretto*.

—¿Cómo se siente ahora? —preguntó.

—Descansado. Dispuesto a empezar. ¿El abogado le dijo algo que tuviera sentido?

Maryam asintió con la cabeza. La venta de la casa estaba en manos del socio de Michele Mannuzzu con el que ella había hablado una hora antes.

—Dice que el suegro de su hermana, o sea, el padre de Aryeh, dio instrucciones para que se vendiera. Al parecer, tiene derecho a hacerlo, puesto que es el albacea principal del testamento.

—Ya veo. Bueno, no importa. Sólo necesitaba saberlo.

—También le pregunté por Mannuzzu.

Yosef se sentó.

—¿Y qué?

—Encontraron su cuerpo hace un par de días, en un cobertizo cerca de Oliena. La policía cree que se trata de un asesinato.

—¿Han relacionado su muerte con el secuestro de Yoel?

—Parece ser que no.

—No obstante, cualquier pista que consigan podría sernos útil. ¿Estará dispuesto el socio de Mannuzzu a compartir con nosotros la información que le proporcionen?

—No estoy segura. Puede que la policía no le diga nada hasta haber terminado la investigación.

—Nunca la terminarán si no relacionan su asesinato con el de Chaya y Aryeh. ¿Qué hay de la esposa de Mannuzzu o su familia? ¿Podemos hacer que presionen a la policía?

Maryam se encogió de hombros.

—No lo sé. Hablaré con la esposa. Entretanto, tengo algo más para usted.

Cogió una carpeta de la mesita y se la entregó.

En el interior había una única hoja en la que Maryam había apuntado un nombre y una dirección: Umberto Levi, 27 Via Nuraghe, Albucciu, Arzachena.

—Es judío. Su familia es originaria de Nápoles. Poseen restaurantes en Olbia, Porto Cervo, Liscia di Vacca y La Moula, todos muy exclusivos. Umberto tiene esposa, Rosa, y un hijo un año mayor que Yoel. Los dos niños iban juntos a la escuela Abbiadori en Arzachena. —Levantó la mirada—. Aryeh tenía razón —añadió—. Alguien cometió un error.

—¿Señor Levi? Soy Maryam Shumayyil, hablé con usted esta mañana por teléfono. Estaban junto a la verja de la casa de Levi, Maryam hablaba por el interfono y Yosef miraba por las estrechas rendijas para ver si alguien salía a la puerta.

—Sí, sí —contestó una voz irritada—, lo recuerdo. ¿De qué se trata?

—Dijo usted que podíamos hablar. He traído a un amigo, un israelí. Se llama Yosef Abuhatseira.

—Sí, de acuerdo. Pero necesito saber de qué se trata. Estoy muy ocupado y no tengo tiempo de encontrarme con todo el mundo.

Obviamente, nadie iba a acercarse hasta la puerta. No podían continuar la conversación por el interfono. Yosef apartó con gentileza a Maryam, se inclinó y pegó la boca a la rejilla del aparato.

—*Shalom* —dijo y continuó hablando en hebreo, despacio y con claridad, empleando formas clásicas que pudiera entender un judío no israelí—. Lamento molestarlo, pero necesito hablar con usted. Soy el cuñado de Aryeh Levin y hermano de Chaya Levin, la mujer asesinada aquí recientemente.

Se produjo un largo silencio roto puntualmente por el débil sonido de la respiración de Levi. Maryam clavó la mirada en la casa, una estructura baja de color ocre, sencilla y, como otras muchas de las propiedades más caras de la Costa Esmeralda, diseñada para armonizar con el entorno.

Levi no era uno de los más ricos, pero le sobraba dinero. Maryam pensó que cuatro mil millones de libras no serían demasiadas para él, que le supondrían cierto sacrificio, pero que podría conseguirlas.

—Más vale que entren —contestó Levi por fin.

Un zumbido y la verja se abrió hacia adentro. Cruzaron la entrada y anduvieron por un camino flanqueado de encinas hasta la puerta de la casa; donde aguardaba Levi, un hombre delgado de poco más de cincuenta años. Vestía pantalón de lino recién planchado y jersey de cachemira color lavanda.

Los llevó a una estancia con arcos, de pálidas paredes delicadamente adornadas en verde y oro. Altas urnas, grifos y dioses griegos se distribuían por la habitación en cuidadoso equilibrio; unos tocaban el suelo y otros se elevaban hacia los arcos. En un rincón, una pequeña fuente burbujeaba encima de un estanque repleto de pececillos dorados. Levi les señaló un diván bajo y se sentó frente a ellos en un sillón.

—Me enteré de lo de los Levin —manifestó hablando en hebreo con cierta

dificultad—. Mi hijo y el suyo iban a la misma escuela. ¿Cómo se llamaba el niño?

—Yoel.

—Sí, Yoel. Mi hijo se llama Yigal y es un año mayor que el de los Levin. Tengo entendido que secuestraron a Yoel.

—Lo secuestraron y lo mutilaron.

Yosef le explicó lo que le habían hecho a su sobrino. Levi lo escuchó, silencioso. Había oído hablar de los asesinatos, pero no de la crueldad con la que habían tratado al niño. Pensó en su propio hijo, que se encontraba en el colegio ahora mismo, mientras conversaban.

—Supongo que su familia está destrozada.

—Han destrozado nuestras vidas.

—Pero no entiendo qué tiene esto que ver conmigo.

Yosef miró a Maryam: quizá lo manejara mejor, dado que no estaba implicada.

—Creemos que los secuestradores se equivocaron —declaró ésta—, que cogieron al niño de los Levin en lugar del de usted, que les pidieron el dinero que debían exigirle a usted.

Levi se enderezó.

—Oh, no, eso es imposible.

—No veo por qué. Su apellido es casi idéntico, viven en el mismo pueblo y ambas familias son judías.

Levi negó con la cabeza.

—No importa. Estas cosas se planifican minuciosamente. Habrían tenido muchas oportunidades de corregir un error de esa índole. Los secuestradores tienen un código de honor, de él depende su seguridad.

—Se equivocaron —interrumpió Yosef—. La primera exigencia de dinero se convirtió en exigencia de información. Hablé con mi cuñado antes de que muriera y él no sabía nada. Le juro que decía la verdad.

Levi palideció.

—¿Qué querían saber? —inquirió. Su voz había cambiado, se había vuelto insustancial, átona.

—El paradero del tendero —replicó Yosef—, *il bottegaio*. Doy por hecho que se referían a una persona. ¿Significa algo para usted?

De pronto, Levi pareció exhausto; cerró los ojos un momento, los abrió y negó con la cabeza.

—No, no sé lo que significa. Conozco a muchos tenderos, como todo el mundo.

—¿Será un nombre propio o un título? ¿Ha oído mencionar a alguien a quien llaman *il bottegaio*... quizá como señal de respeto?

Nuevamente la cansada sacudida de cabeza.

—No, nunca.

—¿Y a Bianco?

—No. ¿Por qué me hace estas preguntas? Yo no tuve nada que ver con el secuestro de su sobrino ni soy responsable de la muerte de sus padres.

—No estamos sugiriendo que lo sea —repuso Maryam. Se dio cuenta que el hombre tenía miedo—. Simplemente, creemos que tiene usted información que nos ayudaría a descubrir a los asesinos, eso es todo.

—Lo siento —Levi se puso en pie—, pero no puedo ayudarlos, tendrán que irse.

—¿Sabe cómo murieron?

—¿Qué? —Levi miró a Yosef con expresión vacía.

—¿Se ha enterado de lo que les hicieron a Aryeh y a Chaya?

Levi se pasó la lengua por los labios. Su tez había cambiado de color, como si estuviese a punto de vomitar.

—Según el periódico local, los estrangularon. Es horrible, realmente horrible; éste es un lugar tranquilo, un buen sitio en el que criar a los hijos...

Yosef lo interrumpió y le contó lo ocurrido, se lo contó todo: el dormitorio sellado, el gas, la esvástica.

—Desde entonces han asesinado a otras personas, a una familia en Milán y a un profesor en Padua. ¿Qué sucede? Creo que debe decírmelo. Creo que necesita usted ayuda.

Levi se puso rojo y se volvió hacia Yosef, enojado.

—¿Ayuda? ¿Qué clase de ayuda puede proporcionarme? ¿Tiene idea de a qué se enfrenta, a qué clase de personas?

—Quizá usted pueda explicármelo.

Levi negó con la cabeza, resuelto ya, decidido a no revelar nada más.

—No puedo decirle nada; por su propio bien es mejor que no le diga nada. Más vale que se vayan.

Pulsó un timbre que estaba a un lado de una chimenea de mármol blanco adornada a todo lo largo por elaborados verticilos de hiedra pintados. Al cabo de un momento un hombre apareció en el umbral, tal vez no fuese más que un jardinero o un criado, pero era de complexión sólida y obviamente dispuesto a la pelea. Yosef hubiese podido romperle el cuello sin esfuerzo, pero ¿de qué serviría?

—Me alojo en el hotel Presidente —dijo—, podrá contactar conmigo allí.

—No hará falta. Señor Abuhateira, por favor, acepte mi consejo y váyase de Cerdeña, váyase de Italia. No se implique más en este asunto. Le aseguro que usted no hará ningún bien. Su hermana y su cuñado están muertos, nada de lo que haga les devolverá la vida.

—Eso no es lo que pretendo. Lo que quiero es evitar que le ocurra a alguien más, encontrar a los responsables y llevarlos ante la justicia.

Levi levantó la cara y por primera vez sus miradas se encontraron.

—Entonces, pierde el tiempo. Regrese a Israel; si no, su sobrino Yoel perderá a su tío además de a su madre y a su padre.

Regresaron al coche de Maryam en silencio. Aparcada al otro lado de la calle, había una pequeña furgoneta Fiat azul cuya ventana trasera era un espejo, la clase de *furgone* que tan a menudo se ve en las calles de cualquier ciudad italiana y que por ello no llama la atención. Las letras en el costado rezaban *La Nuova Sardegna*, el nombre del periódico de izquierdas publicado en Sassari.

Apenas se fijaron en ella; tampoco vieron a los dos hombres en el interior, uno de los cuales hacía fotos mientras el otro garabateaba algo.

Maryam arrancó y se alejó, pasando encima de un charco con los neumáticos de la derecha y arrojando una cresta de agua sucia sobre una calle no del todo pavimentada todavía. Desapareció calle abajo. Pasado medio minuto, la furgoneta arrancó también y los siguió.

entía —declaró Yosef. Divisó el mar a lo lejos, gris y sin brillo. Los neumáticos del pequeño Volkswagen zumbaban sobre el asfalto como un viento ligero en un alambre estirado—. Sabe de qué va todo esto.

—Tiene miedo —contestó Maryam mientras tomaba una cerrada y estrecha curva.

El mar desapareció un momento y volvió.

—Me da igual. Razón de más para decirme lo que sabe; si corre peligro, quizá pueda ayudarlo.

—Eso, él no lo sabe. Usted no es el Quinto de Caballería y quizá ese hombre sepa lo que hace mejor de lo que usted cree. Puede que esto no sea algo en lo que usted pueda ayudarlo. ¿Qué va a hacer? ¿Mandar al ejército israelí?

—Al menos podría explicarme el porqué —se quejó Yosef sin hacer caso de la ironía—. Voy a regresar, no dejaré que me aparte, así, sin más. Mi hermana y mi cuñado fueron asesinados porque alguien los confundió con Levi y su esposa. Me debe una explicación.

—Regresaremos esta tarde. Dele tiempo para tranquilizarse y pensarlo. Lo que le contó lo conmocionó.

—No del todo. —Yosef negó con la cabeza—. Puede que los detalles lo conmocionaran, pero creo que esperaba algo así y tengo la impresión de que ya sabía lo de los asesinatos en Milán y Padua.

Maryam dobló hacia el este, hacia la costa y Porto Cervo.

—Seguro que sabe que todavía corre peligro. Si nosotros pudimos dar con él... —opinó.

—Claro, pero tenemos una ventaja: sabíamos que mi cuñado no tenía la información que buscan los asesinos, que se habían equivocado. Levi estará a salvo hasta que se den cuenta de lo que ha ocurrido, y es posible que cuente con que ese error lo mantenga a salvo.

—A pesar de ello, es sólo cuestión de tiempo.

—Sí. Haré todo lo posible por convencerlo de eso esta noche. Mientras tanto, quisiera hablar con el socio de Mannuzzu. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Sanguinetti, Gianadelio Sanguinetti. ¿Por qué quiere hablar con él?

—Estoy seguro de que Mannuzzu sabía algo. Los secuestradores no tenían por qué matarlo si sólo actuaba como intermediario de Aryeh. Por lo que tengo entendido, el sistema depende de que los intermediarios sean intocables. Es cierto,

¿no?

—Sí, es vital.

—Yo diría que Mannuzzu sabía de qué iba o lo adivinó, y decidió exigir su parte, pero el juego de la gente con quien trataba era mucho más duro que él.

—¿Qué le hace pensar que Sanguinetti sabe algo?

Yosef se encogió de hombros.

—No estoy seguro, pero es nuestro único vínculo con Mannuzzu y lo que éste sabía.

Maryam aparcó cerca del paseo marítimo de Porto Cervo. Ya irían al hotel más tarde, de momento necesitaban comer y hablar.

Era la hora más tranquila del día en Porto Cervo. Los *glitterati* no se aventuraban fuera de sus chalets hasta la puesta del sol, o casi, momento en el que se iniciaba la *passeggiatta* de las gentes pudientes de la Costa Esmeralda. En el puerto deportivo, los yates anclados de los ricos y famosos, se mecían suavemente en un lento baile. Todo parecía recién pintado; en las calles, como en las embarcaciones, no había basura, relucían de limpias, demasiado pulcras para el común de los mortales. Yosef se sentía nervioso y fuera de lugar. Éste no era un mundo que entendiera, y, por muy extraño que pareciese, algo en él le hizo pensar en el vagón de tren de su pesadilla, atestado de mugre y de miseria. Ambos mundos tenían relación el uno con el otro, aunque no sabía cuál.

Maryam lo llevó al hotel Cervo, desde cuyo restaurante en la playa se veía el puerto.

—Sirven unas pizzas fantásticas —afirmó—, supongo que tiene hambre.

—No puedo comer pizza —contestó Yosef, quien, si bien no deseaba ofenderla, no pudo dejar de hacer el comentario—. No son *kasher* —añadió empleando la pronunciación sefardí, pero ella lo entendió—. La carne y el queso en el mismo plato no están permitidos.

—Puede comer una pizza sin carne, *ai funghi*, *carciofini* o simplemente una *margherita*.

—De acuerdo, pero nada de mariscos —aceptó Yosef, sonriente.

Un camarero se presentó y Maryam pidió pizzas, una jarra de vino blanco y agua mineral con gas. En cuanto el camarero se marchó, se volvió hacia Yosef.

—¿Es usted muy ortodoxo?

—En realidad no, al menos no tanto como los *haredim*; ellos ni siquiera comerían en un restaurante que no fuese *kasher*. Conozco a gente que no toca ciertos alimentos aunque lleven el *hehsher* del rabinato mayor, insisten en que el *hehsher* debe provenir de un rabino de su propia comunidad.

—¿Qué es un *hehsher*?



—Un sello, un visto bueno, que certifica que algo es *kasher*.

—¡Ah sí! Ya sé a qué se refiere, aunque nunca les presté demasiada atención.

Maryam hizo una pausa y echó un vistazo al puerto deportivo. Una mujer rubia y alta en bañador saludó con la mano a otra que se hallaba a unos yates de distancia, ésta la saludó a su vez y le gritó algo que no se entendía desde el restaurante.

—Me parece muy complicado.

—Lo es, y puede serlo aún más. Algunos tribunales rabínicos ahora contratan a científicos para determinar si las enzimas en la comida son *kasher*. Esas minucias me parecen una pérdida de tiempo, trato de seguir las reglas, pero demasiada beatería me asusta. Los extremistas judíos son tan peligrosos para Israel como el Hamas.

Maryam guardó silencio. Frente a ella, un hombre que vivía en uno de los asentamientos judíos más provocadores en la orilla oeste afirmaba que los extremistas judíos constituían una amenaza. Para los árabes entre quienes vivía, el que siguiera la ley al pie de la letra o no, era irrelevante. La sutil diferenciación significaba tan poco para ellos como las teorías de las matemáticas superiores o las leyes de la física submolecular para el estudiante medio de bachillerato.

Se le ocurrió que, pese a todo, era un hombre al que realmente no conocía. Había dado por sentadas ciertas cosas, la mayoría de ellas fundamentadas en su judaísmo, haciéndolo encajar en sus propios prejuicios, los de una israelí árabe, o en su pena, moldeando su inevitable compasión por lo que él y su familia habían sufrido.

Lo miró atentamente y se preguntó quién era en realidad, en qué creía, qué había hecho con su vida. Necesitaba hacerle algunas preguntas.

—Cuéntame lo que pasó en realidad cuando rescataste a Yoel de sus secuestradores —le pidió, tuteándolo por primera vez.

Pese a su nombre, el inspector Enzo De Felice no era un hombre feliz. A sus treinta y seis años residía aún en Sassari, a poco más de treinta kilómetros de Bonnánaro, la aldea rural donde se había criado y de la que, como hicieron sus amigos, había huido en cuanto se le presentó la primera oportunidad. A sus treinta y seis años era todavía inspector, y probablemente no ascendería si no salía pronto de allí y demostraba de lo que era capaz, en Roma, en Florencia o en Milán.

Su condición de sardo no suponía un problema. El ochenta por ciento de los policías del país eran del sur, y el seis por ciento, de Cerdeña. La mitad de sus amigos de la academia de policía trabajaba en el continente, y varios ya iban camino de un importante puesto en el Ministerio del Interior en Roma.

Su problema era sencillo: se había preocupado poco de conocer a la gente adecuada, no se había unido a las influyentes *consorterie* ni había valorado los altibajos de la política local; su peor error fue hacerse miembro del partido comunista cuando tanto el alcalde como el *prefetto* pertenecían al PCI. Cuando las elecciones de

1993 parecieron dar el poder a la derecha, se hizo miembro a toda prisa del MSI, pero el nuevo alcalde y el nuevo *prefetto* eran demo-cristianos moderados. Ahora el derechista MSI se había autodisuelto formalmente, para resurgir en la más amplia Alleanza Nazionale, y el inspector no sabía hacia dónde inclinarse.

El ruido del tráfico lo sacó con un sobresalto de sus lucubraciones diarias acerca de lo injusta que era la vida. Hacía dos años que pedía cristales dobles en la ventana pero Mateo Cambosu, en el archivo forense, había conseguido que se los instalaran a él. Por supuesto, Enzo sabía que Cambosu y el contratista pertenecían a la *confraternità*, una hermandad que organizaba una procesión por las calles de Sassari cada Semana Santa.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —murmuró. No esperaba a nadie. A menos que...

El hombre que entró era un joven detective de apellido Delitala; hacía tres meses que trabajaba con De Felice y ya buscaba el modo de pasar por encima de éste y ascender. Enzo pensó, y no por primera vez, que debía intentar que lo transfirieran a otro puesto; por otro lado, el hermano mayor de Delitala, Guido, tenía buenas relaciones con un fiscal en el Ministerio de Justicia...

—Estas son las fotos que pidió, *dottore*.

Dicho esto, Delitala dejó caer una delgada carpeta sobre el escritorio del inspector.

De Felice la miró, casi como si no significara nada para él. La llamada de Sanguinetti lo había pillado desprevenido esa mañana y se había olvidado totalmente del asunto de la mujer árabe y su relación con el asesinato de los Levin. Al pensar en ello, sin embargo, también se acordó de que el *questore* había expresado un interés personal en el caso y le había pedido que le hiciera saber cómo se desarrollaba. De Felice no perdió tiempo y la hizo seguir; pidió las fotos para asegurarse de que se trataba de la misma mujer a la que había entrevistado.

—Había otra persona con ella, *dottore* —comentó Delitala cuando De Felice abrió la carpeta—. Un hombre.

El inspector echó una ojeada a las fotografías, tomadas cuando Maryam y Yosef salían de la casa de Levi; sí, era la misma mujer, pero el hombre le resultaba desconocido.

—¿Dónde las tomaron?

—En una casa particular en las afueras de Arzachena, señor. Ya he pedido que investiguen a los propietarios.

«Por supuesto que lo has hecho».

El muy intrigante no pasaba ningún truco por alto.

—Infórmeme en cuanto tenga un nombre. Supongo que alguien los está vigilando.

Delitala asintió con la cabeza. Este caso no era más que rutina, de momento; aunque, tenía ese algo que había aprendido a reconocer, ese algo que sugería que podría encauzarse hacia esa zona de tantas posibilidades, la zona de lo irregular.

—Tengo a dos hombres siguiéndolos. Ahora están comiendo en Porto Cervo.

De Felice cerró la carpeta y la guardó en el cajón de su escritorio.

—Bien, manténgame informado.

—¿Es todo, *dottore*?

De Felice asintió con la cabeza.

—Sí, infórmeme en cuanto surja algo más.

Cuando él acabó de hablar, entre ellos se estableció un silencio. Sus pizzas, servidas diez minutos antes y ahora a medio comer, se enfriaban en sus platos. Sobre el puerto chilló una gaviota solitaria. El mar subía y bajaba como un corazón que late con suavidad; mar adentro, una diminuta vela roja marcaba el avance de un windsurfista que iba de ola en ola, como en una extraña búsqueda de estabilidad.

—Gracias —dijo Maryam por fin—. Has sido muy franco.

—Lo habrían matado, ¿lo entiendes?

Maryam asintió con la cabeza.

—Sí, creo que sí. Es que... —Se obligó a mirarlo—. No he conocido a nadie que... —Su vacilación se alargó y se convirtió en silencio.

—Que mate a gente. —Yosef acabó la frase por ella.

Maryam miró la mesa, la comida que aún no había terminado y que ya no le apetecía.

—Sí —susurró.

—Entonces, tienes mucha suerte. Yo conozco a demasiada gente cuyo trabajo consiste en matar, y a demasiada cuyos amigos o familia han muerto porque nadie estaba dispuesto o preparado para matar por ellos.

Maryam alzó la mirada.

—¿Te refieres al Holocausto?

—Sobre todo a eso, sí.

—¿Perdiste a algún miembro de tu familia en el Holocausto?

Yosef negó con la cabeza.

—Vivíamos en Marruecos y ninguno de nosotros se vio envuelto en lo que ocurría en Europa.

—Entonces, nadie de tu familia murió a manos de los nazis.

—De mi familia inmediata, no, pero de la de Aryeh, sí. Muchos. Es algo muy próximo a todo judío, algo de lo que no se puede huir.

Maryam volvió a mirarlo, ya sin encogerse bajo su mirada.

—La familia de mi madre murió en Deir Yassin —explicó con voz baja y carente

de emoción—. Su madre, su padre, un tío, dos tías, dos hermanos y una hermana.

Yosef no contestó. Hasta ese momento, Deir Yassin no había sido sino un nombre para él, una aldea árabe cuyos habitantes fueron asesinados por terroristas sionistas en 1948.

—Pero no hemos matado a un solo judío para vengarnos —prosiguió Maryam—, ni hemos deseado la muerte de ninguno.

Yosef sintió el viento que venía del mar, frío y salino, y tembló. Apartó la cara para no sentirlo y se encontró mirando directamente a los ojos de Maryam, que no los había bajado. No se le ocurrió nada que decir que no sonara tópico o condescendiente.

El *vice questore* devolvió las fotos a De Felice. El inspector las había llevado directamente a su superior, consciente de que se interesaba por el caso.

—Gracias —dijo el *vice questore*, llamado Pierluigi Dessi.

A diferencia de De Felice, esperaba ascender, y mucho, en la misma Cerdeña. En la isla había cuatro *questure*, una por provincia y en cada una el *questore* se acercaba al momento de la jubilación obligatoria. A Dessi le habían dado a entender que podría estar entre los elegidos para una de las cuatro; lo único que podía suponerle un obstáculo ahora era el caso Levin. El *questore* le había hablado largo y tendido al respecto, sin dejarle ninguna duda en cuanto a su importancia.

—El hombre se llama Yosef Abuhatseira —prosiguió, y deletreó el nombre—. Le sugiero que vea bajo qué nombre se ha registrado en el hotel en Olbia... es de suponer que se aloja bajo el mismo techo que la mujer.

—Pondré a mis hombres en ello de inmediato, señor.

—Eso no es lo importante. Quiero que su gente los mantenga vigilados. Infórmeme en cuanto sepa el nombre de la gente a la que visitaron esta mañana y asegúrese de conseguir el nombre de cualquier otra persona a la que visiten o con quien hablen.

—Muy bien, señor.

De Felice se levantó.

—Siéntese, todavía no he acabado. Quiero que impida que metan las narices en este asunto. ¿Me entiende? Escoja a dos o tres de sus mejores hombres, hombres de los que se pueda fiar. Espanten a esta pareja, hagan que se vayan. Si salen heridos, no pasa nada, pero no demasiado, ¿eh? No queremos problemas con su embajada. Lo que quiero es que el mensaje les quede claro, los quiero fuera de la isla mañana por la noche a más tardar.

Gianadelio Sanguinetti los esperaba en su despacho. Maryam le había llamado por teléfono para pedir una cita, aunque no le había dicho que Yosef iría con ella. Al entrar, se dio cuenta de que los ojos del abogado se abrían un poco, como si lo estuviera reconociendo.

Sanguinetti rodeó el escritorio y les tendió la mano. Maryam se fijó en que la sostenía a la altura justa, en el puño de la camisa ajustada con mano experimentada, en la sonrisa de ese rostro, fijada en los ángulos precisos. Sanguinetti, como su traje gris de Armani y el despacho donde trabajaba, era producto del más minucioso cálculo. En una nación de actores, donde la vida entera constituía una interpretación teatral, había aprendido su papel con todos los sutiles ajustes necesarios para el éxito.

—Hemos hablado por teléfono —la presión de su mano al estrechar la de Maryam era justo la precisa—, pero no creo que haya mencionado a su amigo.

—Le presento a Yosef Katzir. Era amigo de Aryeh y Chaya Levin, la pareja asesinada hace un par de semanas en Arzachena.

—Claro, claro. Hablábamos de su casa esta misma mañana.

El abogado se volvió y dirigió su sonrisa hacia Yosef. Le tendió la mano, como si con eso quisiera atraerlo a su círculo encantado. Yosef la cogió y la estrechó, no muy fuerte, aunque la energía que empleó sugería que podría aplastársela si así lo decidía. La expresión de Sanguinetti se alteró ligeramente.

—Me temo que el señor Katzir no habla italiano. Me ha hablado de unos cuantos puntos que quisiera aclarar para informar a la familia.

—Entiendo. —Tras vacilar un momento, Sanguinetti les señaló dos sillones de cuero—. Siéntense, por favor.

Rodeó el escritorio con paso ligero; diríase que se alegraba de ponerlo entre ellos.

—Señor Sanguinetti, antes de morir, Aryeh Levin dio instrucciones a su socio, Michele Mannuzzu, para que hiciera de intermediario en la negociación para la liberación de su hijo Yoel, que fue raptado por una banda de secuestradores. Naturalmente, entiendo que, al acceder a actuar como tal, violaba la ley, y cualquier cosa que diga usted al respecto será confidencial.

—En tanto afecte la posición del bufet, debe serlo.

—A pesar de todo conocemos los hechos porque Aryeh le explicó lo ocurrido a su cuñado, Yosef.

Sanguinetti se permitió una mirada de soslayo hacia el hombre que Maryam le había presentado como Katzir. De Felice ya le había hablado de que existía la

posibilidad de que Abuhateira lo fuera a ver y le había advertido que cerrara el pico. No es que a Sanguinetti le gustara siempre hacer lo que le ordenaban, pero en este caso...

—Estoy seguro de que Michele habría hecho todo lo posible por ayudar a un cliente en un momento de necesidad, tanto como lo estoy de que no habría hecho nada inadecuado o ilegal.

—Violase la ley o no, su socio desapareció la misma noche en que fue a entrevistarse con los secuestradores de Yoel. A Aryeh Levin le enviaron una fotografía de su cuerpo. Obviamente pretendían que fuese una advertencia, aunque Aryeh no captó el mensaje.

—Seguramente estaba claro. No le había autorizado a pagar la cantidad exigida y lo mataron para que entendiera que iban en serio.

—Llevo suficiente tiempo viviendo en esta isla para saber cómo funcionan las cosas. —Maryam negó con la cabeza—. Los secuestradores no matan a los *intermediari*; es una norma fundamental. El sistema entero se desplomaría si lo hicieran. No, a Mannuzzu lo mataron por otro motivo, y Yosef Abuhateira cree que fue porque trató de obtener una parte del botín. La gente que está detrás del secuestro no quería dinero, sino información, pero Mannuzzu sabía que estaban dispuestos a pagar por ella, que había mucho dinero en juego.

Sanguinetti negó con la cabeza.

—No me parece plausible. ¿Sugiere usted que Michele tenía acceso a la información?

—Es posible que la averiguara mientras se encargaba de los asuntos de Aryeh. El propio Aryeh insistió en que no sabía nada de lo que le pedían. Ahora creemos que se cometió un terrible error. Quizá su socio creyera poder conseguir lo que ellos deseaban; eso nos hace pensar que sabía quiénes eran y que tal vez tuviese una idea clara de lo que buscaban. Una cosa sí sabemos, y es que sabía lo suficiente como para que lo mataran.

Sanguinetti se encogió de hombros.

—Eso dice usted. Pero no veo en qué puedo ayudarles. Michele no confió en mí en este caso; supiera lo que supiera, se lo llevó a la tumba.

—No necesariamente. Puede que guardara registros, memorándums. Si usted nos dejara verlos...

—De ninguna manera. Sus registros tendrán información referente a otros clientes y ni siquiera la policía o los *carabinieri* tendrían acceso a esa información sin autorización. Si creen que sus sospechas son legítimas, les sugiero que hablen con ellos y les pidan que investiguen por ustedes.

—Correríamos el riesgo de revelar la participación de su socio en una actividad ilegal.

Sanguinetti volvió a encogerse de hombros.

—A él ya no le importará y a mí no hay nada que me inculpe. Ahora, perdónenme, pero me espera un cliente.

Todos se pusieron en pie. Maryam miró a Yosef de reojo; esperaba que dijera algo, que encontrara algo más que preguntarle a Sanguinetti, pero guardó silencio, sin dejar de observar al abogado, como si en su cara, sus gestos o su ropa pudiese leer las respuestas que buscaba.

—Por favor —les pidió Sanguinetti al acompañarlos a la puerta—, díganle al señor Abuhateira que los tengo siempre en el pensamiento, a él y a su familia. Asegúrenle que se hará lo que sea necesario para encontrar a los asesinos; pero debe saber que Michele Mannuzzu fue una víctima inocente, al igual que los Levin, y que no sabía más de este asunto que ellos.

Se volvió para estrechar de nuevo la mano de Yosef, con la palma seca y los dedos ágiles. Yosef volvió a presionarle la suya y de nuevo vio un fugaz brillo de miedo en sus ojos. Al soltar su mano, supo que no había acabado con Sanguinetti.

Regresaron a Olbia sin hablar. No había ni sol ni cielo. Maryam se había mostrado fría con Yosef desde que le contó lo ocurrido en la *macchia*. Pero Yosef no conocía otros medios para rescatar al niño que no fueran los que había utilizado. El que lo aprobara o no, no debería de importarle, pero sí que le importaba. De pronto se encontró con que le importaba lo que pensaba, una nueva emoción para él que lo intranquilizaba. Maryam conducía con cuidado, con la mirada fija en la carretera, como si no pensara en nada.

Se separaron en el hotel. Yosef dijo que quería descansar. Pensaban visitar a la viuda de Michele Mannuzzu esa noche y deseaba sentirse despejado.

Al salir del ascensor, Maryam se detuvo y se volvió hacia él.

—Lo siento, es que...

—No tienes por qué dar explicaciones. Lo único que te pido es que me aceptes como soy mientras esté aquí. En cuanto haya encontrado a la gente que busco... pues, quizá puedas aplazar tus juicios hasta entonces.

Maryam asintió con la cabeza; no creía haberlo juzgado.

—Hasta luego —dijo.

En su habitación, Yosef se sentó en la cama e hizo una breve llamada telefónica. Al cabo de media hora llamaron a su puerta; abrió y vio al mismo hombre que le había llevado armas y municiones a casa de Aryeh, con un pequeño maletín en la mano.

Hacía más de tres horas que estaban sentados frente al hotel y la pareja a la que

buscaban no había vuelto a bajar. Que Vito Dettore supiera, estaban en la habitación de ella, echando un polvo. Cabrón con suerte, pensó. A él no le habría molestado un poco de lo mismo; a su esposa ya no le gustaba el sexo y el sueldo de un policía no alcanzaba para mantener a una querida. Bueno, con el pago por las horas extras que él y su equipo hacían esta noche, quizá pudiese permitirse una visita a la *casa di tolleranza* local. «Denles una pequeña paliza —había dicho De Felice—. Díganles que se larguen y, por Dios, actúen como delincuentes corrientes». Pero ¿dónde hacerlo? Aquí fuera se vería demasiado. Esperaba que salieran y que él y sus compañeros pudiesen llevarlos a un lugar tranquilo, una carretera secundaria o un callejón. Si tenían que hacerlo en el hotel, la situación podría ponerse fea. Miró la puerta de nuevo y rezó para que san Miguel lo ayudara; por otro lado, quizá san Miguel, el patrón de los policías, no lo ayudara en esto.

La portezuela se abrió de golpe. Vito se volvió; un hombre corpulento en traje negro le tapaba la vista.

—Bien, largaos, tú y tus dos gorilas, mis chicos se encargarán ahora.

—¿De qué hablas?

Vito apenas veía al extraño debido a la oscuridad y a su propia corpulencia. Iba a sacar su placa de identidad del bolsillo trasero del pantalón, pero se acordó de que la había dejado, siguiendo las instrucciones de De Felice.

—Hablo de esto. —El hombre puso dos fotografías bajo sus narices—. Os vamos a sustituir.

Las fotografías eran idénticas a las que le habían dado en la *questura*.

—¿Quién os ha enviado? ¿De Felice?

—Sí, De Felice. Vamos, largaos.

—Enséñame tu *stemma* —exigió Vito.

No iba a dejar la misión así, sin más. Le iban a pagar cinco veces más de lo que pagaban por las horas extras, al contado.

—Nada de distintivos. No te preocupes, te pagarán, ya está arreglado. Anda, largaos.

Vito abrió la boca para seguir discutiendo, pero vio la pistola en la funda del hombre. No era una pistola de la policía, ni tampoco de los *carabinieri*. Cerró la boca y acercó la mano a la llave del encendido. Había vivido toda la vida en Cerdeña, el tiempo suficiente para saber cuándo causar problemas y cuándo cerrar el pico.

—De acuerdo, nos vamos. Espero que os divirtáis.

—No te preocupes, nos vamos a divertir.

Cuando el coche se apartó de la acera, el hombre vestido de negro hizo una señal al conductor de otro vehículo aparcado unos metros calle abajo. Éste avanzó, se detuvo a su lado y él entró. En el asiento trasero había dos hombres más.

—¿Te dio problemas? —preguntó el conductor.



—No. —El hombre negó con la cabeza—. Creyeron que me había enviado su jefe. Alguien llamado De Felice.

—Lo conozco —comentó uno de los hombres del asiento trasero—. Bajo, no demasiado listo. Es de Bonnánaro. Me detuvo hace tres o cuatro años y me acusó de traficar con drogas. No coló y no nos hemos vuelto a ver. ¿Está en nuestra lista?

El hombre de negro negó con la cabeza.

—Esta noche, no, pero lo comprobaré, para estar seguros. De momento, concentrémonos en esto.

Quietud en el hotel. Ni un ruido, ni siquiera el de la calefacción central. Ni un ascensor que se moviera, ninguna puerta que se abriera o cerrara, ni un carrito de servicio de habitaciones que rodara por los pasillos. Silencio total. Maryam miró por la ventana de su habitación. Calles tranquilas, silenciosas, del color de la pizarra mojada. Ni un coche, ni una motocicleta, ni un peatón. Se diría que se hallaba atrapada en una burbuja insonorizada.

Empezaba a darse cuenta de que esta situación en la que se había metido podía resultar peligrosa. Desde un principio supo que era un poco arriesgada; pero, con tantas muertes de las que responder, seguro que Yosef sería un objetivo, y si él corría peligro, quizá ella también fuese una víctima en el caso de que los asesinos decidieran dar otro golpe.

El propio Yosef la confundía. Ya sabía que había servido en el ejército y que probablemente había matado, pero lo inmediato de su relato de la matanza en las montañas encima de Oliena la había perturbado. Aunque fuera de un modo indirecto, ella también se había visto implicada, y el hecho de saberlo parecía contaminarla.

No obstante, Yosef encajaba en su definición de un hombre decente, fuera lo que fuera esto. Había arriesgado la vida para rescatar al hijo de su hermana y había vuelto para encontrar a los asesinos. En su conversación percibió su renuencia a usar la violencia, y eso la habría consolado si él no hubiese sido tan bueno empleándola.

Una figura se movió al otro lado de la vía Príncipe Umberto, gris, envuelta en sombras. ¿Un residente que volvía tarde del trabajo, un médico que iba a ayudar a una mujer que estaba de parto, un cura que se apresuraba a dar los últimos sacramentos? ¿O un observador que se ocultaba en la profundidad de las sombras grises?

Llamaron a su puerta y entonces oyó la voz de Yosef. Se sorprendió al percatarse de cuánto la tranquilizaba. Abrió la puerta y se reunió con él en el pasillo. Se había afeitado y vestía traje ligero y corbata. La expresión en su cara debió delatarla, pues cuando ella cerró la puerta, él se tocó el nudo de la corbata.

—Voy a llevarte a cenar después —explicó Yosef—. Te mereces una disculpa por lo de la comida y, además, tendrás hambre.

—¡Haberlo dicho! —protestó Maryam—. No estoy vestida como para salir.

—Estás muy bien, créeme.

Maryam sintió que se sonrojaba. Pese a lo que le dictaba el sentido común, descubrió que le creía y que la halagaba.

—Vamos —dijo, intentando ocultar su confusión—. Primero hemos de visitar al señor Levi y a la viuda de Michele Mannuzzu.

Los vio venir. La luz de la entrada del hotel iluminó fugazmente sus rostros. Se dirigieron hacia un coche aparcado cerca de allí, un Volkswagen.

—Son ellos —dijo.

El conductor giró la llave de contacto y, antes de seguirlo, aguardó a que el Volkswagen se alejara un poco.

Se volvió hacia sus compañeros en el asiento trasero.

—Podéis encargáros de la mujer. Haced lo que queráis con ella, pero aseguraos de que no esté en condiciones de explicarlo después. Quiero al judío para mí.

**E**n casa de los Levi había luz en varias habitaciones, pero nadie abrió la puerta.  
—Debió de suponer que regresaríamos —manifestó Maryam.

—Es posible.

Yosef pulsó el timbre de nuevo. Desde una ventana entreabierta en la planta baja le llegaba el sonido de un programa de televisión; nadie abrió.

—Podríamos telefonarle.

—No, eso lo pondría sobre aviso y yo quería pillarlo desprevenido.

—Puede que esté en uno de sus restaurantes.

Yosef asintió con la cabeza, hizo un movimiento que Maryam apenas consiguió vislumbrar en la oscuridad.

—Había pensado en eso, pero su esposa y sus hijos deberían estar en casa y han de tener un ama de llaves.

—Regresaremos por la mañana; regresaremos hasta que lo encontremos —sugirió Maryam.

Se volvieron para marcharse y en ese momento oyeron un suave maullido. Maryam miró hacia abajo y vio a un gato atigrado sentado al otro lado del alambre. El felino abrió la boca y soltó otro maullido, más fuerte y lastimoso que el anterior. Maryam se agachó, metió los dedos entre las mallas del alambre y le habló en tono tranquilizador.

—¿Qué pasa, minino? ¿Qué te pasa?

Nervioso, el gato se acercó a ella, rozó un lado de la cabeza contra sus dedos, se echó hacia atrás y maulló de nuevo. A la joven, el sonido le puso la piel de gallina.

—Algo le sucede, está alterado.

—Es un gato callejero, busca comida.

—No, lleva collar. —Maryam negó con la cabeza—. Supongo que es de la familia. Algo le preocupa, créeme, tengo varios gatos en casa.

Yosef se acercó a ella. Aunque no sabía nada de gatos, se daba cuenta de que el animal estaba agitado y sabía que no debía pasar por alto la preocupación de Maryam.

—Tendré que echar un vistazo dentro —declaró.

—Voy contigo.

—No, es mejor que te quedes fuera por si ocurre algo malo y tengo problemas; si fuera necesario podrías pedir ayuda.

—Porque soy mujer...

—No, eso no se me ha pasado por la cabeza. Recuerda que serví en el ejército israelí. Voy a entrar primero porque tengo más experiencia en estas cosas y tú te vas a quedar fuera porque necesito un refuerzo.

—No creerás...

—Espero que no —la interrumpió Yosef—, pero tengo que comprobarlo con mis propios ojos.

—¿Cómo sabré lo que sucede?

—No lo sabrás. No me quedaré más de cinco minutos, aunque no encuentre nada. Regresa al coche, mantén el motor en marcha y las luces apagadas. Volveré pronto.

—Cuídate —le pidió Maryam y, con sorpresa, se percató de que lo decía en serio.

Trabajar hasta tarde se había convertido en una costumbre para el inspector De Felice, más que eso, se había vuelto un vicio. Se decía que era mejor que apostar o beber, y, como un jugador o un alcohólico, se decía que lo dejaría al día siguiente, que controlaba el problema, que esto se acabaría en cuanto consiguiera el traslado al continente. Y quizá ese momento llegaría más pronto de lo que había anticipado. El *vice questore* se había mostrado contento con su manejo del caso Levin.

Por supuesto, en cuanto vio el interés del *vice questore* por el asunto, había decidido investigar por su cuenta y lo que había averiguado hasta ahora lo había impresionado. Detrás de los asesinatos había más de lo que se notaba a simple vista, y ya se olía hacia dónde lo llevarían las averiguaciones. Tendría que ser discreto, claro, pero siempre se había enorgullecido de su capacidad para mantener la boca cerrada en situaciones comprometidas. Todo indicaba que, si conseguía hacer un informe como preveía, se encontraría en Roma antes del verano, en un despacho con aire acondicionado y ventanas de cristal doble.

Estudió de nuevo los documentos del expediente de los Levin, como si al memorizar el contenido se asegurase un pasaporte a la felicidad. Era como un examen, pensó, sólo que ahora sería el primero de la clase.

Alguien llamó a la puerta.

—*Avanti* —gritó sin despegar la mirada de la carpeta.

La puerta se abrió... oyó unos pasos... la puerta se cerró de nuevo.

—¿Sí? —tronó, la vista fija aún en los documentos de su escritorio—. ¿No ve que estoy ocupado?

No hubo respuesta. Irritado, miró hacia arriba. Dos hombres se encontraban a pocos metros de él y lo examinaban despreocupadamente. El inspector conocía a todos los que tenían derecho a entrar en la *questura*, sobre todo fuera del horario normal de trabajo, pero no reconoció a esos hombres.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

—¿Inspector De Felice? —inquirió uno de ellos.

Era de complejión sólida, piel morena y cabello tieso; De Felice lo habría tomado por un pastor de no ser por las gafas de sol que le ocultaban los ojos.

—Sí, soy De Felice. ¿Qué hacen en mi despacho? ¿Quién los ha dejado entrar?

Al día siguiente tendría que hablar con Malagugini, el encargado de la seguridad interna; por lo visto, lo hacía muy mal. Se permitió el lujo de imaginar que podría usar el incidente como baza para quitarle el puesto, tomar su lugar, iniciar una revisión a fondo y hacer cambios radicales en el sistema de seguridad. Hasta un mínimo éxito, o algo que lo pareciera, le ayudaría a convertir la desgracia de su colega en un trampolín para su propio traslado a Roma.

El hombre de las gafas de sol ni se movió ni habló, sino que hizo un gesto con la cabeza a su compañero, un joven rubio de piel picada, quien cruzó el despacho a toda prisa y se detuvo al lado de De Felice.

Antes de que el policía pudiese reaccionar, el joven había pasado los brazos por encima de su cabeza y le había puesto una gruesa tira de cinta aislante sobre la boca. El inspector reaccionó por fin y levantó los brazos para apartar los del joven. Pero el rubio era demasiado rápido, lo cogió de las muñecas y le dobló los brazos en la espalda, apretándolos con fuerza.

De Felice se movió frenéticamente y los ojos se le hincharon; respiraba por la nariz con cortas y dificultosas inhalaciones. Sin embargo, por mucho que forcejeara, al rubio no le costaba mantenerlo en su lugar. El inspector sintió que se debilitaba, vencido tanto por el silencio y la maldad de sus agresores como por su fuerza física.

El hombre corpulento sacó algo de un bolsillo. De Felice se esforzó en ver qué era, a sabiendas de que si era una manopla o una porra sólo recibiría una paliza y de que un cuchillo o una pistola significaban la muerte.

Para su sorpresa y alivio momentáneo, vio que se trataba de una lata grande de desodorante o matamoscas, de las que se venden en los supermercados. El que fuese algo tan corriente lo tranquilizó hasta que, cuando el hombre alto se acercó más, la miró con mayor atención y lo entendió. Habría gritado, de haber podido hacerlo. La lata contenía cola, la clase de cola que se rocía sobre el papel y el cartón.

Sintió que se le retorcían los intestinos y la vejiga y que sus piernas se habían convertido en goma. El hombre corpulento se paró delante de él y le arrancó la cinta de los labios. De Felice trató de gritar, sabiendo que sería su última oportunidad en la vida, pero de nada le sirvió, pues el hombre ya había hecho esto antes. Le abrió la boca a la fuerza y le rompió la mandíbula; en el agujero resultante introdujo la punta de la lata y apretó la boquilla con fuerza mientras sonreía al joven. El joven también sonrió: otro trabajo bien hecho.

Yosef escalo la verja sin problemas; no le preocupaba disparar una alarma, cualquier cosa sería mejor que los gemidos de una televisión que nadie veía. A pesar

de ello, sería un error revelar su posición, porque si algo había ocurrido, o estaba ocurriendo en ese momento, los responsables podrían encontrarse todavía en la propiedad.

Se ocultó detrás de los olmos y avanzó a hurtadillas hacia la ventana entreabierta. Vio una televisión de gran tamaño encendida en una estancia vacía. Un comediante contaba sus chistes ante el público del plató, cada tantos segundos se oían carcajadas grabadas, tras lo cual el comediante contaba otro chiste. Yosef aguzó el oído; apartó de su mente el sonido de la televisión, como le habían enseñado a hacer con el fragor de las municiones al explotar o el zumbido de un jet. A sus espaldas, el jardín se hallaba vacío todavía. Con suavidad abrió la ventana hasta tener espacio suficiente para deslizarse hacia dentro.

Lo que más temía era el gas inodoro: si habían matado a los Levi, lo más probable era que ése fuese el método empleado. La habitación donde se encontraba no suponía un peligro, gracias a la ventana entreabierta, pero ¿qué ocurriría cuando llegara más allá de la puerta?

Se tapó la boca con un pañuelo y sacó del bolsillo la pistola que le habían suministrado esa misma tarde, una Heckler & Koch P7M8, una arma que permitía disparar con seguridad y certeza en los estrechos límites de una habitación; el gatillo era fácil de apretar, puesto que se amartillaba mediante un percutor separado en el mango. A los reclutas del Sayaret Matkal se les entrenaba con Berettas, pero Yosef le había tomado gusto a la Heckler & Koch y la usaba cuando podía.

La puerta daba a un largo corredor. Olfateó superficialmente para comprobar que no había gas en esa zona y con gran cautela atravesó la planta baja de habitación en habitación.

Cuando subió al primer piso empezaba a sentir cierto alivio. El primer dormitorio en que entró confirmó sus sospechas. Se quitó el pañuelo de la cara y se lo guardó en el bolsillo.

Salvo por varias filas de perchas vacías, las puertas abiertas de un amplio armario empotrado mostraban un espacio vacío. Lo mismo en todos los dormitorios. Umberto Levi se había asustado. Sin duda su visita de esa mañana lo convenció de la amenaza directa a la que estaba sometida su familia y supo que lo mejor que podía hacer era huir; de modo que los Levi habían guardado cuanto podían en cuantas bolsas y maletas tenían. Yosef supuso que ahora se encontrarían a bordo del primer avión que hubiese salido del aeropuerto de Olbia.

Guardó la pistola y empezó a bajar.

La llama de un fósforo brilló cuando Maryam encendió un cigarrillo cuya punta roja apenas se veía en la oscuridad. Fuera del coche el aire ya frío se enfriaba más por momentos. Miró hacia delante, hacia la noche, como si esperara que algo o alguien

apareciera. Una o dos veces miró hacia atrás y de nuevo hacia el frente. Se sentía intranquila, como si alguien la estuviese observando; sin embargo, en la oscuridad todo permanecía quieto.

Efectivamente, había observadores, pero la oscuridad los ocultaba perfectamente.

Tina Mannuzzu dispuso tazas, platos y pequeñas servilletas de papel. No conocía otro modo de comportarse con los invitados, y desde la muerte de Michele sacaba todo el consuelo posible de este refinado ritual de hospitalidad repetido hasta la saciedad. Sus días se habían convertido en largas series de recepción de amigos y familiares que venían a presentarle el pésame; no quería salir de casa, ni siquiera para visitar a quien la había visitado, y, como todo el mundo se había enterado de ello, todos iban a verla.

Por eso, aun a esa hora intempestiva, abrió la puerta a dos extraños y por eso, en cuanto supo que, como tantas otras visitas, tenían una relación, por muy tenue que fuera, con su marido, los dejó pasar.

—Solía ver a la señora Levin en partidas de bridge en Porto Cervo —comentó a Yosef, que se había presentado bajo su nombre falso. Maryam lo tradujo, él asintió con la cabeza y sonrió, mientras mantenía en equilibrio una taza de chocolate en una mano y un plato de *amaretti* en la otra—. También conocía a Aryeh —añadió—, pero no tan bien. Por supuesto, él y Michele eran buenos amigos.

La viuda de Mannuzzu, de unos veinticinco años como mucho, según el cálculo de Maryam, era absurdamente joven para su nuevo papel; era bonita y no pasaría mucho tiempo antes que otro hombre apareciera en su vida. Pero de momento se sentía desconcertada y resultaba evidente que necesitaba ayuda. La muerte le había quitado a su marido de un golpe repentino y desagradable, y todavía no estaba segura de cómo encajaba eso en su sencilla visión de la vida. Hasta ahora, había sido una de esas cosas que se encuentran en un futuro lejano, como las canas o los pañales para la incontinencia. Y ahora, llenaba su ordenado universo con tazas de café y vajilla milanesa.

—¿Le importaría que habláramos un poco de su marido? —preguntó Maryam impulsada por Yosef. Se sentía incómoda allí, tomando café y hablando de naderías, cuando ella y Yosef se estaban entrometiendo en la pena de la mujer.

—No, claro que no, no me molesta en absoluto.

En los últimos días Tina no había hecho mucho más; de hecho, había hablado más de Michele desde que éste muriera que en sus cuatro años de matrimonio. ¡Qué extraño!, pensó, no dejaba de hablar de él, pero aún no había llorado, ni una vez, ni sola ni en presencia de sus visitas. ¿Sería bueno o malo?

—Señora Mannuzzu, antes de morir, Michele actuaba como intermediario en el secuestro de Yoel. Estamos seguros de que lo mataron los secuestradores de Yoel o



alguien más poderoso, uno o dos peldaños por encima de ellos en el escalafón. Antes de salir esa noche, ¿le dijo algo de lo que hacía? ¿Le dijo a quién creía que iba a ver?

Tina cruzó las piernas, se alisó la falda y tiró del dobladillo unos centímetros por debajo de las rodillas, pero no lo suficiente como para ocultar sus largas pantorrillas. Conservadora en el fondo, vestía de negro, si bien su abuela en Macomer no hubiese aprobado el estilo de su ropa de luto.

—Michele nunca me hablaba del trabajo, decía que una mujer no debía preocuparse de esos asuntos.

Obviamente, ella lo había creído, pero cuando alzó los ojos y vio que Maryam la miraba con expresión desaprobadora, se sonrojó ligeramente.

—¡Oh! —exclamó con una sonrisa—, estaba muy chapado a la antigua en aspectos como éste. Yo también estoy un poco chapada a la antigua. Puede que la emancipación sea buena en Roma o en Milán, o de donde usted sea, señorita, pero aquí, en Cerdeña... nos gusta seguir nuestro propio ritmo.

—Entonces, ¿Michele no le dijo nada esa noche?

Tina frunció el ceño, como si tratara de acordarse.

—No, tiene razón, sí me dijo algo. Espere... fue justo antes de irse. Me dijo que no le esperara despierta, que quizá regresaría tarde. Le pregunté adónde iba y me contestó que a Oliena; dijo que iría allí en el Fiat. Me preocupé un poco porque ese coche tenía problemas últimamente y Michele no es... —Se dio cuenta de lo que estaba a punto de decir y continuó, como si solamente hubiese cometido un error gramatical—. Michele no sabía de mecánica. Creo que nunca supo dónde estaba el motor. Si el coche se averiase en plena noche en esa carretera... bueno, no sería seguro.

Se detuvo, consciente de nuevo de la ironía.

—Entiendo. ¿Eso es todo?

Tina afirmó con la cabeza, pero luego su cara se iluminó.

—¡Ah, sí! Justo cuando iba a salir me dio un besito, como siempre, y dijo que quizá pudiese comprarme la nueva cocina que quería, la de Snaidero, que quizá pudiésemos permitirnosla antes de lo previsto. Le pregunté por qué y me dijo que había surgido algo que podría ser lucrativo.

—¿Le preguntó de qué se trataba?

Tina frunció el entrecejo y agitó la cabeza mecánicamente, un gesto habitual en ella.

—No, ya lo he dicho, nunca le hacía preguntas sobre el trabajo.

Yosef se inclinó hacia Maryam y le hizo una sugerencia.

—Tina, ese día, ¿trabajó Michele en el despacho o en casa?

—¡Oh!, trabajó sobre todo en el despacho. A veces traía trabajo a casa por la noche, aunque yo le decía que no lo hiciera. Leí un artículo en *Ana* en el que decía

que las parejas han de mantener separados el despacho y la casa, si no...

—No, me refiero a ese día, el día en que se reunió con Aryeh Levin, el día que fue a Oliena.

—¡Ah, sí!, quiere decir... —Se detuvo, ceñuda, al darse cuenta de que Maryam hablaba del día en que su marido había ido a encontrar la muerte, posiblemente el día mismo en que murió—. No... déjeme pensar. Estaba en el despacho, luego fue a ver al señor Levin. Sí, seguro que sí, porque no vi a Chaya el día anterior en el bridge y le pedí que preguntara si se encontraba bien. Luego, recuerdo que Michele regresó aquí esa tarde y fue a su estudio y se quedó allí hasta poco antes de irse.

Maryam lo tradujo para Yosef, sin las divagaciones, y éste volvió a murmurar unas palabras.

—Señora Mannuzzu, ¿ha entrado alguien en el estudio de Michele desde entonces?

—Pues yo, claro, y Adriana, nuestra criada.

—¿Alguien más? ¿Le pidió la policía que les dejara ver sus papeles o algo?

La expresión de Tina resultaba un tanto desconcertada y sus manos temblaban cuando dejó su taza de café ya frío sobre la mesa. Tantas preguntas. ¿De qué iba todo esto? ¿Se habría mezclado Michele en algo en que no debía mezclarse?

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué iba la policía a...?

Maryam agitó la cabeza.

—No pasa nada, a veces forma parte de la rutina cuando asesinan a alguien. No tiene por qué preocuparse.

Tina frunció los labios y agitó la cabeza negando. El gesto la tranquilizaba: decir no le permitía mantener un mundo amenazador a raya.

—¿Quiere decir que la policía no entró allí?

—Así es. No... ni siquiera creo que hayan ido a su despacho.

—¿Le molestaría... le molestaría que echáramos una ojeada?

—¿En su despacho?

—No en su estudio, aquí.

—Bueno, no sé. Gianadelio dijo que nadie debía tocar nada hasta que él tuviese tiempo de revisarlo. Se ha portado muy bien, se está encargando de todo el trabajo. No sé qué liaría sin él.

Maryam adivinó el futuro mientras Tina hablaba y, al pensar en Sanguinetti, la imagen le provocó rechazo.

—Tina, no queremos mover nada. No nos importaría que usted nos observara; no nos llevaremos nada. Sólo estamos tratando de encontrar a los asesinos de Aiyeh y Chaya.

—No estoy segura. Gianadelio me dijo que le preguntara antes de hacer nada. Quizá deba telefonarle.

—Hemos hablado con él hoy —interpuso Maryam con presteza—, dijo que nos ayudaría en todo lo que pudiera, que nos lo facilitaría todo. Se mostró muy servicial; es un hombre muy amable, pero estoy segura de que usted va lo sabe.

Tina sonrió.

—Gianadelio es la bondad personificada. Me ha ayudado muchísimo desde que Michele... murió. De todos modos, creo que debería comentárselo; pueden regresar mañana, yo lo llamaré al despacho por la mañana.

Maryam sonrió de nuevo. Se preguntó cuánto tiempo podía mantener el juego.

—Me temo que tenemos que ir a Roma mañana y no podemos cancelar el viaje. Esperábamos acabar nuestra tarea en Cerdeña antes de ir.

—¿Van a Roma por algo que tiene que ver con los asesinatos?

Maryam asintió con la cabeza.

—Eso... y también está lo del pequeño Yoel. Supongo que usted lo conocía.

—¡Oh, claro que sí! Un niño encantador, tan mimoso. ¡Y qué horrible lo que le pasó! Michele y yo no pudimos tener hijos; quizá con el tiempo...

Levantó la mirada con tristeza, en sus ojos había lágrimas auténticas.

—Es por el bien de Yoel que hacemos esto —explicó Maryam—. Necesita saber por qué ocurrió. De momento todo parece carecer de sentido y tenemos miedo de que crezca con la sensación de que la vida no tiene sentido. Creemos que con el tiempo Yoel lo aceptará si conseguimos averiguar quién estaba detrás del secuestro y de los asesinatos, descubrir si sólo querían dinero o si buscaban algo más.

Tina asintió con la cabeza. En un momento de locura, justo después de enterarse de la muerte de los Levin y de lo que le habían hecho a Yoel, pensó en adoptar al niño, pero su mejor amiga, Nicoletta, a quien había confiado el plan, le recordó que Yoel era judío y que no encajaría en absoluto en su familia. ¿Y si tenía sus propios hijos después?

No obstante, el pequeño Yoel había sido uno de los niños que prefería.

—Por supuesto, es bueno que lo sepa. Les enseñaré el estudio. No se preocupen no estaré mirando por encima de sus hombros. —Miró a Yosef, al que consideraba ligeramente retrasado por no hablar italiano—. Pregúntele si quiere más café, querida —le dijo a Maryam.

—Creo que más vale que nos pongamos manos a la obra —contestó Maryam y dejó su taza en la mesa.

Tina los llevó a la pequeña habitación que hacía las veces de despacho de su marido. Menos amanerado que el de Sanguinetti, se trataba de un espacio bien planeado y organizado, amueblado con un largo escritorio negro que sostenía un ordenador con unidad de CD-ROM externa, una impresora de chorro de tinta, un teléfono, varios adornos y una lámpara, nada más. Un archivador, también negro; una mesa con un fax y un librero empotrado con carpetas.

—Llámenme si necesitan algo —pidió Tina antes de irse a limpiar y lavar.

—Esto me parece imposible —comentó Maryam—. Está muy organizado, no creo que haya dejado nada suelto.

—No sé... Su viuda dice que la criada vino y si hace bien su trabajo habrá limpiado sin tirar ningún papel.

—A menos que ya estuviera en la papelera. Si Mannuzzu tomó apuntes y los tiró a la papelera, hace tiempo que habrán desaparecido.

—Pues veremos cuándo vino y qué día recogen la basura. Entretanto, veamos lo que hay aquí. ¿Podrías echar un vistazo a los archivos del ordenador? Buscarás mejor que yo. Yo hojearé los papeles sueltos.

—¿Sabrás qué buscar? Podrías pasar algo por alto por el hecho de no reconocer ciertas palabras o abreviaturas.

—De todos modos lo intentaré, podría ahorrarnos tiempo.

Se pusieron manos a la obra sin saber realmente lo que hacían, dejándose llevar más por el instinto que por los conocimientos. Les resultaba de una claridad alarmante el hecho de que, simplemente por no tener la más remota idea de lo que buscaban, podían encontrar y descartar pistas sin reconocerlas como tales.

De vez en cuando Tina se asomaba para preguntar cómo les iba y si les apetecía más café o chocolate. Ellos sonreían y le daban las gracias con cortesía, se daban cuenta de que se hacía cada vez más tarde y de que no tardaría en pedirles que se fueran. Maryam temía que Tina se dejara llevar por el pánico y llamara a Sanguinetti; en ese caso, estarían acabados.

Llevaba un buen rato detrás del escritorio cuando se fijó en el teléfono, un Alcatel digital de tecnología punta, con pantalla y teclado. Maryam había trabajado brevemente como secretaria multilingüe en una oficina en Cagliari donde le habían enseñado a usarlo y a servirse de sus múltiples funciones.

Entre otras cosas, registraba los detalles de las últimas veintiuna llamadas realizadas. Si al hacer la llamada sencillamente se marcaba el número, en la pantalla sólo aparecería éste y la duración de la llamada, pero si se habían hecho mediante el listín personal, también figuraría el nombre de la persona a la que habían llamado. Pedir la información era sencillo. Con el cursor recorrió la lista de veintiún números, los nueve últimos se hicieron el día de la desaparición de Mannuzzu: el vigésimo primero era el último al que llamó, al menos desde casa. En algunos números figuraba el nombre, los otros eran números no incluidos en el listín personal. Maryam apuntó en su agenda los nueve últimos, con todos los datos, hasta la hora de la llamada.

Era casi medianoche y estaban a punto de renunciar, cuando Yosef se topó con la primera hoja que se refería al secuestro, en una carpeta con el nombre de Aryeh. Ya la había revisado varias veces, contenía algunos documentos jurídicos y registros de

diversas transacciones financieras hechas en su nombre. Estaba arrugada y sucia, con numerosos círculos marrones hechos por tazas de café, además de migas de lo que Maryam identificaría posteriormente como *sebada*, un pastelillo local cubierto de miel, miel que había adherido el papel en cuestión a otro, con lo que Yosef lo había pasado por alto cada vez que hojeara el contenido de la carpeta.

—Mira. —Se lo dio a Maryam—. ¿Entiendes algo de esto? Tiene el nombre de Yoel.

Maryam lo cogió. En él figuraban líneas irregulares manuscritas escritas al azar, varias palabras tachadas y abreviaturas apenas descifrables:

Yoel L.; q,cmml richiesta  
sig.ra L. med. somma? Più ?? Cale 10% 7, 10 & la sig.ra.  
20% q,cmml cmml domanda 25% ???  
Bianco = W?? Possibile controll. moschetta? Procopio?  
~~Poz & un???~~  
(+ importante controll. Incont. AR)  
Levin ena per Levi?? ~~controll. Buzzi~~ telef. viceq.  
Bottegaio = K? controll, orig. Levin, ted?? Levi medess.  
msl-Altri nf? Relaz. ted??

—Cuesta entenderlo —anunció Maryam tras estudiarlo un rato—. Pero estamos sobre la pista, no te quepa duda. Creo que deberíamos fotocopiar estas notas y examinarlas bien más tarde. Quizá tengamos que regresar para averiguar algo acerca de algunos de estos nombres.

—A Tina le dijimos que íbamos a Roma.

Maryam se encogió de hombros.

—Encontraremos un pretexto.

En una esquina del escritorio había una copiadora portátil. Maryam la conectó, hizo un par de copias de la hoja y se las dio a Yosef, éste las dobló cuidadosamente y se las guardó en el bolsillo de la americana. Ella metió el original en la caja de archivo donde Yosef lo había encontrado.

En ese momento entró Tina.

—Es muy tarde —manifestó con un bostezo, obviamente estaban agotando hasta su paciencia—. ¿Tardarán mucho más?

Maryam negó con la cabeza. Era importante no perder su comprensión.

—Lo siento, no nos habíamos fijado en la hora. Le pido disculpas. De todos modos hemos acabado, más o menos.

—¿Han encontrado algo?

Maryam negó con la cabeza.

—No, pero al menos hemos eliminado los papeles de su marido de nuestra investigación. Cabe la posibilidad de que tengamos que volver de Roma para verlos otra vez si allí surge algo. Y si está usted de acuerdo, me gustaría que nos mantuviéramos en contacto.

—¡Oh, sí, por favor! Quiero saber cómo le va al pequeño Yoel. Seguro que echará de menos la escuela y a sus amiguitos. Si quieren traerlo de vacaciones, será muy bienvenido en esta casa, no me causaría ninguna molestia.

—Es muy amable. Se lo comentaré a los abuelos de Yoel. Ahora, creo que debemos dejar que se acueste.

Se fueron, hablando todavía. «Mañana», pensó Maryam, Tina Mannuzzu volverá a bajar las tazas del estante, freirá *sebadas* con miel y requesón y se los servirá a una sucesión de personas a las que apenas conoce. Y la miel formará una concha en torno a su corazón, una concha oscura y dulce que se hará más y más gruesa, hasta que no sepa cómo empezó todo, ni lo que es la pena ni lo que había antes en su corazón.

Mientras se alejaban de la casa, el conductor de un coche aparcado enfrente le habló a un micrófono.

—Se van juntos. La viuda Mannuzzu se queda. Los seguiremos como antes.

**A**l llegar al coche, Yosef pidió las llaves a Maryam.

—No estoy cansada. Soy perfectamente capaz de conducir hasta Olbia.

—Lo sé, pero me gustaría coger el volante un rato. Por favor.

Maryam lo miró, reconoció su cara a la luz de una farola; algo en su expresión la convenció de que era mejor no discutir, de modo que le dio las llaves y él abrió la portezuela del conductor.

—No conoces el camino —dijo Maryam al sentarse a su lado.

—Tendrás que guiarme.

—Habría sido más fácil que yo condujera, algunas de estas carreteras pueden ser peligrosas de noche si no se conoce el camino.

Yosef puso el motor en marcha y se apartó de la acera; Maryam lo vio ajustar los espejos laterales y el retrovisor.

—Tengo hambre —comentó Yosef— y tú también debes de estar hambrienta. No sabía que tardaríamos tanto. ¿Queda algún lugar abierto?

—Muchos por la costa, casi todos son clubs nocturnos a los que va la gente guapa que no empieza a ponerse a tono hasta la medianoche.

—Suena horrible. ¿No hay más?

—Nuestro hotel tiene servicio de habitaciones.

—Entonces iremos allí.

Dicho esto, Yosef miró por el espejo retrovisor.

—¿Ocurre algo malo? —Maryam percibía en él una tensión que no tenía antes—. ¿Por qué insististe tanto en conducir?

—Hay un coche detrás de nosotros. No mires para atrás porque se dará cuenta de que lo hemos descubierto. Nos ha seguido desde que salimos de Olbia, creo que desde que salimos del hotel.

Maryam echó una ojeada al espejo lateral y divisó brevemente unos faros.

—No me había fijado.

—No estás entrenada para ello, ni tampoco para conducir para eludir. El hombre que va detrás de nosotros es bastante bueno, pero no lo suficiente. Puedo perderlo con facilidad, pero no estoy seguro de querer hacerlo. Me gustaría saber quién es y qué quiere.

—¿Cómo puedes averiguarlo?

Yosef se encogió de hombros y tomó una curva cerrada a bastante velocidad, con lo que ambos se ladearon.

—Depende de lo que busque. Si sólo nos vigila, desaparecerá en cuanto sepa que lo hemos descubierto; pero si busca problemas, tratará de seguirnos. Tengo que ponérselo difícil, pero no demasiado.

Tomó la siguiente curva a mayor velocidad; el neumático dio vueltas y casi patinó en la mal acondicionada superficie. El Volkswagen no era el mejor vehículo para tales tácticas, y menos si el coche de atrás estaba bien equipado. Yosef miró por el espejo retrovisor a tiempo para ver el brillo de los faros de su perseguidor que tomaba la curva con facilidad.

—Necesito encontrar una carretera secundaria en la que podamos ir a mayor velocidad, una con curvas y salidas.

—¡Haberlo dicho antes! —protestó Maryam—. Habría podido mirar el mapa. ¡Este tampoco es mi territorio!, y sólo conozco las carreteras principales.

Yosef soltó un taco en voz baja. Sin duda el conductor del coche que los seguía era de la zona y probablemente conocía cada centímetro de las carreteras y los caminos locales. Esto le restaba gran parte de su ventaja. Le costaría deshacerse de él si decidía perderlo: seguramente conocía los atajos y las desviaciones que le permitirían volver a encontrar a su presa si ésta huía, tanto más si su presa se perdía e intentaba regresar a la carretera a ciegas.

Llegaron a un cruce sin señales. Yosef dobló a la derecha, redujo y aumentó la velocidad con una pericia fruto de la experiencia al volante en condiciones difíciles. Al sentir que los neumáticos volvían a asirse al camino, aceleró a fondo echando un vistazo por el espejo retrovisor. Si el que lo perseguía quería salir del juego, éste era el momento oportuno. Si no...

Vio el largo haz de sus faros ladearse y converger en dos puntos, a medida que el automóvil reducía la marcha, se enderezaba y aceleraba. Pensó que iban en serio.

Se esforzó por entender el curso de la carretera por la que iba y que serpenteaba sin sentido a través de una red de pequeños terrenos. Se zambullía entre grupos de árboles y navegaba entre plantaciones de alcornoques, cuyos troncos retorcidos surgían ante su vista como gárgolas; rodeaba una cantera en desuso, abría un camino torturado a través de franjas de *macchia*, por lo demás impenetrables, y atravesaba campos agotados por el invierno, desolados y sin senderos.

Aparte de la presencia de alguna luz percibida ocasionalmente a lo lejos, tan increíblemente remota que parecía llamarles desde otro universo, una oscuridad absoluta reinaba más allá del estrecho haz de los faros del Volkswagen. Yosef se sentía tentado de meterse de repente en un campo abierto para tratar de eludir a sus perseguidores, pero prefería no arriesgarse, pues si el auto se atascaba, tendrían pocas probabilidades de escapar. Un pistolero medianamente bueno los mataría mientras atravesaban los campos a trompicones.

El serpenteo de la carretera le impedía conducir a gran velocidad. La carretera



estaba vacía y eso aumentaba la tentación de arriesgarse, de entrar en lugares poco visibles, de acelerar a tope sin importar lo que había más adelante. En más de una ocasión Yosef evitó por los pelos salirse de la carretera.

Ahora conducía para huir. No sabía cuántas personas habría en el coche de atrás ni si irían armados, y no deseaba averiguarlo. Sin embargo, pese a su habilidad y a que estaba decidido a evitarlos, resultaba evidente que sus perseguidores los iban alcanzando. O bien el conductor era mejor de lo que le había parecido, o bien su vehículo contaba con un motor más potente y mejor preparado. Yosef sabía que no podría mantener a sus perseguidores alejados mucho más tiempo.

—Tenemos que regresar a Olbia o a otro lugar habitado. ¿Tienes idea de por dónde ir?

Maryam negó con la cabeza. Empezaba a espantarse. La tensión de Yosef era palpable y sabía que llevaban diez minutos perdidos sin remedio.

De pronto, Yosef vio una salida a la izquierda. Para cuando lo asimiló ya la habían pasado. No obstante, pisó el freno a fondo; el auto se detuvo con un bandazo y patinó. Dio marcha atrás guiándose por el espejo retrovisor y las luces traseras; vio los faros del otro coche aproximarse como un rayo. Pisó el acelerador a fondo, a la vez que se esforzaba por mantener las ruedas alineadas. En este tramo, una densa fila de árboles flanqueaba el camino.

Vio la salida, puso la primera y luego la segunda; enfiló el hueco y aceleró cuanto pudo. Se hallaban en un camino pedregoso que cruzaba un campo. Rezó para que los llevara a un lugar donde hubiese gente, a una granja o a una aldea, pero delante todo era oscuridad y empezó a pensar que, a él y a Maryam, los habían metido en una trampa.

Al cabo de un momento vio los faros del otro coche. Su única esperanza y la razón por la que había tomado este camino era que el vehículo de sus perseguidores fuese más pesado y que el suelo más blando por el que iban ahora los obligara a ir más despacio.

A poco menos de un kilómetro, el camino se estrechó y al cabo de un momento avanzaban cuesta abajo por una pendiente suave que con alarmante rapidez se volvió más empinada. Yosef puso la primera. No podía permitirse una pérdida de control hasta que supiera lo que los esperaba más adelante.

Maryam bajó la ventanilla. Algo en el descenso repentino no le gustaba. Pensó en la fila de árboles por los que habían pasado, le recordaban algo. Una ráfaga de aire frío entró y le hirió la cara, un aire que llevaba un olor familiar y penetrante.

—¡Ve más despacio! —gritó—. ¡Por Dios, Yosef, frena!

Él obedeció. Frenó varias veces controlando los golpes en el pedal, el pequeño coche patinó y se salió del camino para entrar en algo que parecía hierba suave. Durante un buen rato, pensó que los frenos no aguantarían, que los neumáticos no se

aferrarían al suelo, que el coche caería por la empinada cuesta y seguiría rodando hasta topar con el fondo. Sin embargo, consiguió hacer girar el volante con fuerza y dirigir el morro hacia arriba para aminorar aún más la marcha. Sin previo aviso, se oyó un fuerte mido; la sacudida los empujó hasta el límite que permitía su cinturón de seguridad y, con un golpe, la máquina se detuvo del todo.

—¿Qué diablos ha sido eso? —inquirió Maryam, mientras se apoyaba en el respaldo y se frotaba la nuca.

Yosef paró el motor. Los faros y las luces del vehículo se apagaron.

—Yo diría que hemos chocado con una piedra. Déjame ver.

Una colección de grandes rocas blancas se encontraba desperdigada por el camino; aquella contra la que se habían estrellado medía más de medio metro de altura y se hallaba firmemente enterrada en el suelo. Habían chocado de lleno y, a juzgar por lo que veía, Yosef dedujo que había destrozado el eje frontal.

Se acercó a la ventanilla del pasajero, aún abierta.

—¿Qué fue? ¿Qué viste que te hizo gritarme para que me detuviera?

—Nada. —Maryam agitó la cabeza. Le dolía el cuello por la sacudida y, aunque había oído hablar de los latigazos, esperaba que lo suyo no fuera grave—. No vi nada, pero se huele... estamos cerca del mar. Allá arriba, los árboles eran una especie de protección contra el viento. —Dejó de hablar—. Escucha —susurró.

Yosef escuchó y oyó lo mismo que ella, olas rompiendo contra las rocas, cerca.

—En esta costa hay algunos precipicios, no son muy altos, pero si hubiésemos caído por uno, nos habríamos matado. Probablemente hay una playa, para eso es el sendero; aunque, a juzgar por el sonido de esas olas, yo diría que está rodeada de rocas.

De repente sintió que Yosef la asía del hombro.

—Rápido, sal del coche.

Había visto los faros del otro vehículo, que se abalanzaba sobre ellos, avanzando en línea recta. Sin duda sus perseguidores los habían visto desviarse del sendero y los habían seguido por la cuesta lo bastante despacio como para evitar las piedras en su camino. El conductor debió de adivinar adonde llevaba el sendero.

Se detuvieron a unos diez metros. Tres hombres salieron; el conductor se quedó dentro, dispuesto a embestir el Volkswagen si era necesario. Los potentes faros deslumbraron a Yosef y a Maryam obligándolos a permanecer en su sitio.

Una voz habló en rápido italiano, en tono duro y perentorio. Yosef no movió un músculo; mantuvo la vista resueltamente apartada de los faros.

—Quiere que pongas las manos en el techo del coche —tradujo Maryam sin aliento—. Y quiere que yo salga.

—Quédate donde estás. Cuando yo te lo diga, abre la puerta y sal rodando; primero asegúrate de que no te obstaculice el cinturón de seguridad.

El hombre volvió a gritar.

—Está usted poniendo mi paciencia a prueba, jodido señor judío. Le he dicho que ponga sus asquerosas manos a la vista y a la zorra que salga del coche. No puedo perder el tiempo. Si no pone las manos donde le he dicho, lentamente, será un gran placer arrancarle su polla judía y metérsela en su asquerosa garganta.

La traducción de Maryam no hizo justicia al Yosef calculó que contaban con medio minuto antes de que hicieran algo. Sus asesinos en potencia fanfarroneaban pero no querían arriesgarse, sobre todo porque las personas que pretendían que fuesen sus víctimas se parapetaban detrás de un coche y ellos no estaban seguros de que no iban armadas.

Yosef se agachó de nuevo.

—Por favor, dile que si él y sus amigos no se meten en su coche en seguida y se van, los mataré. Asegúrate de que lo entienda. Si abren fuego o nos agreden morirán.

Maryam vaciló; miró hacia abajo al ver que Yosef sacaba algo de un bolsillo de la americana. En la mano derecha llevaba una pesada pistola automática.

—¿De dónde has sacado eso?

—Después te lo explico. Ahora, por favor, dile lo que te he dicho.

Maryam tradujo. Por más que tratara de evitarlo, la voz le temblaba. Sentía mucho miedo. El saber que Yosef no había venido desarmado no conseguía tranquilizarla del todo. Se le había ocurrido que casi con toda probabilidad se encontraba a unos minutos de la muerte, para la cual no estaba preparada. Se estremeció. La advertencia de Yosef no era sino una fanfarronada y su inverosimilitud hizo que las palabras se le atascaran en la garganta, si bien acertó a pronunciarlas.

Los tres agresores compartieron su opinión. Se rieron juntos, invisibles detrás de ancho haz de luz. ¡Qué buen chiste! La mujer era, ¿qué?, ¿una maestra de escuela? Y el judío era... pues eso, un judío.

El hombre de traje negro, imposible de ver detrás de la luz de su auto, soltó el bloque de cierre de su automática. Los otros dos lo imitaron.

—¡Ahora! —siseó Yosef—. ¡Sal del coche! —y se echó al suelo.

Maryam, que estaba lo bastante asustada como para hacer cualquier cosa que le pidiera, empujó la portezuela y salió rodando; se golpeó el hombro con el suelo duro y gritó de dolor. Una fracción de segundo después, una ráfaga de balas se incrustó en el Volkswagen, hizo añicos los cristales y agujeros desiguales en la carrocería.

Desesperada, Maryam miró alrededor. Quería que Yosef le dijera lo que debía hacer a continuación, si debía moverse o mantenerse quieta, adonde ir. Pero no lo vio.

Lo que vino tras la ráfaga parecía silencio; no obstante, aún se oía el zumbido del motor encendido, el ir y venir de las olas sobre la roca erosionada. El arma de Yosef le proporcionaba una importante ventaja: había insistido en que le añadieran un

telescopio nocturno de alta resolución.

Fuera de la luz de los faros, los agresores estarían básicamente ciegos. Con los ojos protegidos del brillo, Yosef se encontraba ya dando un rodeo entre sombras. Había decidido no disparar contra los faros, a pesar de la ventaja que les daría, pues él y Maryam necesitarían el coche para regresar a Olbia.

Los tres hombres fuera del vehículo constituían blancos fáciles y, aunque no deseaba matarlos a todos, sabía que quizá no le quedaría más remedio, pues una ráfaga sostenida o una bala perdida podrían matar a Maryam y eso no podía permitirlo. Pese a lo que el sentido común le decía, empezaba a importarle lo que pudiera ocurrirle a ella.

Apuntó al hombre del centro y apretó suavemente el gatillo.

Cuando los otros dos reaccionaron, Yosef ya se había alejado de su posición anterior. Los oyó maldecir, luego ráfagas de disparos dirigidas más o menos hacia el lugar de donde había llegado el suyo.

—Maryam —gritó—. Díselo de nuevo. Los mataré si no dejan de disparar, si no se entregan.

Ella lo repitió en italiano, a pesar de que no tenía la menor idea de lo que ocurría. No hubo risas en esta ocasión.

Yosef examinó atentamente a sus oponentes. Evidentemente, estaban alterados. Sus víctimas no solían defenderse. Pero aún blandían sus armas, uno una metralleta y el otro una larga pistola. El conductor permanecía en el coche. Yosef quería dejarlo vivo si era posible, pues necesitaba a alguien que respondiera a sus preguntas, alguien que pudiera decirle quién había detrás de todo esto.

El jefe de los agresores gritó de nuevo. El que Yosef matara a su cómplice lo había desorientado, pero no estaba de humor para dejarse vencer por un judío y una mujer.

—Dice que me matará si no te entregas —le gritó Maryam—, que si te entregas, me dejará ir.

—¿Quieres que lo haga? Dímelo, lo haré si es lo que deseas. Si no, seguiré con lo que he empezado.

No hubo ni vacilación ni incertidumbre en su voz cuando contestó.

—No, haz lo que tengas que hacer.

Los agresores volvieron a disparar contra el Volkswagen. Maryam se agachó detrás del neumático trasero pero los hombres se habían acercado y sus balas traspasaban el auto. Sólo unos metros separaban su línea de fuego del lugar donde se hallaba agazapada, sudando de terror. Podía tratar de huir corriendo, pero sabía que ahora estarían preparados para eso, sabía que la distinguirían a la luz de los faros antes de que avanzara dos metros.

Entonces, oyó dos disparos muy diferentes a los de la ráfaga intermitente de la

metralleta, a dos segundos el uno del otro, dos únicos disparos. Se diría que alguien había pulsado un botón. La metralleta tartamudeó una vez y se calló. No hubo más disparos. En el silencio oyó de nuevo el zumbido del motor del auto y la agitación sonora del mar.

Yosef avanzó lentamente deslizándose. Delante de él, el motor del coche, un gran Mercedes, ronroneaba. Tres hombres habían muerto, pero el cuarto se hallaba sentado al volante y Yosef lo quería vivo, encontrar el modo de hacerle hablar.

Se acercó más sin dejar de observarlo con el telescopio de visión nocturna de su arma. El conductor estaba muy quieto, como petrificado por el frío aliento que acababa de pasar a pocos metros de él. La voz ininterrumpida del motor se elevaba y bajaba con suavidad a medida que el pie del hombre jugaba con el acelerador. Yosef se acercó hasta situarse a un metro de su ventanilla.

De pronto el motor subió en *crescendo* y sin advertencia el auto saltó hacia delante; chocó con el Volkswagen, se detuvo un momento y, con fuerza renovada, avanzó rápidamente llevándose por delante. El conductor debió de pensar que su única esperanza de escapar consistía en empujarlo, y a quienquiera que se escudase detrás de él, por el acantilado. Al abrigo del Volkswagen y desprevenida, Maryam se cayó, trató de ponerse en pie y rodó sobre sí misma en un desesperado intento de evitar que la aplastara. A medida que aumentaba el impulso de los vehículos, trastabilló y rodó hacia atrás, pero lo empinado de la cuesta le impedía volverse y saltar fuera de su camino.

A sus espaldas, aumentó el volumen de las pesadas olas al romper contra las rocas. ¿Cuántos metros, centímetros, había entre ella y el borde? El conductor del Mercedes no cedía, su pie seguía pisando a fondo el acelerador. Yosef disparó, destrozó la ventana trasera y el parabrisas, pero la bala no tocó al conductor; atrás, el cristal destrozado permaneció en su marco, fragmentado; un segundo disparo resultaba imposible.

Maryam nunca supo lo que la salvó, probablemente una raíz o un matojo de hierba. En un momento dado, se incorporó y se retorció en un intento de saltar hacia atrás, pero su pie quedó atrapado en algo que no cedía y cayó de lado. Rodó de nuevo hacia abajo, medio metro, justo cuando el Volkswagen pasaba frente a ella, seguido por el Mercedes todavía impulsado por el ímpetu.

Al cabo de unos segundos, cesó el estrépito metálico que marcaba la caída ladeada del Volkswagen cuesta abajo. El estridente zumbido del Mercedes se elevó en el aire nocturno, puro y triunfante, como el canto de una alondra, un zumbido que pareció durar una eternidad antes de que un doble estallido le pusiera fin para siempre más. Un momento después, más allá del acantilado, una llama iluminó la oscuridad, pero luego llegaron las olas, altas e implacables, y la luz murió.

Maryam vio a alguien de pie a su lado, casi como si estuviese encima de ella; todavía confundida, se encogió.

—¿Te encuentras bien? —preguntó una voz que se le antojó familiar, el hombre hablaba un idioma que conocía desde la infancia—: *Inta bi-khayr?*

Sintió sus manos en los brazos, manos que la levantaron; se diría que la oscuridad había tomado su forma. El hombre la levantó y lo único en lo que pudo pensar fue en la voz de su padre, una voz de hacía mucho, muchísimo tiempo, cuando se había roto una pierna y él la había acostado. «*Inta bi-khayr? A indaki alam?*», había inquirido.

—Pudo haberte matado —dijo el hombre.

Maryam estaba de pie, tomando largas bocanadas de aire saturado de sal; le temblaban las piernas, su corazón aleteaba como si pendiera de un hilo suelto. Podía haber muerto una y otra vez, a balazos, aplastada por un coche o arrojada por un acantilado hacia las rocas furiosas. Trató de hablar, pero no le salieron las palabras. Podía haber muerto.

Yosef sostuvo su tembloroso cuerpo. Sus propias piernas no estaban mejor. Sabía, mejor que Maryam, cuán cerca habían estado de morir. La abrazaba tanto para consolarse a sí mismo como para tranquilizarla a ella. Permanecieron así largo rato; las olas se movían sin impedimentos y una lenta luna anhelaba encontrar un hueco entre las nubes. El sonido de los disparos empezó a desvanecerse y Maryam se encontró a sí misma, poco a poco, como si antes se hubiese ido lejos, muy lejos.

Más conscientes el uno del otro, su abrazo se volvió torpe de repente. Apenas podían verse, si bien eso no hizo más que aumentar la sensación física del contacto.

Yosef apartó los brazos y dio unos pasos hacia atrás.

—¿Estarás bien?

Maryam asintió con la cabeza, gesto que casi se perdió en la oscuridad. Yosef deseaba tocarle la mejilla con la mano, como si ella fuese algo perdido.

—Sí. —Maryam recuperó finalmente la voz y miró alrededor—. ¿Están todos muertos?

—Creo que sí.

Su voz no contenía ningún atisbo de triunfo; no se regocijó. De hecho, habría preferido que no hubiese muertos y al pensar en cómo se había visto obligado a matarlos, sentía rechazo.

—¿Qué hay de los cuerpos?

Yosef sabía a lo que se refería. Ningún patólogo dejaría de ver las heridas de bala, pero cabía la posibilidad de que añadir los cuerpos al desastre bajo el acantilado dilatará la investigación. De no ser por el Volkswagen, él y Maryam habrían podido alejarse de todo sin que nadie se enterara. Sin embargo, los restos del coche yacían allí, inamovibles, y el que fuera de ella proporcionaría una prueba ineluctable de que se había visto mezclada en los asesinatos.

Con ayuda del telescopio de visión nocturna encontraron los tres cuerpos, cada uno muerto por una bala en la cabeza. Maryam no dijo nada. Ya antes se había dicho todo lo que tenía que decirse, en la conversación entre Yosef y el cabecilla de los hombres que pretendían matarlos a ellos.

Los arrastraron hacia el borde del acantilado. El viento salitroso les había puesto la piel fría y húmeda. Maryam se negó a tocarles las manos o las muñecas, si bien los cogió de los tobillos, protegiéndose los dedos de su piel con el dobladillo de sus largos pantalones. Antes de empujarlos, Yosef registró sus bolsillos por si encontraba algún papel. Más tarde, él y Maryam buscarían en ellos indicios de su identidad. Las fotocopias que habían sacado del despacho de Michele Mannuzzu estaban todavía en el bolsillo interior de la americana de Yosef.

—¿Y ahora qué hacemos? —quiso saber Maryam en cuanto terminaron.

Se sentía increíblemente cansada. Había sido un día largo y agotador, había comido muy poco y los sucesos de la última hora le habían puesto los nervios de punta.

—Regresamos a la carretera y echamos a andar. No tenemos alternativa. Caminaremos hasta que encontremos una señal o una granja. Llevo dinero, podemos pagar comida y alojamiento y comprar un coche en Olbia por la mañana.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que...? —Echó una mirada por encima del hombro hacia el acantilado.

Yosef la entendió y se encogió de hombros, aunque no había suficiente luz de luna para que Maryam viera el gesto.

—Depende de lo concurrido que sea este lugar, del granjero a quien pertenece este campo y de si viene aquí a menudo, de si algún barco de pescadores pasa por aquí, cerca de la costa. Yo diría que un día o dos, más con suerte. Habrá personas que los busquen, pero no sabrán dónde hacerlo. Tenemos que alejarnos de aquí cuanto podamos antes de que los encuentren.

—¿Alejarnos? ¿Adónde iremos?

—De momento no lo sé. Quizá a Israel.

Maryam negó enérgicamente con la cabeza. Subían la cuesta juntos, rumbo a la carretera. A sus espaldas, el ruido de las olas al romper se iba apagando.

—Sabes que no puedo volver allí. De todos modos, conocen mi nombre y, si la policía italiana me busca, me encontrará allí.

—No has hecho nada. Yo maté a tres y el otro murió mientras trataba de matarte a ti.

—Tendríamos que probarlo.

—Iban armados. Sus armas están allí abajo, con ellos. Tenemos con qué defendernos. Llegado el momento, nos presentaremos en el tribunal, pero todavía no. Primero tenemos que averiguar quién está detrás de todo esto. Sin eso, nada de lo que



digamos tendrá sentido.

—¿Y si no conseguimos averiguarlo?

—Nos darán una nueva identidad.

Maryam se detuvo y miró a Yosef, apenas visible a su lado en el camino pedregoso.

—No. Detente ahora mismo. Quiero que me entiendas. Ésta es mi vida. Vine a Italia para estar sola, para alejarme de un país en el que sólo podía ser una sombra, una mujer, una árabe o una cristiana... nada que tenga valor por sí mismo, sólo una razón más para que alguien me golpee en la calle. De modo que vine aquí, me casé con un italiano, un estudioso de Nápoles, un hombre con el que me veía de vez en cuando en conferencias. El matrimonio duró tres años, pero en ese tiempo conseguí un apellido nuevo, una nueva nacionalidad y una especie de identidad. Cuando lo dejé, ya empezaba a ser una persona con derechos propios, no sólo una hija, una esposa o una palestina con aspiraciones no permitidas a las de mi condición, sino alguien con una carrera y un futuro.

»Y ahora me pides que renuncie a todo esto porque me he mezclado contigo, por algo malo que le ocurrió a tu familia. Lo siento por ti y quiero ayudarte, pero tengo mi propia vida.

—¿Cómo la vivirás detrás de las rejas?

—Lo que ocurrió, ocurrió por ti, no por mí. Yo me encontraba contigo por ser tu intérprete, nada más. Eso le diré a la policía y me creerán.

—¿Y la gente que nos persigue?

—¿A nosotros?

Yosef se detuvo. Desde el lugar donde se hallaban veía los árboles que marcaban la carretera, altos y a igual distancia los unos de los otros, al menos eso parecía desde allí. Aguzó el oído, por si oía algún coche, pero no había ninguno. Nunca se había sentido tan solo, nunca se había encontrado en una oscuridad tan devoradora.

—Sí —dijo—. Ahora no pueden dejarte ir. No tienen ni idea de cuánto sabes, pero eso les da igual. Matar a dos personas es tan fácil como matar a una. Sean quienes sean esta gente y sea lo que sea lo que quieren, tú representas un obstáculo.

Quietud absoluta. A veces apenas podía respirar en la estrechez de las noches; a veces llegaba a un lugar oscuro donde sólo había miedo y soledad. Desde la muerte de Michele, su soltería suponía una cuerda que ataba su cuerpo con crueldad, una cuerda que le apretaba el cuello y los pulmones y le quitaba el aliento. De día se aflojaba, apenas. La compañía de otras personas y la multitud de cositas que podía hacer para ellas suponían un espacio en el que coger aire.

Pero, de noche, acostada, rodeada totalmente por la densa oscuridad, los nudos se estrechaban de nuevo y yacía exhausta pero incapaz de dormir; derramaba lágrimas sobre la almohada, se preguntaba cómo arreglárselas para morir. O bien despertaba de un sueño vil e inútil, con los pensamientos contaminados, un mal sabor de boca y el cuerpo tembloroso, sólo para descubrir la angustia que la aguardaba.

Esa noche, algo familiar pero inesperado interrumpió su sueño. Permaneció tendida en la cama, sintió que los nudos se cerraban en torno a ella; no sabía qué la había despertado, ni por qué.

De pronto, llegó de nuevo el agudo chillido del timbre de la puerta. Se quedó petrificada como un animal atrapado en la oscuridad. Según el reloj despertador de su mesita de noche, era la 01.11; eso significaba que no llevaba mucho tiempo dormida. El timbre volvió a sonar. De mala gana salió de la cama y se puso un largo quimono que Michele le había regalado en Navidades, de seda bordada de Kioto. En algún lugar había leído que allí contemplaban las flores de los cerezos en primavera.

La seda se le antojó fría al entrar en contacto con sus hombros. Se le había formado un nudo en el estómago, como si todas las cuerdas que la ataban se hubiesen unido allí formando una bola enmarañada.

Primero pensó que la pareja israelí había regresado, quizá hubiesen olvidado algo importante. Pero les había dicho que estaba cansada, que se acostaría en seguida; seguro que eran lo bastante educados como para volver por la mañana. En ese caso, quien llamaba debía de ser la policía. ¿Habrían encontrado algo? ¿Habría muerto otra persona? ¿Habrían pillado y detenido a los asesinos de su marido?

El timbre sonó de nuevo. Obviamente quien lo pulsaba sabía que ella estaba en casa. Corrió el último tramo, pues le parecía de mala educación hacerles esperar.

En la puerta se detuvo. ¿Y si...? Otro largo timbrado de impaciencia. Cogió el pomo y abrió la puerta, a la vez que daba un paso hacia atrás.

—¡Oh! —exclamó susurrando—, eres tú. Creí...

—¿Puedo entrar?

—¿Entrar? Sí, claro, ¿por qué no? Aunque es muy tarde y estaba durmiendo, me había acostado.

—Lo lamento, no quería molestarte, pero esto es importante. No te preocupes, no tardaré.

La viuda de Mannuzzu cerró la puerta. En la quietud su corazón latía como un diminuto tambor de madera. Hizo ademán de volverse y esbozó una sonrisa inquieta. Fue lo último que hizo en la vida.

Posteriormente, al evocar los acontecimientos, éstos se mezclaban entre ellos, hasta que la secuencia de los hechos se convertía en un borrón y resultaba difícil desentrañar lo sucedido. Anduvieron lo que seguramente fueron varios kilómetros, ya en silencio, ya conversando de temas sin importancia. La luna se deslizaba entre las nubes, de pronto les enseñaba el camino y, de repente, se lo ocultaba. En un momento dado, ella se alteró y él la tranquilizó al cogerle la mano, y siguieron andando largo rato, con las manos unidas, como amantes. Podría haber resultado idílico, de no ser por lo que habían dejado atrás.

Las curvas de la carretera se le antojaban interminables, como si hubiesen entrado en el Purgatorio y estuvieran condenados a vagar durante un tiempo indeterminado. No sabían si iban paralelos al mar o se alejaban de él. La dirección del viento cambiaba de cuando en cuando; a veces traía consigo el olor a agua salada y otras, la frescura de las montañas.

Por fin dieron con una granja, algo alejada de la carretera, en una empinada cuesta entre grupos de alcornos. No les dieron precisamente la bienvenida, ya que llegaban en plena noche sin previo aviso y habían despertado a todo el mundo; pero el tema del dinero no tardó a formar parte de la conversación y en menos de media hora habían comido lo que había sobrado de la cena de la familia y les llevaban a las mejores camas de la casa. El alojamiento costó casi tanto como habría costado en el Pitrezza o el Cala di Volpe, un poco más abajo sobre la costa.

De hecho, habían acabado en un punto de la rugosa costa al norte de Arzachena y habían andado tierra adentro desde entonces, más o menos en dirección a una pequeña ciudad llamada San Michele. Al llegar a la granja, Maryam comentó que habían ido de paseo con unos amigos, que habían discutido y que por eso se habían separado, y que finalmente se habían perdido. Con este embuste, ciertamente torpe, explicaba no sólo cómo habían llegado a un lugar tan apartado, a pie, sino por qué no tenían coche al que regresar.

No les permitieron dormir hasta tarde; de todos modos, ni Yosef ni Maryam habían dormido mucho ni bien. El viaje de Yosef acabó con un final que no era un final: unos hombres en uniforme negro los llevaban, a él y a sus compañeros, del vagón de ganado al andén de una estación de ferrocarril iluminada por farolas y los faros de largos coches negros. Un grupo de soldados que lucían la palabra *Einsatzgruppe* en el uniforme barrió a las mujeres y a los niños de otro vagón con sus metralletas. Oyó cómo gritaban órdenes en un idioma que no entendía y él contestó a

gritos, en hebreo, advirtiéndolo a sus atormentadores del riesgo que corrían, sólo para recibir estridentes carcajadas como respuesta. Había una empinada cuesta por la que resbalaba y se deslizaba, a sabiendas de que lo llevaría a un pozo sin fondo en el que caería eternamente.

Por su parte, Maryam soñó con seres que correteaban en el fondo marino, seres que se movían como cangrejos, pero que eran hombres de largos brazos; trataban de tirar de ella hacia abajo y sentía que se hundía en mar abierto, mientras a su alrededor pequeñas embarcaciones se mecían en la superficie, justo fuera de su alcance. Despertaba y recordaba lo ocurrido, sólo para zambullirse contra su voluntad en las peores pesadillas que había tenido en su vida. Sólo una vez, antes de despertar por fin con la luz del día, se encontró andando por una larga playa, bajo la luz del sol, cogida de la mano de un hombre que no era ni su padre ni su marido; cuando lo miró por fin vio que era Yosef a su lado, y cuando se volvió, el mar se había calmado.

El hijo del granjero, un hombre taciturno de unos treinta años los llevó a Olbia; conducía de modo temerario y se volvía de vez en cuando para examinarlos, como si fuesen animales que llevaba al mercado. Los recordaría, pensó Yosef. En cuanto la policía empezara a hacer preguntas acerca de la presencia de forasteros en la zona ese día, el hombre silencioso al volante hablaría.

Yosef le pidió que los dejara frente al edificio del ayuntamiento. Apenas tocaron el pavimento, se alejó sin pronunciar una palabra y sin echar una mirada hacia atrás. No obstante, llegado el momento, se acordaría, a condición de que alguien le ofreciera una recompensa. Y Yosef tenía la impresión de que habría una recompensa y de que sería cuantiosa.

Encontraron un pequeño café en la esquina de la siguiente calle, con mesitas de metal y frágiles sillas caóticamente dispersas en la acera, como muebles en un transatlántico zarandeado por una tormenta. Entraron y se sentaron a una mesa en el fondo, lejos de la vista, como amantes en busca de aislamiento. Tras un breve intercambio, Yosef se levantó y salió. Al llegar a la puerta se volvió y vio a Maryam sacar un cigarrillo y ponérselo entre los labios; se fijó en que le temblaba la mano. Ella se dio cuenta de que la contemplaba y le dedicó una sonrisa fugaz.

A unos quince metros del hotel, había un coche con dos hombres en el interior. Yosef supuso que ya habrían informado de la desaparición de sus agresores a quienquiera que los hubiese enviado, que darían por sentado que la pareja a la que habían seguido se había escabullido y que ésta sería lo bastante estúpida como para regresar al hotel.

El del asiento trasero resultaba menos conspicuo y Yosef tardó unos segundos en estar seguro. Un enjambre de cables telefónicos atravesaba el callejón que estaba detrás del hotel, había una furgoneta de la telefónica aparcada a unos metros de la entrada, y, en el tejado de un edificio diagonalmente opuesto al hotel, un hombre en

cuclillas que vestía uniforme de operario de la telefónica reparaba la unión entre varios cable, o eso parecía.

Yosef avanzó por el callejón manteniéndose fuera de la vista, y observó. Al cabo de veinte minutos estuvo seguro: el operario no había cogido una sola herramienta ni había tocado un solo cable; sentado en su puesto, casi siempre inmóvil, vigilaba la zona que llevaba a la parte trasera del hotel. En el tiempo que Yosef lo observó, habló dos veces por un pequeño intercomunicador sujetado a su solapa. En una ocasión, al ver a un hombre acercarse, lo examinó con unos binoculares, pequeños pero potentes.

Yosef se alejó y regresó al café.

—Tenemos un problema.

Se lo explicó a toda prisa. Un camarero se presentó y Yosef le pidió un chocolate; Maryam ya tenía una taza de *ristretto* en su lado de la mesa.

—¿Por qué necesitas entrar al hotel? —preguntó Maryam.

—Allí tengo casi todo mi dinero, mi pasaporte a nombre de Katzir, dos pasaportes de repuesto, documento de identidad, otra pistola con municiones y otros objetos que me fueron entregados ayer.

—Quizá ya hayan entrado allí.

—Sí, supongo que sí, pero no se habrán llevado nada. No querrán alarmarnos y no querrán cogernos en el hotel. Es posible que lo intentaran si estuviésemos juntos, pero si entra sólo uno, no se arriesgarán hasta que nos reunamos de nuevo.

—¿Qué sugieres?

Yosef se encogió de hombros. El camarero le trajo el chocolate, oscuro, espeso y amargo. Se lo bebió de tres tragos. Sabía que debía decirle a Maryam que se fuera, pero se sentía incapaz de hacerlo.

—He estado ocupada mientras estabas fuera —comentó Maryam.

Le acercó una de las copias que habían hecho la noche anterior. Yosef se la había dado esa misma mañana. A su lado, tres o cuatro hojas de papel a rayas en las que había apuntado algunas cosas. Cogió una y la puso frente a Yosef, junto a las crípticas notas de Mannuzzu.

Yoel L.; q,mmL richiesta

sig.ra L. med. somma? Più ?? Cale. 10% 7, 10 & la sig.ra.

20% q,mmL omml domanda 25% ???

Bianco = w?? Possibile controll. moschetta? Procopio?

~~Poz & un???~~

(+ importante controll. Incant. AR)

Levin erro per Levi?? ~~Controll. Buzzi. Telef. viceq.~~  
Bottegaio = K? controll, orig. Levin, ted?? Levi medess.  
msl-Altri nf? Relaz. ted??

—Esto es más fácil de lo que parece. Mannuzzu no pretendía ocultar su sentido, no son más que apuntes que había tomado para sí mismo, para referencias futuras. La mayoría son abreviaturas de palabras italianas corrientes, o de nombres. Mira, ésta es mi versión. Le enseñó su copia en limpio.

YOEL LEVIN: QUATTROCENTOMILLE LIRE RICHIESTE.  
SIGNORA LEVIN MEDESSIMA SOMMA? PIÚ?? CALCOLA 10% PER  
YOEL, 10% PER LA SIGNORA.  
20% DI ~~QUATTROCENTOMILLE LIRE~~ OTTOCENTOMILLE LIRE. DOMANDA  
25%  
BIANCO = WEISS? POSSIBILE. CONTROLLA MOSCHETTA? PROCOPIO?  
POZZA???  
(IMPORTANTE DI CONTROLLARE L'INCARTAMENTO AR)  
LEVIN UN ERRORE PER LEVI? ~~CONTROLLA BUZZI.~~ TELEFONA IL  
VICEQUESTORE.  
BOTTEGAIO = K? CONTROLLA SE L'ORIGINE DI LEVIN É TEDESCHO???  
LEVI MEDESSIMO.  
~~MOVIMENTO SOCIALE ITALIANO.~~ ALTRI NEOFASCISTI? RELAZIONE  
TEDESCHA???

Yosef agitó la cabeza.

—Te has olvidado de que no sé leer el italiano.

—No lo he olvidado. Esto es para mostrarte cómo puede extenderse el original. Aquí tienes mi versión en hebreo.

Le entregó otra hoja cubierta de su elegante escritura. Yosef siempre había creído que los árabes eran medio analfabetos y se negaban rotundamente a aprender hebreo. La gracia de su letra lo sorprendió.

—Mi padre me enseñó —apuntó ella al ver y entender su mirada—. Es maestro de escuela. Como le encanta el Antiguo Testamento, aprendió hebreo y arameo a fin de estudiar los textos en el original. Mi uso de la lengua fue más práctico.

—¿Quién le enseñó?

—Estudió con un rabino, un sefardí de Marruecos. Se llamaba Ovadiah Bar Yochai.

Yosef abrió los ojos. Bar Yochai había sido uno de los estudiosos del Talmud más respetados de su época, primero en Marruecos y luego en Israel. Su sepulcro en las afueras de Haifa constituía un punto de peregrinaje constante. De hecho, la familia de Yosef había estado allí hacía tres años, en Lag Ba'Omer. Sospechó que el padre de Maryam era más que un maestro de escuela. Empezó a leer.

YOEL LEVIN: CUATROCIENTAS MIL LIRE PEDIDAS.

¿LA MISMA CANTIDAD POR LA SEÑORA LEVIN? CALCULAR 10% PARA YOEL, 10% PARA SU MADRE.

20% DE ~~CUATROCIENTAS MIL LIRAS~~ OCHOCIENTAS MIL LIRAS.

PEDIR 25%.

BIANCO = WEISS?? POSIBLE. ¿COMPROBAR MOSCHETTA?

¿PROPIO? ¿POZZAN???

(IMPORTANTE COMPROBAR EXPEDIENTE AR)

¿LEVIN POR ERROR EN LUGAR DE LEVI? ~~COMPROBAR BUZZI.~~

LLAMAR AL VICEQUESTORE.

¿TENDERO = K? COMPROBAR SI LEVIN DE ORIGEN ALEMÁN ¿? LO MISMO PARA LEVI.

~~¿MOVIMIENTO SOCIAL ITALIANO?~~ ¿OTROS NEOFASCISTAS? ¿CONEXIÓN ALEMANA?

—Tiene más sentido —declaró Yosef—. No cabe duda de que Mannuzzu sabía más de lo que debía saber, y demasiado para su seguridad. Parece que iba a hacer gestiones para que secuestraran también a Chaya y meterse así en el negocio. Es de suponer que sólo podía hacer eso de dos maneras. Podía presionar a Aryeh para que le contara lo que se suponía que sabía y coger su porcentaje como recompensa. O podía amenazar con revelar lo que sabía. Pero evidentemente también era consciente de que podían haber confundido a Levin con Levi, lo que significa que podía haber acabado tratando de llevar un complejo doble juego.

—Eso parece. También parece que sabía o adivinó que «Bianco» era el código del nombre alemán Weiss.

—¡Qué extraño! ¿Por qué, si Weiss quería ocultar su nombre, lo hizo de modo tan torpe?

Maryam se encogió de hombros.

—Quizá en realidad no quería que fuese un secreto y sólo pretendía que no



figurara oficialmente. Tal vez, como suponía que Aryeh sabía todas las otras cosas, creyó que también adivinaría quién era Bianco, y quizá el conocer su identidad suponía una parte vital de la amenaza. Puede que Weiss sea famoso por su implacabilidad y que pensara que, con sólo saber que tenía a Yoel en sus manos, Aryeh se sentiría intimidado y le diría lo que sabía. Salvo que no era Aryeh el que sabía lo de Weiss, sino Levi.

Yosef asintió con la cabeza. Maryam sacó su cajetilla de cigarrillos de su bolso y, como sólo quedaba uno, se lo ofreció.

—No gracias.

—¿No fumas?

—No, pero tú fuma, no te cortes.

Maryam dudó una fracción de segundo, se llevó el cigarrillo a los labios, arrugó el paquete vacío y lo echó en el cenicero, junto a un montón de colillas.

—El MSI, ¿qué es? —inquirió Yosef.

Maryam encendió su mechero y sostuvo la llama bajo la punta del pitillo. Yosef se fijó de nuevo en el leve temblor de su mano.

—El Movimento Sociale Italiano, hasta hace poco el partido neofascista oficial, fundado justo después de la guerra, en 1946. A finales de esa década ya tenían sus primeros escaños en el parlamento y les fue aún mejor hace unos años. En 1995 se disolvió y se convirtió en la Alianza Nacional. En opinión de mucha gente fue poco más que un cambio de nombre.

—Creí que habían prohibido el fascismo en Italia después de Mussolini.

—Mucha gente también lo creyó. Lo que ocurrió en realidad fue que, como hicieron muchos ex nazis en Alemania después de la guerra, los fieles del partido se reagruparon al incorporarse a los partidos Demócrata Cristiano y Liberal.

—Y Mannuzzu pensó que estaban metidos en este asunto.

—Parece que fue lo primero que supuso, pero obviamente se lo repensó. Lo de «otros neofascistas» podría referirse a una gran cantidad de grupos. De vez en cuando del MSI se escindía algún grupúsculo, como Ordine Nuovo o la Avanguardia Nazionale. Si existe una conexión alemana, podríamos encontrarnos con un buen número de organizaciones ilegales o semi-legales.

—Parece que sabes mucho al respecto.

—No mucho. —Maryam negó con la cabeza—. Me mantengo al corriente y el fascismo sigue siendo un tema caliente en este país. La extrema izquierda ha ganado muchos votos en años recientes y esto preocupa a mucha gente.

—¿Pero nada de esto significa algo concreto para ti?

—No.

—¿Qué hay del «archivo AR»?

Maryam abrió las manos.

—Tenemos que dar por supuesto que era un archivo de Mannuzzu en el despacho o en casa. Las iniciales no me dicen nada.

—¿Qué clase de archivo? ¿Un archivo de ordenador?

—No, eso sería *archivio* o *file; incartamento* probablemente se refiera a una caja de archivo o a una carpeta.

—¿Viste alguna en las estanterías anoche?

—No. Puede que lo guardara en el despacho del bufet.

—Pues tendremos que encontrar el modo de ponerle las manos encima, y quiero saber quiénes son las personas con las que pensaba comprobar los datos. Su agenda personal nos sería muy útil.

—El *vice questore* podría no ser tan difícil, apuesto a que es De Felice, el hombre encargado de la investigación de los asesinatos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El modo en que trató de mantener el asunto en secreto, como si temiera no poder manejar el caso si se presentaban demasiados problemas. Me pareció nervioso en su entrevista contigo.

—Sí, lo recuerdo, pero no quiero que sepa que estoy aquí.

—Pensaremos en algo.

Maryam dio una última y larga calada al cigarrillo y lo apagó con aire distraído, una fina voluta de humo salió de su nariz. Clavó la mirada primero en el cenicero y luego en Yosef.

—¿Hablas alemán? —le preguntó.

—No, ¿por qué?

—Por nada, es que... —Hizo una pausa—. Esto del *bottegaio*... me fijé que había varios libros en alemán en las estanterías de Mannuzzu, sobre todo diccionarios jurídicos y un par de textos sobre la legislación comercial alemana, eso, sin contar con lo de «la conexión alemana» en el papel que tenemos. Me pregunto si el que hablara alemán no le habrá permitido adivinar algo.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—«*Bottegaio = K*», decía la nota, o sea, «tendero = K». Lo interesante es que tendero se dice *Krämer* en alemán, y, al igual que Weiss, *Krämer* es un apellido. Creo que Weiss quiere saber el paradero de alguien llamado *Krämer* y creo que Levi sabe dónde está y por qué lo busca Weiss.

o podemos entrar juntos —dijo Yosef.

—**N** Estaban en una pequeña iglesia a unas manzanas del hotel. Se sentía inquieto y fuera de lugar. Era la primera vez en su vida que pisaba un templo cristiano. Las velas, las estatuas y el incienso encendido le producían desazón, pues sentía una nueva preocupación por lo oscuro y lo irreal, algo que no había experimentado nunca en una sinagoga o en una mezquita, la sensación de que Dios podría estar en cualquier sitio, menos allí. Sin embargo habían venido porque a Maryam se le antojaba un refugio seguro, un lugar donde hablar con susurros sin que los observaran, un lugar donde hacer planes para las próximas horas y los próximos días.

—Observarán con especial atención a las parejas que entren juntas —prosiguió Yosef—. No creo que sepan todavía lo ocurrido, y puede que aún se hagan ilusiones de que no sabemos nada y de que nos comportaremos con normalidad. Eso significa que uno de nosotros ha de entrar y conseguir las cosas mientras el otro vigila a los observadores de enfrente. Lógicamente, el que debe entrar soy yo, puesto que sé lo que busco, pero no encuentro un método sencillo. Quizá tengan a más gente en el vestíbulo.

Maryam agitó la cabeza. Se hallaban en un rincón de la nave tenuemente iluminado y las sombras ocultaban a medias su rostro. No obstante, la luz de una cercana fila de velas habitaba sus ojos y la hacía parecer incandescente, el único ser realmente vivo en un mundo de piedra muerta.

—Creo que sé cómo hacerlo —comentó—. Significa que yo tendré que entrar y tú vigilarás, pero creo que es más seguro que hacerlo al revés. Sólo necesito un cambio de ropa y maquillaje, y un lugar en el que cambiarme.

—La ropa y el maquillaje no bastarán.

Maryam alzó un dedo, como para callarlo.

—Créeme —murmuró—, esto funcionará.

En un banco próximo, una anciana se volvió y les dirigió una mirada reprobatoria. Vestía completamente de negro y llevaba un largo chal de encaje en la cabeza, una reliquia de los viejos tiempos, de cuando los españoles gobernaban la isla. De sus dedos desfigurados colgaba un largo rosario de cuentas desgastadas por el roce de años. Con un gruñido se volvió hacia delante y siguió rezando. Casi sin palabras, tantas veces repetidas, sus oraciones se elevaron hacia el techo y se perdieron entre los arrullos de las palomas.

Maryam y Yosef se levantaron y se encaminaron en silencio hacia la puerta de vieja madera desgastada y ennegrecida por los dedos de numerosas generaciones. Maryam se giró y miró la luz que ardía en el santuario, nave abajo. Se persignó, como si sus manos se hubiesen movido por voluntad propia, e hizo una genuflexión; pese a que no era creyente, necesitaba el poco consuelo que el gesto le proporcionaba. Una especie de oración se formó en su mente, una oración que pedía protección para ella misma y para el hombre que estaba a su lado. Lo miró de reojo. Los seguidores de su Dios habían perseguido al pueblo de Yosef durante siglos. ¿Qué clase de protección conseguiría su oración?

Al salir, siguieron andando casi cegados por la luz del día, deslumbrante tras el sombrío interior de la iglesia. Yosef echaba una que otra mirada hacia arriba, como si quisiera asegurarse de que su Dios había vuelto al centro del universo. En las ventanas de los escaparates y de los coches iba comprobando que no los seguían.

Sus pasos sin dirección fija los llevaron al puerto, donde el transbordador a Civitavecchia se disponía a marchar. Los últimos coches embarcaban y algunos de los pasajeros que estaban en la barandilla se despedían con la mano de sus familiares. A ambos se les ocurrió que quizá pronto tuvieran que irse ellos también en el transbordador; no podían correr el riesgo de registrarse en otro hotel, pues sus perseguidores ya habrían contemplado esa posibilidad y habrían dejado fotografías suyas y descripciones, acompañadas de la promesa de una compensación económica.

Necesitaban una base en donde hablar, comer y dormir, un lugar donde refugiarse en caso de peligro. Cabía la posibilidad de alquilar un apartamento, pero Yosef no estaba seguro de que fuese buena idea, pues si ellos encontraban uno, sus perseguidores también podrían encontrarlo.

La solución se hallaba a unos metros, en la ventana polvorienta de un pequeño despacho en el muelle, donde alguien había colgado un letrero que rezaba: *Barca da nolo*, «se alquila barco». Debajo de éste había una fotografía que casi había perdido los colores; un vate a motor diesel de dieciocho metros y medio de eslora. Al pie de la imagen alguien había escrito las características de la embarcación, entre ellas un camarote grande para cuatro personas y un equipo de radar recién instalado.

El ocupante del cobertizo era un ser encanecido de edad indefinida, antiguo marinero o cargador de muelle, obligado a jubilarse a medias por el alcoholismo, una enfermedad o un grave accidente. Una gorra manchada de aceite le cubría la cabeza y la frente, incluso en el interior, y vestía un grasiento mono antaño azul. Casi no los miró cuando entraron y se limitó a asentir ligeramente con la cabeza en respuesta a la pregunta de Maryam referente a si la embarcación estaba disponible.

—Quisiéramos verla.

—Estoy ocupado.

—Nosotros también. Queremos una embarcación esta mañana, no esta tarde ni

mañana. Si no quiere alquilárnosla...

—Sólo acepto dinero al contado. —Los examinó atentamente. No eran turistas exactamente, pero tampoco la clase de gente que solía querer un yate como el suyo —. Si quieren algo lujoso, algo que puedan pagar con tarjeta de crédito, pierden el tiempo. Vayan a Porto Cervo o a uno de esos lugares, allí se lo darán.

—Su barco me parece bien, no vamos a hacer ninguna fiesta en él; si está en buen estado para navegar, lo cogemos.

El anciano gruñó. A él no le pareció que supiesen distinguir un barco en buen estado de una lata de sardinas, pero si tenían dinero le daba igual. Además, el hombre tenía aspecto de saber lo que se hacía. Sus razones para querer un barco no le incumbían, por allí no se hacían preguntas de esa clase, no si uno quería seguir vivo. Probablemente un asunto de drogas, y eso significaba una cosa, y sólo una, que sus clientes pagarían al contado y de inmediato.

Los llevó a un amarre al final del muelle. El *Eleanora d'Arborea* era un barco de trabajo; le habían dado varias capas de pintura y adornado de modo llamativo a fin de que hiciera las veces de embarcación de recreo, para que la gente que no podía pagar los precios costa arriba hiciera viajes de un día. Subieron a bordo y Yosef lo examinó. Los barcos no eran su hábitat natural, pero había trabajado con comandos navales a lo largo de la costa libanesa y a cambio de que compartiera con ellos sus habilidades en tierra, ellos le habían enseñado algunas habilidades náuticas. No navegaría por el Atlántico en el *Eleanora d'Arborea*, pero serviría para lo que lo necesitaban y, si fuera necesario, lo llevaría al continente. Estaba seguro de poder manejarlo a solas, a condición de que las condiciones meteorológicas fuesen favorables.

Como anticipo, dejaron el dinero que le quedaba de la noche anterior y convinieron en regresar con suficiente dinero al contado para pagar una semana de alquiler del yate. El hotel constituía todavía una zona prohibida, de modo que en una sucursal del banco Credito Italiano Maryam sacó cuantas liras pudo sin provocar demasiada curiosidad y sin tener que pedir autorización a Cagliari, justo lo suficiente para el alquiler. Usaron uno de los nombres falsos de Yosef y el anciano no les pidió el documento de identidad.

En el barco, Maryam desapareció en el interior. Yosef se dedicó a examinar el equipo del *Eleanora d'Arborea* y tomó nota mentalmente de los artículos que tendría que comprar en el caso de que decidiera hacerse a la mar. No resultaría difícil encontrar a alguien que trajera la embarcación de vuelta, si no alguien de la zona, alguien enviado por el Mossad.

Cuando Maryam reapareció, apenas la reconoció; llevaba una peluca rubio platino, zapatos de tacón alto, medias negras de malla fina, una falda muy corta y una blusa que podía ser transparente. Lo raro era que no se veía ridícula. Ante tal

aparición, el padre de Yosef habría apartado la mirada y murmurado invocaciones en voz baja. A Yosef, en cambio, no le resultó tan fácil mirar hacia otro lado; se sonrojó, perdida hasta la última gota de confianza en sí mismo.

—Vamos —lo instó Maryam—, di lo que estás pensando.

—Yo... —balbuceó Yosef y se detuvo, como hechizado por los labios brillantes y los múltiples tonos de sombra que se había aplicado en los párpados—. Pareces una prostituta —añadió por fin.

Maryam sonrió e hizo una pirueta.

—Bien. Eso es precisamente lo que esperaba que dijeras. Ahora, apresúrate y encuéntrame un taxi. —Soltó una risita, incapaz, a pesar de sí misma, de mantenerse seria—. Cobro por horas.

El taxi se detuvo frente al hotel. Yosef se había bajado calle abajo, en el cruce, y se había apostado para vigilar a Maryam.

Ésta se había fijado en las prostitutas que había en el vestíbulo el día anterior, mientras aguardaba a que el sueño le quitara el cansancio a Yosef. En el tiempo que estuvo esperando, al menos tres prostitutas entraron y se dirigieron directamente a habitaciones de otros pisos. Los empleados de la recepción apenas les habían echado una ojeada; formaban parte de las idas y venidas del hotel, tanto como los botones y las camareras.

Se imaginó que, al igual que un par de ciudades sardas, Olbia había experimentado un aumento en la tasa de prostitución a finales de los años ochenta. Antaño, y sin duda todavía ahora, las tradicionales *case di tolleranza* servían a los hombres de la zona, pero con el desarrollo de la cercana Costa Esmeralda y con la constante afluencia de turistas y propietarios de segundas residencias, habían llegado mujeres de otros países en busca de parte del dinero suelto que cambiaba de manos en los balnearios. Allí el dinero suelto podía equivaler a un premio de lotería medianamente bueno. Puesto que la Costa Esmeralda quería parecer limpia, al menos en la superficie, gran parte de la sordidez iba a parar a los hoteles y bares de la que ya era una de las ciudades más descaradas de la isla.

El hombre en la recepción la miró de arriba abajo y agachó la cabeza. No merecía la pena babear por una nueva chica del negocio y en todo caso bien sabría que a sus jefes ya les habían untado las manos para que su personal hiciera la vista gorda. En el vestíbulo algunas personas le echaron una ojeada; la de algunos hombres contenía algo más que un interés pasajero, pero nadie la vio de verdad. Había pasado a formar parte de una tribu invisible, una tribu que, si bien habitaba el mundo real, sólo se relacionaba con él en secreto y entre sombras.

Maryam llegó al tercer piso, el de sus habitaciones. Afortunadamente, en lugar de llaves, el hotel había introducido recientemente tarjetas de plástico que los huéspedes podían llevar consigo en todo momento. Fue primero a su habitación, cogió algunos artículos absolutamente necesarios y los metió en el enorme bolso que había comprado al mismo tiempo que la ropa.

Abrió la puerta y se asomó al corredor. Al ver que estaba vacío respiró hondo y salió cerrando sin hacer ruido. Se encaminó hacia la habitación de Yosef, cinco o seis puertas pasillo abajo, a la izquierda, y aguzó el oído.

A lo lejos oyó el zumbido apagado de una aspiradora; luego un portazo, seguido

del rodar de las ruedas de una carretilla. Un ascensor viajó entre dos pisos y se detuvo. Alguien llamó a una puerta y una voz monótona contestó desde el interior. La limpieza matutina no había acabado. Sin saber por qué, Maryam pensó en su luna de miel, en las mañanas en la cama, en las discretas llamadas a la puerta y en los pasos que se alejaban, en la luz del sol perdida entre las sábanas. Llegó a la habitación de Yosef y entró en ella.

Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la oscuridad. Sin duda Yosef había corrido las cortinas antes de salir la noche anterior; o quizá lo hiciera cuando se había echado la siesta por la mañana al llegar y se habían quedado así desde entonces. Encontró el interruptor y lo pulsó. Sólo se encendió la lámpara de la mesita de noche.

Creyó gritar, aunque sus labios permanecieron cerrados y el sonido estaba en su mente. Más tarde se dio cuenta de que su propio silencio probablemente le había salvado la vida.

El cuerpo se movió lentamente, no por voluntad propia, sino porque la cuerda de la que pendía intentaba recuperar su rectitud original; no dejaba de torcerse, hacia la derecha, hacia la izquierda, unos cuantos milímetros cada vez, los suficientes para producir un movimiento sumamente leve, eléctrico. Habían atado una punta de la cuerda a un aro que antes sostuvo la pesada lámpara en medio del techo. El otro cabo estaba atado en torno a los tobillos del cuerpo, suspendiéndolo como a un animal en un matadero. Alguien caminó en la habitación de arriba, las tablas del suelo impulsaron la cuerda de nuevo y el cuerpo volvió a girar parcialmente.

Era un cuerpo muy blanco, casi tanto como el papel o como la leche. Maryam lo miró un minuto entero; parecía que a ella también la hubiesen cogido de los tobillos y suspendido del techo. Era el cuerpo de una mujer; sus pechos extrañamente distorsionados colgaban al revés; su largo cabello formaba un charco en la alfombra, como si lo hubiesen derramado. Le habían hecho cortes en las muñecas, atadas como los tobillos; por las dos enormes heridas le habían sacado la sangre, la habían desangrado hasta dejarla blanca. Junto a la cama había dos grandes cubos, vacíos pero manchados de color marrón.

Al principio Maryam no la reconoció desde ese ángulo. Podría haber sido cualquiera. Por su mente cruzó la idea de que Yosef era el responsable, de que la había llevado allí y la había torturado hasta matarla en su intento por sacarle información. Entonces vio los anillos en su mano izquierda y los observó atentamente. Se trataba de Tina Mannuzzu, con su bonita cara apagada.

Reconocerla devolvió a Maryam a la vida. Sentía calor, tenía la impresión de estar a punto de vomitar. La habitación pareció girar, como si también ella se hallase colgada de la cuerda. Jadeó y se dirigió al cuarto de baño pegada a la pared, manteniéndose tan lejos del cuerpo como pudo.

Se apoyó en la puerta del cuarto de baño hasta que se le despejó la cabeza y



disminuyó la impresión de estar dando vueltas. Todavía sentía náuseas, pero las controló. No la había abandonado la sensación de calor, de que su temperatura corporal se había elevado a niveles alarmantes. Se acercó al lavabo y cometió el error de mirar en la bañera.

No era mucha la sangre, pero sí la suficiente para dar vida a un cuerpo de mujer. Un charco de sangre, coagulándose en el fondo de la bañera, como jalea de vino. Lo que más la horrorizó fue la impresión de orden y limpieza, el cuidado con que la habían vertido, los lados y los bordes impecables de la bañera.

Vomitó en el lavabo y, mientras lo hacía, pensó que era una suerte que no hubiese comido mucho el día anterior. Ese pensamiento absurdo era algo a lo que aferrarse, como si diera sentido al horror que la rodeaba. Por fin su estómago acabó de vaciarse. Con la respiración entrecortada se echó agua en la cara y el cuello, y la dejó correr en el lavabo.

En ese momento llamaron a la puerta.

La camarera ya había insertado su tarjeta maestra en la ranura y estaba a punto de entrar cuando Maryam llegó a la puerta. La asió y la sostuvo con firmeza para evitar que se abriera más de unos pocos centímetros.

—*Chiedo scusa* —dijo la mujer—, quisiera limpiar su habitación, si no le molesta.

Maryam negó con la cabeza. Trató de parecer enferma y se ocultó cuanto pudo detrás de la puerta.

—Lo siento —murmuró—, pero no me siento muy bien. —No mentía. Sentía las entrañas deslizarse y resbalar, y el corazón golpearle el pecho—. ¿Puede regresar más tarde o dejarlo para mañana?

La camarera la miró con desdén.

—Se supone que no debo hacer eso. Son muy estrictos aquí, tenemos que cambiar las sábanas y limpiar las habitaciones cada día.

—Es una pena, pero yo tengo migraña, acabo de vomitar y quiero pasar el día en cama.

La actitud de la camarera cambió como si fuera la primera vez que la veía. Empujó un poco tratando de mirar más allá de la puerta. Maryam no había tenido tiempo de apagar las luces y el cuerpo era visible.

—Oiga, ¿está trabajando o es huésped del hotel?

—Huésped.

—No lo parece por su ropa.

—A usted no le incumbe mi modo de vestir. ¿Quiere que le diga al gerente que es una entremetida? Las habitaciones son demasiado caras como para que no dejen a los huéspedes en paz.

La camarera se encogió de hombros y dio un paso hacia atrás. No merecía la pena meterse en problemas por una *puttana*.

—Le sugiero que la próxima vez se acuerde de poner el letrero de no molestar —comentó—. Para eso están.

—Gracias, lo haré ahora mismo.

Maryam cerró la puerta a toda prisa. Tenía el estómago aún revuelto y no tardó en vomitar en el suelo, un vómito escaso y fino que le quemó la garganta pero que no la alivió.

Cogió el letrero de no molestar de una mesita de noche, abrió la puerta y lo colgó en el pomo. No tenía idea de cuánto tiempo mantendría a los intrusos fuera.

Yosef empezaría a preocuparse y no quería que se arriesgara para averiguar lo que le había ocurrido. Cuanto más pronto volviera con él, mejor. Pero primero debía coger los artículos que le había pedido, pues quizá no tendrían otra oportunidad de entrar en la habitación. Se fortaleció para no hacer caso del cuerpo colgado del techo, ni siquiera se imaginaba cortando la cuerda para bajarlo, y buscó en los lugares que Yosef le había indicado. Todo se encontraba donde él había dicho, incluso el dinero.

Entreabrió la puerta y se asomó al pasillo, nerviosa. La puerta de la habitación diagonalmente opuesta a la suya estaba entreabierta y oyó el zumbido de la aspiradora en su interior. El corredor estaba vacío todavía. Salió, cerró con firmeza y dejó puesto el letrero de *Non Disturbare*.

Yosef se esforzó en contener la emoción cuando vio a Maryam encaminarse hacia él y alejarse del hotel, si bien el alivio en su cara resultaba inconfundible. Le dio un ligero beso en la mejilla, aunque deseaba hacer más que eso, deseaba abrazarla para estar seguro de que se encontraba a salvo. Entonces, al separarse y mirar su rostro, pálido bajo el maquillaje, vio que algo malo ocurría, que había roto a llorar; se sintió desgarrado entre la necesidad de consolarla y la de evitar una escena en público.

Había un callejón a unos metros y la llevó allí, consciente de que un par de personas los observaban y llegaban a sus propias conclusiones, pero, mientras nadie interfiriera, le daba igual lo que pensarán.

En la semi-intimidad del callejón, Maryam se derrumbó; se aferró a él, sin reservas y sin bochorno; el miedo y el horror se juntaron en un único grito de dolor. Yosef la abrazó, sin hablar y sin saber lo que había provocado ese estallido emocional, y casi avergonzado del placer que le proporcionaba tenerla tan cerca y tan necesitada de él. Se dijo que no significaba nada, que cualquiera habría hecho lo mismo, que cuando se le acabaran las lágrimas, Maryam se separaría y recuperaría su habitual reserva.

Sin embargo, ese pensamiento contenía el germen de algo más, del conocimiento de que se engañaba a sí mismo, o al menos de que lo intentaba. El hecho, incómodo, era que la amaba y que no soportaría que recuperara la compostura, se secara los ojos y dijera:

—Me las puedo arreglar muy bien sin ti, gracias.

Estrechó el abrazo y ella se pegó más a él, como por instinto. Yosef cerró los ojos y el ruido del tráfico se apagó prácticamente, lo único que oía eran sus sollozos y la entrecortada salida y entrada de su aliento.

Fue como un largo sueño, este abrazo que no era exactamente un abrazo, torpe, casi paternal, este intento de consolar a la mujer a la que no había deseado amar, pero a la que, pese a todo, amaba. En él podía soñar y desentrañar toda una vida de pensamientos. Al final, la sostuvo sin cohibirse, como si el sueño hubiese obrado su magia y esperase a que ambos despertaran, durmientes en la noche.

Poco a poco Maryam recuperó la compostura; el horrible maquillaje casi cómico se había corrido y sus ojos, hinchado. Lo miró y volvió a mirarlo; percibió lo que en parte temía percibir, y el corazón de Yosef dio un vuelco, tan lleno de dolor como de alegría, al ver en sus ojos ese conocimiento no ensayado, esa certeza casi gozosa. Se amaban, pese a que ambos se daban perfecta cuenta de la imposibilidad de su amor. Pero la besó igualmente, con gentileza; le rozó los labios con los suyos, quitando la brillante y pegajosa pintura de su superficie, como un restaurador al quitar el barniz de un viejo lienzo y darle nueva vida. Los labios de Maryam se movieron contra los de él, un leve aleteo; él percibió la lengua que había detrás de ellos, dispuesta a saltar, como un resorte de fuerza inimaginable, llena de una inefable tristeza.

Yosef le acarició la mejilla con la mano desnuda, arrastró el rímel y las lágrimas sobre su pómulo, como si le pidiera disculpas por el roce de sus labios y por la súplica muda y sorda de sus ojos, la mirada enloquecida que le decía que la amaba a la vez que bregaba por ocultárselo a los dos. Maryam lo miró de nuevo y las palabras salieron en tropel; le habló del cuerpo colgado de un gancho, de la sangre en el fondo de una bañera poco profunda, y de la horrible sensación de encontrarse allí todavía, de no poder salir, de que las puertas se habían cerrado a su alrededor, de que se quedaría para siempre junto a ese cuerpo y la sangre; le habló de la llamada a la puerta.

—Está bien —le dijo él con suavidad sin dejar de abrazarla—. Ya ha acabado, estás aquí conmigo, estás bien.

Una y otra vez pronunció palabras de consuelo, pero lo que deseaba decir era: «Te amo», aunque sabía que no podía hacerlo, ahora no, quizá nunca.

Por fin Maryam se tranquilizó y él le ayudó a secarse la cara.

—Estoy hecha un asco.

—Creo que te prefiero así —contestó Yosef.

Lo atrevido de sus palabras lo hizo sonrojarse, si bien ella también se sonrojó ligeramente, y en el fondo él se alegró de haberlas pronunciado.

—De todos modos tendré que arreglarme el maquillaje.

Maryam sacó un pequeño espejo y artículos de maquillaje de su bolso. Yosef se agachó y extrajo las cosas que necesitaba. Regresaban a la normalidad y en un momento la intimidad sería agua pasada.

Un chico pasó por su lado, los miró y silbó. Yosef le dirigió una mirada airada y el chico se alejó corriendo y riendo.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Maryam.

Ya se habían despertado, pensó Yosef, se acabó el largo sueño.

—Tenemos que sacar su cuerpo de mi habitación. ¿Estás segura de que era ella, la señora Mannuzzu?

Maryam asintió con la cabeza: no cabía duda.

—Si la policía la encuentra allí... —Yosef hizo una pausa, las palabras sobraban—. El personal del hotel no hará caso eternamente del letrero de no molestar y puede que nuestros amigos aquí afuera se impacienten y llamen personalmente a la policía. —Miró su reloj. Era casi mediodía—. Tendré que hacerlo pronto.

—Sí —respondió Maryam en tono sombrío.

No había nada más que decir. Sabía que Yosef iba a correr un riesgo enorme. ¿Sería posible que se amaran?, se preguntó, ¿que este hombre tan extraño se hubiese convertido en más que un conocido?

—¿Cómo vas a entrar? Todavía vigilan, los vi al salir.

—Conozco un modo —declaró Yosef, y se calló.

Había un modo, un modo expeditivo, pero no había querido usarlo, pues significaba volver a matar. No obstante, no le quedaba otra alternativa, se la habían quitado, como le habían quitado la vida a Tina Mannuzzu, como si nada, sin pensárselo siquiera.

Se acercó a la esquina del callejón y se asomó. Nada en la calle había cambiado, los habían olvidado. Maryam ya se había arreglado la cara, pero había perdido la confianza en su papel. Ir al hotel fue fácil, tenía un objetivo, y ahora tendría que desempeñar el papel mientras aguardaba. Y alguien la amaba, y eso suponía una diferencia. Yosef quiso que regresara al café y lo esperara allí.

—Si me ocurriera algo, quiero que hagas llegar la nota de Mannuzzu al Mossad, eso y todo lo que hemos averiguado. —Le dio un nombre y un número al que llamar—. Espérame en el café —le pidió sin emoción en la voz—. No tardaré.

Ya se iba cuando ella lo detuvo.

—Yosef —le dijo en un susurro apenas audible. Se acercó a él, lo besó en los labios y le acarició la mejilla—. Ten cuidado.

Yosef sabía que tenía que ser rápido. Aparte del hecho de que la camarera podía regresar en cualquier momento e insistir en entrar, la comunicación entre el grupo de vigilantes de enfrente y el de atrás suponía un problema. Yosef tendría que eliminar a este último, pero cuando no hiciera su llamada habitual, sus colegas de enfrente irían a ver qué ocurría. Si sus cálculos eran correctos, contaba con quince minutos, como mucho.

Al hombre que se había hecho pasar por operario de la telefónica lo había sustituido otro. Yosef examinó atentamente el callejón y confirmó que el del tejado era el único que estaba apostado detrás. Por suerte era la hora de la comida y en el callejón había menos movimiento que antes.

A unos cuarenta y cinco metros del tejado desde el que el hombre del uniforme de la telefónica vigilaba, había una terraza plana erizada de antenas de televisión y parabólicas; el depósito de agua pegado al muro en un rincón semejava un

contrafuerte circular.

Del edificio anexo sobresalía una oxidada escalera de incendios, separada del borde del tejado por poco más de un metro. El salto habría sido fácil de haber podido hacerlo desde arriba, sin embargo el único punto de partida razonable exigía una trayectoria de quince grados hacia arriba.

Sin hacer ruido subió al punto que había escogido y aguardó a que pasaran un par de jóvenes vestidos con trajes brillantes. El vigilante tenía la mirada puesta en la entrada del hotel. Subirse al último estribo de la escalera de incendios y conservar el equilibrio para saltar resultó difícil, fue el salto más difícil que Yosef dio en su vida. De haberse equivocado por unos centímetros o de haber errado el ángulo de ascenso, no lo habría conseguido. De hecho, tuvo que luchar por aferrarse al borde del tejado y subir haciendo palanca con los brazos.

No se movió hasta no estar seguro de que el que vigilaba desde el otro tejado no había oído nada. Se agachó, se quitó los zapatos y recorrió la corta distancia hasta el depósito de agua con ellos en mano. Sintiéndose parapetado, se acomodó para observar al falso operario, que se subió y bajó dos veces las gafas. Quieto, vigilaba sin nervios, lo que sugería que lo habían entrenado bien. Yosef pensó en los hombres a los que había matado la noche anterior. Habían cometido errores, pero no muchos, y estaba seguro de que a ellos también los habían entrenado gentes que sabían lo que se hacían.

De pronto, el operario levantó la solapa y habló por el pequeño micrófono. Éste era el momento que esperaba Yosef. Los minutos entre llamadas era el tiempo máximo de que disponía para hacer todo lo que tenía que hacer, allí y en el hotel. De un bolsillo sacó un largo tirador de metal, que pese a parecer una versión en grande de un juguete de niños, no lo era: en las manos adecuadas era un arma tan mortífera como una pistola. Una pistola sería más certera, pero Yosef sabía que, incluso con silenciador, el disparo lo delataría.

El supuesto operario bajó la solapa y volvió a vigilar el callejón. Yosef colocó un pesado perdigón de metal en el tirador y lo alzó; desde el centro de la horquilla le apuntó a la cabeza y mantuvo la mano quieta. Cuando tiró del fuerte elástico sintió la tensión en la muñeca. Usar uno de estos dispositivos requería mucha habilidad e interminables horas de práctica, pero el silencio y la seguridad compensaban lo arduo del aprendizaje. Soltó el perdigón y, una fracción de segundo más tarde, el vigilante cayó de lado.

Con los zapatos puestos de nuevo, Yosef se apresuró a cubrir sus huellas. Un largo salto lo dejó en el tejado desde el que había espionado al supuesto operario. Se agachó y comprobó su pulso: nada. Levantó el cuerpo, lo dobló y lo puso en tal posición que parecía estar dormido, de modo que cualquier transeúnte creería que el hombre dormitaba mientras trabajaba.

Bajó por la escalera del operario; tras un minucioso examen decidió que nadie le prestaba una atención especial y se dirigió hacia la puerta trasera del hotel Presidente.

Ésta daba directamente a la cocina. Yosef había calculado bien el momento y la cocina bullía de actividad: cocineros y camareros corrían, cocinaban, gritaban órdenes, cogían platos, hervían agua, limpiaban, lavaban, secaban, chillaban, se rodeaban los unos a los otros con una pericia fruto de la experiencia. Nadie tenía tiempo de escrutar un nuevo rostro y menos de preguntarle qué hacía allí.

Yosef la atravesó como si supiera lo que hacía y se encontró en el restaurante del hotel. En cuestión de segundos se transformó en huésped. Sonrió a un supuesto amigo que estaba junto a la pared, inclinó la cabeza y se encogió de hombros, antes de dirigirse hacia la puerta que daba a los lavabos. Como esperaba, ésta daba también al vestíbulo, puesto que el servicio eran tanto para el restaurante como para las zonas públicas.

Medio minuto más tarde estaba frente a la puerta de su habitación. La tarjeta se deslizó sin hacer ruido por la ranura y la puerta se abrió. Tina Mannuzzu se encontraba donde la había dejado Maryam, blanca aún, desnuda y muerta. Como la muerte de Aryeh y Chaya, la de Tina se había dispuesto con el fin de causar terror e hipnotizar. Pero Yosef no tenía tiempo para quedarse quieto, mirando y pensando. Puso el cerrojo, encontró una silla y cortó la cuerda que sostenía a Tina. La distancia hasta el suelo no era mucho y cayó casi sin hacer ruido.

Yosef encontró la lámpara del techo y la volvió a poner en su lugar. Dejó los cubos donde estaban. Se daba cuenta de que los minutos transcurrían, de que en cualquier momento los vigilantes de enfrente esperarían la llamada del tercero y que cuando no la recibieran irían a ver qué había ocurrido.

La bañera suponía un verdadero problema. No podía dejar ningún rastro de sangre. Pero ésta se había coagulado y en algunos sitios estaba seca, no sería simplemente cuestión de dejarla salir por el desagüe, de modo que la fue sacando con un frutero del dormitorio y la echó al inodoro. Cuando terminó tiró de la cadena. Dejó correr el agua caliente en la bañera, añadió una copiosa cantidad de champú y frotó fuertemente con una toalla. Al acabar supo que quedaba suficiente sangre como para condenarlo, aunque esperaba que la camarera, apremiada por el tiempo, no le echaría más que una ojeada superficial.

Dejó la puerta abierta y el cuerpo de Tina y la toalla empapada de sangre fuera de la vista, cruzó el pasillo y llamó a la puerta de enfrente. Nadie contestó. Llamó de nuevo con más fuerza y de nuevo nadie contestó.

Abrirla no le supuso un problema. Daba igual que una investigación policíaca revelara que había sido forzada, de todos modos se trataba de que pareciera un crimen.

Regresó a su propia habitación, se echó la toalla sobre el hombro y cogió a Tina

Mannuzzu por las axilas, frías y suaves, como si se las hubiese depilado poco antes de morir.

Tras echar un rápido vistazo al corredor para asegurarse de que nadie venía, la arrastró y la metió en la otra habitación. La dejó en la cama recién hecha y tiró la toalla en el baño. Al cabo de veinte segundos había cogido los cubos y los había puesto junto al cuerpo.

Cerró ambas puertas y se dirigió hacia el ascensor. En ese momento, por encima del zumbido del tráfico, oyó la sirena de un coche patrulla, seguida de otra. Venían en esa dirección.



Media docena de policías entraban en el vestíbulo cuando Yosef bajó. Al mismo tiempo vio a los dos vigilantes de enfrente; caminaban junto a un policía y le hablaban como si le dieran explicaciones. Yosef tomó nota de ello, para referencia futura. Se ocultó detrás de un pilar hasta que pasaron y salió a la calle. Nadie lo llamó.

Se reunió con Maryam en el café. Fue tan patente el alivio en su rostro al verla trasponer la puerta, que Yosef deseó poder quedarse allí con ella el resto de su vida. Se preguntó si Tina Mannuzzu había querido tanto a Michele, o si él la amó tanto. Pero pensar en ella le quitó la alegría y la apartó del pensamiento. No le resultaba fácil aceptar lo que le ocurría a él, Yosef; el amor no había sido nunca importante en su vida y no sabía cómo manejarlo. La cosa más insignificante, una palabra, una mirada, bastaba para sumirlo de pronto en la más profunda confusión.

A Maryam le explicó cómo había ido la cosa y al poco rato dejaron el café. En el barco, ella se cambió y se puso la ropa normal. Yosef se sintió tentado de soltar amarras e ir al continente. Pero una cosa se lo impidió: el expediente marcado «AR» y su posible contenido.

Si estaba en casa de los Mannuzzu, ésta podría ser su última oportunidad de ponerle las manos encima. La policía tardaría un poco en identificar a Tina, a menos que alguien hubiese informado de su desaparición. Por otro lado, si el expediente se encontraba en el despacho del bufet, conseguirlo podría requerir mucho tiempo, y sabía que demasiado retraso sería fatal.

Decidió buscarlo en la casa y, si no lo encontraba allí, abandonaría y se iría de Cerdeña. El Mossad enviaría a alguien que allanara el despacho del bufet. Probablemente tenían en el cajón del escritorio una lista de delincuentes locales, como otros la tienen de lampistas.

Mientras esperaba a Maryam en el puente voladizo, contempló el ir y venir de embarcaciones en el puerto y a un avión que volaba hacia el este, muy alto, y se metía en una capa de nubes bajas. Pensó un poco en el expediente y en cómo conseguirlo, pero sobre todo pensó en Maryam.

Ella apareció de repente en el umbral del camarote y le llamó en voz baja. Yosef se volvió y, al verla, su corazón, que había intentado endurecer, se ablandó. Maryam no era lo que había esperado, no era lo que le habían prometido.

Que algún día se casaría y tendría hijos formaba parte de su trato con el pequeño mundo al que pertenecía, una de esas cosas que hacían la vida soportable. Dios y sus

leyes ponían en orden al mundo, y el hombre sólo tenía que amar a Dios y obedecer. El amor humano era peligroso, podía corromperlo todo, hacer que un hombre abandonara a sus padres o a su esposa, tentar a una mujer a descarriarse, debilitar los mismísimos lazos que unían la sociedad.

Se daba cuenta de que lo impredecible del amor era lo que lo hacía tan amenazador. En su mundo se hacía todo lo posible por reducir el estrés de la existencia en un universo gobernado por el azar. Había un modo correcto de hacer las cosas: cómo vestirse, cómo comer, qué comer, cómo llevar un negocio, con quién casarse. Esperaba casarse con alguien cuidadosamente escogido por su familia, una mujer atractiva, inteligente, de buen corazón, que fuese su compañera y madre de sus hijos.

No esto. Esto le quitaba el aliento.

Maryam subió al puente y se paró a su lado; era mucho más baja que él y su cabeza apenas le llegaba al pecho. Sin la ropa y el maquillaje llamativos le dio la impresión de que la veía por primera vez.

La contempló a la luz brillante que se reflejaba en el mar. Era como un sueño, pensó, la clase de sueño que uno no puede soñar al dormir, por mucho que lo intente.

—Háblame de tu marido —le pidió.

No era lo que pretendía decir, pero las palabras salieron como si tuvieran voluntad propia.

Ella movió la cabeza y el viento le agitó el largo cabello, tan parecido a un estandarte; entornó los ojos para protegerlos de la luz.

—¿Qué quieres saber de él?

—Me dijiste cómo lo conociste y que te separaste hace un par de años. ¿Por qué?

Antes de contestar, Maryam observó el agua largo rato, la mirada centrada en las olas que entraban al puerto desde mar adentro, pero su mente se encontraba en otra parte. Esto estaba ocurriendo demasiado deprisa, pensó. Casi no conocía a este hombre y gran parte de lo que sabía de él no le agradaba.

Intentaba no simplificar. No costaba ver que era todo lo que le habían enseñado a odiar: un israelí, un judío y hasta un dogmático, ¡por Dios!, un colono de la orilla oeste. Trató de pasar todo esto por alto, achacarlo al prejuicio. Aun así, la inquietaba. Lo había visto matar, lo había oído explicar cómo había matado a otras personas, y sabía que había muchas más muertes que no mencionaría. Aparte de las muertes, ¿qué más habría en su pasado? ¿Malos tratos, asesinatos, tortura, violaciones?

—Empezó a maltratarme —dijo, como impulsada por sus propios pensamientos—. Un poco al principio, bofetadas cuando discutíamos. Hacíamos las paces y él lloraba y decía que no volvería a hacerlo. Lo achacábamos a los nervios, a la presión del trabajo, a los malos tratos que recibió de su padre cuando era niño. Pero volvía a ocurrir y pronto se convirtió en costumbre, y yo dejé de creer en sus promesas.

—¿Estaba borracho cuando... lo hacía?

Algo en la voz de Yosef, no sabía qué, le daba miedo a la vez que la tranquilizaba. Rabia, pensó, pero no contra ella. Negó con la cabeza. Una lancha a motor pasó dejando una estela de agua blanca, dobló y se dirigió mar adentro.

—No, no bebía mucho. Siempre que me golpeaba estaba sobrio, absolutamente sobrio. No gritaba, ni maldecía. Cuando me golpeaba lo hacía en silencio. Pero algo en él cambiaba. Me acusaba de toda clase de cosas, ninguna cierta. De desear a otros hombres y hasta de acostarme con ellos. Le decía que él era el único al que amaba, pero no importaba. Dos veces intenté huir, fui a casa de amigos, pero en ambas ocasiones me encontró y me hizo volver a casa.

—¿Y la policía? ¿No le pediste ayuda?

Maryam asintió con la cabeza.

—Claro que sí, al final tuve que hacerlo. Pero no hicieron gran cosa; sólo hablaron con él. Me di cuenta de que no me tomaban en serio. Cerdeña no es un lugar muy emancipado, se supone que los hombres han de vigilar a sus mujeres, asegurarse de que no se descarríen. Dar palizas a la esposa no es algo fuera de lo normal, y hasta se espera que el marido lo haga, a condición de que no se le vaya la mano. Descubrí que había cambiado una sociedad machista por otra.

En su mente surgió una frase del primer capítulo de la obra maestra de Grazia Deledda, acerca de las cuatro hijas de don Zame: «*Soppratutto, non dovevano sollevare gli occhi davanti agli uomini, né permettersi di pensare ad uno che non fosse destinato per loro sposo*». (Sobre todo no debían alzar los ojos en presencia de hombres, ni permitirse pensar en uno que no estuviera destinado a ser su esposo). Allí no habían cambiado muchas cosas en casi un siglo, pensó desesperada.

—Lo siento —dijo Yosef.

Parecía que pedía perdón y Maryam se preguntó por qué. ¿Por ser hombre? ¿Por pertenecer, él también, a una cultura machista?

—¿Qué ocurrió al fin? ¿Lo abandonaste?

Maryam negó con la cabeza. Lo que más la horrorizaba de su relato era lo banal, como si fuese imposible eludir el mudo y eterno sufrimiento que cada uno aguantaba.

—Hice planes para huir, como suelen hacer las esposas. Pero... él conoció a otra mujer, una estudiante de Nápoles.

Eso también era banal, corriente, predecible. «¿Qué pensará de mí?», se preguntó.

—La chica es hija de un amigo de la familia; él regresó con su familia. Ahora viven juntos y espera que anulen nuestro matrimonio. Si lo consigue, se casarán y entonces empezará a maltratarla.

Yosef no dijo nada, pero ella lo miró y se dio cuenta, sorprendida, de que temblaba. No la tocó. Poco a poco, Maryam dejó de temblar y lo miró de nuevo. La expresión en sus ojos... no se había equivocado, todavía la tenía. No era exactamente

de ternura, sino de algo más fuerte. Comprendió que hiciera lo que hiciese, Yosef Abuhatseira nunca levantaría la mano contra ella estando furioso.

El, por su parte, pensaba en Tina Mannuzzu. ¿La habrían golpeado antes de matarla? ¿Violado? Quería encontrarlos y hacerlos sufrir, quienesquiera que fueran. Y se preguntó si ese deseo no formaba parte de la misma enfermedad.

—Tengo que irme —dijo—. ¿Te importa quedarte aquí y vigilar?

—No hay problema. Ya me siento mucho mejor. Déjame ir contigo.

—Ni siquiera sabes adónde voy.

—Claro que lo sé. —Maryam sonrió—. Quieres buscar el expediente AR en casa de los Mannuzzu. Si está allí, no lo encontrarás sin mi ayuda. Acuérdate de que soy la única que habla italiano.

—Podría resultar peligroso.

—Dime algo que no sepa ya.

Fuera todo parecía tranquilo. Unos niños, recién salidos de la escuela, montaban en bicicleta. Un anciano empujaba un carrito repleto de frutas sin hacerles caso; andaba con pasos cansinos y la expresión de alguien que sólo desea acabar cada día, hasta que no haya más carrito que empujar ni más frutas que vender. Los niños lo observaron, un poco asombrados por su barba cana y su expresión desolada, pero lo siguieron en cuanto les dio la espalda, medio burlones, medio asustados. De vez en cuando el anciano gritaba, pregonando su mercancía, y unas cuantas amas de casa salían a comprar uno o dos kilos de fruta para la comida.

Yosef pidió a Maryam que pasara con el coche alquilado varias veces por delante de la casa, antes de detenerse en una suave cuesta calle abajo. La quietud no era excesiva. Si unos ojos poco amistosos vigilaban la casa de los Mannuzzu se ocultaban muy bien. Había pocos lugares donde ocultarse al otro lado de la calle y la situación de las casas de enfrente no era la adecuada para servir de atalaya.

Entraron por una ventana trasera a un lugar desde el que no se les veía. Yosef había confiado en que, fuera cual fuese el sistema de alarma de la casa, los asesinos de Tina no lo habrían activado antes de irse, eso sería lo último que se les ocurriría.

Al principio nada pareció fuera de lugar; la casa no mostraba signos de allanamiento o violencia. Sin embargo, ambos sabían que unas horas antes habían sacado a Tina Mannuzzu de allí y la habían arrastrado hacia su muerte. La cocina estaba recogida y fregada; así la habría dejado antes de acostarse. Eso significaba que sus asesinos no habían acudido inmediatamente después de que él y Maryam se marcharon. Sin embargo, debió de dejarlos entrar, puesto que no había señales de que hubiesen forzado las cerraduras, ni la de atrás ni la de delante. Eso hacía pensar que los conocía, o al menos que creía poder confiar en ellos.

La quietud de la casa resultaba casi hipnótica y a Yosef le dio la impresión de que hasta el aire se resistía a que lo atravesara, como si la pareja muerta que la había habitado lo flanqueara y lo contuviera.

Fue directamente al despacho. La sensación de calma desapareció, lo habían puesto todo patas arriba: papeles, expedientes, libros, carpetas, todo registrado y arrojado al suelo en montones; cajones sacados de los escritorios; archivadores y sus contenidos desperdigados por el suelo; cuadros arrancados de las paredes, como si buscaran una caja fuerte.

Lo mismo en la sala, si bien los daños eran menores. Arriba, en el dormitorio principal, encontraron la caja fuerte, con la puerta abierta, el interior vacío y dinero y

bonos en el suelo. Parecía que alguien quería dejar claro que no se trataba de un simple robo con allanamiento.

Bajaron de nuevo. ¿Buscaban los intrusos lo mismo que Yosef y Maryam, el expediente AR de Mannuzzu? ¿Acaso buscaban algo más, algo cuya existencia sólo ellos, los intrusos, conocían? No había modo de saberlo, ni de descubrir si el expediente por el que Yosef y Maryam habían venido ya había desaparecido o todavía se hallaba escondido.

—Esto es inútil —dijo Yosef—. Ni siquiera sabemos exactamente lo que buscamos.

—Queda el despacho de Mannuzzu en el bufet.

—No será fácil entrar allí.

—Pero podríamos intentarlo. Creo que deberíamos contarle a Sanguinetti lo que ha ocurrido, pedirle que cambie de idea y nos diga si sabe algo o no. Depende de cuánto sepa en realidad, y yo me imagino que no es mucho, lo que significa que se asustará y que podría avenirse a cooperar.

—Es una posibilidad muy remota.

—Pero merece la pena.

Maryam encontró un teléfono y llamó al bufet. Una secretaria contestó.

—Quisiera hablar con el señor Sanguinetti, por favor.

Una corta pausa.

—Me temo que el señor Sanguinetti no ha venido a trabajar hoy —respondió por fin la secretaria en tono preocupado.

—¿Puede contactar con él en su casa?

—No se encuentra allí, no contesta. Esto es muy extraño en él... y hoy precisamente.

—Disculpe, ¿qué ha dicho?

—Anoche tuvimos un allanamiento, alguien entró en su despacho y en el del señor Mannuzzu. No puedo empezar a limpiar hasta que el señor Sanguinetti llegue. Tendrá que volver a llamar mañana, pero dudo que pueda hablar con usted. Quizá la semana que viene, cuando todo esto esté ordenado. ¿Quién le digo que ha llamado?

—No importa, no me conoce.

Maryam colgó y explicó a Yosef lo sucedido.

—Están limpiando —comentó él—, limpiando el lío que se armó cuando alguien confundió Levin con Levi. Alguien ha dado órdenes de no dejar huellas, ninguna pista que la policía u otras personas puedan seguir.

—¿Dónde nos deja esto?

—Nosotros somos un asunto inacabado. Si nos quedamos en Cerdeña, tarde o temprano nos atraparán.

A eso se reducía, pensó Maryam; tendría que tomar una decisión antes de lo

previsto.

—Puedo regresar a Cagliari.

Se sentó en un sillón, de cara a Yosef. Alrededor, yacían libros en desorden sacados de las estanterías que estaban junto a la chimenea. Distraída, empezó a ordenarlos en pequeñas pilas.

Yosef agitó la cabeza.

—Ahora no. Saben quién eres, no sobrevivirías ni una semana. Lo siento, pero ésta es la situación. Yo estoy dispuesto a aceptar mi culpa en tu participación, pero eso no te ayudará.

Ella sabía que tenía razón, aunque le costaba aceptarlo. Reconocerlo suponía el fin de la vida que había empezado a hacerse allí. Tenía amigos, colegas, estudiantes, un perro y dos gatos, alojados de momento en casa de unos vecinos. En Cagliari tenía un trabajo, una carrera, un apartamento compartido cerca del centro... y esperanzas. Nada tenía fuera de Cerdeña.

De pronto se le ocurrió que muchos alemanes se habían visto atrapados así en Alemania y en el resto de la Europa oriental, gracias al auge del fascismo. Lo habían visto venir, habían percibido la amenaza, pero cada uno había tenido miedo de renunciar a algo, a un trabajo, a un hogar, a una mesa en su restaurante preferido. El instinto que la impulsaba a quedarse era el mismo que había persuadido a tantos a quedarse demasiado tiempo, el mismo que hizo que sus padres y muchos amigos suyos se quedaran en Palestina cuando se convirtió en Israel. No los habían reunido, ni puesto en campos de concentración, ni matado en cámaras de gas, pero habían pagado el precio. Se dio cuenta de que con la razón no encontraría una solución a su dilema.

—Me lo pensaré. Dame tiempo.

—Tiempo es algo con lo que no contamos. Estas gentes no son aficionados, no nos permitirán el lujo de pensárnoslo.

Maryam levantó otro montón de libros y los puso encima de la pila que ya había ordenado. ¿Merecía la pena huir?, se preguntó.

—Más vale que nos vayamos —sugirió Yosef—. La policía podría llegar en cualquier momento; en cuanto identifiquen el cuerpo...

Maryam se puso en pie. Se sentía cansada, tanto que ni siquiera la idea de descansar la recomfortó.

Al llegar a la puerta de la sala se detuvo en seco.

—Yosef, ¿te acuerdas...? Cuando hablamos con Tina anoche... no recuerdo si te lo traduje... hablábamos de lo que Michele hizo el último día y ella dijo que él pensaba ir a Oliena, pero estoy segura de que comentó que eso la preocupaba, que él no conducía muy bien o... —Hizo una pausa y por fin lo recordó—. No, no era eso. «Michele no entendía de mecánica, creo que nunca supo dónde se encontraba el

motor», eso fue lo que dijo.

—Sí lo recuerdo, debiste traducirlo.

—Pero... —Lo cogió de la mano y lo llevó de vuelta a la sala—. Mira.

Señaló la pila de libros que había ordenado. Yosef los miró.

No eran exactamente libros, sino carpetas de argollas, de las que vienen por entregas semanales y forman una enciclopedia. Éstas, publicadas en serie, eran manuales para una gama de vehículos: Saab 9000, Volvo 480, Lotus Elan, Rover 200 Cabriolet, Nissan 300ZX, Subaru SVX y otros; coches con los que Michele Mannuzzu sólo habría podido soñar, Bugatti, Lamborghini, Maserati, Ferrari.

No eran manuales para posibles compradores, llenos de fotografías y prosa bien afilada; los habían redactado para la gente a quien le gustaba ensuciarse las manos. No contenían fotos atractivas de asientos de cuero o piezas aerodinámicas, sino dibujos lineales de piezas de motor, con instrucciones numeradas de cómo separar los componentes, limpiarlos o repararlos y volverlos a unir. No era la clase de manual que se encuentra normalmente en las estanterías de alguien que conduce un Fiat y ni siquiera sabe dónde está el motor.

Yosef cogió un manual de Nissan y lo hojeó. Sólo la primera y la última página pertenecían al manual en sí, el resto eran hojas sueltas que el propio Mannuzzu había insertado, páginas mecanografiadas, fotocopias, fotografías en color y en blanco y negro, recortes de periódico pegados a hojas en blanco, notas manuscritas.

Se lo dio a Maryam.

—¿Qué opinas de esto?

Ella lo hojeó lentamente y lo cerró.

—Yo diría que incluye los detalles de lo que ocurre en el partido comunista de la provincia de Sassari. Veamos otro.

Yosef cogió uno al azar cuya portada rezaba «Jaguar X15», se lo dio a Maryam y ella lo hojeó atentamente.

—Tiene material acerca de la policía.

Otros manuales contenían información sobre los *carabinieri*, el partido democristiano, un consorcio mafioso local, periodistas y, cosa que no era de sorprender, otros abogados. Michele Mannuzzu había sido un hombre muy ocupado. Aunque solamente un poco de la basura que había ido archivando resultaba dañina, había mucha gente a la que podría perjudicar.

—De todos modos no parece que haya uno llamado AR —manifestó Maryam.

Yosef se agachó, examinó algunos manuales que aún no habían visto y cogió uno.

—Ten.

Era el de Alfa Romeo. Maryam asintió con la cabeza y lo abrió; leyó un rato y miró a Yosef.

—Sí, éste es el que buscamos.



—Déjame ver.

Yosef se lo puso en el regazo y lo abrió. Contenía material muy semejante al de los otros manuales, si bien pronto resultó obvio que el tema era distinto. Las fotografías eran las que lo contaban casi todo: hombres de uniforme negro con el brazo alzado en el saludo fascista; hombres vestidos de paisano de pie frente a fotografías de Mussolini o de Hitler; jóvenes fotografiados unos cincuenta años antes, junto a otros mucho más viejos, y fotografiados recientemente, con notas que indicaban que eran la misma persona; una foto de soldados junto a los cuerpos de hombres y mujeres a los que habían matado a tiros y, al lado de ésta, la de un obispo bendiciendo una reunión militar privada.

Yosef cerró el manual. Sintió el corazón latiendo inquieto, una sensación incómoda. No eran sus recuerdos, ni los de su familia, pero, como en su sueño, lo perseguían.

—Vamos, ya es hora de salir de aquí.

El inspector Antonio Nieddu maldijo con soltura y, para rematar, soltó otra andanada de adjetivos muy precisos. Hacía tiempo que se había convencido de que allí, en la oscura cumbre de la *questura* de Sassari, daba igual cuántos vituperios o imprecaciones corrieran por los pasillos o contaminaran un ambiente ya estancado. En su despacho, más bien un chiribitil, una de las únicas maneras que le quedaban de expresar su frustración consistía en soltar sonoros y frecuentes tacos. Cuando se le acababan los italianos, despotricaba un rato en sardo y entretenía a sus compañeros con fragmentos obscenos elaborados por generaciones de pastores de Barbagia.

Renegaba casi cada día, en diferentes momentos, pero hoy tenía buenas razones para hacerlo. Para empezar, su comida se había echado a perder por un asesinato que ya daba señales de que le estaría tocando las pelotas largo tiempo. Y ahora, Dessi, el *vice questore* ante el que respondía directamente, había venido en persona a informarle de que, a partir de hoy, él, Antonio Nieddu, se encargaría de todos los casos pendientes de De Felice. No lo transferían a él, no; le transferían los casos, los añadían a todo el trabajo que ya tenía. «Recortes presupuestarios» fue la única respuesta cuando manifestó su incredulidad, y cuando contestó con una andanada de «que se joda el presupuesto», Dessi se encogió de hombros y se fue.

Además, ¿por qué se había suicidado De Felice? No había perdido la esperanza de que lo destinaran a Roma antes de jubilarse, ¿o sí? Al parecer había dejado una nota, pero probablemente diría muy poco: «Lo siento, metí la pata, ya no puedo vivir conmigo mismo, la vida ya no tiene sentido...», o algo por el estilo. Podía uno escribirlas con antelación sin temor a equivocarse.

Bueno, ¿de qué servía preocuparse por eso? El departamento de asuntos internos desharía cualquier nudo que hubiese torcido la triste vida de De Felice, y quizá hasta informaran del caso al ministerio en Roma, como solía suceder. Supondría un triunfo póstumo para De Felice; le habría encantado saber que su nombre llegaba a tan altas esferas. Entretanto, los vivos tendrían que cargar con el trabajo que había dejado.

Pero, antes de centrarse en eso, debía dedicar su atención a otro pequeño asunto: la investigación del asesinato. ¿Cómo ponerla en marcha? Un artista ya había preparado un esbozo de la mujer, uno que se pudiera publicar en los periódicos vespertinos y presentar en los telediarios locales. Seguro que habría respuestas y puede que una identificación en firme antes de dar el día por terminado, si es que podía darlo por terminado, cosa que dudaba.

Tendrían que liberar pronto a la pareja que tenían detenida abajo, antes de que el

consulado británico se inmiscuyera. Eran turistas de mediana edad, de un lugar llamado Avr, en Escocia; no hablaban una sola palabra de italiano, aparte de un apenas reconocible *buongiorno*, un *per favore* y un *grazie*. Se sentían evidentemente perplejos. Sin embargo, habían hallado un cadáver en su habitación de hotel y debían cumplirse todos los trámites. Ni siquiera el cónsul podía oponerse a esto.

A Nieddu le interesaba más el paradero del huésped de la habitación 316, enfrente de la de los escoceses, un tal Yosef katzir, ciudadano israelí. Se había registrado el día anterior, pero todavía no había comido allí, ni siquiera había tomado el desayuno esa misma mañana. Una italiana, Maryam Lunghi, residente en Cagliari, había reservado la habitación. Ya estaban investigándola. Longhi tampoco había desayunado y, como Katzir, no había dormido en su habitación. Ambos habían dejado su equipaje, pero nada esencial, ni pasaporte, ni dinero, ni cheques de viaje, ningún documento.

Habían encontrado rastros de sangre en la bañera de Katzir; el departamento forense la estaba analizando en esos momentos. Nieddu no precisaba su informe para estar seguro al noventa y nueve por ciento de que la víctima había muerto en la habitación de Katzir, o al menos de que había pasado un tiempo allí después de morir.

Hasta ahora, todo marchaba bien. Sin embargo, Nieddu estaba preocupado. Había algo que no encajaba. ¿Por qué, por ejemplo, había llamado alguien a la policía para informar de que encontrarían un cadáver en el tercer piso del Presidente? ¿A quién beneficiaría la llamada? Obviamente, a Katzir no. ¿Acaso a su amiguita? No le parecía probable. ¿Un ciudadano respetuoso de la ley, temeroso de dar su nombre? Ciertamente, ya había algunas gentes dispuestas a hablar con el fin de luchar contra el crimen organizado, pero Nieddu no creía estar a punto de descubrir un vínculo israelí con uno de los grupos mafiosos de la isla.

Cerró la carpeta y soltó un taco en voz baja. Si aquello continuaba, se le acabarían las imprecaciones antes de que finalizase el día. Suspiró, fue a la mesa ya atestada sobre la que Dessi había dejado los expedientes de De Felice. Quizá conviniera ver en qué había estado trabajando su colega; quizá hubiese algo allí que mereciera más sus esfuerzos que el truco del cuerpo en la bañera.

# EL «MAFTIR»

Hicieron la travesía de noche, sobre un mar picado y oscuro, que por la mañana semejaba cristal, rojo sangre al principio cuando el sol salió, y luego púrpura, sin olas, como si la noche los hubiese llevado a un lago entre colinas, sin viento ni comentarios.

Tomaron el timón por turnos; cada vez que uno despertaba al otro, lo hacía con la incómoda sensación de que interrumpía sus sueños y de que una mirada descuidada o un contacto en el lugar equivocado los hundiría en un mar más profundo.

Navegaron en diagonal, pasaron Elba de largo, siguieron hasta el mar de Liguria y finalmente avistaron tierra a la altura de una aldea de pescadores llamada San Fruttuoso, en un promontorio no muy lejano de Génova. Al cabo de una hora el *Eleanora d'Arborea* se había hecho a la mar, tripulado por dos jóvenes pescadores a los que Yosef pagó generosamente el trabajo de llevarlo a Olbia sano y salvo. Para asegurarse de que no robaran la embarcación y la vendieran en Génova o La Spezia, Maryam envió un telegrama al propietario, en el que figuraban detalles de los dos jóvenes, sus nombres y sus direcciones.

Cogieron el barco de la línea regular a Camogli y un autocar a Génova. Allí se subieron al primer tren rápido a Milán, donde compraron billetes a Rímni. Escogieron un directo con paradas en Piacenza, Parma, Reggio, Modena, Bolonia y Forlì. Bajaron en la estación de Bolonia y, tras una corta espera, cogieron el autocar a Florencia. En Florencia compraron billetes a Roma, pero, ya avanzada la tarde, tomaron un vuelo a Turín. Cuando llegaron había anochecido y hacía más frío que en Cerdeña. La oscuridad los envolvió como un grueso manto, como si quisiera ocultarlos. Sin embargo, a Yosef no lo abandonó la sensación de que los seguían, paso a paso, por un estrecho y zigzagueante sendero sin salidas.

Al día siguiente, sábado, un día oscuro y estropeado por una llovizna que caía de un cielo plomizo, Yosef despertó temprano, tras una noche de sueños que no recordaba pero que lo dejaron triste y meditabundo sin razón. Se alojaban en La Vecchia Lanterna, un hotel en el Corso Re Umberto, cerca del centro. Para desviar las posibles preguntas acerca de una pareja que respondiera a su descripción, se registraron por separado, con más de una hora de intervalo.

La noche anterior, después de decir sus oraciones sabatinas a solas, Yosef preguntó en recepción dónde había una sinagoga; obviamente a la recepcionista nunca le habían hecho esta pregunta, pero buscó «Templos» en su guía y solamente encontró una, el *Tempio Israelitico*, en la Via San Pio Quinto.

Desayunó temprano, cogió su chal de oración y su *tefillin* y fue en busca de la sinagoga con la ayuda de un mapa turístico. Los detalles que le dieron en el hotel, aunque en tono amable, no resultaban muy informativos. La habían descrito como sinagoga, a secas. Podía ser ortodoxa o reformada; incluso podría pertenecer a la comunidad chasídica lubavitcher de Turín; no lo sabía. Tampoco estaba seguro de si los judíos italianos eran askenazíes o sefardíes, lo que supondría una gran diferencia en cuanto al ritual y el lenguaje.

Cuando llegó, el servicio ya había empezado. El interior de la sinagoga lo confundió, pues no se parecía a aquéllas a las que estaba acostumbrado. A lo largo de las paredes norte y sur, dos filas de bancos; el *bimah*, la plataforma de lectura, en lugar de encontrarse en el centro, se hallaba en la pared oeste, frente al arca. Se sentó atrás, en un banco del lado norte, con las filacterias ya en su lugar y el *tallith* en la cabeza. Ofreció las oraciones que se habían dicho antes de su llegada.

Al principio casi no se fijaron en él, pero según avanzaba el servicio, los hombres de enfrente lo vieron y una o dos cabezas se volvieron a su lado. Sin medio visible de comunicación, como por contagio, en todo el templo percibieron su presencia.

Yosef se sintió incómodo al percatarse de que no era bienvenido, de que por alguna razón la congregación recelaba de él y de que algunos fieles le tenían miedo. Entonces se dio cuenta de cuán desconsiderado se había mostrado, pues sus rasgos parecían más árabes que israelíes y por esto ocasionalmente lo habían hecho sentirse incómodo, a él y a otros sefardíes, hasta en Israel. Se le ocurrió que podrían haberlo tomado por árabe, tal vez un terrorista, un francotirador dispuesto a vengar la matanza de la Tumba de los Patriarcas en Hebron, o un terrorista suicida con una bomba, enviado por Hamas a ajustar cuentas por lo de Qana.

Mientras una oración seguía a otra y una bendición sucedía a otra, Yosef intentaba concentrarse en las palabras. Le costó más que nunca, más incluso que en las ocasiones en que acababa de volver del campo de batalla o de una misión que lo había llevado más allá del bien y del mal, considerados desde un punto de vista humano normal. Las palabras hebreas, recitadas en el extraño acento de la liturgia italiana, se le antojaron de pronto ajenas y su propia presencia en la sinagoga, casi monstruosa. Sus pensamientos volvían constantemente a Maryam y, sin desearlo, se tornaban lascivos, provocándole vergüenza, como si se hubiesen convertido en una profanación visible.

De la *shema* pasaron a la bendición silenciosa, hasta llegar a la *kedusha*. Cuando el que encabezaba la oración repetía en voz alta la bendición silenciosa, un anciano se acercó a Yosef con algo en la mano, una pequeña tarjeta, en la que figuraba el término hebreo *maftir*. Yosef tendió la mano, perplejo porque se la diera a él; el anciano se inclinó y le susurró algo en italiano. Yosef negó con la cabeza en señal de que no lo entendía. La alarma en el rostro del anciano resultó patente y Yosef se

imaginó lo que pensaba.

Un *maftir* es el miembro de la congregación al que se le pide que escuche la última lección de la Tora y recite algo de uno de los libros de Profecías. Un terrorista árabe a quien le dieran esta tarjeta no sabría qué hacer.

—Lo siento —se apresuró a susurrar en hebreo—, no hablo italiano. Diga que me llamo Yosef *bar* Baruch.

El anciano puso expresión de alivio y regresó a su asiento. Unos minutos después se abrieron las puertas del arca; sacaron la Tora y las volvieron a cerrar. Dos hombres llevaron el rollo al *bimah* y lo depositaron allí.

Una voz resonó:

—Levántate, Yosef, hijo de Baruch, *maftir*.

Yosef se puso en pie y fue al podio; hizo la señal de bendición y a su lado un hombre de barba negra recitó un pasaje de la Tora. Yosef hizo la segunda señal de bendición y al cabo de un corto silencio, alzaron la Tora y la quitaron del podio.

A solas en el podio, Yosef veía ambos extremos de la sinagoga, sentía todas las miradas puestas en él, como si lo hubiesen desnudado delante de una sala llena de estudiantes de medicina. No obstante, percibió que la atmósfera se aligeraba, que pasaba la prueba que le habían puesto, que demostraba que era uno de ellos. Sin embargo, no experimentó alegría, sino una inexplicable tristeza porque habían recelado de él. Y aun allí, en el podio, pensó en Maryam, pero sin lujuria.

Leyó un pasaje del Libro de Isaías que habían elegido para él:

—«Recordad de las primeras cosas de mucho tiempo atrás, que yo soy el Divino y no hay otro Dios, ni nadie semejante a mí.

»Aquel que declara desde el principio el final, y desde hace mucho las cosas que no se han hecho. Aquel que dice: "Mi propio consejo subsistirá y todo lo que es mi deleite haré."

»Aquel que llama desde el naciente a un ave de rapiña; desde un país distante, al hombre que ha de ejecutar mi consejo: sí, le he hablado; también lo haré venir. Lo he formado, también lo haré.

»Un coro de voces se alzó en una melodía que se le antojó a la vez familiar y desconocida, y se unió a él en la pronunciación de las últimas palabras. Al recitar las bendiciones finales, vio las caras, relajadas ya, algunas sonriéndole como si le dieran la bienvenida. A pesar de ello, se sintió como un extraño entre estas gentes, un hombre de un país lejano venido con un propósito que no entenderían. Con una sensación de profunda amargura dejó el *bimah* y regresó a su asiento.

A continuación recitaron la *Musaf Kedusha*, una oración sabatina. Yosef siguió las palabras como si se tratara de letras de un alfabeto ajeno y se sintió muy consciente de las miradas aprobadoras que le dirigían de vez en cuando. Su corazón nunca había estado tan vacío en el momento de la oración, y tuvo la impresión de que

una repentina enfermedad y una calma mortal le invadían el núcleo mismo del corazón.

Al término del servicio, la congregación se dispersó rápidamente y sus miembros se apresuraron a regresar a casa a descansar antes de la comida o a pasar el tiempo con la esposa y los hijos. Yosef devolvió la tarjeta del *maftir* al anciano, quien le sonrió y le dio calurosamente las gracias en un hebreo afectado. Mientras se estrechaban la mano, a Yosef lo sobresaltó el firme tacto de una mano en el hombro. Giró sobre los talones y vio a un hombre alto de barba y traje negros con la mano tendida.

—*Shabbat shalom* —tronó el hombre—. Viene de Eretz Israel, ¿verdad?

Hablaba hebreo con soltura, sin rastros del acento italiano que teñía el idioma aquí, un hebreo israelí coloquial, no la forma litúrgica aprendida de memoria y rara vez entendida.

Yosef asintió con la cabeza y el desconocido rebosó de satisfacción.

—Me llamo Leone Mortara; soy el *Rosh Ha-Kahal* aquí. ¿Y usted es Yosef...?

—Elbaz. —Yosef dio el apellido que usaba en ese momento—. De Haifa.

—¡Qué coincidencia! Viví allí seis años, entre 1985 y 1991. ¿Acaba de llegar?

Yosef asintió con la cabeza.

—Por cuestión de negocios. Tengo una pequeña imprenta.

—¿Ha venido solo?

Mortara miró hacia la galería: ¿lo estaría esperando una esposa?

—Solo, sí. Se trata de un viaje corto, me alojo en un hotel.

—¡Ah, eso no está bien, nada bien! Sobre todo en sábado. ¿Habla italiano?

—Llevo mis negocios en inglés —contestó Yosef negando con la cabeza.

—Peor. Está decidido, ha de venir a casa conmigo. Mi mujer prepara una comida estupenda el sábado y siempre hay lugar para media docena más. Tenemos otros invitados, no estará solo.

Yosef trató de protestar, pero no demasiado; después de todo, a esto había venido.

Mortara lo asió del brazo y salió con él. En la acera, una multitud de hombres vociferaba en italiano. Todos saludaron calurosamente a Mortara y lo atrajeron inmediatamente al grupo. A Yosef no le sorprendió la popularidad de su nuevo amigo, pues como *Rosh Ha-Kahal* era el jefe elegido de la comunidad, la principal autoridad laica de la sinagoga. Tiró de Yosef y lo presentó a cada uno de los hombres. El rabino, un hombre bajo de apellido Lattes, le estrechó la mano con una sonrisa.

—Creímos que era árabe, ¿sabe? Debió advertirnos que vendría.

Yosef también sonrió, aunque no se sentía a gusto. Durante unos minutos había sido un extraño, un enemigo entre su propio pueblo, y la experiencia lo había dejado helado.

Los hombres empezaron a despedirse los unos de los otros. Mortara dijo que era



hora de irse. Antes de dar la espalda a la entrada, Yosef miró hacia arriba y vio una placa junto a la puerta. Al verlo, Mortara se detuvo.

—Es en honor de los judíos deportados de Turín, sobre todo en 1943. En Italia no fue tan terrible como en otras partes de Europa, pero mucha gente murió. Mis abuelos murieron en Auschwitz. Y ahora... —hizo una pausa—. Vamos, que hoy es sábado, no es un día para entristecerse.

Yosef sonrió y no dijo nada. Pero en su interior se intensificó el frío que lo dominaba.

Maryam durmió hasta tarde y tomó un desayuno exiguo en la habitación. Le dolía la cabeza y no conseguía deshacerse de la sensación de encontrarse todavía en alta mar. Hasta entonces sólo había navegado en barcos grandes, no muy a menudo por cierto, y el movimiento del pequeño *Eleanora d'Arborea*, aun en un mar tranquilo, la había mareado.

La noche anterior Yosef le había dicho que pensaba ir al servicio matutino en la sinagoga y que esperaba conocer a algunos miembros de la comunidad judía local.

Se habían acostado temprano, pero antes de eso, mientras cenaban en un restaurante cercano, le había resumido sus planes. Su principal objetivo al venir a la Italia continental consistía en descubrir, de ser posible, lo que tenían en común Ennio Pontecorvo, arquitecto milanés, Alberto Cantoni, profesor de griego de Turín, y Umberto Levi, propietario de restaurantes sardos. Cantoni había muerto aquí, en Turín, y Yosef esperaba que los amigos y familiares que hubiese dejado atrás le ayudaran a establecer la conexión. Según el Mossad, el profesor era un judío practicante que asistía con regularidad a la sinagoga.

Durante la cena Maryam percibió un creciente distanciamiento en él, como si se estuviese retrayendo y volviendo a formarse una imagen de sí mismo en la que a ella no la necesitaba. Quizá fuese preciso, razonó; tal vez no pudiera convencer a otros de su sinceridad si no creía en sí mismo, y, además, hacerlo la excluiría de sus pensamientos. Ella no contaba con un lugar al que retraerse; la parte más real de su ser, esa parte de la que dependía cuando alguna fuerza ajena amenazaba su identidad, era aquella que lo amaba por encima de todas las consideraciones.

En cuanto se vistió fue a la pequeña biblioteca en la planta baja del hotel. Llevó el expediente que habían encontrado en casa de Mannuzzu. Yosef le había pedido que lo examinara mientras él estuviese fuera. Pidió café y *biscotti* y se sentó a una mesa donde no la molestaran.

No le fue fácil encontrar sentido al contenido, al principio intentó descubrir con qué intención lo había recopilado Mannuzzu, pero acabó aún más perpleja. Por fin dedujo que lo había hecho al azar, más como una ayuda a la memoria que como un texto terminado. No obstante, desde un principio su objetivo resultaba claro y, después de leerlo tres o cuatro veces, empezó a hacerse una idea de cómo encajaban nombres y rostros.

Mannuzzu era astuto. Por azares de la Constitución, pertenecer al MSI o a la Alianza Nacional no era ilegal en sí mismo, pero sí que lo eran los planes manifiestos

de volver a instaurar el fascismo. En un país que había experimentado más de un intento de golpe de la extrema derecha, el temor a las conspiraciones estaba en todas partes, si bien por esto mismo los conspiradores eran sutiles y hábiles a la hora de dejar pistas falsas.

El expediente tenía todo esto en cuenta. Mannuzzu había echado mano de una amplia variedad de fuentes: artículos de periódicos y revistas, informes judiciales, expedientes policiales, comentarios de periodistas a los que parecía conocer bien, transcripciones de sumarios de sesiones preparatorias celebradas por fiscales de varias ciudades, sumarios de sesiones preparatorias formales iniciadas por jueces instructores, y hasta fragmentos de informaciones sacadas de los archivos del SISDE, el Servizio per le Informazioni e la Sicurezza Domestica, el servicio civil de información de Italia.

Ninguna referencia resultaba condenatoria por sí sola, pero si se seguían pistas indirectas era posible sacar a la luz lazos ocultos y descubrir sus pautas en la enmarañada red de pruebas y rumores. Maryam pensó en un libro de rompecabezas en tres dimensiones que había visto en una ocasión; había mirado largo rato las páginas de formas y colores sin sentido aparente, hasta verse de repente recompensada con un cuadro en tres dimensiones; parecía obra de magia y, sin embargo, sabía que la más fría de las lógicas guiaba cada línea y cada punto.

Aquí, por ejemplo, el *onorevole* Mauro D'Ambrosio, el gobernador democristiano de la provincia de Sassari, inauguraba una pequeña fábrica en Alghero, que produciría componentes para la fábrica de Olivetti en Ivrea. Un editorial de periódico daba fe de las credenciales democráticas y antifascistas de D'Ambrosio y lo alababa por su oposición a Vallarino La Mattina, un dirigente neofascista sardo.

Pero aquí había una foto del *dottore* Mario Buscetta, el propietario de la fábrica de componentes de ordenador, en una reunión del MSI en Porto Torres; y aquí estaba de nuevo, en el trasfondo, sonriendo con benevolencia mientras D'Ambrosio pronunciaba un discurso en una escuela local. Unas páginas adelante, había un informe policial en el que se mencionaban varias reuniones entre Buscetta y Renato Lussu, un delincuente de poca monta de Pozzomaggiore. Esto también habría podido tomarse, si no como un contacto inocente, al menos como una implicación descuidada en un delito. Pero aquí estaba Lussu en una reunión celebrada en 1974 en la sede de Porto Torres de Ordine Nuovo, la organización terrorista de extrema derecha, y de nuevo en mayo de 1993, en una reunión de Avanguardia Nazionale, otro grupo extremista.

Era como sumar dos y dos, y, como en una obra de teatro, la trama y los personajes se mezclaban y formaban un relato coherente, aunque incompleto. Un actor secundario aparecía un par de veces en toda la obra, pero, dada su relación con los actores principales, podía llevar al público a conclusiones sorprendentes.

Maryam reconoció nombres de la nota codificada de Mannuzzu que todavía tenía consigo. Moschetta, por ejemplo, era un diputado de la Alianza Nazionale en el parlamento italiano; Procopio era un periodista de izquierdas que trabajaba en *La Nuova Sardegna*, rotativo de Sassari; el nombre de Pozzan figuraba varias veces: una, en la transcripción de una declaración hecha ante el juez instructor Graziano Vinciguerra del tribunal de lo penal; con frecuencia en un informe de los *carabinieri* redactado en 1975, acerca de un atentado con bomba en Lucca, y de nuevo en el escrito de conclusiones de los jueces en el tribunal de casación, en un caso que tenía que ver con Ordine Nero un grupo escindido de Ordine Nuovo. De estas referencias, Maryam dedujo que era, o bien un informador policial o un agente provocador empleado por el SISDE y, antes de eso, por el SID, el Servizio Informazioni Difesa, la organización de información militar activa en los años setenta.

No se mencionaba a Buzzi, aunque había varias referencias a un tal Mario B., que había participado en más de un secuestro, generalmente en Cerdeña y de vez en cuando en la Italia continental. Maryam supuso que Mannuzzu poseía más detalles sobre él en otro expediente, aunque del material que tenía en mano, se desprendía que, aparte de sus actividades delincuentes, tenía fuertes lazos neofascistas.

Todos éstos, y más, se vinculaban en una compleja red de extremistas neofascistas, diputados de la Alianza Nacional de Cerdeña y varias ciudades continentales, diversos miembros de derechas del Parlamento Europeo (incluyendo un ex diputado, presidente del grupo de la derecha europea), algunos policías y *carabinieri* de alto rango, funcionarios del SISDE, un general que ostentaba un cargo ejecutivo en el SISMI, el Servizio per le Informazioni e la Sicurezza Militare, sustituto del SID tras los cambios radicales del sistema efectuados en 1977, y unos cuantos funcionarios de varios ministerios.

Los motivos de Mannuzzu, y, por tanto, el alcance de sus investigaciones, eran sumamente limitados: había recopilado el expediente sobre todo como guía de los *uomini rispettati*, los hombres influyentes, a quienes podía solicitar favores. Después de todo, no era sino lo que haría cualquier persona en una sociedad tan corrupta, en la que un hombre ascendía, si es que ascendía, mediante la presión que ejercía sobre los que estaban en condiciones de favorecer sus intereses. Hasta cierto punto, Michele Mannuzzu era un hábil practicante del arte de hacerse amigos e influir sobre la gente.

Pero, por lo que Maryam veía, más que a Cerdeña, su horizonte se limitaba a la provincia de Sassari. Esto significaba que cuando Maryam trataba de ampliar la imagen más allá de la isla, los bordes se desdibujaban y luego desaparecían del todo.

No obstante, seguía haciéndose dos preguntas. En primer lugar, ¿qué determinó que Mannuzzu creyera que había descubierto algo importante a raíz del secuestro de Yoel Levin, un acontecimiento que a simple vista no parecía tener relación con el contenido del expediente? Y en segundo lugar, ¿qué había hecho para que lo

mataran?

El descubrimiento más importante que había hecho Maryam gracias al expediente tenía relación con el hombre que se había identificado como Bianco al hablar con Aryeh Levin y que Mannuzzu llamaba Weiss. El nombre aparecía primero en un recorte de periódico sacado de un periódico italiano poco conocido publicado en Suiza, *Il Corriere del Ticino*. Se refería a una entrevista otorgada al rotativo a principios de 1981 por Abu Ayad, a la sazón mano derecha de Yasser Arafat en la organización Al-Fatah. Según un apunte de Mannuzzu, la entrevista celebrada unos meses antes de la publicación del artículo había sido preparada por el coronel Stefano Giovannone, representante del SISMI en Beirut y amigo de Abu Ayad.

Abu Ayad ya había revelado que la OLP, había detenido a varios neofascistas alemanes que se entrenaban cerca de Aqura, en un campamento administrado por la milicia falangista cristiana. Los alemanes eran miembros del Sportgruppe Hoffman, una organización terrorista de derechas cuyo dirigente, Karl Heinz Hoffman, ya había sido relacionado con el atentado con bomba contra un tren, en Bolonia, en 1981.

En una segunda entrevista, Abu Ayad afirmaba que, mientras se encontraban en manos de la OLP, los alemanes habían confesado su participación en el atentado de Bolonia, junto con un grupo francés de la misma ideología que trabajaba con extremistas italianos. No sólo eso, sino que el propio Hoffman recibía órdenes de alguien más poderoso, un personaje misterioso al que sólo conocían por el nombre de Weiss.

Varias referencias remitían a la influencia entre candilejas de un dirigente de derechas alemán nombrado únicamente con la inicial «W». Aparecían en un informe *Riservatissimo* (muy reservado) redactado por el SISDE e incluido entre los documentos presentados a la comisión que investigaba el caso de Aldo Moro. Aunque la comisión había rechazado la posible implicación de la extrema derecha en el secuestro y posterior asesinato del primer ministro Aldo Moro, acaecidos en 1978, las pruebas presentadas vinculaban al misterioso *Herr W* a varios policías italianos, entre ellos el actual gobernador y el *questore* de la provincia de Sassari.

Al lado del informe, Mannuzzu había pegado una página de una revista italiana de extrema derecha, *Quex* (llamada así, supuso Maryam, en honor al héroe de la popular película nazi *Hitlerjunge Quex*). En la página había un artículo escrito por alguien cuyo seudónimo era Cola di Rienzo. En el encabezamiento del texto figuraban los símbolos que originariamente adornaban la bandera de los di Rienzo: Roma montada sobre dos leones, con el globo terráqueo en una mano y una palma en la otra. Y, al pie: «Roma caput mundi», Roma cabeza del mundo. Maryam leyó el artículo: «En meses recientes hemos tenido ocasión de celebrar los estrechos vínculos que hemos forjado con nuestros hermanos del norte. Juntos luchamos por la libertad y la verdad, al igual que nuestros padres se apoyaron mutuamente, hombro con

hombro, en los oscuros días de la última guerra. Pero si bien ellos fueron traicionados desde dentro mediante una conspiración internacional de judíos y comunistas, hoy en día luchamos en una Europa prácticamente limpia de la plaga judía, una Europa de la que se ha eliminado la tiranía comunista.

»La semana pasada, nuestro comité, con representantes de Ordine Nuovo y Ordine Nero, viajó a Bélgica para participa en la manifestación anual celebrada en Diksmuide. Allí nos reunimos con camaradas de todo el continente y en su presencia alzamos la bandera de la pureza racial y la supremacía aria. Asistieron el FN, el FNE y el PNFE de Francia, de Bélgica estuvieron presentes el WNP y el VB, España envió un contingente de miembros de la CEDADE y de Fuerza Nueva, los británicos enviaron diecisiete héroes de su Frente Nacional y del BNP, y los alemanes, resplandecientes por sus numerosas victorias recientes contra la inmigración, enviaron lumbreras del REP. Conocimos a daneses, suecos y noruegos, y muchos nuevos rostros de los recién liberados países del este de Europa, de Checoslovaquia, Polonia y Rumania, todos herederos de la gran lucha antijudía y anticomunista.

»Tantas siglas, tantos nombres, pero todos decían una sola cosa: poder. Juntos, unidos en una única visión, hablamos hasta muy entrada la noche, afinando la estrategia paneuropea que nos llevará a una victoria segura en los meses y los años venideros. Las fuerzas de la luz están en marcha y los batallones de las tinieblas ya tiemblan ante el sonido de nuestras botas.

»Aquellos de vosotros que lleváis mucho tiempo en el movimiento me entenderéis cuando os diga que nuestra alegría fue profunda la segunda noche, cuando nos visitó en el campamento *Herr W*, cuya mano nos guía y cuya culta mente nunca está lejos de nuestras deliberaciones. Habló con nosotros, escuchó nuestros problemas y nos hizo sugerencias, basándose en esa inagotable fuente de conocimientos y experiencia que siempre ha puesto a nuestra disposición.

»Al día siguiente, hizo una visita privada al contingente italiano y durante tres horas conversó franca y extensamente con nosotros acerca de nuestra estrategia. Lo que nos dijo ha de mantenerse en secreto de momento, claro está, pero baste decir que reafirmó su compromiso con nuestros planes a largo plazo y nos prometió apoyo imperecedero a nuestros esfuerzos el año próximo».

Cuando Maryam levantó finalmente la mirada eran las tres de la tarde. Se le habían cansado los ojos y tenía hambre. Yosef no había vuelto aún. Observó la pequeña y vacía sala, los libros en las estanterías, los periódicos y las revistas desperdigados en una mesa de roble. De fuera le llegaban los sonidos huecos y amortiguados típicos de un hotel un sábado por la tarde. De otra sala le llegaban risas y luego aplausos: la recepción de una boda estaba a punto de terminar.

Cerró el expediente y lo apartó. Sobre la mesa se hallaba la fotocopia que había

hecho de la nota de Mannuzzu y que ahora tenía mucho más sentido. ¿Se habría puesto Mannuzzu en contacto con toda esta gente? Buscó el papel en que había apuntado las últimas llamadas telefónicas del abogado.

En él figuraban Moschetta y Procopio. Había llamado al despacho del diputado a las 16.17 y había hablado siete minutos con alguien, probablemente el propio Moschetta. La llamada a Procopio duró más: dieciséis minutos y veintitrés segundos.

Dos nombres de la lista, no mencionados en la nota de Mannuzzu, aparecían repetidas veces en el expediente: Guido Pomarici, abogado defensor de clientes de derechas, y Sereno Loiacono, ex funcionario en la efímera República de Saló de Mussolini. Mannuzzu había hablado con ellos tres y catorce minutos respectivamente. El número de Pomarici era de Roma y el de Loiacono, de Bormio, una pintoresca estación de esquí a unos kilómetros de la frontera con Austria.

Maryam recogió los papeles y subió a su habitación. Uno por uno fue marcando los otros números. Cuando alguien contestaba, se disculpaba y afirmaba haberse equivocado. Uno era de Pozzan, otro de una mujer apellidada Sciacia; como no reconoció el nombre, conversó brevemente con ella fingiendo que buscaba a otro Sciacia, descubrió que se llamaba Rosita, era sarda y vivía sola, en Nuoro. ¿Acaso era la querida de Mannuzzu?

En dos números no encontró respuesta y el último sonó largo rato antes de que contestaran. Maryam estaba a punto de colgar cuando oyó la voz de un hombre.

—De Vuono.

—Disculpe, ¿con quién hablo? —Soy Guglielmo De Vuono. ¿Y usted?

Maryam hizo una pausa, se quedó helada. No era posible.

—Quería hablar con el Ministerio de Justicia.

—Este es el ministerio. ¿Dónde consiguió este número?

—Lo siento, debe de haber un error.

Maryam colgó. Le temblaba la mano.

Guglielmo De Vuono era el nuevo ministro de Justicia; había jurado el cargo hacía tres meses, después del asesinato de su predecesor de izquierdas, Amico Fiamminghini.

La comida en casa de los Mortara era menos una comida que un rito, una iniciación a la vida, no sólo de una familia, sino de una comunidad entera. Pasaba por varios ciclos y en ocasiones a Yosef se le ocurrió que se renovarían perpetuamente, que él se quedaría para siempre más en el céntrico apartamento de esa familia, comiendo los alimentos del sábado y escuchando un torrente de conversaciones en italiano. La familia y los invitados comían, dejaban la mesa para hablar en grupos o ir al lavabo y regresaban a la mesa a comer algo más, luego se levantaban para charlar, jugar al ajedrez, leer o escuchar música.

En todo esto había un elemento desenfadado que le agradaba mucho. Recordaba los solemnes sábados en casa, días en que se prohibía terminantemente cualquier cosa que pudiera tomarse por impiedad. En esa casa se hacía menos hincapié en la obediencia a la Ley que en cultivar la amistad, y se permitía cualquier actividad de ocio. Algunas personas llegaban, se quedaban un rato, participaban de la comida cuando la mesa se llenaba de nuevos platos provenientes de la cocina, o se unían a un grupo y hablaban de política, de libros o de deportes. Entretanto, otros se despedían y se marchaban. En medio de todo esto, Yosef permanecía sentado, perplejo pero encantado por la vitalidad que lo rodeaba.

Leone lo presentó a todos. Con la mayoría de ellos Yosef no hacía sino intercambiar un saludo cordial o mantener una breve y afectada conversación con la mediación de Leone. Algunos hablaban suficiente hebreo para conversar más tiempo y uno o dos, convocados por teléfono, lo hablaban con una soltura adquirida en varios cursos y años de residencia en Israel.

La conversación se encauzó, como atraída por una profunda e invisible corriente, hacia las negociaciones de paz en el Próximo Oriente, e, inevitablemente, al papel de Israel en ellas. A Yosef lo indignó que casi todos en esa sala iluminada tenuemente expresaran enérgicamente su oposición al movimiento de los colonos y a todas las medidas y partidos que amenazaban los derechos de los árabes. Todos convenían en que los colonos y quienes los apoyaban se habían convertido en el principal obstáculo para una paz duradera, o al menos en una causa de división que les parecía tan importante como el Hamas o la Jihad islámica.

Temeroso de traicionarse con un comentario imprudente, Yosef guardaba silencio o fingía estar de acuerdo. Se notaba que eran personas decentes y que apoyaban incondicionalmente a Israel. No obedecían las normas religiosas tan al pie de la letra como la gente que él conocía en casa, sus opiniones políticas eran poco más que



ingenuas, y, sin embargo, frente a su calidez y su alegría, reparó desconcertado en que mantenían vivo algo que casi había muerto en el mismísimo Israel: se dio cuenta de que a ellos les costaba más ser judíos que a él y a sus amigos en su robusta ciudadela en Kiryat Arba.

—Los verdaderos problemas se encuentran de nuevo aquí, en Europa —declaró un joven a su izquierda, un operario de Moncalieri—. Lo que ocurre en el Próximo Oriente es un acontecimiento secundario, casi una diversión.

—No estoy de acuerdo —manifestó Yosef—. Si hay otra guerra, podríamos perderlo todo, todo por lo que hemos luchado.

—Quizá —contestó el operario Bruno Frezza. Su largo cabello rubio era suave y lo llevaba muy bien cortado, como el de una chica, aunque sus rasgos eran masculinos, y la expresión de sus ojos inquietó a Yosef—. Pero nosotros aún estaríamos aquí, en la Diáspora. ¿No ve que la Diáspora no acaba nunca? Con o sin Israel, siempre habrá un exilio; habrá más judíos en Norteamérica que en Israel. Esto no lo podemos cambiar, ni usted ni yo. Pero podemos tratar de modificar las condiciones de nuestro exilio, por eso es importante Europa, pues es aquí donde tuvo lugar el Holocausto. Si no encontramos el modo de que Europa dé la espalda de una vez para siempre al odio entre razas, nada de lo que creemos servirá.

—Pero eso es absurdo... Si perdemos lo que tenemos en Israel, si dejamos que los árabes nos echen al mar, será un segundo Holocausto.

Yosef evocó sus primeros días en la *yeshiva* Netiv Meir, la escuela superior ortodoxa, en Jerusalén, donde él y su compañero de estudios pasaban mañanas enteras discutiendo sobre el Talmud, mientras otros discutían por su cuenta o los observaban como si de un espectáculo se tratara. Allí se sentía en su propio campo; aquí, en cambio, tenía la sensación de que le ponían trampas a cada paso y de que lo toleraban sólo para acabar dándole una paliza y burlándose de él.

Frezza negó con la cabeza. Los demás lo contemplaban, con la mirada fija en su rostro.

—No, no lo entiendes. No puedes entenderlo, no vives aquí, no ves lo que está ocurriendo. Si los árabes os echan al mar, es porque quieren que les devolváis su tierra, nada más. No es porque odien el color de vuestra piel, la forma de vuestra nariz o el hecho de que vuestro cabello sea negro y rizado. Desde el punto de vista racial, sois iguales, sois semitas. El odio que sienten hacia vosotros no es racial.

—Entonces, ¿qué es?

Durante la Intifada, Yosef había oído a jóvenes árabes provocarlos, a él y a los otros soldados, con gritos de «¡Volved a vuestra tierra, judíos asquerosos!»

—Ya te lo he dicho, es territorial y, en ocasiones, religioso, pero nunca racial. El islam no es una religión racista. Puede que vuestros enemigos musulmanes os menosprecien por considerar que no sois creyentes, pero nada más; compartís este

honor con los cristianos y todos los que no son musulmanes.

La angustia de Yosef se profundizaba: lo atacaba alguien en quien creía poder confiar.

—No lo entiendo, ¿por qué dices «vosotros»? Todos en esta estancia somos judíos, ¿no?

—Claro que sí, pero tú eres israelí y nosotros, italianos. Para los árabes, somos distintos, tú eres un sionista, un usurpador, un eslabón de una conspiración internacional.

—De eso se trata, justamente —respondió Yosef excitado, lo perturbaba la dirección que tomaban los argumentos del operario—. A vosotros también os ven como parte de esta conspiración internacional, no sólo a nosotros, los israelíes.

—Por supuesto, pero la conspiración no es sólo de los judíos, el mundo occidental entero forma parte de ella. Es la última cruzada. Cristianos, judíos, ateos, todos hacemos la guerra contra el islam y el mundo árabe, pero es una guerra imperialista, nada tiene que ver con las razas.

—¿Quieres decir que, cuando un árabe selecciona a un judío y lo mata, no es racista?

—No lo creo, no. —Frezza negó con la cabeza—. Si el judío se convirtiese al islam o se marchara de Israel, dejaría de ser un objetivo. En todo caso no lo juzgarían por ser judío, y eso es lo contrario de lo que sucedió con los nazis.

—¡Tonterías! Es exactamente lo mismo. Hitler quería una Europa *Judenfrei* y los árabes quieren un Próximo Oriente libre de judíos. Si consiguen echamos al mar, el resultado será idéntico.

—No —protestó Frezza apoyándose en gestos absolutamente ajenos a Yosef—. Entiéndelo, no sería idéntico. Ellos se detendrían en el mar. Los nazis no se hubiesen detenido hasta exterminar al último judío. Para ellos se trataba de una guerra contra una enfermedad vil y no veían más solución que la de erradicarnos de la faz de la tierra, para siempre. Antes de que ellos llegaran al poder, un judío, ya fuera en Alemania, en Polonia o en cualquier lugar, podía elegir, podía convertirse en cristiano o ateo, podía considerarse polaco, italiano o francés, su ciudadanía no dependía de sus creencias o de su raza.

»Las leyes de Nuremberg cambiaron esto. De pronto, ser judío era un asunto racial, algo que no sucedía antes. Un judío no se podía convertir. Si tus abuelos eran judíos, tú eras judío, aunque creyeras que Moisés era una lata y las leyes de la Tora, un montón de sandeces pasadas de moda; por más que gritaras: «Soy un ateo alemán», las SS te llevaban a rastras a Auschwitz.

—Pero de eso se trata, ¿no? Aquí, en Europa, habéis vuelto a ser italianos o lo que queráis. En cambio, en el Próximo Oriente, somos judíos, y estamos rodeados por pueblos que se niegan a reconocer nuestro país, y mucho menos nuestro derecho a ser

ciudadanos de nuestro país.

—Bruno, deja de darle la tabarra a nuestro invitado —intervino Leone Mortara—. No regresará si lo hacemos sentir tan incómodo. En todo caso, tiene razón en parte. Puede que en los países islámicos toleraran a los judíos, pero nunca les dieron el derecho a la ciudadanía y hubo pogromos en lugares como Irán antes de que Israel apareciera en escena. —Se volvió hacia Yosef—. Espero que no te sientas molesto.

—Claro que no, disfruto con las buenas discusiones.

—Sea buena o no, no es justa, teniendo en cuenta que acabas de llegar —aseguró Mortara, quien percibía su desconcierto—. No se puede esperar que entiendas por qué Bruno está tan alterado.

—Tuve la mala suerte de toparme con una sala llena de pacifistas —repuso Yosef—. En casa intento dejarlos tranquilos.

—Te equivocas —insistió Leone—, no todos somos palomas. Y te aseguro que Bruno no lo es. A todos nos importa lo que le ocurra a Israel aunque no siempre demos esta impresión. Sin embargo, aquí tienen lugar cosas de una importancia más inmediata para nosotros. La extrema derecha se refuerza en toda Europa, no es muy probable que recupere el poder, pero puede causar mucho daño.

»Aquí, en Italia, forman parte del gobierno desde 1994. Cuando el gobierno de Berlusconi cayó apenas un año después de llegar al poder, parecía que el sistema entero iba a desintegrarse y eso proporcionó a la derecha la oportunidad de infiltrarse. Hasta ahora, las agresiones contra extranjeros han sido relativamente escasas, aunque cuanto más presione la derecha para que se apliquen medidas extremas, más tentación sentirán los partidos del centro y de la derecha moderada de introducir leyes con la esperanza de mantener la situación bajo control. Cada vez que agreden a un inmigrante o que una pandilla de matones quema un hostel, un político supuestamente moderado aparece en televisión, condena la violencia y pide que se ponga fin a la inmigración.

»Quizá te parezca que esto no tiene nada que ver con nosotros, pero no hace falta que te digamos que cuanto más fuerza adquiera la derecha, más peligro corremos nosotros.

Yosef se dio cuenta de que había llegado el momento de encauzar la conversación hacia el tema que había esperado plantear.

—Oí algo al respecto antes de salir de Haifa. Hubo unos asesinatos en Europa no hace mucho, ¿verdad? Uno aquí, creo. Un judío anciano. Y dos más, en Milán y en Cerdeña. He oído que fueron asesinados por neofascistas. ¿Es cierto?

Hubo un intercambio de miradas y pareció como si una mano invisible hubiese vuelto a introducir el invierno en la estancia. Nadie se movió. Mortara miró a Frezza, luego a otros y, finalmente, de nuevo a Yosef.

—Sí. Ha habido algunos asesinatos. A Alberto Cantoni lo encontraron muerto en

su apartamento hace unas semanas. Era profesor de griego en la universidad. Fue una tragedia para todos nosotros, asistía a nuestra sinagoga y venía con regularidad a nuestras comidas.

—Lo lamento. ¿Han encontrado a sus asesinos? ¿Conocen el motivo?

Bruno soltó un gruñido despectivo. Mortara lo miró con expresión severa y volvió a mirar a Yosef.

—No, no hay pistas. No han detenido a nadie.

—¡Por Dios, Leone! Más vale que le digas la verdad. —Bruno se volvió hacia Yosef—. Mira, el hecho es que a la policía le importa un comino quién mató a Cantoni. Era judío, un maldito judío, y eso significa que, si detienen a alguien relacionado con el asesinato, podrían perder más que el puesto de trabajo. Lo mismo ocurrió en Milán. Una familia entera, los Pontecorvo, eliminados por fascistas. Pero a nadie le importa. No hay pistas, ni indicios ni detenciones. Pero saben perfectamente quién lo hizo.

—¿Quieres decir que conocen a los asesinos?

Yosef sentía que su corazón se esforzaba por latir. No podía ser tan sencillo, ¿o sí?

—No conocen sus nombres, pero saben tan bien como yo que eran neofascistas. Hasta a ti te lo habrán dicho. Pero la policía dice que los asesinatos no tienen nada en común, que fueron robos con allanamiento que acabaron mal, que olvidemos las esvásticas, que sólo las pusieron para despistar.

—Mencionaste un asesinato en Cerdeña —comentó Leone; se le notaba inquieto, como a alguien que sabe que está a punto de oír una mala noticia pero no puede creerlo—. No creo que hayamos oído hablar de ello. ¿Sabes cuándo tuvo lugar?

—No estoy seguro —mintió Yosef. Echó una ojeada a su alrededor; los comensales intercambiaban comentarios susurrados en italiano; una o dos personas parecían especialmente interesadas—. Hace cierto tiempo, más o menos por las fechas en que sucedió lo del profesor Cantoni, quizá unas semanas antes.

—¿Es todo lo que sabes? —inquirió Bruno, con ojos en los que brillaba el interés.

—Creo que fue una pareja, marido y mujer. Se llamaban Levin, si la memoria no me falla.

—¿Levin? —preguntó Leone—. ¿Estás seguro?

—No del todo...

—¿Podría ser Levi?

—No estoy absolutamente seguro, es posible.

Bruno y Leone intercambiaron una mirada preocupada.

—¿Y dices que los mataron unos fascistas? —quiso saber Leone.

—Eso me dijeron. ¿Crees que los asesinatos están relacionados entre sí?

—Sí —contestó Bruno. Leone le lanzó una mirada para pedirle que se callara,

pero Bruno prosiguió, como si no la hubiese visto—. Un grupo de fascistas se divierte matando a judíos. Ahí está la relación. Puede ser cualquiera de los diversos grupos... Ludwig, Falange, Brigata Goebbels, ¿quién sabe? O uno nuevo cuyo nombre no conocemos aún.

Mortara se relajó visiblemente. Obviamente, Bruno no había dicho lo que él temía; el operario no iba a soltar nada y, si existía un vínculo más fuerte entre los asesinatos, no pensaban descubrirlo ante un extraño.

—¿Creéis que es un único grupo? —inquirió Yosef con la intención de mantener viva la conversación.

—Aquí y en Milán, sí. —Frezza se encogió de hombros—. Pero en Cerdeña... —volvió a encogerse de hombros—, no lo sé, necesitaría más detalles. No creo que ninguno de los grupos que he mencionado esté en activo allí.

—Parece que sabes mucho de esta gente.

Frezza estaba a punto de contestar, pero Mortara lo hizo por él.

—Todos sabemos mucho al respecto. Conviene estar informado. Puede que los judíos de Italia no sufrieran tanto como los del resto de Europa, pero perdimos a miles en los campos de la muerte cuando los alemanes controlaban el norte. Desde entonces, mantenemos la vigilancia. El movimiento fascista de este país no se eliminó de un día para otro después de la invasión de los aliados, simplemente se volvió clandestino y ahora sale a la superficie. Hemos tenido nuestra cuota de tumbas profanadas, todos hemos recibido por correo cartas y folletos pregonando el odio, han atacado nuestras sinagogas. Y ahora... los asesinatos.

—Eso, sin mencionar el caso Pacchia —añadió un hombre a la derecha de Mortara.

Yosef no recordaba su nombre. Se fijó en que Mortara se sintió incómodo.

—¿De qué se trata?

—Es un juicio —respondió por él Mortara—. Un hombre llamado Pier Maria Pacchia, de la extrema derecha de la Alianza Nacional, un diputado de Florencia. Lo juzgan el lunes por negar la existencia del Holocausto.

—¿Y es así?

—¿Que si niega la existencia del Holocausto? ¡Oh, no cabe duda! Escribió un libro, *L'Olocausto che non era mai*, «El Holocausto que nunca fue». No hay nada nuevo en él, lo fundamenta todo en las habituales publicaciones de negación, los libros de Irving, Faurisson, App, Carto y otros de su calaña. Lo que ocurre es que, como Faurisson en Francia, Pacchia cuenta con apoyos en este país. Después de todo, tiene un escaño en el Parlamento, y su partido lo ha respaldado en esta cuestión. Alegan, como siempre, que no se trata del bien o del mal, ni de si es un hecho histórico o una inexactitud, sino del derecho a la libre expresión. Hasta ha conseguido que algunos escritores de izquierdas lo defiendan, con el pretexto de que no se ha de

prohibir ningún libro o artículo y de que la censura asfixia el debate público serio.

—Lo que pasa —interrumpió Frezza— es que si Pacchia y su editor ganan, constituirá un precedente para toda clase de literatura que pregona el odio. Habrá gente que invoque la libertad de expresión para afirmar que los negros son mentalmente inferiores a los blancos, que los homosexuales son portadores de enfermedades o que la esterilización de los disminuidos síquicos es buena. Algunas de estas cosas ya se dicen, pero más o menos a escondidas. El Holocausto es un concepto tan básico que una victoria en ese frente equivaldría a una luz verde para cualquier maldad imaginable. Puede ser el asunto que lleve a la derecha al punto de poder hacer o deshacer el próximo gobierno de coalición.

—Existe otro problema —añadió Mortara—. No sé cuán familiarizado estás con la política italiana. ¿Significa algo para ti el nombre Alberto Luzzatto?

Yosef negó con la cabeza.

—Luzzatto es el jefe del nuevo partido de centro izquierda, Alianza Progresista, cuya popularidad ha ido en aumento en el último par de años y es probable que gane por mayoría en las elecciones que se celebrarán dentro de dos meses. Luzzatto podría ser primer ministro, si no existiese este detalle: es judío.

Yosef asintió con la cabeza. Aunque todavía no entendía del todo cómo encajaban las piezas del rompecabezas, casi podía oírlas acoplarse.

—¿Es posible que constituya un problema? —preguntó.

—No debería serlo, pero lo es. Sus adversarios lo están usando en su contra, algunos con sutileza, otros de modo bastante burdo. Para mucha gente el juicio contra Pacchia supone el acontecimiento político más importante de Italia después de la segunda guerra mundial. Si Pacchia pierde, bastará para aplastar a los grupos de presión antijudíos y dar el poder a Luzzatto. En ese caso, contará con el respaldo suficiente como para aplicar verdaderas reformas; lo más importante es que ha prometido actuar contra dos de las fuerzas más peligrosas de nuestra sociedad: la extrema derecha y la mafia, y si lo consigue aquí, tendría grandes repercusiones en el resto de Europa.

—¿Y si no gana?

Mortara guardó un momento de silencio. Cuando habló, su voz sonaba extrañamente alterada.

—Entonces, puede que ahora estés en una habitación llena de hombres muertos.

# EL «GRUPPENFÜHRER»

Gorbitz.  
Dresde.  
Alemania

El frío de allí no se asemejaba a ningún frío, ni la humedad a ninguna humedad. La gente de la zona tenía una expresión que los describía a la perfección: hielo en el alma. Nada tenía que ver con la temperatura. En Gorbitz no hacía más frío que en otras partes de Dresde o de Sajonia y la ropa de sus habitantes no era menos adecuada. No obstante, con sólo echar una ojeada a esas largas perspectivas de hormigón, a esas calles grises de cuyo pavimento surgían rascacielos, como estalagmitas en las cuevas más aisladas, el visitante sentía que el hielo se formaba en su corazón.

Dresde había surgido de sus cenizas en un mundo apenas menos horroroso del que había sido testigo de su destrucción. Lo que las bandadas de cazabombarderos británicos no habían hecho con sus bombas incendiarias, lo habían conseguido cuarenta años de dominio comunista con el hielo y el hormigón. Lúgubres torres grises circundaban la ciudad, y la asfixiaban carreteras cuyo único fin era unir urbanizaciones a factorías y factorías a urbanizaciones. No había alegría. El humo ennegrecía el cielo y los gases de los productos químicos industriales lo volvían amarillento.

Gorbitz era la mayor urbanización de Dresde. Aparte de su extensión, era idéntica a las vecinas *Neubau*, o sea, nuevas construcciones, de Johannstadt y Hauptbahnhof, idéntica a las urbanizaciones de rascacielos de Berlín Este, idéntica a las extensiones urbanas de Saarlouis, Zittau, Halle, Greifswald, Hünxe y Cottbus. Por fuera, poco había cambiado desde la caída de la RDA y la reunificación de Alemania. Quizá el hormigón estuviese un poco más negro, las calles, un poco más sucias y los rostros de las gentes, ligeramente más desolados. Habían tenido tantas esperanzas y habían recibido tan poco; en el fondo, muy en el fondo, allí donde el hielo se había afianzado, en el alma, sentían miedo y rabia.

Tres horas antes, cuando empezaba a anochecer, un pequeño grupo se había reunido en la calle y se había ido nutriendo por minutos. El núcleo original rodeaba un edificio residencial de cinco plantas protegido por un muro bajo y una fila de policías. Se trataba de un antiguo *Ausländerwohnheim* de la ex RDA, un dormitorio para trabajadores de los países socialistas, ahora transformado en hostel para refugiados, a unas puertas del Espeklub, el antiguo centro juvenil, abandonado ahora



por la atracción de otros entretenimientos... como el de provocar y matar a extranjeros.

Esa noche en el hostel se alojaban catorce familias angoleñas y ocho familias vietnamitas. Se habían atrincherado en sus habitaciones y habían escondido a sus hijos debajo de las camas o en armarios. Apiñados, temblando de pavor, oían a la multitud que iba creciendo; aquellos que entendían el alemán comprendían la cantinela que se alzaba desde la calle: «*Ausländer aus! Ausländer aus!*» ¡Fuera los extranjeros!

Era una muchedumbre heterogénea, cada vez más heterogénea, y en la periferia se hallaban algunos residentes locales, atraídos pese al frío por la promesa de excitación y diversión. Un desordenado grupo de simpatizantes ya se había acomodado a fin de disfrutar al máximo. Un residente había traído su carrito y freía y vendía salchichas en panecillos a los hambrientos espectadores. Otra persona ofrecía cervezas y refrescos y, a su lado, una chica con tejanos había abierto un puesto de géneros de punto baratos: sombreros, gorras y bufandas; sería una larga y fría noche y estaba segura de que antes de que terminara, se habría ganado una buena suma.

Jóvenes con chaquetas de aviador, *bombers*, se movían entre la gente; ofrecían ejemplares del periódico del DVU, un partido de derechas, *Die Deutsche Nationale Zeitung*; costaba sólo un marco y más de un espectador intercambiaba una moneda por un ejemplar. ¿Por qué no? Lo leerían más tarde, cuando todo terminara. Quizá se afiliaran al partido un día de éstos. ¿Por qué no? ¿Acaso era malo eso de «Alemania para los alemanes»?

Mientras tanto, otros con las ideas más claras sobre el tema se mantenían más cerca de la acción: pandillas de cabezas rapadas que se distinguían las unas de las otras por pequeñas diferencias en la vestimenta. Cerca de la periferia, varios grupos de cabezas rapadas menos politizados, los *Mode-Skins*, *Oi-Skins*, *Edel-Skins* y *Schmuddel-Skins*. Más cerca aún, los *Nazi-Skins* y, enfrente de todos, los abiertamente neonazis, algunos con camisa parda y corbata negra. Venían de *Gorbitz*, *Johannstadt* y *Hauptbahnhof*, dos o tres juntos al principio y luego en grupos más numerosos.

Eran los más vociferantes, los que escogían y dirigían los eslóganes que gritaban al hostel: «*Fidschis raus! Kohlen raus!*», consignas que se hacían eco de los grafitis ya pintados en las paredes del edificio: «*Türken raus! Juden raus!*» Encima de la puerta, alguien había escrito, con pintura de aerosol: «*Hoyerswerda-Ausländerfrei Stadt*» y «*Rostock-Lichtenhageimmer Deutsche*», palabras que evocaban los dos principales incidentes racistas que siguieron a la reunificación de Alemania.

Los primeros contingentes de neofascistas de otras ciudades ya empezaban a llegar en coches y autocares; miembros de *Deutsche Alternative* de Dresde y Leipzig, activistas del Frente Gubner de la cercana Guben y de otras partes de Sajonia,

representantes de las SS-Osten, el Bund der Sachsenen Werwölfen y el Nationaler Widerstand Deutschland. Ya venían de camino otros de ciudades más lejanas, convocados por teléfono y por fax desde sus bases en todo el país.

Cerca de los márgenes de la horda, se veía a unos recién llegados hablar por teléfono móvil y *walkie-talkie*, varios habían traído dispositivos para causar interferencias en las radios y uno controlaba las bandas de la policía desde una posición calle abajo. Desde Cottbus, una furgoneta traía gasolina y botellas, y dos jóvenes, miembros del Wiking Jugend, preparaban cajones enteros de cócteles molotov («mollies» los llamaban), en calculada anticipación a la escalada de la violencia.

Arriba, dos helicópteros de la policía rasgaban el aire frío y patrullaban el distrito con aparente desinterés. En tierra, las autoridades habían enviado ambulancias y coches de bomberos por si la situación se desmadraba. Sin embargo, ya se había desmadrado y la multitud crecía tanto que, si no hacían algo y rápidamente, a las ambulancias y a los coches de bomberos pronto les resultaría imposible atravesarla. Pero nadie iba a hacer nada, con la ingenua esperanza de que, si se contenían, evitarían otro disturbio.

Apartado de la multitud, un pequeño grupo de *faschos*, hermanos mayores de los Nazi-Skins, la élite de los activistas extremistas, daba las instrucciones. El capitán de la policía era relativamente nuevo en el cargo y creía que los verdaderos alborotadores eran los vociferantes cabecillas de los grupos a los que se enfrentaban sus hombres desde detrás de sus escudos de cristal endurecido. No podía estar más equivocado.

Desde la ventana de su pequeño apartamento del tercer piso del hostel, Nguyen Truong Chinh contemplaba a la muchedumbre arremolinada nueve metros más abajo. Nunca en su vida había sentido tanto miedo, ni siquiera de niño durante la guerra de Vietnam, cuando el enemigo no llegó a menos de ciento cincuenta kilómetros de su aldea, a menos que fuera mediante bombas arrojadas desde aviones demasiado lejanos para verlos. Ahora, en cambio, el enemigo estaba tan cerca que distinguía sus caras a la luz de las antorchas que alzaban, oía sus voces, percibía su odio, ese odio que se elevaba como un hedor espantoso y le llenaba los pulmones.

Durante la guerra no era más que un niño, los adultos lo cuidaban y lo protegían del agresor venido desde allende el mar. Ahora tenía esposa e hijos; detrás de él, en la habitación, encogidos y temblorosos, esperaban que los salvara aún a sabiendas de que era tan impotente como ellos.

Llevaba diez años en Alemania, primero bajo los comunistas y luego bajo los capitalistas. Para él no eran muy diferentes, salvo que en la RDA se sentía más seguro. A ellos también los había odiado, pero el Estado controlaba mejor a sus

matones. Al llegar a Alemania del Este era uno entre los centenares de extranjeros a los que habían puesto a trabajar en los empleos más humildes de la central eléctrica Schwarze Pümpe en las afueras de Hoyerswerda. Después de los violentos sucesos racistas de 1991, lo habían transferido a Dresde, ciudad de quinientos mil habitantes, de los cuales únicamente diez mil eran extranjeros, y que, las autoridades así lo habían creído, sería en gran parte inmune a las tensiones raciales.

Conoció a su esposa poco después de llegar al país, se casó con ella y empezó a formar una familia. El gobierno federal reconoció su contrato de trabajo de la RDA y le dio empleo en Gorbitz, en la producción de alimentos precocinados. Creyó que la situación mejoraría en la nueva Alemania, pero no tardó en desengañarse y dejar de lado sus fantasías.

Tras la unificación había pedido y obtenido su condición de refugiado político. Ni siquiera bajo el viejo régimen había ocultado sus opiniones y en más de una ocasión se había buscado problemas con la Stasi, la policía secreta. Regresar a Vietnam suponía correr riesgos y se le antojó más prudente arriesgarse en su país de adopción. Pero sus nuevos conciudadanos no lo querían, ni a él ni a su familia. Les escupían constantemente en la calle, los empujaban en el supermercado y los trataban con frialdad en la cantina de la fábrica y en el café del barrio.

Sus hijos, un niño de seis años y una niña de cuatro, estaban muertos de miedo en el pequeño cuarto de baño, tan lejos de los problemas como era posible; pero, cada vez que se oía una nueva andanada de invectivas, cada vez que una piedra o una botella se estrellaba contra el edificio o rompía una ventana, gritaban y se apretaban contra la pared. ¿Cuándo vendría la policía para sacarlos de allí? Alguien había dado instrucciones por megafonía, pero Nguyen no entendió gran cosa. Varios vecinos habían intentado llamar a la comisaría, pero la línea del teléfono del vestíbulo estaba cortada. Estaban atrapados, a menos que la policía o la brigada de bomberos viniera a rescatarlos.

Nguyen miró alrededor: sentada en una silla cerca de la pared del fondo, su esposa temblaba incontrolablemente. Había tratado de hablarle, de tranquilizarla, pero ella no había asimilado sus palabras. Entre los trabajadores huéspedes corrían rumores y ella sabía lo ocurrido en Hoyerswerda, Rostock y otros lugares, y se limitaba a esperar la ráfaga de balas que los mataría a todos.

La mujer alzó la vista y sus miradas se encontraron. Sabían que iban a morir. Peor aún, sabían que sus hijos también morirían, y ni el uno ni la otra encontraron palabras o gestos con los que expresar su miedo y sus anhelos.

En ese instante, una botella arrojada desde abajo rompió el cristal de la ventana, rodó por el suelo y se detuvo a los pies de Nguyen, como una granada a punto de estallar.

En la calle, un Mercedes negro se detuvo junto a un grupo de *faschos* que observaban en silencio. Un hombre enfundado en un grueso abrigo de cachemira se apeó. El grupo se separó para dejarlo pasar y se volvió a juntar. Uno de los *faschos*, un hombre de unos cuarenta años, de pelo ralo y perfil nada atractivo, dio un paso adelante y saludó al recién llegado.

—*Grüß Gott*, Gerhard. Me alegro de que hayas podido venir.

—*Grüß Gott*, siento llegar un poco tarde, Rainer.

—No llegas tarde. Sólo te esperábamos para decidir hasta dónde hay que dejar que llegue esto. Todo está bajo control, y estaremos preparados para actuar en cuanto acuda la gente de Heinz.

—Ya vienen —comentó el recién llegado con un asentimiento de cabeza—. Hablé con Heinz de camino. Tuvo que recoger algún equipo antes de marcharse. ¿Qué hay de nuestros amigos del Nationalistische Front?

—Son el grupo del fondo, el que canta canciones folclóricas alemanas. Willi les ha dicho que se aguanten hasta recibir órdenes.

—¿Y el NPD?

—Allí, junto al club de jóvenes. Acaban de recibir dos semanas de entrenamiento en el campamento de Hünxe.

—Bien, estarán en forma. ¿Y la policía?

—Podemos manejarla. No han movilizado a suficientes hombres, los comentarios en la prensa de izquierdas acerca de las provocaciones policiales los han puesto nerviosos. El hombre al mando no tiene la menor idea de lo que ocurre. Los chicos de Willi están dispuestos para hacer un desvío a la vuelta de la esquina. Entonces empezaremos nosotros, a condición de que des el visto bueno.

En ese momento, un joven de unos treinta años atravesó la multitud y se acercó a Rainer. Saludó a su superior con el antebrazo alzado y juntando los tacones. No había nada descuidado ni vacilante en su porte y su actitud. Rainer le saludó enérgicamente. A pocos metros, la multitud aullaba y se burlaba como una bestia sin riendas. Pero este pequeño grupo de endurecidos activistas se comportaba con sobriedad y cortesía. Aquí, aunque la bestia no lo sabía, se encontraban las riendas que podían hacer girar sus múltiples cabezas y dirigirla en cualquier dirección que conviniera a sus amos.

—Señor, los Wiking Jugend dicen que lo tienen todo dispuesto, que ya cuentan con suficientes *mollies* para tres oleadas de ataque. Debería bastar.

—Gracias, Jörg. —Rainer lo cogió del brazo y lo llevó hacia el recién llegado—. Gerhard, te presento a mi teniente, Jörg Thierse. Jörg es el apoyo más constante del movimiento en Dresde desde hace más de un año. —Hizo una pausa y se volvió hacia Jörg—. Jörg, te presento al *Gruppenführer* de las SS, Gerhard Weiss; habrás oído hablar de él, por supuesto.

Thierse saludó de nuevo, esta vez con un rigor y una intensidad que demostraban

el enorme respeto que sentía por el hombre al que acababan de presentarle.

—*Herr Gruppenführer*, me siento muy honrado. Rainer tiene razón, he oído mucho acerca de usted y de su lealtad al Reich.

Tras una breve conversación, despacharon a Thierse ordenándole que regresara al sector de los *Wiking Jugend* y les dijera que empezaran a distribuir los cócteles molotov. Weiss y Rainer se alejaron para que nadie los oyera.

—Gerhard, estoy un poco preocupado. ¿Crees que es un buen momento para una escalada? La situación en Italia aún no se ha resuelto y algo como esto podría volver a la opinión pública contra nosotros.

Weiss negó con la cabeza.

—No lo creo. Nuestras perspectivas allí nunca han sido tan buenas. Pero mucha gente vacila, y por esto hemos de enviar la señal adecuada. Están más cansados de los compromisos que de otra cosa, hartos de coaliciones, de compartir el poder y de parlamentos que dejan problemas sin resolver. Quieren saber que en otros países gentes de la misma ideología están dispuestas a dar pasos audaces y decisivos, sobre todo en cuestiones como la inmigración. Ya lo verás, esto reforzará su resolución.

—Espero que sí. Pero el resultado del juicio en Milán aún no está decidido. ¿Qué ocurrirá si los judíos llevan a...?

—No llegará a tanto, te lo aseguro. Tengo a gente trabajando en ello las veinticuatro horas del día. Lo encontraremos, no te preocupes.

—Y el israelí, ¿qué pasa con él?

—¿Abuhatseira?

—Sea cual sea su jodido nombre. ¿Cuánto sabe?

—No sabe nada. Sólo lo que puede haber adivinado. Está dando palos de ciego.

—No obstante, puede que tenga suerte. El judío es peligroso y he oído que se ha largado de Cerdeña.

—Te han informado bien. Según mis informes usa un nombre falso, Katzir o Elbaz. Salió el jueves por la noche, a bordo de un barco llamado *Eleanora d'Arborea*, anclaron en un lugar llamado San Fruttuoso el viernes por la mañana y devolvieron la embarcación esa misma tarde a sus dueños en Olbia. Mi gente ya anda tras su pista; lo encontrarán, te doy mi palabra.

—Muy bien, si estás seguro de que lo tienes todo controlado. No quiero que la situación se complique, pero si esa mierda de Israel mete más sus narices en este asunto...

—Confía en mí, Rainer. Es hombre muerto.

Una figura se separó del grupo de *faschos* y se dirigió hacia ellos.

—Señor, Heinz Felderer y su equipo acaban de llegar a Gorbitz, habrán tomado su posición dentro de tres minutos. Quiere instrucciones.

Rainer miró a Weiss.

—Bien, Gerhard, ¿seguimos adelante? Estoy en tus manos.

Weiss observó la escena: la multitud que coreaba consignas y se mecía, la escasa fila de policías, los vehículos de urgencias aparcados en un lugar donde resultaría fácil inmovilizarlos, la boca de agua para incendios en un sitio donde no serviría de nada. Miró el hostel de arriba abajo y esbozó una sonrisilla. Le pareció ver un rostro en una ventana del tercer piso, una visión fugaz a la luz de las antorchas.

—Los quiero a todos muertos —dijo con voz monótona e indiferente, como si pidiera una cajetilla de cigarrillos o un artículo de uso comente—. No dejen a un solo judío vivo allí dentro. Que el edificio se quemase en torno a sus cabezas.

Rainer lo miró extrañado.

—No son judíos —comentó con voz queda, creyendo que Weiss había malinterpretado la situación—. Sólo son *fidschis y kohlen*.

Weiss lo miró a su vez. La madurez le daba un aire de autoridad. Había supervisado ejecuciones en masa antes de que Rainer Ehrenburg naciera. Sus ojos brillaban a la luz de las antorchas.

—Sé lo que he dicho, Rainer. Créeme, a fin de cuentas, todos son judíos, judíos negros, judíos amarillos, judíos blancos, da igual. La única respuesta que ha existido siempre para una plaga de sabandijas, de chusma, es exterminarla antes de que su número te supere. —Hizo una pausa y echó otra ojeada al hostel; sin saberlo, buscaba la cara pálida en la ventana—. Diles a tus chicos que se pongan manos a la obra.

Y entonces se produjo un silencio.

# EL ACADÉMICO

Er an más de las nueve cuando Yosef regresó al hotel. Después de la partida de los demás invitados, se había quedado a cenar. Mortara y él hablaron de Haifa y Yosef aprendió un poco más acerca de las esperanzas y de los temores de los judíos italianos. En un par de ocasiones intentó encauzar la conversación hacia el juicio, pero Mortara evitó el tema y Yosef decidió que resultaría contraproducente mostrar demasiado interés por él. Acordaron que más adelante, esa misma semana, comerían en un restaurante llamado Del Cambio, con unos amigos de Mortara que hablaban hebreo.

Maryam lo aguardaba en su habitación; parecía tensa, distante e irritada.

—¿Has comido ya? —le preguntó Yosef.

—No pasa nada, pedí unos bocadillos al servicio de habitaciones. No te preocupes, no tengo hambre.

—¿Qué tal un café? Me han dicho que en la Piazza Castello hay buenos cafés, mis amigos me recomendaron uno llamado Mulassano. Podríamos...

—¿Por qué no telefoneaste? ¿Por qué no me dejaste un mensaje? Podrías haberme dicho que regresarías tarde, he estado preocupada, creía que algo...

Se contuvo justo a tiempo y rompió a llorar. Al ver la expresión atónita de Yosef, se dio cuenta de que parecía una esposa o madre gruñona. En el fondo de su mente, las palabras que había estado a punto de pronunciar, que no habían llegado a nacer, se repetían rítmicamente, carentes casi de sentido: «Creía que algo le había ocurrido... ocurrido... ocurrido».

Por mucho que trató de sonreír, de borrar la impresión que acababa de dar, no lo logró. Parecía que sus labios pertenecían a otra persona, y se percató, consternada, de que temblaba, de que había perdido el control no sólo de los labios, sino de todo el cuerpo. No sabía lo que la dominaba, si la angustia, el miedo, o por encima de todo, el amor. Sentía la piel caliente; sabía que se había sonrojado y nada podía hacer para evitarlo. Y la sonrisa se negaba a aparecer, el temblor se lo impedía, y no podía quitarle los ojos de encima a Yosef.

Esta vez, cuando la rodeó con los brazos, Yosef supo que no había vuelta atrás. Su necesidad de ella era urgente, abrumadora, y barrió todo lo que él creía ser, todos los argumentos que su mente había formulado en los últimos días para resistirse y negar todo lo que sentía por ella.

En cuanto la abrazó, Maryam dejó de temblar, un largo estremecimiento la recorrió y la dejó absolutamente inmóvil, como si se encontrase en un vórtice o en



pleno huracán. Sintió que la alzaba un poco, la acunaba, se sintió sellada en el nudo de su abrazo y se oyó gritar, como si le hubiese hecho daño. De pronto su cuerpo volvió a pertenecerle; levantó los brazos y tiró de él, como si pretendiera mantenerlo allí para siempre más.

—Te amo —le dijo Yosef y se dio cuenta de que, si bien se lo había dicho a otras mujeres en el pasado, nunca, hasta ahora, había captado el poder de esas palabras, ni su valor.

—Nunca creí que lo oiría en hebreo —contestó Maryam, con un vocecilla asustada.

Yosef se inclinó y le susurró las mismas palabras al oído, en árabe. Maryam descansó un momento; dejó que las palabras se instalaran, hebreo y árabe mezclados, y en el fondo experimentó la colisión de pasado y presente, pequeños planetas fuera de órbita. Pero no se atrevió a pensar en el futuro o en si éste tendría significado. Le cogió el rostro con las manos e hizo girar su cabeza hasta que se miraron directamente a los ojos. Repitió lo que él acababa de decirle, primero en árabe y luego en hebreo, y se apartó un poco para verlo mejor. A continuación dejó que la estrechara de nuevo con la mano detrás de su cabeza, hasta que sus labios se encontraron y no hubo más palabras.

Después permanecieron tumbados en la cama y hablaron, como si lo hicieran por primera vez, una conversación puntuada por largos silencios, silencios sin importancia. Bastaba con volverse y ver que el otro se encontraba allí, o con estar piel contra piel, saber que ya no habría soledad. A medianoche hicieron el amor de nuevo, más despacio, pero con una pasión creciente y casi atemorizante. Después, durmieron un rato.

Yosef nunca había conocido una dicha tan pura, nunca le había resultado tan fácil abandonar sus defensas en presencia de otra persona. Toda la vida se había visto obligado a fabricarse caras y gestos que los acompañaran, estados de ánimo y actitudes que encajaran. En Marruecos fue dócil, sumiso, un judío que sabía cuál era su lugar y nunca causaba problemas; en el ejército adquirió parte del descaro y la insolencia de sus compañeros, a fin de demostrar que un judío del norte de África era tan buen israelí como uno cuyos abuelos fueran europeos, y en la orilla oeste optó por el papel de dogmático, porque se suponía que eso eran los colonos.

Aquí, con Maryam, ninguna de estas caras le sentaba bien: desnudo, sin artificios, supo que lo único que deseaba era que ella lo quisiera como era, lo cual, pensó, quizá lo ayudara a hallar su verdadera identidad.

Maryam despertó y lo miró mientras dormía a su lado, ajeno a su atención. La lamparilla en la mesita de noche producía un suave brillo, suficiente para que lo viera, suficiente para que se aprendiera de memoria cada recodo de su cara y de su cuerpo. Nunca, ni una sola vez, en los años en que estuvo casada, examinó así a su

marido, nunca permaneció despierta para verlo respirar y preguntarse con qué soñaba. Y allí estaba, acostada con un hombre que debía ser su enemigo, un hombre que representaba todo lo que había aprendido a despreciar y odiar, velando su sueño como si fuese el de un niño.

Se durmió al poco rato. Los sueños la arrastraron hacia abajo, hacia su propio mundo, y la atraparon contra su voluntad. Soñó que ella y Yosef estaban juntos, ambos desnudos en un extraño lugar sin paredes, un lugar que parecía infinito. El sueño cambió y centelleó en torno a ella, y la desnudez, tan placentera cuando estaba despierta, se convirtió en causa de incomodidad, como si el sueño estuviese envenenado. Cuando lo contempló, en el sueño, el cuerpo de Yosef era delgado, tenía la cabeza rapada y un tatuaje en el brazo izquierdo; miró su propio brazo, también tatuado, y se pasó una mano por la cabeza, igualmente rapada, y sintió vergüenza y pavor.

El sueño terminó y no hubo más sueños.

Una luz, una luz que primero se movió y después se posó en sus párpados. Y una voz, una voz dura que le gritaba en un idioma extranjero. Luchó contra ambas cuanto pudo, pero sus ojos se abrieron y reparó en que no se trataba de un sueño, en que alguien dirigía la luz de una linterna hacia su cara y le espetaba algo en italiano, le ordenaba que se levantara. A su lado, Yosef también estaba despierto a medias. Otra figura junto a él tiraba de la ropa de cama y le obligaba a ponerse en pie. Apenas distinguió la mano enguantada y la pistola que apuntaba a la cabeza de Yosef.

Yosef sabía tres cosas con toda seguridad: primero, que estaba sentado en una silla dura de tamaño medio y respaldo alto; segundo, que no estaba muerto; y tercero, que no veía nada.

Poco a poco trató de incrementar su fuente de conocimientos, pero con cada nueva pieza menoscababa su certidumbre, hasta el punto de que lo único que le quedaba al final era especular. Algo le decía que se hallaba en una estancia espaciosa; de vez en cuando le llegaba el eco de los pasos y las voces de sus captores, quienes hablaban, ya en voz baja, ya en voz alta, en italiano. A su izquierda, una puerta se abría de vez en cuando y alguien entraba o salía. No veía nada, absolutamente nada: alguien le había cubierto la cabeza con una gruesa capucha negra y le habían atado las manos a la espalda, encima del respaldo, de modo que le resultaba imposible tocársela.

Salvo en los primeros momentos, cuando le ordenaron que se vistiera y acompañara a sus agresores afuera del hotel, nadie le dirigió la palabra. Maryam tradujo sus escuetas instrucciones al principio, pero luego lo sacaron de su habitación y la dejaron atrás, para estar seguros de que él obedeciera. Sabía que estaba muerta de miedo y trató de tranquilizarla, pero lo apartaron bruscamente; quizá nunca volviera a verla.

No hizo ningún intento de huir o de llamar la atención mientras cruzaban el largo vestíbulo, observados únicamente por el aburrido portero de noche. Subió sin protestar al gran coche que los esperaba fuera con el motor encendido y ronroneando suavemente. Había tres hombres, todos trajeados. Se mantuvieron detrás de él, como para que no les viese bien la cara. En cuanto entró, uno que estaba en el asiento trasero le echó la capucha sobre la cabeza; los otros subieron y el auto arrancó.

Nadie habló durante el viaje, que duró aproximadamente una hora, si bien a Yosef le resultó imposible calcular exactamente el tiempo. Desgraciadamente, como no conocía ni Turín ni sus alrededores, su sentido de la orientación no le sirvió de nada, aunque sospechaba que se habían movido en círculos y que aún se encontraban en la ciudad: no había percibido el cese de ruido que habría experimentado si se hubiesen dirigido hacia el campo.

Una cosa sí que sabía: estaban muy por debajo del nivel del suelo, pues habían bajado por varios tramos empinados de escaleras y habían recorrido un largo pasadizo formando un ángulo cerrado, varios centenares de metros del cual eran muy inclinados; se diría que el aire, malsano y húmedo, llevaba largo tiempo atrapado bajo

tierra.

El tampoco habló, ni en el coche, ni en la estancia, cuando llegaron. Sabía quiénes eran, sabía porqué habían venido a por él. Lo que le sorprendía era que aún no lo hubiesen matado: no había nada que pudiera decirles, nada que no supieran mejor que él. A menos que creyeran que poseía el único secreto que tanto los obsesionaba, el paradero del hombre llamado K, el hombre que, según suponía Maryam, era un alemán llamado Krämer. La idea hizo que apretara los dientes, pues si se imaginaban que sabía dónde encontrar a Krämer, tardaría mucho en morir.

De vez en cuando unos pasos se aproximaban a su silla; en esos momentos sabía que alguien, delante o detrás de él, lo observaba, lo vigilaba, quizá a la espera de una orden. Fueron los peores momentos, cuando pensaba que un golpe lo haría tambalearse en la silla o que un disparo le abriría la cabeza. Lo peor era saber que lo que más temía era lo primero, que imaginar una paliza prolongada en la oscuridad tenía más poder aterrador que la idea del olvido.

Pensó a menudo, desolado, en Maryam. Los suyos fueron recuerdos nítidos y dolorosos de cuando hicieron el amor esa noche, de su regreso, del temblor de Maryam, de cuando la abrazó. Por encima de todo, se sentía culpable por haberla mezclado en este asunto aún sabiendo que debía haberla mandado a casa mucho antes, que su egoísta necesidad de ella le había impedido hacerlo. Y ahora era demasiado tarde y temía que ya estuviese muerta... o quizá algo peor.

Se produjo un largo silencio durante el que estuvo seguro de que no había nadie más en la estancia. Hacía frío y tembló. Le daba vueltas la cabeza por la combinación de miedo y falta de sueño; le costaba respirar bajo la capucha y le picaba la piel por el continuado contacto con la basta tela. Creyendo que sus captores se habían retirado para pasar el resto de la noche, trató de echar una cabezada.

Justo cuando empezaba a adormilarse oyó que una puerta se cerraba de golpe y unos pasos rápidos se dirigían hacia él. Levantó la cabeza y se preparó para el golpe o el disparo que seguiría. Alguien arrastró una silla de metal sobre el suelo de baldosas, agrietadas a juzgar por el sonido.

—Me dicen que no habla italiano, señor Elbaz, ¿o es Katzir? ¿Otro apellido, quizá?

La voz de su interlocutor era, supuso Yosef, la de un hombre de unos cuarenta años, culta, tranquila y neutral. Si Yosef no se equivocaba, hablaba inglés con el acento y la soltura de un norteamericano.

—Bien, lo llamaremos señor Elbaz. Yosef Elbaz. Con el tiempo sabremos su verdadero nombre, pero de momento nos contentaremos con Elbaz. Dígame, Yosef, ¿quién lo envió a Italia?

Yosef no dijo nada. El frío le caló los huesos y el silencio, el corazón.

—No tiene sentido no hablar, Yosef. Mis amigos son mucho menos amables que

yo, y tienen motivos para sentirse enojados con usted. Ha comprometido su seguridad y la de una empresa muy importante, así que, como verá, tienen derecho a saber por qué está aquí y quién le envió.

—Váyase al diablo.

—Bien, vamos mejorando, al menos ya sabemos que no se ha quedado mudo.

—Por favor, quíteme la capucha.

—De acuerdo.

Yosef sintió que una mano le tocaba la coronilla y levantaba la capucha. La luz, anormalmente brillante, le inundó los ojos. Fue el peor momento, pues supo con toda seguridad que no les importaba que viera sus caras, que ya habían decidido matarlo, en cuanto acabara el interrogatorio.

Sus ojos tardaron un rato en adaptarse a la luz. Poco a poco, de ella surgió una estancia, una cámara de techo bajo y paredes de hormigón desnudas, dividida a intervalos regulares por pilares cuadrados; las baldosas de color ocre del suelo estaban agrietadas y cubiertas con la mugre de varios años. En cuanto se acostumbró a la luz, se dio cuenta de que ésta no era especialmente brillante, que venía de unos tubos fluorescentes en el techo de la sección en la que estaba sentado; las subidas y bajadas de tensión sugerían que los alimentaba un pequeño generador en lugar del suministro eléctrico normal.

El hombre al que habían enviado a interrogarlo lo observaba con paciencia, sentado a menos de un metro, a su izquierda. Vestía pantalón de pana y grueso jersey de lana, llevaba gafas de fina montura dorada y cristales gruesos, el fino cabello del color de la arena, cuidadosamente peinado hacia atrás, revelaba una frente alta. Yosef esperaba a alguien con aspecto de bruto, pero éste parecía inteligente y no más peligroso que un chico recién salido de la escuela.

—¿Podemos continuar? —inquirió.

Yosef asintió con la cabeza.

—¿Qué interés tiene en el caso Pacchia?

De modo que tenía razón, pensó Yosef, había una relación entre los asesinatos y el juicio inminente.

—No supe nada de Pacchia o del juicio hasta esta tarde. Tiene que creerme.

El extraño negó con la cabeza.

—No, no tengo por qué creerlo. No sé casi nada de usted. Por ejemplo, dice que acaba de venir a Italia desde Israel, y, sin embargo, sabe lo de las muertes de Ennio Pontecorvo y Alberto Cantoni, sin mencionar otros asesinatos en Cerdeña. No pudo informarse de estos asesinatos en la prensa internacional, ni siquiera en Israel, y aquí, en Italia, se les restó importancia. ¿Podría explicarme, pues, cómo consiguió la información?

Yosef se percató de que lo habían pillado. No se explicaba por qué sus captores

estaban tan bien informados, pero no podía dejar que se enteraran de que el Mossad sabía lo que ocurría e intentaba intervenir.

—Tengo contactos comerciales en Italia, contactos judíos, lo leyeron en la prensa local y creyeron que me interesaría.

—Ayer no mencionó estos contactos, cuando habló de sus negocios en casa de Leone Mortara.

Un estremecimiento recorrió a Yosef. Si sabían lo que había dicho en una reunión privada, no hacía muchas horas, sólo existía una razón: se habían infiltrado en la comunidad judía de Turín. ¿Por eso habría muerto el profesor Cantoni? ¿Habría dicho el anciano algo imprudente en una comida en casa de Mortara? ¿Lo habrían asesinado como consecuencia del informe de un infiltrado fascista del que nadie sospechaba? ¿Un informador que continuaba haciendo su trabajo?

—No había motivo para mencionarlos —replicó.

—Miente. La pregunta es, ¿por qué? Si es usted israelí, sin duda no trabaja para Pacchia y sus amigos. A menos, por supuesto, que sea árabe, como su amiga la señorita Shumayyil, y con eso volvemos a la primera pregunta: ¿quién lo envió?

Yosef se sorprendió. ¿Qué quería decir con eso de «Pacchia y sus amigos»? El hombre debía de ser uno de los lacayos de Pacchia, o al menos un admirador. ¿Para qué marcar distancias de su propio grupo de modo tan torpe? Yosef lo miró y se preguntó si se trataba de un intento de engañarlo. Sin embargo, su interrogador no daba muestras de esperar a que cayera en la trampa.

—Nadie me envió. He venido solo, por motivos personales.

—¿Y cuáles son estos motivos?

Yosef estaba pensando mucho. Sabía que no saldría vivo de esto, pasara lo que pasara. No obstante, esperaba poder salvar a Maryam, como mínimo, y si ellos creían que ella no sabía nada de lo que había detrás de los asesinatos, existía una posibilidad, aunque escasa, de que lograra convencerlos de que la liberaran. No le quedaba nada más a lo que asirse, y a ello se aferró con desesperación.

—Muy bien, le diré lo que pueda. Si no le agrada, mala suerte. Me llamo Yosef Abuhatseira, soy un judío israelí de Kiryat Arba, en Judea. Tenía una hermana llamada Chaya, contaba veintiocho años y tenía un hijo llamado Yoel. A Yoel lo secuestraron hará poco más de un mes y, después de eso la asesinaron a ella, junto con su marido, Aryeh. Los asesinaron sus gentes o sus socios, a sangre fría y sin razón. Esos fueron los asesinatos que tuvieron lugar en Cerdeña. Se apellidaban Levin, seguro que eso significa algo para usted.

El hombre agitó la cabeza lentamente, como si le doliera hacerlo, parecía que de veras no reconocía el nombre.

—No, sus nombres no me dicen nada. Cuénteme el resto.

Yosef le explicó con la mayor concisión posible las circunstancias por las que

acudió por primera vez a Cerdeña, cómo buscó a Yoel y cómo descubrió los cuerpos de Aryeh y Chaya al regresar a Arzachena. Su regreso a la isla se debió únicamente al deseo de encontrar a sus asesinos, dijo. La policía daba largas al asunto y él había dejado de confiar en ella. Había contratado a Maryam Shumayyil como intérprete, y lo que ella sabía era mínimo, nada que no supiera la policía.

Terminó su relato. Lo siguió un largo silencio. De momento su interrogador no insistió sobre ningún punto, sino que permaneció inmóvil, con la cabeza apoyada en una mano, como sumido en sus reflexiones. Yosef rezó porque su explicación del papel de Maryam bastara para que sus captores no la agredieran.

El hombre alzó la cabeza y lo miró, se hubiese dicho que tenía miedo de algo.

—Yosef. —Su tono había cambiado, ya no era tan confiado como antes—. Hace un momento, dijo que a su hermana y al marido de ésta los matamos mis gentes o mis socios. No lo entiendo. ¿Qué quiso decir, exactamente?

—Es obvio, ¿no?

—No, no lo es. Cuando dijo «sus gentes», a quién se refería.

—No lo sé exactamente, sé muy poco acerca de sus organizaciones y facciones. Alleanza Nazionale, Avanguardia Nazionale, Ordine Nuovo... puede pertenecer a cualquiera de ellas o a todas, ¿cómo iba a saberlo? Pero, en resumidas cuentas, a mi hermana y a su marido los mataron unos fascistas, y sólo porque eran judíos.

El interrogador clavó la vista en Yosef, al parecer incrédulo. Algo más que el miedo interfería en el silencio entre ellos. Algo muy extraño estaba ocurriendo.

—Yosef, ¿es cierto lo que acaba de decirme?

Cansado, Yosef asintió con la cabeza. No había engaño ni en sus rasgos ni en sus gestos, su rostro parecía un paisaje silvestre limpio de todo menos de la arena, y hasta de la arena, dejando únicamente la roca desnuda y los guijarros. En sus ojos no había mentira.

—¿Alguna vez sueña? —preguntó el hombre.

Él también parecía cansado, agotado, como si lo hubiesen dejado absolutamente vacío.

—Todos soñamos.

—Pero ¿con qué sueña?

Yosef lo entendió. No tenía sentido, contradecía todo lo que estaba sucediendo, pero lo entendió.

—Sueño con vagones, largos vagones de madera atestados de gente dormida, de gente que ya no puede dormir, de gente que no sueña. Sueño con hombres de uniforme negro, perros semejantes a lobos y alambradas que delimitan el mundo. Detrás de las alambradas, rostros y manos desnudas temblando de frío. A veces, en mis sueños, estoy desnudo y tengo la cabeza rapada, y los hombres de uniforme negro me empujan y me meten en un pequeño cuarto que huele a ácido fénico. Nada

más. Allí acaban mis sueños, y no sé más. Puede que usted sepa más, seguro que sabe lo que sigue en ese cuartucho.

Su voz hacía temblar la estrecha habitación. Dejó de hablar. Siguió otro largo silencio, un silencio difícil de romper, un silencio profundo.

El desconocido no dijo nada. Yosef lo observó, sentado allí, inerte, como conmocionado o derrotado por lo que había escuchado.

—Espere aquí —le ordenó por fin en aparente mofa de las cuerdas que lo ataban.

Estuvo fuera mucho tiempo. Yosef no se movió. ¿Por qué le había preguntado por sus sueños? ¿Acaso soñaban con lo mismo, los fascistas? ¿Estarían, él y sus captores, atrapados juntos en una insensata pesadilla fabricada por ambos? A fin de cuentas, la sangre que corría por sus venas era la misma. El tiempo transcurrió en medio de un silencio helado, un glaciar moviéndose por la estancia sin hacer ruido, deslizándose hacia el olvido con Yosef pillado en medio.

La puerta se abrió y el interrogador entró de nuevo seguido de otro hombre. Al levantar la mirada, Yosef le vio el rostro y supo que lo conocía, pero hasta que se acercó no pudo ponerle nombre, identificarlo. Volvió a ver el largo cabello rubio, los ojos inquietos, y evocó la tarde, la conversación después de la comida del sábado en casa de Leone Mortara, y supo que el informador que lo había traicionado, el que había informado a sus secuestradores, era Bruno Frezza.



Miró el despertador en la mesita de noche y soltó un sonoro taco. Su mujer se removió dormida, y él volvió a maldecir, aunque ahora en un susurro, por temor a haberla despertado. Su esposa gruñó y rodó sobre sí misma, él sintió cómo su brazo derecho le rozaba el pecho.

—Antonio —murmuró—, *che hai? Non puoi dormire?*

Antonio le apretó la mano y la soltó.

—*Non ho niente. Dormi pure, dormi.*

Ella murmuró algo incomprensible y se volvió hacia la izquierda. Él suspiró y miró de nuevo el despertador. Eran más de las dos y entraba a trabajar a las ocho.

Todo el día había experimentado un extraño desasosiego, atormentado por un número creciente de inconsistencias y contradicciones en el caso que llevaba entre manos, el del homicidio en el hotel Presidente. Estaban ocurriendo demasiadas cosas, demasiado deprisa, y él ya se sentía perdido.

El dibujo de la difunta esbozado por un artista y publicado en la prensa tuvo respuesta inmediata. Varias personas habían telefoneado a la *questura*, identificándola como Tina Mannuzzu, esposa de un abogado de Arzachena. Cada uno de los contactos de Niaddu había insistido en que a su esposo, Michele, lo habían encontrado muerto, asesinado, no hacía mucho tiempo en Oliena.

El inspector recordó el caso, aunque al principio no sabía si lo había llevado su propia *questura*, que cubría la zona donde vivía la víctima, o la *questura* de la provincia de Nuoro, donde habían hallado el cuerpo. Una rápida revisión reveló que los de Nuoro habían transferido el caso a Sassari y allí se lo habían dado a De Felice; eso significaba que él, Niaddu, debería contar con una copia del expediente original. Sin embargo, cuando la buscó, no encontró nada. Tras una discreta investigación descubrió que en el edificio de la *questura* de Sassari no existía ningún registro del asesinato de Michele Mannuzzu.

Su principal contacto, la hermana de Tina Mannuzzu, Silvana, le había dado los detalles que conocía de las circunstancias de la muerte de Michele. Estaba actuando de intermediario para unos clientes cuyo hijo había sido secuestrado, explicó, no conocía su nombre, pero sí recordaba que eran judíos y también sabía que a los padres del niño los habían asesinado poco después de la desaparición de Michele. En Arzachena.

Otro contacto, una mujer, miembro del club de bridge al que pertenecía Tina, confirmó lo del secuestro, si bien declaró que no sabía nada del papel de Michele en

las negociaciones; identificó a la pareja asesinada como Aryeh y Chaya Levin y a su hijo como Yoel. Otra cosa que recordaba era que los Levin habían recibido la visita de un pariente de Israel, «un tal Abu... no sé qué», y que éste se había llevado al niño a Israel, junto con los cuerpos de sus padres, a los que habían enterrado en Jerusalén.

Nieddu se quedó perplejo. Un secuestro seguido de un doble asesinato debería de haber atraído mucha atención, sobre todo en un lugar como Arzachena, que tanto se enorgullecía de ser un pueblo seguro. Pero eso mismo, por supuesto, sería una buena razón para mantener el secreto. Tanto el sector turístico como el de alquiler a largo plazo se verían gravemente afectados por algo así. Aun así, ¡qué extraño que a alguien en su posición, un inspector de la división de homicidios de la comisaría de Sassari, se le ocultara el caso!

Había revisado por segunda vez los registros centrales y por segunda vez se llevó un chasco: no existía referencia alguna al asesinato de unas personas de apellido Levin.

Media hora en la biblioteca desveló una mención de lo más breve de la muerte de Aiyeh y Chaya Levin, en el periódico local. Unos parientes se habían llevado a su hijo Yoel a Israel, apuntaba el artículo. Niaddu tomó nota del hecho de que los Levin eran israelíes. El asesinato en la provincia de Sassari de ciudadanos israelíes era algo desacostumbrado, y dos en menos de un mes —uno con israelíes como víctimas y otro con israelíes como sospechosos— no podían ser mera coincidencia.

En el artículo del periódico no se hablaba de un secuestro ni de una exigencia de rescate, y en los registros que revisó Nieddu en la *questura* tampoco existía un parte del secuestro de Yoel ni del asesinato de sus padres.

Lo lógico era suponer que, en caso de que hubiese habido un secuestro, habrían llevado al niño al sur, a Nuoro, y eso explicaría la desaparición posterior del intermediario cerca de Oliena y, posiblemente, la falta de referencias al secuestro en los archivos de Sassari.

Llamó, pues, al registro de la *questura* de Nuoro. La conversación retumbaba todavía en su mente, y, ahora, en la oscuridad de su dormitorio se repetía una y otra vez, negándole el sueño y el consuelo.

—No tenemos ningún secuestro registrado bajo ese nombre —le dijo el funcionario—. Espere un momento, algo está apareciendo... deme un minuto, sí... hace un par de días recibimos el informe de que se encontraron unos cuerpos enterrados en los Gennargentu y una prenda infantil en una cueva cercana, la chaqueta de un niño, con el nombre en el interior, Yoel Levin. Han llevado los cuerpos al depósito para practicarles una autopsia, aunque todavía no tenemos los resultados.

Nieddu colgó y pensó largo rato en lo que ocurría. Ya no le cabía duda de la existencia del secuestro y de los asesinatos. Pero su mente regresaba constantemente

al israelí no identificado que había visitado a los Levin antes de que murieran. Una llamada al departamento de control de pasaportes en el aeropuerto de Fiumicino de Roma confirmó que un ciudadano israelí llamado Yosef Abuhateira había entrado unos días después de la desaparición de Michele Mannuzzu. Le enviaron una fotografía por fax; una visita con ella al hotel Presidente confirmó de inmediato que Yosef Abuhateira y Yosef Katzir eran la misma persona.

Pero la verdadera bomba estalló esa tarde. Camino de Olbia, escuchaba las emisiones de la policía local cuando oyó que habían encontrado dos coches estrellados al pie de un acantilado al norte de la isla, y los cuerpos de cuatro hombres, tres de ellos con heridas de bala. El informe no le interesó especialmente, pero camino de regreso a Sassari algo en él lo estuvo molestando.

Fue justo cuando subía la escalera rumbo a su despacho que la pieza encajó. Uno de los coches era un Volkswagen rojo de 1993. Cinco minutos después tenía la información que quería: un Volkswagen del mismo año pertenecía a la compañera de Abuhateira, Maryam Shumayyil. Cogió el teléfono y comprobó el informe con la comisaría de Olbia, cuyos agentes habían investigado el accidente: la matrícula del Volkswagen era la misma que la del coche de Shumayyil.

Así, pues, Nieddu contaba ahora con varios incidentes, ninguno de los cuales se relacionaba a primera vista con los demás, y, sin embargo, todos tenían algo que ver con la misma persona, el israelí Abuhateira. Se le ocurrió que si Abuhateira había venido de veras para ayudar a su hermana y a su cuñado, era enteramente posible que las muertes posteriores fueran su venganza por las de su familia. Michele Mannuzzu debió de traicionar a sus clientes de algún modo y no resultaba imposible que su esposa estuviese mezclada en ello. Los cuerpos en el Gennargentu, supuso, serían los de los secuestradores de Yoel Levin, y en cuanto hubiesen identificado a los hombres hallados al fondo del acantilado junto al Volkswagen de Maryam Shumayyil, sin duda se comprobaría que ellos también tenían algo que ver con el asesinato de los Levin.

A pesar de todo, lo que más apremiaba era averiguar por qué faltaban tantos expedientes. Podía descartar lo del secuestro, pues los Levin, de ser mínimamente sensatos, habrían guardado el secreto y habrían pedido ayuda a un tercero, y eso era, precisamente, lo que, al parecer, hicieron. Pero no se había resuelto lo de los asesinatos de los padres y eso significaba que a alguien en la *questura* se le había encomendado el caso. Podría habérselo preguntado a todos sus colegas, uno por uno, pero algo le hizo vacilar. Los expedientes policiales no desaparecían así, sin más, por accidente, y eso sugería que alguien los había hecho desaparecer adrede.

Telefonó a la embajada israelí y no se sorprendió al enterarse de que estaría cerrada hasta el lunes. Su contacto en el club de bridge lo había ayudado más. Le había dicho que Aryeh Levin estaba en el negocio hotelero; de modo que, dando por supuesto que si los Levin eran objeto de una exigencia de rescate debían de tener

bastante dinero, Nieddu se concentró primero en los hoteles principales y, media hora más tarde, estaba hablando por teléfono con el socio de Aryeh, Fabio Quintavalle.

Su conversación hizo poco más que confirmar la muerte de los Levin. A Quintavalle no le habían hablado del secuestro y no sabía nada de la participación de Mannuzzu en el asunto, aunque sabía que el abogado se había encargado de otros asuntos de Aryeh en el pasado.

—Podría hablar con el ama de llaves de los Levin —sugirió cuando Nieddu estaba a punto de colgar—. Se llama María Deiana y creo que es oriunda de Oliena o de por allí.

Con una llamada a la tienda de comestibles más cercana a la casa de los Levin se enteró de que Maria se había ido a vivir con su hermano después de la tragedia. No, no tenía teléfono, pero había dejado el número de un vecino, por si alguien necesitaba ponerse en contacto con ella. Tras una corta búsqueda, el tendero encontró el número y, al cabo de veinte minutos, Nieddu estaba hablando con la que fue ama de llaves de los Levin.

Ella le contó todo lo del secuestro y los acontecimientos que siguieron. Naturalmente, no mencionó la expedición al Gennargentu y el rescate de Yoel, dio la versión «oficial» en la que Yosef había hecho las veces de intermediario con Maryam como intérprete, y acabó con la entrega de Yoel y el regreso a Arzachena, donde encontraron a Aryeh y a Chaya muertos, asesinados.

Hablaron mucho tiempo, y, aunque él hizo todo lo posible, no consiguió que la anciana cambiara su versión. Sólo hacia el final y sin darse cuenta, le dijo lo que deseaba oír.

—No entiendo por qué me pregunta todo esto, si ya lo tiene todo por escrito.

—Lo siento, no entiendo, no hemos hablado antes.

—No, pero el otro policía lo apuntó, lo tiene todo en su libreta.

—¿Qué otro policía?

—El que vino a verme después del asesinato, claro, un inspector, como usted.

—¿Se acuerda de su nombre?

Silencio y luego, su voz, débil a causa de la distancia.

—De Felice, eso es, el inspector De Felice.

Ahora, tumbado en su cama, se le antojó que la suave respiración de su esposa era de otro mundo. Los acontecimientos del día pasaban por su mente como el mercurio por un finísimo tubo, brillante, centelleante, tanto que causaban mareo. Se preguntó si De Felice había resistido mucho, y se preguntó cuánto tardarían en venir a por él.

*Palazzo di Giustizia.*

*Milán.*

*Lunes por la mañana*

El palacio de Justicia, un pastel plantado de modo intrascendente entre otros pasteles, yacía bajo un cielo de mármol gris. Las palabras grabadas y los emblemas de su alta fachada estriada proclamaban las virtudes de la ley y los beneficios de la justicia, pero la escena que se desarrollaba en su escalinata constituía una burla, como lodo arrojado a la cara de un benefactor.

Una larga fila de policías formaba un muro vacilante entre dos grupos bien diferenciados de manifestantes, los de derechas a un lado y los demás, al otro; divididos como rivales en un partido de fútbol, la clase de partido que está impregnado del olor de la tragedia inminente. Se trataba de un pobre símbolo de la sociedad en su conjunto, o de la política local o nacional, casi todos los grupos de cierta importancia en la vida italiana estaban representados allí, y casi todos los sentimientos encontraban su foco y expresión en alguna parte de esa multitud.

Los paladines de Pacchia y de las personas enjuiciadas con él habían acudido para formar un grupo impresionante. No sólo había representantes de la extrema derecha, perfectamente reconocibles por sus cabezas rapadas, sus chaquetas negras o sus distintivos flagrantemente fascistas, sino también un numeroso contingente de personas que se autodenominaban «ciudadanos corrientes», o sea, democristianos marginales que todavía no habían llegado al punto de votar por la Alianza Nacional, pero que se creían amenazados financiera y moralmente por una oleada de inmigrantes ilegales traídos a sus costas por una compleja cábala de judíos, ateos y comunistas. Habían acudido a sumar su voz al clamor en defensa de Pier Maria Pacchia frente a sus perseguidores y si eso significaba que tendrían que mezclarse con los cabezas rapadas, al menos éstos estaban dispuestos a defender aquello que consideraban sagrado.

Frente a ellos, una variopinta colección de sus supuestos perseguidores, que abarcaba desde católicos liberales y judíos asustados hasta anarquistas y extremistas de izquierda con sus propios planes. Mientras los anarquistas trataban de hacer callar, a gritos, a un grupo de jóvenes camisetas negras que cantaba viejas canciones fascistas y alzaban el brazo imitando a sus abuelos, la mayoría de los que conformaban el campo liberal se limitaba a observar cómo se desarrollaba el drama, con rostro preocupado, impotente y asustado.

Algunos llevaban carteles y otros, velas, pálida su llama a la luz matutina. Muchos más lucían la estrella amarilla de David en el brazo, y no todos eran de sangre judía. Sabían que si Pacchia ganaba, no transcurriría mucho tiempo antes de que la fila de policías que ahora los protegía, a ellos y a su derecho a manifestarse, se apartaría y dejaría que los camisas negras desahogaran su rabia contra ellos y sus amigos. Y en pocos días la rabia al rojo se convertiría en furia helada, las velas se apagarían y las estrellas que lucían como brazaletes serían de nuevo señal de sufrimiento.

Desde su punto de mira, en un helicóptero que sobrevolaba el *palazzo*, el capitán de los *carabinieri* Bernardino Mei veía cómo la escena se desarrollaba como un festejo. La policía parecía un largo y estrecho riachuelo, y la muchedumbre a ambos lados de éste, temblorosos diques de tierra agitados por un terremoto, a punto de caer, todos a la vez, los unos sobre los otros. En el centro, flanqueado por policías, se extendía un estrecho pasillo por el que un flujo constante de abogados, reporteros, testigos y otras personas que tenían algo que hacer en los tribunales, intentaba entrar en el edificio.

Vio cómo se aproximaba otra furgoneta de televisión desde el sur y dio instrucciones al control en tierra de que se prepararan para su llegada. La furgoneta no podía acercarse por la Via Guastalla, bloqueada a fin de proteger el templo judío que se encontraba calle abajo, por lo que tendrían que desviar su ruta antes de que llegara a la Vía Santa Barnaba.

Las cadenas de televisión Raiuno, Raidue y Raitre se hallaban ya en el interior del *palazzo*, todas dispuestas a cubrir el juicio según sus tendencias políticas. La furgoneta que se aproximaba era del Canale 5, la principal rival de las cadenas públicas antes mencionadas, y también había equipos de emisoras extranjeras. Dentro de unas horas, en millones de pantallas se emitirían escenas del juicio.

A dos manzanas, delante de la universidad, una fila de vehículos blindados, autobuses blindados Fiat 55-13 y vehículos de transporte de personal, se disponía a entrar en acción en cuanto las manifestaciones dieran muestras de descontrolarse. Los últimos iban equipados con mangueras de agua y lanzagranadas de humo, los hombres en el interior no sólo llevaban escudos antidisturbios y armaduras, sino también granadas y latas de gas lacrimógeno, y rifles antidisturbios Schermuly con balas de goma.

Desde el helicóptero, parecía que todo tenía lugar en medio de un extraño y tenso silencio, como en un sueño. En ocasiones los movimientos de la multitud casi asemejaban la coreografía de un ballet; las hélices del aparato amortiguaban o apagaban del todo los gritos y las imprecaciones.

No obstante, en tierra, la locura parecía haberse adueñado de las calles de la ciudad. La cacofonía de la policía y de los *carabinieri* (las sirenas de los coches

patrulla, las voces estridentes de la megafonía que daban instrucciones incomprensibles, el aleteo fanfarrón del helicóptero) rivalizaba con las vociferaciones de la muchedumbre.

Como salido de la nada, un largo coche negro aparcó frente al *palazzo*, flanqueado por motocicletas de la policía. Pier Maria Pacchia había llegado. En cuestión de segundos, milagrosamente la presencia policial en la acera se hizo más densa. La portezuela trasera se abrió y Pacchia se apeó, confiado y con rostro sonriente.

De pie se encaró a la multitud. Era un hombre alto, afable con un largo abrigo negro echado como con negligencia sobre los anchos hombros, traje recién planchado y corbata a discretas rayas sujetada por un alfiler de diamante. Permaneció quieto junto al coche un rato, sonriendo a las cámaras de prensa y televisión, emitiendo un mensaje de serenidad y confianza, casi de desenfado, frente a tanta hostilidad.

Una reportera de la conservadora RAI 1 se abrió paso entre un grupo de espectadores y puso su micrófono delante de Pacchia.

—*Signor* Pacchia, ¿cómo se siente en este momento?

—Muy bien, Roberta, muy bien. ¿Por qué no iba a sentirme bien? Se trata básicamente de un asunto de derechos humanos, en este país hay extremistas que desean quitarme el derecho a hablar libremente acerca de un problema de importancia vital para el público. Confío plenamente en el sistema judicial y sé que se hará justicia. Si no, iremos al Tribunal Europeo de Derechos Humanos. No he venido a defenderme a mí mismo, sino a luchar por los derechos de los oprimidos. Ahora, si me disculpa, debo ir al tribunal.

Sonoramente vitoreado por un lado y abucheado por el otro, anduvo con calma por el precario túnel humano, precedido y seguido de una guardia de policías armados. En la escalinata se volvió de nuevo hacia la multitud, alzó el brazo en lo que podría tomarse por el cortés saludo de un parlamentario o el saludo prohibido desde hacía tiempo, propio de una tiranía derrotada, y sonrió una última vez para las cámaras.

En la calle, otro vehículo se detuvo frente a la acera; en él iban Enrico Butti y Guido Gentileschi, el editor y el librero enjuiciados con Pacchia. Pocos manifestantes los conocían, de modo que su recepción fue menos clamorosa que la de su predecesor. A diferencia de Pacchia, sus hombros encorvados y sus miradas inquietas revelaban nerviosismo. No hicieron caso de los micrófonos que les ponían frente a la boca y apartaban como podían la cara de las cámaras. A diferencia de Pacchia, no contaban con guardaespaldas, sino sólo con un par de policías encargados de escoltarlos hasta la sala del tribunal.

Al llegar a la escalinata, Butti se volvió y esperó a que Gentileschi lo alcanzara. En ese mismo momento, la multitud se movió y un anciano de largo cabello blanco se

asomó entre un grupo de manifestantes y pidió a gritos el fin del fascismo y, como por milagro, acertó a arrojar un escupitajo que pilló a Butti en el rostro, debajo de un ojo. El editor se echó para atrás y levantó una mano, demasiado tarde para defenderse. Gentileschi llegó a la escalinata y ambos se volvieron para recorrer los últimos metros que los separaban de la entrada del *palazzo*.

Se oyó algo, una detonación, luego otra y otra, amortiguadas todas por la muchedumbre. Butti se tambaleó hacia delante, alzó los brazos y cayó de bruces en la escalinata. Una ancha mancha carmesí se había formado ya en su espalda. Gentileschi, si bien había recibido dos disparos, consiguió volverse, con expresión de miedo y confusión, como si quisiera correr y ponerse a salvo entre la multitud. Un cuarto disparo, que se oyó con claridad, le dio en pleno pecho. No gritó, no se tambaleó ni se tapó la herida, sencillamente cayó, allí mismo. Su cabeza golpeó los peldaños con un sonoro chasquido y su sangre se mezcló con la de su compañero.



En la pantalla de la televisión, Yosef vio cómo Butti se tambaleaba y caía, y luego cómo Gentileschi se arrastraba sobre su propia sangre, tosía y moría. El estallido del cuarto disparo pendía aún en el aire. Escuchó al silencio engullir la multitud y continuó escuchando mientras los ocasionales gritos de indignación se convertían en una mezcla de horror y rabia. Desde algún lugar, una voz resonó por megafonía, cortante e indistinta. Un charco de sangre bajó con lo que parecía deliberada solemnidad por la escalinata del *palazzo*, una burla del mismísimo objetivo del lugar.

La cámara se acercó y enfocó la sangre un momento; parecía que intentaba fijar la imagen en la mente del espectador como un emblema. Más tarde, varias manos piadosas mojarían alguna prenda en el charco y se la llevarían como reliquia. Pero en aquel momento, la imagen se desvaneció y el rostro del presentador del telediario ocupó de nuevo la pantalla. Yosef bajó el volumen.

Era la quinta o sexta vez que veía la filmación de los asesinatos. La escena se había emitido repetidamente ese día, en cuanto se presentaba la menor oportunidad, de modo que los televidentes se mantenían pegados con morbosa intensidad a la Raiuno para ver sus boletines horarios.

Yosef dejó el mando a distancia y se volvió hacia el hombre que estaba a su lado, Bruno Frezza.

—Los disparos vinieron de la derecha, estoy seguro —dijo—, pero nos vendrían bien unas tomas desde otros ángulos.

—Tengo a gente trabajando en ello. El vídeo llegará pronto; pedí uno con función lenta de avance y retroceso, y congelación de imágenes. Aunque quizá no lo necesitemos. Nos están llegando informes de testigos oculares que confirman que el pistolero se encontraba en la sección fascista.

Confirmar lo dicho por Yosef había precisado tiempo y esfuerzos, mensajes y fotos a Cerdeña e Israel, discretas preguntas hechas en la embajada israelí en Roma, pero el domingo por la tarde ya habían comprobado que era quien decía ser y que el Mossad lo había enviado a Italia, si bien extraoficialmente. Llevaron a cabo el mismo procedimiento para investigar a Maryam, con iguales resultados.

Bruno Frezza y sus compañeros eran los cofundadores de Azione Ebraica, una organización judía creada en 1992 para luchar contra el recrudecimiento del antisemitismo en Italia. Operaba abiertamente, celebraba reuniones, publicaba un periódico mensual de noticias y reseñas, y llamaba la atención hacia el problema de las agresiones verbales y físicas a que se veían sujetos los judíos o las propiedades de

los judíos.

Como consecuencia de la decisión de enjuiciar a Pier Maria Pacchia, Bruno y dos amigos decidieron establecer una comisión secreta, con la intención primero de observar el juicio y, más tarde, de actuar para conseguir una condena. Puesto que los principales miembros de su organización ya eran bastante conocidos, pidieron ayuda a varios miembros menos destacados. Ennio Pontecorvo, Alberto Cantoni y Umberto Levi eran todos de la comisión. A Yosef le habían hablado de Azione Ebraica, pero no de la comisión encargada del juicio contra Pacchia.

No obstante, pronto resultó obvio que Yosef poseía ciertas habilidades y una experiencia de las que carecían los otros. Estaban bien equipados desde el punto de vista intelectual, y, aunque tenían pistolas y estaban dispuestos a usarlas, ninguno poseía experiencia policial o militar, ni los conocimientos derivados de ella. Dado el modo en que se desarrollaba la situación, Frezza se dio cuenta de que la llegada de Yosef podría suponer una ventaja.

Maryam entró en la sala. Ella y Yosef habían pasado un tenso domingo juntos, sabedores ya de que sus secuestradores no eran fascistas pero sin estar seguros aún de si aceptarían su versión de los hechos. En cuanto se confirmó su identidad, sin embargo, a ambos les dieron a conocer la identidad de sus captores y la naturaleza del lugar al que los habían llevado.

Se trataba de un complejo de salas en un sótano muy profundo de Turín, parte de una red más amplia de túneles y cámaras construidos hacía unos tres siglos. A los primeros túneles, excavados durante el Gran Sitio de 1706, se habían añadido otros a lo largo de los años, por varios motivos, no siempre legítimos. Se decía que los aquelarres de los satanistas usaban esas cavernas para sus misas de medianoche, pero también servían para funciones más mundanas.

En la segunda guerra mundial, durante el apogeo de los ataques con bombas a que fue sometida la ciudad, una parte de los túneles fue convertida en refugios antiaéreos, con su propio suministro de agua y electricidad. Olvidados después de la guerra y la caída del régimen de Mussolini, Alberto Cantoni los había vuelto a descubrir. Éste se había refugiado allí antes de que lo denunciaran y lo enviaran, primero al campo de detención de Fossoli y, luego, a Auschwitz con el convoy del 22 de febrero de 1944.

Frezza y sus colegas usaban el viejo refugio desde hacía unos meses. Habían hallado el modo de suministrarle electricidad mediante un generador que funcionaba con petróleo y que había sido puesto a punto por un colega. En el fondo, Bruno creía que, un día, y pronto, él y los demás miembros de la comunidad judía podían necesitar de nuevo un escondite.

Maryam se dirigió hacia Yosef y le dio un ligero pero afectuoso beso en la mejilla. Yosef se sonrojó, aunque le sonrió. Todavía no se había acostumbrado a la idea de tener una amante y menos aún a que otros lo supieran. Sin embargo, puesto

que nadie pareció darse cuenta, se relajó un poco y la siguió con la mirada mientras se sentaba a su lado. Le costaba creer que le importaba y que le hubiese dicho que lo amaba.

—Dejad la tele encendida —pidió Maryam—. Lazzarini hablará en cualquier momento.

Había estado en otra habitación, escuchando un informe radiofónico de los asesinatos.

—Perdón, pero ¿quién es Lazzarini? —inquirió Yosef.

—El primer ministro, bobo. ¿No sabes nada acerca de Italia?

—Claro que sí, es sólo que parece que tenéis nuevo primer ministro cada semana, más o menos.

—No exageres —repuso Frezza—, la mayoría dura aproximadamente un mes.

—¿Han vuelto a pasar la escena de los asesinatos? —preguntó Maryam.

Se estremeció. El morboso interés del público por el tema la deprimía.

Yosef asintió con la cabeza.

—Me temo que sí.

—¿Nada nuevo?

—Todavía no. Empiezo a pensar que la policía ha confiscado las películas de los demás equipos que cubrían el acontecimiento. La de Raiuno es la única que emiten.

—¿Habéis probado en otros canales?

—Sí —contestó Frezza—, y todos utilizan la misma cinta.

—Probablemente sea la mejor que hay. Estaban en el lugar adecuado y lo filmaron todo de cerca, es lo que la gente quiere ver. De todos modos, otro punto de vista sería un alivio, no creo que soporte otra vez el de Raiuno.

—Según Bruno, algunas personas afirman que las balas se dispararon desde el grupo de fascistas.

Maryam se volvió hacia Frezza.

—¿Es cierto eso?

Bruno asintió con la cabeza.

—Pero habrían detenido al pistolero, no lo habrían dejado vivo. Según el último informe de la radio, los disparos venían de un grupo de manifestantes judíos, corre el rumor de que el asesino era judío.

—No me gusta esto. Empieza a parecer una trampa —comentó Bruno—. Butti y Gentileschi constituían los eslabones más débiles de la defensa de Pacchia, le amenazaron con arrastrarlo tras ellos si caían, y había muchas posibilidades de que esto ocurriera. En todo caso, los asesinatos han dificultado mucho nuestra tarea. Creo que los fascistas los mandaron liquidar y ahora intentan matar dos pájaros de un tiro al culpar a los judíos. No sería la primera vez que lo hacen.

—¿Podrán salirse con la suya? —quiso saber Yosef—. Quiero decir con una

trampa.

—¿Estás de broma? —repuso Bruno—. Este es el país de las trampas. La derecha se salió con la suya en los años sesenta con varios atentados con bomba y haciendo que pareciera que era obra de extremistas de izquierdas. Lo de hoy no sería nada comparado con eso.

—Ssss —susurró Maryam—. Lazzarini va a hablar.

Yosef subió el volumen. El primer ministro va había empezado. Se le veía pálido, casi gris, y angustiado; parecía un hombre que se encuentra en una encerrona de la que no hay escapatoria posible.

—... Esta mañana he pedido a Mario Danti, el general de los *carabinieri*, que abra de inmediato una investigación para que el asesino sea detenido y llevado ante la justicia sin demora.

»Naturalmente, el proceso en el tribunal de lo penal se ha aplazado. A pesar de ello, como resultado de una conversación con el ministro de Justicia y los jueces del tribunal, quizá sea posible reanudarlo mañana por la mañana. Se han tomado medidas para la protección del parlamentario Pier Maria Pacchia y se aumentarán las medidas de seguridad alrededor de la sala del tribunal y dentro de ella.

»Quiero asegurar a todos que estamos haciendo lo humanamente posible para que a los perpetradores de este acto criminal no se les permita hacer burla del sistema jurídico de este país o del concepto mismo de justicia. Quienquiera que haya llevado a cabo este cobarde acto será perseguido, detenido y castigado. No favoreceremos a nadie, ya sea judío, católico o ateo. Y si se descubre que el que apretó el gatillo lo hizo cumpliendo las órdenes de otros, que no quepa duda de que también a éstos los perseguiremos y tendrán que responder por sus crímenes.

Se produjo una pausa durante la cual Lazzarini no dijo nada, permaneció sentado, con los ojos como platos y la mirada fija en la cámara, objeto de atención de millones de personas a las que no le vinculaban ni el amor ni el afecto, sino los lazos de la costumbre y la negligencia. Maryam hizo un resumen para Yosef de lo que había dicho.

—Está perdiendo el control —declaró Bruno—. Miradlo, tiene miedo, sabe que esto puede acabar con él y no sabe qué hacer a continuación.

La imagen se desvaneció dejando lugar al presentador. Yosef levantó el mando a distancia, dispuesto a bajar el volumen, pero Maryam interrumpió el gesto.

—Un momento, creo que Pacchia va a aparecer.

—¿Pacchia? —exclamó Bruno y la miró—. ¿Qué está pasando? Tiene instrucciones de no hacer declaraciones a la prensa, según los magistrados, sería perjudicial para el juicio.

La pantalla parpadeó y Pier Maria Pacchia apareció con el Duomo como fondo, lo que sugería que se encontraba en los estudios de la cadena.

—He pedido permiso, y me lo han concedido, para pronunciar unas palabras — empezó a decir—. Como ya saben, mis coacusados, Enrico Butti y Guido Gentileschi fueron asesinados a tiros esta mañana, en un ataque cobarde que tuvo lugar cuando venían de camino al tribunal. Sus voces han sido calladas para siempre, ahora no podrán defenderse de los cargos sin fundamento de los que se les ha acusado.

»Ahora me toca a mí limpiar sus nombres. Se me ha advertido de que mi vida también pelagra y tengo todos los motivos del mundo para tomar la advertencia en serio. Me han sugerido que me esconda o que el juicio se lleve a cabo *in camera*, en un lugar más seguro.

»He rechazado ambas sugerencias, pues cualquiera de las dos supondría ceder a la presión judía internacional, cuyo único deseo es verme amordazado, como amordazaron de modo permanente a mis coacusados esta mañana. El juicio continuará bajo la vigilancia de la prensa escrita y de la televisión, bajo los focos de la publicidad y ante los ojos del público. Por supuesto, se restringirá el acceso al *palazzo de Giustizia*, tanto de la prensa como del público, pero, dadas las circunstancias, estoy seguro de que los que se vean afectados por estas medidas se mostrarán tolerantes y comprensivos.

»El juicio proseguirá y seré exonerado. Se trata nada menos que del sagrado derecho a la libre expresión y a la opinión, y estoy dispuesto a arriesgar mi propia vida por ese derecho. En cuanto a mí, no pido más que sus oraciones, que el bien triunfe sobre el mal y la libertad sobre la tiranía. Pido también sus oraciones por las almas de Enrico Butti y Guido Gentileschi, hombres de paz que esta mañana dieron su vida para que otros vivan en libertad y con la verdad.

La imagen volvió al estudio principal. Yosef bajó el volumen mientras Maryam le resumía lo dicho por Pacchia. Escuchó, asqueado y asombrado; le parecía difícil que pudieran desear distorsionar hasta ese punto la realidad.

Sin pedírselo, Bruno le quitó el mando a distancia, subió el volumen y Maryam guardó silencio.

—Tenemos otra información respecto a la tragedia de esta mañana. Un portavoz oficial del Ministerio de Justicia acaba de confirmar que el juicio del señor Pacchia, que debía empezar hoy, comenzará mañana, aunque todavía no se ha fijado la hora exacta. Se prohibirá la presencia de manifestantes en torno al *palazzo* y se limitará la entrada al edificio de reporteros y miembros del público.

»El ministerio ha confirmado también que habrá un cambio entre los magistrados que juzgan el caso. Tenemos entendido que a dos de los tres jueces se les ha dado permiso para retirarse del juicio. La semana próxima, el *dottore* Giambattista Tacca y el *dottore* Mariotto Palmerucci se ocuparán de casos que no tienen nada que ver con éste, los sustituirán los jueces Agostino Fo y Ettore Della Robia.

Bruno se levantó de un salto.

—¿Qué diablos está ocurriendo? Esto significa que los tres magistrados serán de derechas. No pueden hacerlo.

—¿No podéis impedirlo?

—Algo tendremos que hacer. Esto ha sido una manipulación... primero la prensa y ahora los jueces. Es un desastre.

—Un momento —pidió Maryam.

El presentador del telediario desdobló una nota que le habían entregado y alzó la mirada.

—Acabamos de recibir una información de los *carabinieri*: han identificado a un sospechoso relacionado con los asesinatos del *palazzo di Giustizia*. Es un israelí de treinta y siete años, recién llegado al país. La *Polizia di Stato* ha confirmado que se busca a un hombre que encaja con esta descripción y está relacionado con varios asesinatos en Cerdeña.

»Según nuestras fuentes, el sospechoso es ciudadano israelí y desde su llegada al país ha usado varias identidades falsas. Su verdadero nombre es Yosef Abuhateira, aunque se ha hecho pasar también por Yosef Katzir y Yosef Elbaz. Tenemos entendido que es un asesino profesional y que es probable que lo haya enviado una agencia de espionaje extranjera con el fin de eliminar a los acusados en el juicio contra Pacchia.

»Esperamos contar pronto con más información acerca del sospechoso, entretanto, nos han enviado esta fotografía. Se solicita a cualquiera que crea haber visto a Abuhateira que se ponga de inmediato en contacto con los *carabinieri* o la policía. No han de acercarse a él bajo ninguna circunstancia, pues está armado y es peligroso.

En la pantalla apareció una fotografía de Yosef; pese a su mala calidad, bastaba para que más de uno lo reconociera. Yosef se volvió hacia Bruno.

—Tienes razón, es una trampa.

ntre, inspector Nieddu. Siéntese.

-El *vice-questore* estaba sentado detrás de su escritorio, como un buda que acaba de hallar un fallo en el Nirvana. Hasta ahora, Nieddu sólo había entrado un par de veces en el despacho de Dessi, y en cada ocasión tuvo la impresión de que una mano lo cogía de las pelotas y se las apretaba con toda el alma. Se secó la frente con un papel desechable mugriento y se sentó.

—¿Ha avanzado en lo de los asesinatos del hotel Presidente?

—Tengo algunas pistas.

—¿Qué hay de Katzir? ¿Ha conseguido encontrarlo?

Sombrío, Nieddu negó con la cabeza. Katzir, o Abuhatseira o como se llamara, había cubierto bien sus huellas. La pista llegaba a la Italia continental y según informes recientes, el israelí se había dirigido por fin hacia el norte, posiblemente a Milán o a Turín. El propio Nieddu había dedicado la mayor parte del tiempo a resolver los aspectos más problemáticos del caso, sobre todo lo referente a la supuesta relación con otros asesinatos en la isla. Todavía no entendía cómo encajaban y lo que más lo desconcertaba y preocupaba era aquel esfuerzo sistemático por perder los expedientes policiales.

—Estoy casi seguro de que se encuentra en el Piamonte o en Lombardia, señor, probablemente en Milán o Turín. Tenemos pistas que nos llevan a ambas ciudades y espero saber más en cualquier momento. Si lo desea, me encargaré de esto en seguida.

En el rostro de Dessi apareció una expresión desdeñosa.

—Perdería el tiempo. Tenga, lea esto, acaba de llegar del ministerio en Roma.

El *vice-questore* deslizó una hoja de fax por encima del escritorio. Nieddu la cogió como si esperase que explotara, y en cierta forma, eso fue lo que sucedió.

«El sospechoso buscado por el asesinato de Enrico Butti y Guido Gentileschi perpetrado esta mañana en Milán es Yosef Abuhatseira, ciudadano israelí de Kiryat Arba. Abuhatseira entró en el país por el aeropuerto Fiumicino el 17 de marzo, con el nombre falso de Yosef Katzir, desde entonces ha usado el nombre de Yosef Elbaz y tal vez otras identidades.

»Al sospechoso se le busca en Cerdeña por el asesinato de Michele y Tina Mannuzzu, de Arzachena; de Paolo Satta, Giacinto Ledda, Loddo Ciusa, Sardus Cambosu y Matteo Padedda, todos pastores del Gennargentu en la provincia de Nuoro; de Raffaella Carra, contable de Oliena y de Filippo Biasi, Cesare Turiddu y

Andrea Lussu, todos residentes de Olbia.

»Si bien estos asesinatos parecen estar relacionados con la muerte reciente de la hermana y el cuñado de Abuhateira, acaecida en Arzachena en enero, existen razones para sospechar que tras los acontecimientos de esta mañana hay motivos políticos. En...»

Nieddu dejó de leer. Estaba tieso, dolorido, como si alguien lo hubiese golpeado sin piedad. Algo andaba muy mal.

—Lo siento señor, no entiendo...

—¿Qué es lo que no entiende? Se explica por sí mismo.

—Pues no estoy seguro, señor. Esta información acerca de la relación con los demás asesinatos, ¿cómo la obtuvo el ministerio? Tengo toda esa información en un expediente en casa, no quería hacerla pública hasta contar con pruebas fehacientes de que Abuhateira estaba involucrado en ellos. De momento no son más que conjeturas, o al menos eso creía yo. Y no he hablado de esto con nadie.

Dessi frunció el entrecejo. Parecía que algo lo disgustaba o preocupaba, resultaba difícil saber cuál de las dos cosas.

—¿Qué ha dicho de este caso, exactamente? —preguntó.

Su voz contenía algo que advirtió a Nieddu que se anduviera con cuidado.

—Lo mismo que en todos los casos. He entrevistado a testigos, he dado instrucciones a mis hombres. Pero todavía no entiendo cómo esta información ha llegado a Roma.

—Inspector, no se trata de un caso cualquiera. Acabo de hablar con Scarpa, de la *Amministrazione di Pubblica Sicurezza*. La SISDE acaba de informar a su oficina para la prevención de que Abuhateira es un agente del Mossad. Eso significa que perderemos el caso, y significa, también, que cualquier información que usted o sus hombres hayan recabado acerca del sospechoso será tratada como secreta. Le pedirán que entregue todo lo que tiene a la oficina de prevención y que no hable de lo que sabe.

En más de una ocasión Nieddu había visto bloqueados sus esfuerzos por conseguir condenas, generalmente por motivos políticos locales, y siempre había aceptado la interferencia como parte del orden natural de las cosas. No obstante, en esta ocasión sintió una indignación desacostumbrada. El que Yosef Abuhateira acabara en Milán como asesino político le parecía un hecho demasiado claro para ser verdad. Algo olía mal y Nieddu estaba resuelto a averiguar el qué.

—Lo siento, señor, pero no estoy satisfecho con esto. La oficina para la prevención, la SISDE o alguien más ha estado metiéndose en los archivos de este edificio. Deberíamos tener expedientes sobre la muerte de Aryeh y Chaya Levin y sobre el asesinato de Michele Mannuzzu, el marido de Tina. También debería haber un expediente acerca de un secuestro que tuvo lugar en Arzachena en enero, la



víctima era el hijo de los Levin, Yoel, su chaqueta fue hallada en una cueva cerca del lugar donde encontraron a los pastores del Gennargentu.

—Esto es muy interesante. ¿Ha hablado de esto con alguien más?

—Todavía no. Esperaba detener a Abuhateira y oír su versión antes de intentar recuperar los expedientes.

—Ya veo. ¿Y dónde cree que se encuentra ahora?

—Como le dije antes, señor, en Turín o en Milán, yo diría que en Milán.

—Quizá, pero lo más probable es que ya se haya ido muy lejos. ¿Qué hay de Turín? ¿Tiene alguna pista?

Nieddu asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

—Bien, démelas, se las pasaré a la oficina de prevención, y tráigame todos sus expedientes. ¡Ojo, he dicho todos!

Nieddu se dio cuenta de que lo estaba despachando. Todavía se sentía descontento, pero no creía poder llegar a mucho con Dessi, y, después de lo ocurrido a De Felice, quizá no conviniera intentarlo.

—Haré que se las suban en seguida, señor.

Cuando estaba a punto de salir, Dessi lo llamó.

—Inspector, ésta ha sido una conversación privada, ¿entendido?

—Sí, señor, perfectamente.

Nieddu salió al pasillo y cerró la puerta a sus espaldas. Para su sorpresa, no sólo no sudaba, sino que su piel estaba helada, como si ya estuviese muerto.

—¿Quién es Krämer? —inquirió Yosef—, ¿y por qué es tan importante? ¿Por qué está dispuesto Weiss a matar a tanta gente para encontrarlo?

Estaban sentados en torno a una mesa en una sala improvisada: Yosef, Maryam, Brano y David Rich, el hombre que lo había interrogado, un norteamericano, profesor de Harvard, que tras acabar su tesis doctoral se había especializado en el estudio del Holocausto. La disertación trataba del origen y las consecuencias de la conferencia de Wannsee de 1942, en la que Heydrich y otros pusieron en marcha la Solución Final. Publicada durante el año siguiente por la Harvard University Press, había sido objeto de entusiastas reseñas en varias revistas académicas y mencionada en la sección de libros del *New York Times*. Como resultado, a David se le reconocía en ciertos círculos como una autoridad en el tema de la aniquilación de los judíos europeos.

A finales de los años ochenta, el «debate de los historiadores» de la entonces Alemania del Este lo había inquietado, a él y a muchos más. Algunos historiadores, varios de ellos respetados, afirmaban, entre otras cosas, que en Auschwitz habían muerto más arios que judíos y que los motivos de quienes negaban la existencia del Holocausto eran «a menudo honorables».

David captó algo en el ambiente y no le gustó. Con la mejor intención, hombres y mujeres a los que hasta entonces respetaba por su erudición, habían empezado a dar apoyo moral al antisemitismo. Su temor creciente lo impulsó a regresar a las fuentes con el propósito de probar que, pasando por alto las rencillas acerca de los detalles, los hechos básicos del Holocausto eran indiscutibles. Desde entonces, se había pasado casi todo el tiempo rebatiendo el contenido de obras de escritores como Pacchia.

Bruno Frezza era su cuñado. Se conocieron en Turín mientras David investigaba las leyes antijudías italianas que rigieron bajo la ocupación alemana. Bruno le presentó a su hermana Amelia, y tres semanas después Amelia y David sorprendieron a todos al anunciar su compromiso matrimonial. Ahora, dividían su tiempo entre Cambridge, en Massachusetts, y Turín, donde él daba clases a tiempo parcial.

Él y Bruno intercambiaron una mirada.

—¿Quién te ha hablado de Krämer?

—Hasta este momento nadie, hasta que me lo habéis dicho, no estaba seguro de que existiera de verdad. —Yosef hizo una pausa y se volvió hacia Maryam—. Quizá puedas explicárselo tú.

Ella hizo lo posible por exponer el complejo camino que la había llevado a adivinar que el tendero que buscaba Weiss debía de ser un hombre llamado Krämer. Sin la críptica nota y el expediente de Mannuzzu y sus propios apuntes, resultaba difícil ilustrarlo con claridad; sin embargo, David y Bruno la escucharon con atención y paciencia.

Cuando acabó, Bruno asintió con la cabeza.

—Gracias, este expediente podría sernos útil. ¿Tenéis alguna objeción a que lo veamos?

Maryam negó con la cabeza.

—Tenéis tanto derecho como nosotros, quizá más. Regresaré al hotel por la mañana.

—Puedo enviar a alguien.

—Quizá no lo dejen entrar en mi habitación. Cogeré los papeles y pagaré nuestra cuenta al mismo tiempo. Supongo que preferís que Yosef y yo nos alojemos aquí de momento.

David sonrió.

—Si os busca la gente de Weiss, éste es el único lugar seguro.

—Todavía no nos habéis dicho quién es Krämer, y creo que tengo derecho a saberlo —comentó Yosef inclinándose.

Bruno y David intercambiaron otra mirada. Bruno asintió con la cabeza y David se puso en pie. Se dirigió a un armario que estaba en el fondo de la estancia y rebuscó en su interior. Cuando regresó llevaba una casete de vídeo.

—Ésta es una cinta de un documental televisivo que mandamos hacer hace poco. Lo filmó una productora de Roma. Lo financiaron varias organizaciones judías de Estados Unidos e Israel. Lo único que saben es que su dinero era para un trabajo de relaciones públicas diseñado con el fin de contrarrestar la negación del Holocausto en Europa.

»No podemos mostrarlo en ningún país hasta que termine el juicio contra Pacchia, pero creemos que en cuanto acabe habremos obtenido suficiente publicidad para garantizar que lo emitan en todo el mundo. De hecho, ya casi tenemos uno o dos contratos y, en este caso también, los compradores sólo saben que vendemos un documental acerca de la negación de la existencia del Holocausto. Poco importa que gane o pierda Pacchia, puesto que en el documental no hay acusaciones concretas contra él.

David introdujo la cinta en el aparato de vídeo.

—Ésta es una versión en hebreo. El director de la televisión israelí se ha comprometido personalmente a emitirlo sea cual sea el resultado del juicio, aunque no lo ha visto todavía.

Se sentó y pulsó el botón de play. La pantalla saltó y apareció una secuencia de

números, seguida por los títulos en italiano, debajo de los cuales, en letras hebreas más pequeñas, Yosef leyó: «Arquitecto del Holocausto. La historia de Otto Krämer», con un fondo de música sombría que Yosef reconoció como la Tercera Sinfonía de Górecki, la *Sinfonía de Cantos Desolados*.

Detrás de las letras, se movían y deslizaban imágenes borrosas como fantasmas. Yosef adivinó algunas escenas familiares: alambradas, torres de vigilancia, las caras demacradas de los condenados. Los títulos fueron desapareciendo y quedó el rostro de un niño. Gradualmente, los rasgos del niño se convirtieron en los de un adolescente, luego en los de un joven y, finalmente, en los de un hombre, pasando, gracias a los trucos de la manipulación electrónica, por todas las etapas de la vida hasta la vejez. Las imágenes se movieron y se separaron, pero siempre era una única cara la que aparecía en la pantalla, siempre la de un hombre que miraba a la cámara.

«Este es el rostro que está detrás del crimen más atroz del siglo —empezó a narrar una voz calmada en hebreo cuidadosamente fraseado—. No es el rostro más conocido, ni el más recordado, pero cuando se conoce al hombre al que pertenece, resulta difícil de olvidar».

La cara del anciano se desvaneció y en su lugar surgió una escena callejera, entrecortada y vacilante, grabada en una película muy vieja.

«Munich, 1910. En agosto nacía Otto, el primer hijo de Ernst y Winnifred Krämer. Ernst era hijo de granjeros, pero recibió una buena educación escolar e hizo la carrera de *Studienassessor*, o sea, maestro de escuela primaria.

»Cuando el joven Otto contaba cuatro años, su padre fue gravemente herido en la segunda batalla de Ypres».

La escena cambió a una de las consabidas películas de las trincheras de la guerra europea.

«Decepcionado por su propio sacrificio que de nada había valido y por la humillación sufrida por Alemania en las conversaciones de paz de 1918, Ernst se hizo miembro, en 1925, del todavía insignificante Partido Nacionalsocialista y desempeñó una importante función en la Nationalsozialistische Lehrerbund, la Asociación Nacional de Maestros. De adolescente, el joven Otto —una foto apareció en la pantalla— recibió una completa formación en la ideología de derechas, y el día que cumplió los veinte años, en 1930, él también se hizo miembro del partido. Para conmemorar el acontecimiento, su padre le mandó confeccionar un tradicional traje bávaro en Bechler, el sastre más importante de Munich».

Yosef observó la fotografía del joven Otto con su traje típico, sobre la que se superpuso una toma de un desfile de las juventudes hitlerianas. Las voces del coro del lamento de Górecki vacilaron, ahogadas por el millar de voces jóvenes que cantaban el *Horst Wessel Lied*. Y mientras Yosef y sus compañeros miraban en silencio, los *Hitlerjungend* se trocaron en las caras de expresión torva de los SA desfilando detrás

de banderas con la esvástica. En la siguiente fotografía, Otto Krämer parecía haber madurado de repente.

«A la sazón, Otto estudiaba economía, primero en la Universidad de Munich y luego en Mainz. En un principio quería ser maestro, como su padre, pero cuando los nazis llegaron al poder en 1933, se le alentó para que pensara en una carrera que fuera de utilidad más directa para el Reich».

Como fondo, imágenes de la nueva Alemania: carreteras, viviendas para las masas, empleo para todos, y de nuevo, la música de Górecki, conmovedora y sombría.

«Por aquel entonces, el partido nazi contaba con muy pocos intelectuales adoctrinados. Maestros y universitarios lo apoyaban, pero precisaba hombres inteligentes que trabajaran en las organizaciones del nuevo Estado. Mientras los estudiantes quemaban libros en el Unter den Linden, el aparato del partido fue en busca de mentes que fuesen leales al Reich».

Maryam experimentó una terrible rabia y una terrible tristeza al ver la pantalla ponerse blanca con las llamas y los rostros vitoreantes de los jóvenes que corrían hacia las hogueras con los brazos llenos de libros y folletos.

«En junio de 1935, un ambicioso ex oficial de la marina llamado Oswald Pohl fue nombrado jefe de administración en el equipo personal de Himmler».

Una fotografía de Pohl apareció en pantalla; pese al uniforme negro, su expresión resultaba corriente, casi bondadosa, y sus ojos, cálidos y humanos.

«Empezó a formar un sistema administrativo dentro de las SS que creció hasta convertirse en una de las instituciones más ricas y poderosas del Tercer Reich. Pero primero necesitaba hombres, sobre todo hombres inteligentes».

»Otto Krämer ya había recibido el estímulo de su padre para hacerse una carrera en las SS. La sección administrativa parecía idónea e hizo contactos en ella con la idea de obtener un puesto. Un amigo íntimo de su madre ostentaba un cargo importante en las oficinas centrales de las SS, y consiguió un puesto para el joven Otto en las oficinas de Pohl».

Otto de nuevo, ahora con el uniforme negro de un oficial de menor rango de las SS. Sus rasgos delicados eran los de una persona afable, pero contrastaban con el hielo de sus ojos.

«Pohl, que además de sus responsabilidades crecientes en las SS, era también jefe del Consejo del Presupuesto y de la Construcción, pronto se percató de que Otto Krämer poseía un talento especial que sería de gran utilidad en la administración del consejo y sus empresas financieras, que eran cada vez más complejas. De modo que lo transfirió a dicho consejo y lo ascendió a *SS-Untersturmführer*».

De repente, la película adquirió colores. Apareció una anciana que hablaba en alemán y que, según el pie de foto, era Sophie Sternbach. Su voz se desvaneció casi

enteramente para ser sustituida por la de una mujer israelí que hablaba en hebreo.

«—El *Untersturmführer* Krämer fue siempre amable conmigo. A veces, cuando estaba en mi pequeño despacho mecanografiando, entraba y me daba regalitos, chocolates, galletas. Al principio creí que me tenía un cariño especial, pero pronto descubrí que se comportaba igual con todas las chicas. Era un joven guapo y me parece que todas creíamos tener una oportunidad con él...».

La mujer sonrió, se notaba que se alimentaba de los recuerdos de una época que, por muy mal que hubiese terminado, fue divertida mientras duró. El color desapareció de la imagen, el sonido cambió, volvió nuevamente a los solemnes conjuros de Górecki, y en la pantalla aparecieron unas imágenes tomadas en los primeros campos de concentración. No eran escenas de muerte o sufrimiento, pero sí de un mundo gris premonitorio de lo que vendría.

«Quizá Otto Krämer no se habría mezclado en el aspecto más siniestro de la vida nazi de no ser por la ambición de su jefe por extender su propia influencia. La sección de finanzas del consejo contaba con una subdivisión que tenía que ver con la mano de obra de los campos de concentración».

Yosef se inclinó para leer el texto del organigrama que contenía las divisiones relevantes y su relación con el conjunto de la estructura de mando de las SS. Detrás de las brillantes líneas y letras seguían las imágenes de los campos, tan tenues y tenebrosas como sombras invernales.

«Desde setiembre de 1941, el consejo entero entró a formar parte del cuerpo de inspectores de los campos de concentración».

Probablemente los objetivos de Otto Krämer al integrarse en las oficinas de Pohl eran muy limitados. Pero, como sabemos, el mismo Pohl estaba construyendo su propio imperio; uno de los elementos clave de este imperio consistía en su habilidad para usar la mano de obra de los esclavos, lo que significaba el control de los campos de trabajos forzados y de concentración.

Bruno y David miraban el aparato, aunque centraban su atención en Yosef y Maryam porque sabían que sus reacciones constituirían un barómetro de las del público en general en cuanto el documental se distribuyera. En la pantalla, un anciano polaco hablaba de los años en que había sido esclavo del Reich. Su rostro revelaba aún el miedo y la humillación que habían quebrado su espíritu, su espalda lucía todavía las marcas de las palizas y los azotes cotidianos a los que lo sometieron.

A continuación, más tomas viejas: guardias de las SS blandiendo armas y fustes. Todo resultaba familiar, todo era espeluznante.

«En 1942, ocurrieron dos cosas en un corto intervalo de tiempo. Primero, en febrero, Pohl fusionó su organización administrativa con el Consejo de Construcciones, creando la Oficina Económica y Administrativa de las SS.

»En marzo, Himmler reorganizó la cadena de mando de los campos y los puso

bajo el control directo de la nueva oficina de las SS».

Apareció un nuevo organigrama increíblemente laberíntico; sus incontables tentáculos crecieron y se extendieron por la pantalla, en líneas que se cruzaban y entrecruzaban una y otra vez como una maraña de hilos.

«Los campos se habían convertido en una operación gigantesca. Incluso para un régimen sumamente burocrático, la situación se había descontrolado; Pohl precisaba los campos para que sus empresas funcionaran sin problemas con el trabajo de los esclavos, y las quería bien administradas, de modo eficaz y económico.

»Contaba con un hombre que poseía los conocimientos y la experiencia necesarios para que el sistema de los campos funcionara: Otto Krämer. Así pues, Pohl lo ascendió a coronel y lo nombró coordinador de la división de campos de concentración. En pocas palabras, Otto Krämer administraba los ciento sesenta y cinco campos de trabajos forzados».

Otra fotografía de Krämer, ahora con el uniforme de *Standartenführer*. Desprendía confianza en sí mismo; era uno de los nuevos amos del mundo, invencible y capaz de todo.

«Todas las órdenes de exterminio, verbales y realizadas por escrito, pasaban por la Oficina Económica y Administrativa. Pero los objetivos de Pohl eran distintos de los de sus rivales en la jerarquía nazi. Deseaba la supervivencia del mayor número de prisioneros posible, e incluso que se les tratara relativamente bien, puesto que constituían la principal reserva donde reclutar sus batallones de trabajo. Un imperio esclavista no funciona sin esclavos.

»En el funcionamiento de los campos de concentración y hasta en los campos de la muerte existía una contradicción fundamental. La Solución Final, diseñada con el fin de librar para siempre a Europa de su población judía, ya estaba avanzada cuando Otto Krämer tomó de hecho el control del sistema de campos».

Un plano corriente de Adolf Hitler: con su habitual tono estridente declaraba su intención de destruir a la raza judía. Yosef se estremeció.

«Pero la guerra precisaba cada vez más mano de obra, un dilema que los nazis nunca lograron resolver, un dilema que quizá les hizo perder la guerra.

»Otro brazo de las SS se encargaba de la exterminación de los judíos: el Consejo de Seguridad Central. En mayo de 1942, tres meses después de que Krämer se hiciera cargo de los campos, Ernst Kaltenbrunner, hombre conocido por su inflexibilidad, tomó el mando de este consejo. Estaba decidido a cumplir el deseo del *Führer* de eliminar a la raza judía de la faz de la tierra e hizo uso de sus amplios poderes para apresurar el programa de exterminio.

»El resultado fue una prolongada batalla entre el Consejo de Seguridad Central y la Oficina Económica y Administrativa de Pohl. El primero insistía en la matanza inmediata de todos los judíos y la segunda prefería matarlos a fuerza de trabajo.

Kaltenbrunner contaba con la ventaja de que se dedicaba a cumplir los deseos manifiestos del Führer; además, Himmler, por supuesto, no era precisamente un amante de los judíos.

»No obstante, Pohl no carecía de recursos. Himmler odiaba a los judíos, pero también necesitaba desesperadamente producir armamento para las SS, y Pohl podía proporcionarle las fábricas y suministrarle la mano de obra para ello. No tardaron en llegar a un acuerdo. El intermediario fue Otto Krämer.

»Krämer entendía mejor que nadie la logística del sistema de campos, y conocía mejor que Himmler los costes y los retrasos que supondría un cumplimiento demasiado apresurado del programa de exterminio. Cuando Pohl y Himmler se sentaban a calcular cuántos debían ir a la cámara de gas y cuántos debían trabajar hasta la muerte, Krämer se hallaba presente, con un lápiz en la mano y varias columnas de cifras delante de él. En algunas ocasiones los acompañó cuando iban a consultar con Hitler, a veces a la Cancillería del Reich en Berlín, a veces a Berchtesgaden. Se había convertido en un hombre muy poderoso.

»Un anciano apareció en la pantalla sentado en una butaca junto a una ventana abierta por la que entraba la luz del sol. Un subtítulo indicaba que había sido ayudante de Adolf Hitler en Berchtesgaden.

«Recuerdo bien a Otto Krämer —decía—. Era más inteligente que algunos de los oficiales de las SS a los que invitábamos. El Führer tenía muy buena opinión de él, pensaba que entendía mejor que nadie las necesidades reales de la economía. En una ocasión me dijo que creía que Krämer sería un buen ministro de Economía, pero que era demasiado joven todavía.

»Recuerdo una anécdota con mucha claridad. Estábamos todos en la terraza esperando a que nos trajeran el té. Krämer acababa de llegar de Berlín. Sabía que yo tenía una amiga, que quería casarme con ella, pero que ella no estaba segura. Un día, cuando nadie miraba, me dio un paquete. Contenía seis pares de medias de seda, algo casi imposible de conseguir en esos días. "Espero que esto la ablandará", me dijo. Recuerdo que me guiñó el ojo y, al momento siguiente estaba charlando con el Führer. La chica no se casó conmigo, naturalmente. Se llamaba Anna. Muy linda...

»Una toma de mujeres jóvenes bailando con oficiales de la Wehrmacht y de las SS. Una película de propaganda nazi de jóvenes rubias en una granja, algunas sonriendo y otras riendo mientras guardaban la paja. Imágenes de mujeres y niños judíos con la cabeza rapada y la cara demacrada de miedo y hambre conducidos como ganado a unos camiones.

«Otto Krämer no sólo participó directamente en casi cada etapa del proceso de exterminio, sino que conocía las opiniones de Hitler al respecto porque se las había oído decir en persona. El mismo fue un elemento clave en la premura con que se llevó a cabo la matanza de los judíos europeos. Sin sus habilidades organizativas,



quizá hubiesen muerto muchos menos».

En la estancia subterránea de Turín, todos vieron, paralizados, cómo una cámara enfocaba una verja de hierro negro, entraba en el campo vacío de Auschwitz y se adentraba, más allá de los barracones, hasta los patios donde se pasaba lista, junto a los crematorios. La nieve cubría el duro suelo, de los tejados colgaban carámbanos, y, a lo lejos, una helada niebla se enroscaba en torno a los troncos de árboles deshojados. Las melancólicas notas de la sinfonía de Górecki parecían pender del aire helado, como si fuese allí donde se habían compuesto. La cámara recorrió una sala llena de vitrinas de cristal en cuyo interior se exhibían los uniformes a rayas que vistieron los prisioneros, inertes y, sin embargo, vivos. En otra estancia, más vitrinas con montones de cabello, zapatos, gafas y maletas con el nombre de los muertos.

«En la actualidad, un número creciente de gente de derechas niega que hubiera un Holocausto. Otros han alegado que Hitler no sabía nada de la matanza de judíos y que la Solución Final fue idea de Himmler y Heydrich. Les gustaría que creyéramos que el Tercer Reich no fue más que un Estado del bienestar bien planificado en el que todos vivían felices, satisfechos y libres.

»Otto Krämer es uno de los pocos hombres aún vivos que saben que estas declaraciones son mentira. Es un hombre viejo, pero su mente es tan penetrante como lo fue antes. Sus recuerdos de hace cincuenta años son claros. Otto Krämer conoce la verdad del Holocausto, es un testigo ocular de la cantidad de muertes cotidianas que se produjeron en los campos. Tiene en su poder una carpeta de documentos escritos a mano por Hitler, documentos que dan órdenes concretas para que se continúe con el exterminio en los centros de matanza. Su testimonio, ofrecido voluntariamente después de vivir continuamente escondido, riza el rizo. Conocía a los hombres que ordenaron la matanza de millones de personas y los ayudó a construir su imperio de la muerte.

»Por mucho que los ilusos y los amargados fanáticos de la extrema derecha nieguen la existencia del Holocausto, hay una voz que puede silenciarlos. La voz de Otto Krämer».

Las imágenes de la muerte temblaron y se desvanecieron y un anciano apareció en la pantalla. Su largo cabello blanco, sus rasgos demacrados y su quietud se combinaban para darle el aspecto de un *swami* indio.

Miró a la cámara y empezó a hablar.

Yosef se sirvió más pasta. La comida, *kosher*, la había preparado la esposa de David, Amelia, que había comido rápidamente para relevar a otro miembro del equipo e informarse del desarrollo del juicio contra Pacchia y la caza del supuesto asesino de Butti y Gentileschi.

David sirvió más vino de una botella de Lacrima Cristi.

—¿Por qué Weiss está tan desesperado por encontrar a Krämer? —preguntó Yosef.

—Me parece que es obvio. Krämer representa una enorme amenaza para el movimiento neofascista en su conjunto. Llegado el momento será el testigo clave de la acusación. Estoy absolutamente seguro de que su testimonio no sólo aplastará a Pacchia, sino que acabará más o menos con todo este asunto de la negación del Holocausto. Por eso Weiss y sus amigos lo buscan con tanto ahínco y por eso están dispuestos a matar a cualquiera que les ponga trabas. Krämer puede perjudicarlos mucho más que tú o yo. Créeme, en cuanto se suba al estrado de los testigos, la gente va a prestarle mucha atención.

—¿Cómo consiguió evitar que lo detuvieran después de la guerra? —inquirió Maryam.

—¿Y cómo diablos lo persuadisteis de que testificara contra Pacchia? —quiso saber Yosef.

Bruno enroscó unos *linguini* con su tenedor, se los metió en la boca y los masticó antes de contestar.

—Salió gracias a una red secreta de evasión, como cientos de criminales de guerra. En el último mes de hostilidades, antes de que llegaran los rusos, reunió todos los documentos secretos que tenía y los escondió en una granja de Klosterfelde, no muy lejos de Oranienburg. No sabía cómo irían las cosas cuando se acabara la guerra y la jerarquía nazi se hallara dispersa, pero se le ocurrió que papeles como los que había rescatado le proporcionarían una baza con la que negociar en caso de necesitarla. Constituían su seguro mientras duró el Reich y ahora tenía la oportunidad de prolongar la cobertura por el mismo precio.

»No obstante, la situación se desarrolló mucho más rápido de lo que él anticipaba y se vio obligado a abandonar momentáneamente su tesoro. Su prioridad era salir del sector este, que las fuerzas soviéticas estaban a punto de engullir, y moverse hacia el oeste, donde los aliados empezaban a tomar el control.

»En ese momento todavía resultaba relativamente fácil entrar en Austria; de allí

se fue a la frontera con Italia. No fue el único, y el control fronterizo era muy relajado. Nadie cuestionó su derecho a pasar de un país a otro, puesto que, de todos modos, la zona entera se encontraba bajo el dominio de los aliados. Bajó por Udine hasta Treviso, luego se dirigió al oeste, a Milán, donde uno de sus antiguos colegas, Walter Rauff, había conseguido establecer la primera etapa de una red de evasión para sacar a los nazis de Europa. Rauff, Skorzeny u otros planearon estas líneas de evasión en cuanto se dieron cuenta de que habían perdido la guerra, y los medios de comunicación de las SS hicieron saber a su gente que debían dirigirse allí llegado el momento.

»Rauff había sido jefe del SD, el servicio de seguridad nazi, de Milán, de modo que era de hecho el jefe de las SS del noroeste de Italia. Lo detuvieron después de la guerra y lo encerraron un breve tiempo en la prisión San Vittore, pero el secretario del cardenal de Milán lo hizo liberar. Cambió de nombre y consiguió documentos de identidad falsos a fin de instalarse en un pequeño apartamento sin temor a que lo delataran ante las autoridades aliadas.

»Envió a Krämer a un seminario teológico alemán en Roma, el Pontificio Santa Maria dell'Anima, en la Via della Pace. A la sazón el rector era un conocido simpatizante de los nazis, el obispo Alois Hudal. Aunque nació en Austria, apoyaba el Reich alemán como si el mismísimo Dios se lo hubiese ordenado. Por cierto, odiaba a los judíos desde siempre.

»Mediante sus contactos con las sociedades de beneficencia del Vaticano, Hudal consiguió un documento de identidad falso y un pasaporte de la Cruz Roja para Otto. No se trataba de un favor especial, claro, puesto que ya había estado proporcionando documentos falsos al flujo constante de criminales de guerra; su cobertura era la ayuda que daba a los auténticos refugiados austríacos y alemanes. En esos tiempos, lo único que hacía falta para escapar, en cuestión de días, de las garras de los aliados era un pasaporte válido de la Cruz Roja.

»A Krämer se le dijo que fuera a Génova, donde otro cura, el arzobispo Siri, le consiguió pasaje en un barco que iba a Argentina, el *Stella Maris*. Una vez en Sudamérica fue sencillo integrarse en la comunidad alemana y distinguirse en la asociación de viejos compañeros de las SS. Había cambiado de nombre; ahora se llamaba Siegfried Kraus, pero su verdadera identidad era un secreto a voces en los círculos en que se movía. La situación se calmó después de la guerra, y él y sus amigos establecieron paulatinamente un sistema de comunicación con los nazis de Europa y del Próximo Oriente.

»Con aptitudes y conexiones como las suyas, a Krämer no le costó encontrar empleo. Como el presidente Perón necesitaba desesperadamente expertos financieros, lo nombró asesor en cuestiones económicas del Gobierno e incluso después de que derrocaran a Perón, Krämer conservó el puesto. A los presidentes se les puede poner

de patitas en la calle, pero los hombres como Otto Krämer no se encuentran precisamente en cualquier esquina.

»Se casó por primera vez con una alemana mucho más joven que él, cuya familia residía en Buenos Aires desde finales del siglo XIX. No hace falta detallar cómo fue su vida allí; baste decir que tuvo hijos, se hizo razonablemente rico y continuó interesándose activamente por la política nacionalsocialista. Administraba diversas organizaciones de beneficencia, todas fundadas con el propósito de ayudar a ex nazis o suministrar fondos a la extrema derecha de varios países, y sus inversiones les aseguraba una financiación constante.

»Una vida de éxitos. Huelga comentar que la situación de la mayoría de supervivientes del Holocausto fue muy distinta, o al menos... —Bruno hizo una pausa y miró a David—. Deberías explicar lo que ocurrió después, David —sugirió.

David tomó un sorbo de vino y posó su copa con cuidado sobre la mesa. Casi no había tocado la pasta de su plato.

—A Krämer las cosas le fueron bastante bien hasta hace unos años —manifestó—. Era como un sueño: poder, dinero, una esposa hermosa, una familia cariñosa. Nunca le molestó la conciencia, no sentía remordimientos por lo que había hecho bajo el Reich, era cosa del pasado y podía darse el lujo de olvidarlo, nada tenía que ver con lo que él era ahora.

»De pronto, su vida cambió de un día para otro. Literalmente. Su esposa, su hijo Heinrich, su hija Marina, la esposa de Heinrich, Anna, el marido de Marina, Jürgen, y los hijos de éstos navegaban por las costas de Mar del Plata. Empezaban las vacaciones escolares y el crucero suponía unas minivacaciones antes de las que se iniciarían al cabo de unos días, cuando Otto también pudiera viajar. No había ido con ellos porque el ministro de Hacienda lo había mandado llamar para revisar un nuevo presupuesto.

»El barco en el que navegaba la familia de Krämer zozobró y todos se ahogaron, incluso la hija de tres meses de Marina. No hace falta mucha imaginación para suponer lo que una tragedia así representa para un hombre. Yo, personalmente, no creo que pudiera sobrevivir a tal pérdida. Krämer se quedó desolado, había perdido absolutamente todo lo que le importaba; pasó un mes encerrado en su casa, sin comer, negándose a contestar a las llamadas a la puerta o por teléfono, sin lavarse ni afeitarse, más como un animal que como un ser humano.

»Finalmente, unos amigos forzaron la entrada y lo sacaron. De nada sirvió. Se negaba a comer, no podía dormir, no quería tomar lo que le recetaban los médicos; sólo deseaba morir, pero tenía horror a la muerte y no encontró el valor de suicidarse, de afrontar el momento en que todo terminara. Algo se lo impedía, y ese algo era la conciencia de lo que era. De la noche a la mañana había establecido conexión con su pasado.

David hizo una pausa y tomó otro sorbo de vino. Permaneció quieto un rato, con la cabeza gacha, como si estuviese ordenando sus pensamientos. Cuando alzó la mirada, parecía preocupado, como si sus reflexiones le hubiesen llevado a lugares que habría preferido no visitar.

—El hombre que lo salvó fue un cura de la zona, el padre Ezequiel Sarmiento. Es irónico, ¿verdad?, que Sarmiento fuese un marxista, un radical en política para el que el fascismo de Perón y sus sucesores era anatema. Sin embargo, lo visitó cada día, durante seis meses. Conversaban en el jardín de la casa de su amigo, sólo ellos dos, un joven y un anciano, casi sin barreras y, sin embargo, muy separados, cada uno irremediabilmente solo. Sarmiento sabía quién era Krämer, por supuesto, si no con pelos y señales, sí en términos generales. No se hacía ilusiones, ni tenía particulares esperanzas.

»Krämer nunca había sido religioso, si bien de joven fue, como su padre, un *Gottgläubiger*, un miembro del neopagano Movimiento de Fe alemán promovido por los nazis. En Argentina se había convertido al catolicismo, pero sólo para complacer a la familia bastante conservadora de su esposa. A sus hijos los criaron como católicos practicantes, aunque sólo fuese para que aprendieran a respetar las tradiciones, algo que se había vuelto sumamente importante para Krämer, y él los acompañaba a misa. Nada más. En él no se había producido la menor chispa de auténtica espiritualidad.

»Sarmiento no intentó encender la chispa, no trató de convertirlo en hombre piadoso. Sin embargo, consiguió demostrarle que, si no resolvía el dilema en que se encontraba, la muerte sería el menor de sus problemas.

»No sé lo que sucedió entre ellos. Krämer me ha contado algo y puedo imaginar mucho, pero en su mayor parte el cambio se operó en el fondo de Otto, en zonas de su alma a las que no puedo acceder. Hay muchas cosas de las que no quiere o no puede hablar.

»No obstante, eventualmente, Sarmiento logró algo; no creo que pueda llamársele una conversión, pues Krämer todavía no es un hombre religioso, al menos no como yo lo entiendo, pero, cosa curiosa, se ha vuelto casi santo, y no lo digo con malicia. Algo ha conmovido a Otto Krämer. Creo que ha sido sobre todo la conciencia de lo que él y sus colegas hicieron, exactamente, a la humanidad, la percepción de la carga que han impuesto a todos los que viven desde entonces.

»Hemos hablado largo y tendido del Holocausto, sin bochorno, sin cortapisas, con la idea de preparar su testimonio y de familiarizarlo con las preguntas que le harán en el juicio. Fue él quien se puso en contacto con nosotros al saber de Pacchia y de las mentiras que ha publicado. Lo hizo mediante un grupo de abogados judíos que trabajan en el caso, pues querían que un experto revisara su testimonio.

»Cuando llegó a este país, me dijo que, habiendo leído una traducción del

panfleto de Pacchia, lloró horas enteras. La realidad de lo que ocurrió hace tantos años es tan tangible para él que le duele el solo hecho de que alguien lo niegue; como si fuera una amenaza para su realidad. Veréis, había estado en el centro mismo de una terrible maldad, en el corazón de algo absolutamente cruel, infinitamente despiadado, y ver que lo descartaban como si no hubiese tenido lugar equivalía a ser testigo, una y otra vez, de la muerte de su familia, sin reconocerla.

David dejó de hablar. En la estancia vibraba el relato del horror de Krämer. Todos habían acabado de comer. El silencio impregnó las sucias paredes de hormigón, parecía traspasarlas y penetrar en la piedra desnuda. Daba la impresión de que ya no existía la ciudad, arriba, ni el mundo, de que sólo existía esa pequeña cámara.

—Quisiera conocer a Krämer —dijo Yosef.

David y Bruno intercambiaron una mirada. Todavía no lo conocían bien.

—Tengo derecho, lo sabéis.

—Mucha gente tiene ese derecho —contestó Bruno—, pero no podemos dejar que lo vea cualquiera que lo desee, no es un objeto de exposición.

—No hablo de ese derecho —contestó Yosef.

Se sentía cansado, a punto de estallar, y necesitaba hablar con el hombre que estaba en el centro mismo de tantos asesinatos, tan silencioso ahora como inmovible tantos años antes.

—Tengo motivos especiales. Mi hermana y mi cuñado murieron porque nunca habían oído hablar de Krämer y no habrían podido traicionarlo, aunque quisieran. Tengo un sobrino que aún sufre pesadillas, que posiblemente las sufra toda la vida. Mi familia entera está de luto por culpa de ese hombre y de lo que sabe. Quiero preguntarle si mereció la pena, quisiera hablar con él, hacerle unas preguntas, tratar de entender, si es que se puede entender.

Ni David ni Bruno dijeron nada. Los únicos sonidos eran el del agua en las tuberías y el zumbido de la calefacción.

—Muy bien —aceptó David—. Te llevaré con él.

—¿Dónde lo tenéis?

David sonrió y lo miró.

—Al lado. Ha estado en la habitación de al lado desde que llegaste.

La habitación a la que lo llevaron formaba parte de una pequeña suite: cuatro cuartos habilitados para alojar a Krämer donde antaño se almacenaban botellas de vermut, cuyo olor dulzón aún flotaba en el aire. No llegaba a impregnarlo, si bien tampoco se había desvanecido del todo, como ocurre con el aroma de las flores después de una boda, cuando los invitados se han marchado, o después de un entierro, cuando los asistentes se han ido.

Krämer lo esperaba, sentado de cara a la puerta. Un anciano de cabello blanco y dientes amarillentos, a quien le colgaba la piel y para quien el mundo se había reducido a una estrecha apertura en una pared. A Yosef se le antojó agotado, nada más que piel cetrina estirada sobre huesos viejos, una calavera aguantada sobre astillas.

Sin embargo, al acercarse más, vio lo que no había notado antes, o sea, que lo que agotaba a Otto Krämer no era la muerte inminente, sino un fuego interior o un hermoso tormento que lo atravesaba como la savia atraviesa las ramas altas de un árbol. Las emociones le daban una expresión furiosa a sus ojos y un intelecto indomable y confiado animaba su mirada. De repente pareció menos un anciano que un joven pillado desprevenido, un extraño atrapado en su propia piel, como si hubiese transcurrido toda una vida en cuestión de segundos, sin previo aviso y sin compasión.

Se hallaba sentado en un sofá de muelles, erguido, con las piernas cruzadas y los brazos a los lados, ya para apoyarse, ya por cuestión de simetría. Con un gesto de la cabeza, sin palabras, indicó a Yosef que se acercara a una silla junto a él. Yosef se sentó, consciente de que, a su pesar, estaba nervioso y hasta un poco asustado. Era la primera vez que veía en persona a un criminal de guerra de la época en que sus padres eran jóvenes, y el encuentro estaba cargado de connotaciones míticas, horrorosas, y de un ultraje no atenuado.

—Lo lamento —dijo Krämer, con voz sorprendentemente suave y un tanto vacilante. Hablaba en inglés, con respeto—. Su hermana, el marido de ésta, su sobrino. Es una gran tragedia para usted, para su familia.

—Murieron por su culpa, porque no sabían quién era usted.

—Sí, lo entiendo, David me lo ha explicado todo y lo lamento profundamente, pero no puedo hacer nada.

—No espero que haga nada, nada puede hacer para que vuelvan a vivir.

—¿Y usted? ¿Cómo se siente por su muerte?

—¿Cómo iba a sentirme? ¿Cómo quiere que me sienta?

—Enojado, avergonzado, impotente, quizá culpable.

—¿Por qué iba a sentirme culpable? No soy el responsable de su muerte. Usted tiene más culpa, murieron por culpa de usted.

Krämer agitó lentamente la cabeza cana.

—No, no fue por culpa mía. No influí en sus muertes más que usted, no me siento ni responsable ni culpable.

—Y, sin embargo, me pregunta si yo me siento culpable.

Krämer asintió con la cabeza.

—Culparse es una reacción normal. No estuvo allí para ayudarlos, podría haberlos salvado si hubiese regresado antes, debió pensar en protegerlos antes de ir a buscar al niño. El inconsciente puede inventar cien razones para culpabilizarse.

Hizo una pausa, descruzó las piernas y se pasó una mano por el cabello. Su piel manchada era tan fina como el papel, casi traslúcida, como el cáliz seco de un iris; se le veían las venas, azules, semejantes a filamentos, como algo valioso bajo un cristal.

—Cuando mi familia se ahogó —prosiguió—, me sentí terriblemente culpable. Sé que le costará entenderlo. «He aquí un hombre que ha ayudado a matar a millones de seres humanos, y, sin embargo, sólo se siente culpable por la muerte de su familia», pensará. Es cierto, así es como me sentí al principio. Debí retrasar su viaje, debí comprobar la solidez del barco que habían elegido, debí reunirme con ellos; si me hubiese reunido con ellos quizá hubiese ocurrido algo y no se habrían ahogado. Estos pensamientos me ocuparon muchísimo tiempo.

»Cuando el padre Sarmiento fue a verme la primera vez, así me encontró: un ser carcomido por la culpabilidad. Lo primero que me enseñó fue que es inútil sentirme culpable por cosas que yo no tenía posibilidad de cambiar. Que si he de sentirme culpable, ha de ser por lo que he hecho o dejado de hacer; no por la muerte de mi familia, que no habría podido evitar, sino por la muerte de millones de seres, muertes que yo ayudé a organizar, muertes por las que nunca me había sentido realmente culpable.

—¿Podría haberlas evitado?

El anciano alzó la cabeza, miró a Yosef y sonrió.

—Ésa es la primera pregunta que todos nos hacemos y es la más difícil de responder. Pero es una pregunta equivocada. También esto me lo enseñó Sarmiento. Sé que nada de lo que hubiese hecho habría impedido que ocurriera lo que ocurrió. Yo no era ni Himmler, ni Kaltenbrunner ni Hitler, no controlaba los acontecimientos a ese nivel. Como Eichmann, era un funcionario más.

»Pero hasta los funcionarios controlan su propia vida. Me habría resultado fácil apartarme de lo que hacía, encontrar otro empleo. Nadie me obligó a trabajar en ese departamento, nadie me apuntó con una pistola insistiendo en que cumpliera con tanta eficacia mi cometido. Mi vida no corría peligro.



—Y ahora sí corre peligro. ¿Por eso está aquí?

Krämer asintió con la cabeza, un gesto de lo más sencillo.

—Sí, estoy aquí para reparar los daños, para que por fin se me declare culpable.

—¿Cree que la culpabilidad es la causante de mis sueños?

—No lo entiendo.

Krämer se sentó en el borde del sillón con las manos entrelazadas. Yosef se sintió casi defraudado, como si se le hubiese negado una desconocida oportunidad de vengarse o de descargar un odio sin objetivo preciso.

—Sueño que me encuentro en un tren que se dirige hacia un campo de concentración, o con mi llegada al campo, o que me llevan a la cámara de gas. Pero nunca sueño que vivo allí, nunca sueño con el dolor y el subimiento cotidianos, y, cuando despierto, es como si le hubiese sucedido a otra persona.

—¿Y cree que lo provoca el sentimiento de culpabilidad?

—De culpa, sí. Mi familia no sufrió, no éramos judíos europeos. Con tiempo, creo que también a nosotros nos habrían eliminado, pero no ocurrió. Sin embargo, he pasado casi toda mi vida con gente cuya familia entera fue exterminada, vivo en un país construido sobre las ruinas del Holocausto.

—¿Y se siente culpable?

Yosef abrió las manos y separó los brazos.

—No sé lo que siento.

Krämer asintió con la cabeza. Costaba imaginar a este anciano calculando la muerte de tantos millones de personas, hasta el último cordón de zapato y la última pastilla de jabón.

—Yo también sueño con los campos —dijo—. Quizá le parezca extraño, pero no soñaba con ellos antes, cuando existían, ni mucho después. No soñé con ellos hasta que mi familia entera murió, hasta que Sarmiento habló conmigo. Entonces, empezaron, a raudales, sueños que duraban noches enteras como si todos esos años hubiesen estado embotellados o apilados como películas en bobinas.

»Sin embargo, mis sueños no son como los suyos. Nunca soy una víctima, sino siempre un guardia, con el uniforme de las *Totenkopfverbände*, y que quede claro que nunca llevé ese uniforme. Me consideraba casi un civil, aunque trabajaba para las SS. Rara vez iba a los campos, era una tarea que me desagradaba y que delegaba siempre que podía. De vez en cuando, sin embargo, las inspecciones eran necesarias e iba a tal o cual campo. Pasaba un día allí, dos como mucho, y regresaba desesperado por sacarme el hedor de la nariz.

»Ahora sueño que estoy allí para siempre más, que nunca saldré. Es mi infierno. Lo curioso, lo que no puedo explicar, es que quiero juntarme a los prisioneros, arrancarme el uniforme y ponerme el traje a rayas. Supongo que experimento la necesidad de expiar mis pecados.

—Entonces, ¿cree en el pecado?

Krämer se encogió de hombros.

—Creo en el bien y en el mal, y sé que lo que hice estuvo mal, sin que importe lo que me pareciera en ese momento. Que fuera también un pecado... es algo en lo que no pienso.

—¿Qué decía Sarmiento al respecto?

—¿Sobre el pecado? Nunca utilizó la palabra en mi presencia. Creo... no, sé con certeza que le daba miedo. A menudo me dijo que en mi presencia casi perdía su fe en Dios.

—¿Por qué?

—Porque yo estaba vivo, porque todavía tenía esperanzas de salvarme. Él era cura y su deber consistía en salvar mi alma, pero no pudo intentarlo siquiera.

—No lo entiendo.

—Me lo explicó en una ocasión. Dijo que los campos habían destruido todo el sentido de la salvación por medio de Cristo. No dejaba de pensar en eso. Por un lado, hay un niño judío, dijo, de dos años poco más o menos, no importa. No cree en Cristo, nunca ha oído hablar de Cristo. Sin embargo, cuando sacan su cuerpo de la cámara de gas y lo echan al crematorio, su alma se encuentra ya en el infierno, permanecerá allí eternamente y sufrirá todas las torturas de los condenados.

»Y, por otro lado, heme aquí, Otto Krämer, uno de los que mandó a niños como ése a la muerte, vivo todavía, consciente, con la posibilidad de escoger a Cristo, y, si lo escojo, si lo abrazo y entro en la Iglesia, mis pecados serán perdonados, y cuando muera, mi alma irá al paraíso y permanecerá allí eternamente, dichosa. Si ese niño judío tiende el brazo y me pide agua y se la niego, ni siquiera me remorderá la conciencia, nada se entrometerá en mi dicha.

»Ese horror lo mantenía en vela noches enteras. O bien existe un Dios que reina sobre su creación con menos compasión o conciencia que Hitler, o bien no existe Dios. Existe, por supuesto, una tercera opción: que al niño judío y a todas las demás almas que no han oído hablar de Jesucristo se les permita entrar en el Paraíso. En ese caso, Cristo es innecesario, su muerte en la cruz es innecesaria, la Iglesia es innecesaria y los curas como Sarmiento son innecesarios. Es por eso que le daba miedo. Es por eso que no rezo, que no pido perdón por lo que he hecho.

aryam, no creo que sea buena idea que regreses a tu hotel.

-**M** Bruno y ella tomaban café juntos mientras David acompañaba a Yosef a ver a Krämer. Amelia se había reunido con ellos, con una caja de *amaretti* y las últimas informaciones sobre el juicio y la caza de Yosef. Ya habían enseñado su fotografía varias veces en todas las cadenas de televisión del país y añadían detalles de su vida y mentiras transparentes, como la sugerencia de que trabajaba para el Mossad desde que salió del ejército.

—Pero no tardarán en relacionarme con Yosef, y si dejamos allí el expediente de Mannuzzu alguien lo cogerá. Nos registramos en el hotel por separado, pero creo que la gente que persigue a Yosef sabe muy bien que estábamos juntos.

—Eso es lo que me preocupa. Podrían estar esperándote. Por otro lado, necesitamos ese expediente. Nuestra organización está recopilando una base de datos acerca de los activistas neofascistas y sus simpatizantes en este país, y puede que en lo de Mannuzzu haya información que nos sea de utilidad. Tenemos muy pocos datos acerca de los funcionarios de Cerdeña. Además, me gustaría ver lo que tiene respecto a Weiss, y el número de teléfono de De Vuono, eso es muy importante. Hace tiempo que sospechamos de él, pero ésta podría ser la primera prueba fehaciente que lo relacione con la extrema derecha.

»Haremos que alguien se registre en el hotel esta tarde, podrá evaluar la situación y, si no hay vigilancia, entrar en tu habitación y coger el expediente.

Hacía una hora que Nieddu había enviado toda la documentación a Dessi y ahora se sentía casi abandonado. Debía seguir con otros casos, algunos de ellos importantes y que llevaban ya demasiado tiempo sobre su escritorio. No obstante, ninguno despertaba el menor interés en él. Pese a todo, quería investigar todas las ramificaciones del asesinato en el hotel Presidente, pero el destino le había privado de la posibilidad de hacerlo. La experiencia y su instintiva habilidad para reconocer las intrigas le decían que a Abuhateira le habían puesto una encerrona en lo de los asesinatos en el *palazzo di Giustizia*, y que eso debería bastar para que dejara el asunto tranquilo. Mas, por un lado, la antipatía que sentía por Dessi y, por el otro, su obstinación innata (que su esposa describía con otros términos) lo hacían rebelarse ante la idea misma de echarse para atrás.

Había guardado copias de sus apuntes, además de uno o dos documentos que podrían resultarle útiles. Bien, pero ¿qué iba a hacer con ello? ¿Enviarlo a una autoridad superior pidiendo que lo investigaran? ¿Meter la carpeta en el correo,

dirigida a la sección de asuntos internos del Ministerio del Interior en Roma? ¿Guardarlo, bajo llave, en un armario, con un cartel de «*Non disturbare*» colgado del pomo de la puerta? ¿Bañarlo en gasolina y quemarlo? ¿Hacer una pelota, metérsela en la boca y asfixiarse?

A Nieddu no tenía por qué importarle lo que pudiera sucederle a Yosef Abuhateira y todavía existían motivos más que suficientes para sospechar que el israelí había matado al menos a algunas personas de su larga lista, incluyendo a Tina Mannuzzu. Pero si Abuhateira no había matado a Butti y Gentileschi, alguien más lo había hecho, y quizá con el apoyo de muchos otros «alguien», aquellos que aguardaban a que ocurriera lo que fuera que esperaban que sucediera cuando detuvieran a Abuhateira o, y esto era lo más probable, cuando las fuerzas de seguridad lo mataran a tiros.

—No pierdas el tiempo, David. Entra y sal lo más rápidamente posible. A ti no te buscan, pero puede que estén vigilando el hotel.

—Según la radio, buscan a Yosef en Milán.

Bruno agitó la cabeza.

—No te fíes de eso. Él dice que no ha dejado ningún rastro, y lo creo, pero parece que saben que se encuentra en alguna parte del norte y no tardarán en seguir su pista hasta Turín, si es que no lo han hecho ya.

—De acuerdo, seré rápido.

—Cuídate.

—Háblame de Weiss.

Maryam se encontraba a solas con Amelia. La esposa de David, joven y muy bonita, vestía la clase de prendas con las que Maryam sólo podía soñar, y poseía esa absoluta confianza en sí misma tan característica de los italianos del norte y con la que a Maryam todavía le costaba sentirse a gusto. Sin embargo, en el poco tiempo que habían pasado juntas, sobre todo ese domingo, las dos mujeres habían descubierto que tenían mucho en común; además, Amelia mostraba verdadera preocupación por ella y le había dado auténticas muestras de amistad, entre ellas el detalle de traerle ropa limpia, maquillaje y un enorme estuche de artículos de tocador.

Amelia daba clases de inglés de forma eventual en un *liceo classico* situado cerca del *palazzo* Carignano. Su familia estaba en contra de que trabajara, al menos en lo que llamaban «un empleo de verdad»; habrían preferido que fuese modelo o diseñadora, pero Amelia insistió en su derecho a una carrera seria y, otra manzana de la discordia, a un marido serio.

—El nombre verdadero de Weiss es Emil Luders, SS. *Gruppenführer* Luders, para ser exactos —explicó—. David me ha hablado un poco de su expediente de guerra. Si hay alguien que merezca la horca por criminal de guerra, es Weiss. Para

empezar, estuvo al mando de las brigadas de exterminio en el frente oriental; parece que le gustaba su trabajo; hasta las SS tuvieron que llamarle la atención acerca de su actitud. Le gustaba hacer daño a la gente. —Amelia hizo una pausa y Maryam la vio encogerse con sus propias palabras—. Todavía le gusta.

—¿Por qué no lo detuvieron?

—¡Oh!, tendrías que pedirle los detalles a David. Sé que se encontraba en Italia al final de la guerra, creo que fue el responsable de la deportación de los judíos en el noroeste. Su propia madre era italiana y por ello habla el idioma razonablemente bien. Sea como sea, consiguió un nombre nuevo y regresó a Alemania, y allí ha estado desde entonces.

»Nadie sabía que Luders y Weiss eran la misma persona, al menos no hasta que a Krämer se le escapó el dato una tarde. Pero Weiss sabe que tenemos a Krämer, sabe que Krämer puede perjudicarlo y hasta destruirlo, y está decidido a encontrarlo y matarlo,... a Krämer y a cualquier persona con quien haya hablado.

Se oyeron unos golpes perentorios en la puerta.

—Adelante.

Nieddu no esperaba a nadie y todos los despachos de su planta ya estaban vacíos.

Los hombres que entraron se le antojaron vagamente familiares, quizá porque habían imitado la imagen popular de lo que querían ser. El hombre corpulento con gafas de sol parecía casi sorprendido por su propia corpulencia y al joven rubio parecía costarle mantenerse serio.

El hombre mayor cerró la puerta con llave y se volvió.

—¿Nieddu?

—¿Quién quiere saberlo?

—Le he preguntado si es usted Nieddu.

—Éste es mi despacho y yo hago las preguntas.

—El cabrón nos está jodiendo. Su nombre está en la puerta. Vamos.

Sin esperar más comentarios, el chico se movió como un cangrejo más allá del escritorio de Nieddu y lo rodeó. Él y el hombre mayor habían perfeccionado su actuación y ejecutaban cada paso con absoluta sincronización. Nieddu sintió cómo los largos brazos pasaban por encima de su cabeza, sintió la cinta cubrirle la boca.

A diferencia de De Felice, sin embargo, esperaba esta visita. No sabía exactamente qué harían, pero estaba preparado, y actuó primero, antes de que pudieran dominarlo. Echó la silla hacia atrás, golpeando al joven en las rodillas, de modo que éste se tambaleó y se pegó contra la pared. Antes de que pudiera recuperarse, Nieddu se había puesto en pie; empujó la silla, quitándosela del camino, dio un puñetazo a su agresor y, cuando éste se desplomó, le rompió el pómulo con un fortísimo puntapié al lado de la cabeza.

Cuando se volvió, el hombre mayor se encontraba a poco más de medio metro y blandía un cuchillo. Nieddu respiró hondo y levantó la pistola que había ocultado debajo de una carpeta para afrontar el ataque que sabía que vendría.

—La respuesta es que sí, me llamo Nieddu, y, a menos que suelte ese cuchillo, yo diría que le quedan unos cuatro segundos de vida.

El hotel se hallaba tranquilo. David acudió con una pequeña maleta y un pasaporte británico. En la recepción explicó, con un italiano deliberadamente chapurreado, que no había podido reservar de antemano, pero que necesitaba una habitación para esa noche. El recepcionista sonrió y contestó en inglés que no había problema, que si lo deseaba podría alojarse en una suite a precio reducido.

Cuando se llevaron a los agresores, uno al hospital y el otro a los sótanos de la *questura*, Nieddu colocó su silla detrás del escritorio y se sentó. Como un hombre que sabe que ha llegado el momento en que razonar ya no sirve de nada, cogió el teléfono y marcó un número.

—Sí, ¿Alisarda? Quiero un billete de ida a Turín, por favor.

David salió de la habitación de Maryam y cerró la puerta sin hacer ruido. No había nadie en el pasillo, ningún sonido. En un portafolios llevaba el expediente de Mannuzzu y los apuntes de Maryam. Dejaría su propia maleta en su habitación, hasta que tuviera la oportunidad de regresar a por ella, al fin y al cabo, no contenía más que harapos y papeles sin importancia que él y Brano habían reunido en poco tiempo.

Fuera, una llovizna perezosa salpicaba la noche. Hombres y mujeres andaban solos o en pareja, apretando el paso más que de costumbre. En el centro se estaba llevando a cabo un velatorio por los nuevos mártires de derechas italianos, y se rumoreaba que habría una manifestación contra las intrigas judías, pero nadie se lo tomaba muy en serio. Llovía y la gente quería regresar a casa después de haber ido de tiendas o al cine; que protestaran, si querían.

En un Mercedes negro aparcado frente a la Vecchia Lanterna, un hombre hablaba por un aparato transmisor. La visita de David a la habitación de Maryam no había pasado inadvertida; el día anterior habían puesto un sistema de alarma secreto en ella y el personal de seguridad del hotel tenía instrucciones de estar atento. No protestaron. ¿Cómo iban a protestar si los hombres les habían enseñado un permiso de registro firmado por el propio ministro de Justicia?

—Aquí, unidad uno. Los de seguridad del hotel dicen que está bajando y lleva un portafolios. No lo hemos identificado todavía, pero no es Abuhateira. Lo seguiré

desde aquí, pero necesitaré refuerzos.

La información de Cerdeña había resultado oportuna. Era una pena haber tenido que eliminar al policía responsable de seguir a su blanco hasta Turín, pero como el golpe se haría en pocos días, no podían arriesgarse.

David apareció en la puerta y salió a la calle. No había taxis a la vista. Se estremeció y echó a andar.

Gerhard Weiss cerró las manos, las abrió, flexionó los largos y flexibles dedos, los estiró. Los signos de la edad en su piel ya resultaban inconfundibles, sin embargo, mantenía la decrepitud a raya gracias a una estricta disciplina que casi no había alterado desde sus tiempos en las juventudes hitlerianas. Se levantaba a las seis, hacía religiosamente una hora de ejercicios, comía sólo alimentos vegetales y, en lugar de acudir a un médico, cuando le hacía falta consultaba a su *Heilpraktiker* personal.

Había cuidado su cuerpo durante casi ochenta años y a cambio esperaba que éste cumpliera con lo que le exigía. Su misión en este mundo aún no había terminado, y había jurado no rendirse, no cejar en el empeño hasta lograr que el movimiento volviera a encauzarse hacia la victoria. Dentro de unos años podría relajarse, confiado en que había logrado todo lo que se proponía y que nada frenaría el curso de la Historia. El comunismo había sido derrotado y ya nunca más supondría una amenaza, las democracias eran blandengues y corruptas, estaban a punto de desmoronarse desde dentro; en todas partes, hombres y mujeres pedían un cambio, un verdadero liderazgo en una era de desesperación, y cada día aumentaba el número de los que sabían dónde hallarlo.

Una luz roja parpadeó en la consola de su escritorio. Pulsó un pequeño botón y habló brevemente. Una voz de hombre contestó en italiano.

—*Signor Weiss? Sono Giancarlo* ¿Puedo hablar?

—Hable, esta línea es segura.

—Creemos que hemos encontrado al judío.

—¿A Abuhatseira?

—Sí. Uno de nuestros hombres siguió a un compañero suyo desde el hotel donde se alojaba. La pista le llevó a una farmacia en la Via Pietro Micca, cerca del teatro Alfieri. Hemos investigado la farmacia, pertenece a un judío de apellido Montmezzo, no es miembro del grupo de Frezza, pero va a menudo a casa de Mortara. Creemos que allí puede estar escondiendo al israelí.

—¿Por qué dice que el hombre al que siguieron es compañero de Abuhatseira?

—Usó una llave para entrar en la habitación de la mujer, creemos que vino a buscar los documentos que ella dejó.

—Ustedes, ¿los dejaron tal como estaban?

—Sí, por supuesto. Usted dijo que no hiciéramos nada que provocara sospechas.

—Bien. ¿Por qué está tan seguro de que Abuhatseira se encuentra en la farmacia?



—Es una corazonada, nada más. Si no, ¿por qué no cogió los papeles y los llevó a casa?

—¿Sabe quién es el compañero?

—Todavía no. Estaba oscuro y no pudimos verlo bien.

—De acuerdo. Vigilen bien el lugar, por detrás y por delante. Sigán a cualquiera que salga, pero que no los vean. Infórmeme en cuanto averigüe algo más.

—¿No quiere que entremos, señor?

—No antes de estar absolutamente seguros, porque si no hay nadie allí, los habremos puesto sobre aviso. Acuérdesse de que Abuhateira no es nuestro principal objetivo. Quiero a Krämer, y lo quiero vivo.

—Se lo recordaré a mi unidad. —Una pausa—. ¿Alguna otra orden, señor?

—No, eso es todo. No hagan nada más sin consultarme. Si es necesario, iré a Turín en avión esta noche. —Se produjo un breve silencio; Weiss alargó el brazo para cortar la comunicación, pero, como si no estuviese seguro de algo, se retrajo—. Giancarlo, ¿dónde dijo que se encuentra la farmacia?

—En la Via Pietro Micca.

—Me dio otra seña.

—Cerca del teatro Alfieri.

—Eso no está lejos del pequeño teatro de marionetas, ¿verdad?

—El Gianduja. No, señor, está a un par de manzanas.

Otro silencio, mucho más largo.

—¿Se encuentra ahí, señor? —preguntó por fin Giancarlo.

—Sí, sí... Escuche, Giancarlo, quiero que haga algo.

—Sí, señor.

—Quiero que llame a Taddeo Maciachini. Pregúntele si se acuerda de si había un refugio antiaéreo en esa zona, y si está conectado a los túneles que hay debajo de la ciudad. Una de sus tareas consistía en asegurarse de que ningún judío se escondiera en ellos.

—No creerá...

—Es demasiado pronto para pensar, pero, si tengo razón, quizá hayamos encontrado a Krämer, por fin.

¡Qué agradable estar de nuevo en la superficie, por poco que fuera! David había regresado una hora antes con el expediente y las notas, y él y Bruno estaban revisándolos después de que Maryam les hiciera un resumen. Amelia se había acostado, y Krämer también. Otros miembros del grupo permanecerían despiertos toda la noche, unos para seguir observando la situación y otros para montar la guardia. Maryam y Yosef habían pedido tomar el fresco media hora, y, puesto que las calles estaban casi vacías a estas horas, Bruno aceptó; eso sí, de mala gana.

Yosef apretaba la mano de Maryam mientras caminaban. Todavía le costaba creer que fuesen amantes, que en algún lugar, lejos de esa locura, los esperaba una nueva vida. Pero, sobre todo, como había perdido la confianza en sí mismo, no entendía por qué alguien como Maryam lo quería, ni siquiera un poco.

Ni a él ni a ella les molestaba que todavía lloviznara, el mero hecho de respirar aire fresco y percibir la ciudad dormida alrededor ya era un alivio.

—¿Cómo es? —inquirió Maryam.

Yosef sabía que se refería a Krämer, pero no contestó de inmediato. La mano de Maryam estaba caliente, como si perteneciera a otro mundo, no al mundo en el que acababa de estar. Krämer lo había alterado, lo había hecho sentirse desnudo e indefenso, precisamente porque no sabía cómo protegerse de lo que había aprendido esa noche, o sea, que su enemigo era tan humano como él; que, como él, tenía defectos y que no era inmune a las heridas y los pesares. Había acudido a la habitación de Krämer con la intención de despreciarlo u odiarlo, sin embargo, ambas emociones le resultaban imposibles. Era imposible establecer la relación. Sus propios demonios, los demonios que poblaban los sueños de Bruno, David y Amelia, eran hombres jóvenes que vestían un elegante uniforme negro y brillantes botas negras. No eran funcionarios jubilados de suave cabello blanco cuyo rostro lucía las marcas de la pena y el dolor humanos. No compadecía a Krämer, ni lo quería ni lo entendía; simplemente no podía juzgarlo, y sabía que Krämer no podía cargar con toda la culpa solo.

—¿Que cómo es? Krämer no se parece a nadie que haya conocido antes. En cierta forma, me recuerda a mi padre, pero lo miro y no se le parece en absoluto, y me pregunto cuál de los dos es el que nunca he conocido, si Krämer o mi padre...

Conversaron largo rato, acurrucados en el portal de un teatro de marionetas como adolescentes enamorados que saben que tendrán que regresar pronto a casa y tratan de sacarle todo el jugo a los pocos minutos que les quedan.

—Se está haciendo tarde —comentó Yosef mirando su reloj—. Le he prometido a Bruno que no tardaríamos.

Regresaron a la farmacia. Frente a una tienda de electrodomésticos vieron una fila de pantallas de televisión encendidas, todas sintonizadas en la misma cadena. Como si la nación entera no se hubiese hartado aún de verlo, pasaban de nuevo las tomas de los asesinatos acaecidos esa mañana. Lo vieron unos segundos, se volvieron y se alejaron bajo la lluvia, en la oscuridad.

—*Signor Weiss*, tengo algo para usted. —La voz de Giancarlo rebosaba regocijo, deleitada tensión—. La calidad no es buena, nuestro hombre tuvo que usar un micrófono parabólico desde lejos, pero se entiende lo que dicen. Hablan en hebreo, pero lo he hecho traducir.

Silencio. Un susurro, como de viento, el ruido del tráfico aumentó, se redujo.

Pasos.

—¿Cómo es?

La voz de Maryam se oía entrecortada aunque se entendían las palabras por separado. Giancarlo leyó la traducción por encima del sonido de la cinta. Un largo intervalo, acompañado de más ruidos de tráfico y algo que podía ser llovizna cayendo sobre cristal. Entonces, molesta, fluctuante, surgió la voz de Yosef por encima de las interferencias.

—¿Que cómo es? Krämer no se parece a nadie que haya conocido antes. En cierta forma, me recuerda a mi padre, pero lo miro y no se le parece en absoluto, y me pregunto cuál de los dos es el que nunca he conocido, si Krämer o mi padre...

La oscuridad se ensanchó y se contrajo en torno a Yosef como si una gruesa tela negra le tapara los ojos. Aquí abajo, donde nunca podría haber más luz que la eléctrica, donde la luz del sol no penetraba, ni podría penetrar nunca, la oscuridad poseía una cualidad especial, como si la hubiesen almacenado y reforzado desde el principio de los tiempos.

Yosef parpadeó y se incorporó. A su lado, Maryam dormía a pierna suelta. Cuando Yosef se movió, la rozó y ella se dio la vuelta murmurando. Deseaba despertarla y hacerle el amor, un hechizo contra la oscuridad, pero no podía interrumpir su sueño. Él mismo apenas había conseguido dormir unos minutos desde que se acostó. Su mente, demasiado confusa, le impedía relajarse, sólo le permitía dormitar a ratos, sin llegar a descansar. Repetía una y otra vez la conversación con Krämer, parecía que cada palabra y cada gesto se le hubiesen grabado en profundidad como glifos sobre piedra dura.

Se sentó apoyado en la almohada, aguzó el oído, por si oía algo que le indicara que había vida fuera de aquella habitación. No sabía qué hora era, pero supuso que sería muy tarde. Lo primero que oyó fue el taconeo de pasos rápidos y luego una puerta que se abría. Silencio, fugaz, roto por el grito repentino y enojado de un hombre. Yosef se enderezó y escuchó atentamente. Más pasos, un chillido y luego, fríos y odiosos, dos disparos, uno detrás del otro en rápida sucesión.

Reaccionó rápidamente y tapó la boca de Maryam cuando ésta despertó, le susurró unas cuantas palabras apresuradas al oído y le pidió que no hiciera ruido.

—Han llegado. Levántate, quiero que estés preparada para salir corriendo. Voy a por Krämer.

Rodaron sobre sí mismos, se bajaron de la cama, cogieron su ropa del suelo y se dirigieron a gatas hacia la pared del fondo, junto a la puerta. Yosef no tenía arma y en la habitación no había nada con qué defenderse. Se puso los tejanos con dificultad, pegado a la pared. Otra ráfaga de disparos, más gritos, sollozos de alguien malherido, la voz de Amelia, suplicante y luego cortada.

La puerta se abrió de golpe y una franja de luz cayó sobre el suelo y la cama. Yosef se tensó, sabía que lo que ocurriera en los próximos segundos decidiría no sólo el destino de Maryam y el suyo, sino también el de incontables personas.

Un hombre entró; vestía de negro de pies a cabeza, tapada ésta por un pasamontañas. Una cinta al cuello sujetaba la metralleta con que apuntaba hacia delante. Yosef dejó que diera otro paso, tiró un zapato contra la pared opuesta y,

cuando se giró, se abalanzó sobre él. El intruso se retorció en un intento de quitárselo de encima, pero Yosef ya le había rodeado el cuello con un brazo. Tiró hacia atrás y hacia arriba con un movimiento fluido; el cuello del pistolero empezó a ceder, de pronto las vértebras aplastadas cedieron también, y el cuerpo, ya inerte, se estrelló contra el suelo. Yosef le arrancó la metralleta de las manos y miró hacia la puerta.

Fuera, con tanta confusión, nadie se había percatado de lo ocurrido. Yosef se volvió a medias y con un gesto pidió a Maryam que aguardara.

—Quédate aquí —siseó—, voy a ver qué pasa.

No sabía si querrían a Krämer vivo o muerto, pero estaba seguro de que habían venido a por él. Si ya estaba muerto, lo más que podía esperar era sacar a Maryam y a sí mismo de allí. Weiss habría mandado a hombres bien equipados con órdenes de eliminar a todos los que estuvieran en el refugio, y Yosef no se hallaba en condiciones de impedirlo.

La disposición del refugio era simétrica y contaba con una sola salida, la de la farmacia. Una escalera que partía desde la trastienda daba a un largo corredor central, por el que los miembros de la redada habrían accedido al complejo. Los extremos y el centro del pasillo bifurcaban en pasajes más cortos, cada uno de los cuales terminaba en una larga sala rectangular. Cuatro cuartos más pequeños daban directamente al corredor central.

El largo pasillo se extendía unos metros en el extremo más lejano hasta un bajo muro enyesado, al otro lado del cual, según Bruno, se encontraba el primero de los túneles más antiguos a los que se había añadido el refugio con el fin de proporcionar mayor espacio.

El alojamiento de Krämer —un dormitorio, una sala, una cocina y un cuarto de baño— era el resultado de la división en cuatro de una de las salas largas. Él lo llamaba, sin ironía, su *Konzentrationslager* y encima de una de las puertas había escrito «Wahrheit macht Frei», la verdad os hará libres, no tanto en son de burla como de pena.

La habitación en la que dormían Yosef y Maryam estaba en el último de los cortos pasillos que bifurcaba del corredor y que correspondía al alojamiento de Krämer. Al salir por la puerta abierta, vio a dos hombres arrastrar al anciano y doblar en la esquina hacia el corredor principal. Al igual que el primer hombre, ellos también llevaban pasamontañas y vestían de negro. Krämer llevaba pijama, iba descalzo y su cabello estaba despeinado.

Yosef corrió hacia la esquina y los siguió. En las habitaciones al otro extremo del pasillo se oían todavía disparos esporádicos. Yosef se dio cuenta de que, si permitía que avanzaran mucho más, Krämer se encontraría con el grupo principal y entonces sería imposible rescatarlo. Pulsó, pues, el mecanismo de descarga poniéndolo en función de tiro a tiro, levantó la metralleta y disparó a la espalda del hombre que

estaba a la izquierda de Krämer; el hombre trastabilló y cayó, tirando del anciano. El otro hombre fue lo bastante rápido para soltar a éste en el último momento, dio media vuelta y levantó su arma, pero Yosef ya le apuntaba. Un segundo disparo penetró su sien izquierda y el hombre cayó allí mismo.

Yosef corrió hacia Krämer y lo ayudó a ponerse de pie.

—¿Se encuentra bien?

Krämer lo miró y sonrió. Su rostro resultaba extrañamente calmado y sus ojos, más perplejos que espantados.

—Está perdiendo el tiempo —dijo—. Le agradezco que lo intente, pero es demasiado tarde. Sólo hay una salida y no llegaremos hasta la escalera.

—No pienso salir por allí.

Yosef recogió la metralleta que había soltado uno de los secuestradores de Krämer.

—¿Sabe usar una de éstas? —preguntó.

Krämer negó con la cabeza.

—Seguro que lo entrenaron —protestó Yosef—. Estaba en las SS, le proporcionaron formación militar.

—Estaba en las SS, sí. —El anciano sonrió—. Pero era un funcionario de oficina, tenía el derecho de llevar el uniforme, pero nadie esperaba de mí que luchara. Lo siento.

—De acuerdo. Vámonos antes de que venga alguien.

Yosef se echó el arma al hombro y ayudó a Krämer a caminar pasillo abajo.

En el otro extremo, el tiroteo continuaba, si bien escaso y disperso ya, como si una sola persona mantuviera a varias a raya. Yosef experimentó un fugaz impulso de ir en ayuda del único superviviente, pero sabía que sería un gesto inútilmente heroico. Su deber consistía en sacar de allí a Otto Krämer si era posible.

Fueron a toda prisa hacia la esquina. Maryam se hallaba en la bifurcación, vestida y preparada.

—¡Coge las linternas! —le gritó Yosef.

Les habían dado dos linternas para iluminar su habitación o por si se iba la luz eléctrica, puesto que, para ahorrar combustible para el generador, Brano apagaba toda bombilla que no fuese estrictamente necesaria.

Maryam entró corriendo en el dormitorio y salió al cabo de un momento linternas en mano.

En ese momento, otros dos invasores llegaron al pasillo y vieron a Yosef y a Krämer. Dudaron. Temerosos de contravenir las órdenes no querían disparar contra el viejo. Yosef empujó a Krämer detrás del muro, se agazapó a la vez que ponía en posición de automático el mecanismo de descarga y soltó dos ráfagas antes de que sus adversarios tuviesen tiempo de evaluar la situación.

Un hombre cayó; el otro dejó caer su metralleta, se agachó para recogerla, cambió de opinión y corrió a refugiarse en el pasillo del que venía.

Yosef gesticuló para que Maryam cruzara.

—Según Bruno, la pared del fondo, allí, está hecha de listones y yeso. El túnel se extendía hacia un laberinto de túneles más antiguos y Bruno hizo poner esta pared para delimitar esta zona. Supongo que no me será muy difícil abrir un hueco, pero necesito que alguien mantenga a raya a nuestros amigos. ¿Sabes usar una metralleta?

—Acuérdate —contestó Maryam, negando con la cabeza—, que tu sabio gobierno no me permitió servir en las fuerzas armadas. Si hubiese sido un niño judío, me habrían dejado disparar y matar con los mejores, pero nosotros, los árabes, sólo servimos para arrojar piedras a los soldados.

Yosef casi sonrió, pero se limitó a decir:

—De acuerdo, tendrás que aprender rápido. —Le tendió la segunda metralleta capturada—. Esto es para que dispare automáticamente. El retroceso es bastante fuerte, así que ponte en el hombro algo que haga de almohadilla. No te preocupes por apuntar, lo que quieres es mantenerlos lo más lejos posible. Dispara cortas ráfagas y entre cada una mira a ver qué hacen. Y resguárdate bien detrás de la pared.

Corrieron hacia la última curva. Detrás de ellos, tres invasores ya habían echado a andar por el corredor central. Yosef se volvió y les disparó. Al llegar a la esquina, Yosef volvió a poner el mecanismo de descarga en tiro a tiro, se parapetó detrás de la pared y disparó dos veces, con lo que dos de los atacantes cayeron y el tercero corrió hacia el extremo opuesto. Obviamente, no esperaban más que una resistencia simbólica.

Maryam sustituyó a Yosef en la esquina. La pared de yeso se hallaba a pocos metros.

—¿Con qué piensas agujerearla? —inquirió Maryam.

Yosef señaló uno de los pesados extintores de fuego situados en cada extremo de cada pasillo del refugio: con una única salida, una de las prioridades al remodelar el complejo fue la protección contra incendios.

Krämer se sentó junto a Maryam, abrazando la otra metralleta.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Yosef.

Krämer asintió con la cabeza, sonrió y acarició el arma.

—Puede que no sirva de mucho, pero puedo apuntar y disparar si hace falta. No dejaré que me cojan vivo. Eso es lo que quiere Weiss, ponerme delante de un ridículo tribunal para humillarme y advertir a los demás. Prefiero morir aquí abajo.

Maryam echó una ojeada al pasillo, vacío todavía, aunque lleno de los ecos de voces bruscas y el taconeo de unos hombres que corrían. Frente a ella, sobre la burda pared gris, resaltaba una larga mancha parda causada por el óxido de una tubería que goteaba. Krämer le dio la camisa de su pijama, ella la enrolló formando una especie

de almohadilla que minimizara la fuerza del retroceso, y se la metió entre el hombro y la culata de la metralleta. Tenía un nudo en la garganta y la sentía seca, le temblaban las manos y quería vomitar.

Yosef se aseguró de que estuviese lo mejor parapetada posible, se volvió y empezó a golpear la pared con el extintor. Con cada golpe se llevó un trozo de yeso y entonces se oyó un chasquido: había traspasado una fila de listones. Una docena de golpes más y el agujero era lo bastante grande para que pasaran por él. A sus espaldas, Maryam dirigió una rápida descarga de lado a lado del pasillo.

Desde el otro extremo siguieron numerosas descargas, con lo que una ráfaga de balas fue a dar contra la pared, desgajándola, y erró a Maryam por los pelos. Ella se echó atrás, temblorosa, y soltó el arma, que cayó con estrépito al suelo. Le dolía el hombro y se le había entumecido el brazo. Nunca antes se había sentido tan aterrada ni tan vulnerable. No obstante, cuando los disparos del otro extremo cesaron, cogió su metralleta y volvió a posicionarse en la esquina. Respiró hondo y se asomó.

En el intervalo un hombre había corrido hasta la primera bifurcación. Vio a Maryam y abrió fuego; a cubierto de sus disparos, otros tres corrieron, salvando la corta distancia que los separaba de él. Se encontraban a pocos metros del fondo del pasillo.

Yosef le quitó el arma a Maryam.

—Coge una linterna y ayuda a Krämer a pasar. Sigue adelante hasta que encuentres una salida.

No tenía idea de lo que encontrarían allí, pero sabía que era su única esperanza, por muy tenue que fuera, de perder a sus perseguidores en el laberinto de túneles más allá de la pared.

—Llévalo con Mortara —prosiguió—. Lo encontrarás por medio de la sinagoga. Que lo escondan hasta que se presente en el juicio. Si es preciso, ponte en contacto con Baruch Caplin en la embajada israelí en Roma, te dará toda la ayuda que necesites. —¿Y tú?

Yosef no pudo mirarla a los ojos; sus manos no podían tocarla. Ojalá estuviesen en cualquier otro lugar, ojalá estuviese muerto. No iba a despedirse ni iba a escuchar la despedida de ella.

—Me quedo aquí para mantenerlos a raya. Lo más importante es sacar a Krämer de aquí.

—No voy a dejarte.

—No me obligues a suplicarte. Todo lo que hemos aguantado ha sido para esto, para que este anciano se presente ante un tribunal. Por eso murieron mi hermana, Aryeh y los demás. Por favor, no me obligues a pedírtelo de nuevo.

Los hombres se iban acercando, ya se hallaban a escasos metros, se deslizaban pasillo abajo. Yosef sabía que cuanto más tiempo se demoraran, tantas más



posibilidades había de que los mataran, a ella, a Krämer y a él. La vio mirarlo, vio las lágrimas en el rabillo de sus ojos, vio cómo la rabia se enfrentaba a la pena.

Le dio bruscamente la espalda y fue hacia la esquina; sostenía el fusil como si fuese todo menos un arma. Armado se sentía más indefenso que desnudo en brazos de Maryam. Se apoyó, tieso, en la pared y se llenó los pulmones de aire pese al esfuerzo que le supuso respirar. No soportaba la idea de no volver a verla. Echó una ojeada por encima del hombro y la miró: la luz de la linterna formaba una aureola sobre su cabeza. Segundos después, desapareció.

A unos veinticinco metros de la pared, el pasillo acababa en una T, cuyos brazos se extendían hacia la oscuridad, sin que nada indicara cuál se había transitado más o cuál los llevaría afuera. Se dieron cuenta en seguida de que hacía tiempo que no se usaba esta sección de la red. A diferencia de los muros del corredor del que venían, la superficie de los de aquí, sin enyesar y sin pintar, era áspera; parecía que nunca se pretendió destinarlos a cobijar a seres humanos. El techo era más bajo y parecía que el aire había perdido toda vida, como si nadie hubiese respirado allí en varios siglos.

Maryam vaciló. Sin ayuda, Yosef no encontraría el camino, ni podría decidir por dónde ir. A su lado, Krämer ya daba muestras de fatiga. Además de los efectos del shock que le había provocado verse capturado y rescatado, le costaba respirar aquel aire viciado. Cuando se detuvieron, se apoyó en la pared, e inspiró hondo varias veces; el aire le atravesó los pulmones como si fuese una sierra sin filo. Maryam se preguntó cuánto más aguantaría.

Todavía estaba aturdida por lo ocurrido, incapaz de asimilar la idea de que quizá nunca volviera a ver a Yosef. Debía afrontar la posibilidad de que ella tampoco saliese viva de esos túneles. Miró al anciano, observó su piel cetrina y sus ojos hundidos; se preguntó por qué su vida merecía la pérdida de tantas otras. Le habría resultado fácil cargárselo, ese hombre que era como una vela que llevaba demasiado tiempo encendida e iluminaba demasiado poco. Yosef valía más que mil Krämer, pensó, y, sin embargo, estaba sacrificando su vida por la seguridad del viejo. Suspiró. A su espalda, resonaron varios disparos.

Tomó una decisión. Se agachó y buscó una piedra en el suelo desigual. Encontró una que se le antojó adecuada y la usó para gravar apresuradas y mal formadas letras en la pared. Eran apenas visibles, y rezó porque Yosef se detuviera el tiempo suficiente para verlas y leer lo que le había escrito, en hebreo para que sólo él lo entendiera: «Hemos ido a la derecha. Necesitamos ayuda».

Soltó la piedra y, con gentileza, asió al anciano del brazo.

—Tenemos que irnos. Apóyese en mí.

Yosef dejó de apretar el gatillo. Seguía disparando tiro a tiro, apuntaba cuidadosamente a cualquier invasor que fuera lo bastante tonto como para dejarse ver. Había herido a uno en el brazo derecho y a otro en el muslo; éstos habían regresado a la tercera bifurcación a vendarse las heridas.

Pero sabía que no podría continuar así mucho tiempo. Si decidían atacar en masa su posición, poco podría hacer para detenerlos, aparte de vaciar el cargador en una acción defensiva que llegaría a su fin en cuanto disparase la última bala. A partir de entonces no contaría más que con sus propias manos. Tendría que mantenerlos a raya el mayor tiempo posible y luego, quizá, atraerlos hacia los túneles.

El silencio aumentó, poco a poco, hasta casi ensordecerlo; cada sonido, por mínimo que fuera, semejaba una explosión. Yosef se acercó a la esquina y se asomó. Un hombre alto se hallaba al fondo del pasillo. No llevaba casco ni arma, una mano descansaba en el pomo de su brillante bastón.

Yosef se echó atrás. El hombre habló en voz alta, perfectamente audible en los estrechos confines de esos muros, con su extraña acústica y sus ecos desequilibrados.

—Señor Abuhatseira, permítame presentarme. Soy Gerhard Weiss. Creo que sabe quien soy o ha adivinado que existo. Discúlpeme si le hablo en inglés, pero no hablo hebreo y estoy seguro de que usted no habla ni alemán ni italiano.

Se produjo una corta pausa; parecía que Weiss estaba organizando sus pensamientos. El silencio volvió, un silencio preñado de lo que iba a decir.

—Supongo que en este momento se siente usted como esos antepasados suyos que prefirieron morir en Masada a ceder ante el poder de Roma. No fue una elección deshonrosa. En su bunker de Berlín, mi propio Führer y sus compañeros tomaron la misma decisión y más o menos por las mismas razones.

»Pero no siempre es la mejor elección. Ya han muerto demasiadas personas para proteger a un solo hombre; todas han desperdiciado su vida por una quimera. Otto Krämer no le sirve de nada, ni a usted ni a la causa sionista. Mi gente ya tiene testigos, hombres y mujeres de carácter intachable que declararán que el hombre al que ustedes llaman Krämer es un impostor, que el verdadero Otto Krämer murió hace años en el exilio.

»Estos testigos no son ni nazis ni personas que simpatizan con el nazismo. Uno o dos son judíos. No importa que su testimonio no sea cierto, ni importa que Krämer sea quien es o un sustituto. Lo que importa es que una vez acabado el juicio, con las dudas que habremos sembrado, el veredicto será inevitable: Pier Maria Pacchia será declarado inocente. Y poner en tela de juicio el mito sionista del Holocausto seguirá siendo legal. Cuando hayamos ganado en Italia, plantaremos el asunto ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, y le aseguro que volveremos a ganar.

»Esto, por supuesto, considerando la posibilidad de que consigan que este tal Krämer llegue vivo al tribunal. De momento, me parece muy poco probable. Dentro de un momento, mis hombres atacarán todos juntos. Usted morirá. La señorita Shumayyil morirá. Krämer, o quienquiera que sea, morirá.

»Preferiría acabar con esto de modo más fácil. Entrégueme ahora mismo a Krämer, y usted y su amiga podrán irse. Le doy mi palabra... y treinta segundos para

decidirse.

Por toda respuesta, Yosef salió a la apertura y soltó una ráfaga automática en dirección a Weiss, pero éste ya se había parapetado y las balas sólo dieron con el hormigón.

Yosef dejó de disparar. El largo discurso de Weiss no había surtido ningún efecto. Para empezar, no creía en absoluto que Krämer fuese un impostor, Weiss no se habría esforzado tanto en encontrar y matar a un hombre cuya identidad pudiese ponerse en tela de juicio ante un tribunal. Pero ahora lo que importaba no era la credibilidad de Krämer, y ni siquiera el resultado del juicio contra Pacchia; quizá nunca hubiesen sido lo más relevante. Lo que importaba de veras era que un hombre había encontrado, en su conciencia, el valor de hablar y de rechazar, al cabo de tantos años, todo lo que había sido. Eso era lo que importaba, eso y el hecho de que otros se habían arriesgado o habían dado la vida voluntariamente para que pudiera hacerlo.

De la nada surgió un zumbido seguido de un estrépito. De pronto, el aire se llenó de humo acre y asfixiante. Le echaban gas lacrimógeno para vencerlo sin arriesgarse más. Desprotegido, se echó hacia atrás, trastabillando y tosiendo. Casi soltó el arma por la abrumadora necesidad de taparse los ojos y aliviar el escozor.

Medio ciego y medio asfixiado, se metió como pudo por el agujero en la pared y corrió túnel abajo. Se detuvo un momento para sacarse un pañuelo del bolsillo del pantalón, se echó el fusil al hombro, se tapó bien la boca con el pañuelo y echó a correr. Con la otra mano encendió la linterna e iluminó el suelo y las paredes con su ancho haz.

El túnel, un estrecho pasaje de piedra vieja y barro compacto apuntalados con vigas de madera, se extendía con toda su oscuridad delante de él; el velo que le cubría los ojos lo tornaba incluso más borroso. Contuvo el aliento, se limpió los ojos con el pañuelo y volvió a taparse la boca. Le era preciso ver cuanto pudiera en esa oscuridad, pero lo era aún más evitar que el gas se le metiera en los pulmones, pues con sólo toser o carraspear involuntariamente se delataría.

Avanzó tambaleante, sin dejar de parpadear para ver a través del velo de lágrimas con que sus ojos, que aún le ardían terriblemente, intentaban deshacerse de lo que quedaba del gas. Las paredes del túnel bailaban, la luz se dividía en miles de fragmentos centelleantes y transformaba el círculo de su visión en un caleidoscopio que no cesaba de girar. Atrás, oía voces, voces duras que gritaban, y pasos apresurados que corrían.

Respiró hondo de nuevo y se secó los ojos. La vista se le aclaró y tuvo tiempo de ver una pared delante. Movié la linterna hacia la derecha y hacia la izquierda. De allí salían dos túneles laterales, el uno tan oscuro como el otro. No sabía por dónde habían ido Maryam y Krämer. Cuando volvió a mirar la pared, ya se le había velado la vista y la piedra le resultaba borrosa. Los pasos se acercaban. Sus perseguidores ya

estaban en el túnel a punto de alcanzarlo.

Giró sobre los talones y disparó tres cortas ráfagas. Pronto se le vaciaría el cargador. Si supiera qué túnel había escogido Maryam, podría llevarlos en la dirección contraria.

Se agachó, se secó los ojos y miró atentamente el suelo, a un lado y a otro. Justo cuando su vista empezaba a nublarse de nuevo, vio dos huellas profundas en la entrada del túnel de la derecha. Las borró con los pies, se volvió y se dirigió hacia la otra apertura. Esperaría a que llegaran a la pared y abriría fuego. Haría de flautista de Hamelín y atraería a todas las ratas. No importaba que no se ahogaran, con tal de que lo siguieran.

El mundo era un haz de luz blanca y todo lo que éste contenía. Avanzaron a trompicones por el túnel, atosigados por los gritos a sus espaldas y por los demonios que cada uno llevaba en el alma. Paredes de barro oscuro apuntaladas por tablas de madera, techos de vigas de roble cubiertas de polvo y antiguas telarañas, suelos jaspeados por las huellas de hombres muertos mucho tiempo antes.

Maryam olfateó algo desagradable. Habían usado algún tipo de gas y unas finas e insidiosas volutas se habían abierto paso hasta allí. De reojo miró a Krämer, cojeaba aferrado a su brazo, apoyado en él; el esfuerzo de andar rápido repercutía en su pecho y Maryam se dio cuenta de que quizá sus pulmones no resistirían si los gases se volvían más densos. Ojalá Yosef se apresurara, pensó. No estaba segura de que, sola, pudiera sacar a Krämer.

El túnel se estrechó, imperceptiblemente al principio y luego de forma notable; se encogió y les obligó a doblarse primero, a encogerse después y finalmente a gatear. Maryam no había visto ninguna apertura, nada que sugiriera una ruta alternativa, y sólo tenían dos posibilidades... o avanzaban o retrocedían.

—Espere aquí —dijo, al ver que a Krämer le costaba mantener su ritmo, en parte por el esfuerzo que suponía gatear y, en parte por el aire viciado de gas, que se volvía menos denso.

Avanzó a rastras con la linterna en una mano; a pesar de todo, esperaba que el túnel se ensanchara. Al cabo de unos metros perdió la esperanza: el túnel acababa abruptamente en un muro de barro sólido en el que se veían aún las marcas que habían dejado herramientas desechadas hacía va mucho tiempo. No había salida.

Yosef tropezó y se levantó. El túnel avanzaba serpenteante, parecía que seguía un curso natural, pero ¿cómo saber si para labrarse camino entre afloramientos de rocas o para evitar una de las cuatro principales vías fluviales de Turín? Aprovechando las curvas, Yosef apagaba la linterna hasta doblar una esquina; entonces la encendía y dirigía brevemente el haz hacia delante a fin de comprobar cómo era la siguiente sección. Pese a lo torpe de su avance, no podía arriesgarse a que los que lo perseguían identificaran su posición gracias a la luz.

A sus espaldas, en algún lugar, oía sus pasos y, ocasionalmente, sus voces aún distantes, aunque cada vez más cercanas. Si doblaba donde no debía, si dudaba demasiado, les daría la ventaja que buscaban, de modo que apretó el paso y rezó para

que Maryam ya hubiese encontrado la salida.

A su derecha apareció un túnel lateral, más bajo y estrecho que el que había seguido hasta ahora. Hizo una pausa brevísima, pero el instinto le aconsejó no arriesgarse; era más probable que la ruta principal lo llevara a una salida.

El túnel dobló hacia la derecha, luego a la izquierda y después siguió recto. Al cabo de unos metros, con ayuda de la linterna, vislumbró una apertura a la izquierda. Al principio pensó que sería otro túnel lateral, pero cuando lo iluminó vio que no era sino un almacén caído en desuso, con el suelo lleno de pequeños cajones de madera, muchos de ellos rotos y cubiertos de moho, sacos podridos en montones desordenados y, en una esquina, una pila de polvorientas botellas con tapón.

Entró sin dudarle. En cuestión de segundos cogió media docena de sacos enmohecidos y, con la cara hacia la entrada del almacén, se cubrió con ellos, dejando sólo una estrecha apertura por la que poder mirar. Se le había ocurrido una idea.

De nada serviría volver a usar el gas hasta estar seguros de que habían arrinconado al judío y a sus amigos. Weiss les había ordenado no disparar demasiadas cargas de gas en un espacio tan restringido, pues podrían acabar con ese traidor de Krämer y eso era algo que no deseaba en absoluto; quería al viejo vivo, quería usarlo para dar una lección a los otros, y sus hombres se encontraban allí para cumplir con sus deseos.

Estaban seguros de que iban ganándole terreno a su presa. Su jefe, un tal Vitale, los detuvo un par de veces a fin de escuchar: en una ocasión oyeron pasos apresurados más adelante y luego de vuelta el silencio. Convencido de que Krämer se estaría debilitando, Vitale creía que, si lograba persuadir al judío de que resultaría inútil tratar de continuar adelante con el viejo, podría poner fin a esta situación sin derramar más sangre. Por supuesto, no sabía lo que Weiss querría hacer con el judío o con la mujer árabe cuando los tuviera en sus manos, pero eso no era de su incumbencia; a él lo habían entrenado para que obedeciera órdenes, y eso pretendía hacer.

Vitale, profesor universitario de física en la vida cotidiana, se paró y levantó una mano. El destacamento entero se detuvo y el túnel se llenó de un silencio tan repentino que casi les cortó el aliento. Vitale iluminó el pequeño cuarto a la izquierda con su linterna, una habitación cavada en la tierra y apuntalada con burdas tablas de madera. Viejas cajas, sacos, un montón de botellas. Pasó el haz de arriba abajo, pero nada se movió.

—Vamos —dijo—, aquí no hay nada.

Avanzaron, poco a poco, en fila india, atrapada la cabeza en sus cascos y sus máscaras antigás, con la impresión de que su respiración retumbaba en los oídos.

Maryam ayudó a Krämer a tumbarse en el suelo. El anciano respiraba con dificultad y la angustia de la mujer crecía por momentos. Lo peor había sido regresar al punto donde se bifurcaban los túneles, pues allí la concentración de gas era mayor y Krämer se había visto obligado a taparse la cara con la camisa del pijama para protegerse todo lo posible. Pese a ello, había inhalado más de lo que le convenía y, de momento, no se sentía capaz de seguir.

Maryam sabía que Yosef había sido por el otro túnel y que la única esperanza para Krämer consistía en que ella lo encontrara, de modo que dejó al anciano apoyado en la pared y echó a andar pasaje abajo.

Yosef aguardó a que pasara el último hombre y salió de nuevo al túnel. Sabía lo que quería, pero al pensar en el riesgo casi se dio la vuelta para ir en dirección contraria.

Costaba calcular el espacio y la distancia en la oscuridad. Oía a los intrusos poco más adelante, y cuando dobló en la siguiente curva vio de repente el brillo de una linterna dibujar un arco poco firme por el techo. Descalzo, tan silenciosamente como podía, salvó a toda prisa la distancia entre él y el último hombre. Habiendo visto los cascos y las máscaras cuando pasaron por la entrada del almacén, se dio cuenta de que no repararía en él, aunque esas mismas máscaras le impedirían silenciarlo con rapidez y eficacia tapándole la boca con la mano.

Se hallaba a escasos centímetros del hombre cuando supo que éste había percibido su presencia. El intruso hizo una pausa y se volvió a medias; Yosef le cubrió la cara con un brazo y lo obligó a pararse del todo y, casi al mismo tiempo, le propinó un golpe en la carótida con el canto de la mano. El fuerte golpe cortó el flujo de sangre al cerebro y el cuerpo del hombre se relajó y cayó hacia atrás. Yosef sostuvo el peso y atrapó el fusil que caía de sus dedos sin vida.

Le arrancó el casco y la máscara. Decidió que el casco no le hacía tanta falta como la máscara, un liviano respirador Schermuly con el filtro a la izquierda, se había familiarizado con ella en la brigada antidisturbios. Se la puso y de inmediato sintió que respiraba mejor.

El hombre vestía camisa, pantalón y cinturón negros; a este último iban sujetos varios cargadores adicionales y Yosef lo desabrochó, sin dejar de aguzar el oído, por si regresaban los colegas del muerto. De pronto se fijó en que, además de los cargadores, el cinturón llevaba una bolsa que contenía una granada de mano.

En un principio lo que había planeado era arrastrar el cuerpo al túnel lateral, dejarlo allí y esconderse de nuevo en el almacén, dejando así que sus perseguidores continuaran avanzando por el pasaje, lo que le permitiría llegar a la salida por el túnel principal.

Sin embargo, ahora se le ocurrió una idea mejor. Dejó al muerto allí mismo y regresó raudo y veloz al almacén. A toda prisa rasgó uno de los sacos debajo de los



cuales se había escondido. Como esperaba, estaba medio podrido y se deshizo con facilidad, a pesar de que el cordel con el que lo habían cosido era de un material más duradero. En cuestión de segundos Yosef tenía unos dos metros de cuerda lo suficientemente resistente para lo que pretendía hacer.

De nuevo en el túnel, escuchó, lleno de inquietud, por si oía pasos que regresaban; pero lo único que percibió fue el viejo silencio, intensificado por la ausencia de cualquier sonido que no fuese su propia respiración. Supuso que sus perseguidores no habrían descubierto aún que ya no iba delante de ellos, pero en cualquier momento se darían cuenta de que perseguían a un fantasma.

A unos metros del almacén, dos tablas soportaban una viga del techo. No le resultó muy difícil meter la granada detrás de una de las planchas, encajada en la pared de barro a unos treinta centímetros del suelo y con la espoleta hacia el túnel.

Ató un extremo de la cuerda a la espoleta y el otro a la tabla al otro lado del pasaje. En cuanto alguien tropezara con ella, la cuerda tensada arrancararía la espoleta y la granada explotaría en escasos segundos. Si sus perseguidores regresaban por allí, harían caer el techo y Yosef podría irse por el otro túnel.

Echó a andar por el túnel, con un fusil en las manos y el otro en el hombro. Ahora que se sentía casi seguro se permitió relajarse un poco, pero lo asaltó una repentina y terrible sensación de pérdida; la idea de que quizá no viera nunca más a Maryam corrió por sus venas como un veneno. La oscuridad a su alrededor pareció hacerse más profunda, todos los silencios que contenía se multiplicaron, se fundieron, y él se convirtió en el corazón de ese nuevo silencio, un corazón que latía solo.

Al doblar la siguiente esquina se detuvo con todos los músculos tensos y aguzó el oído. Unos pasos venían desde el búnker, no sabía cuántos, pero supo que no podía arriesgarse a seguir adelante. Ya que aún no había alcanzado el túnel lateral, no le quedó más remedio que dar media vuelta para regresar al almacén.

Tardó medio minuto en llegar y unos segundos en cubrirse con los sacos. Aguardó con el corazón como un tambor, a sabiendas de que también quedaría atrapado si el segundo grupo de intrusos tropezaba con la cuerda antes de que pudiera escapar.

Los pasos se acercaron, amortiguados en un principio, más sonoros por segundos y entonces se dio cuenta de que pertenecían a una sola persona. ¿Sería Weiss? Yosef pensó que quizá fuese más sensato matar al recién llegado que arriesgarse a quedar atrapado en un túnel derrumbado. Se tensó y observó la entrada del almacén, ante sus ojos apareció el brillo de una linterna, tenue primero y más intenso a medida que se acercaban los pasos.

—*Alla sinistra o alla destra?*

Habían llegado a la segunda bifurcación. Según sus mapas, ambas direcciones

llevaban a una salida, pero necesitaban saber cuál habían elegido sus presas.

Vitale escuchó atentamente, pero no oyó nada. Su segundo jefe, Marco Nucci, se encontraba en la entrada del otro túnel; se había quitado el casco para oír mejor, si bien no parecía tener más éxito que su líder.

Lelio Buonconsiglio, metalúrgico de Pianezza, miembro del cuerpo de guardaespaldas del partido desde hacía cinco años y cuya opinión Vitale valoraba, dio un paso adelante.

—Señor, creo que nos han engañado, no creo que todos vinieran por aquí. Es posible que Krämer y uno de ellos fuesen por el túnel lateral frente al que pasamos hace un rato.

—¿Por qué estás tan seguro?

Buonconsiglio señaló el suelo.

—Hay bastante humedad en esta sección, señor, creo que estamos cerca del río. Usted ha dejado huellas allí y Marco ha dejado las suyas en la otra apertura. No veo ninguna más allá. —Iluminó el pasaje con su linterna—. Se escaparán si no regresamos ahora mismo.

En el último instante, justo cuando iba a saltar, Yosef se dio cuenta que era Maryam. Permaneció paralizado unos segundos, aturdido, y entonces, horrorizado se puso en pie y salió corriendo detrás de ella.

Se adentró en el pasillo gritando, advirtiéndole que no siguiera, pero la máscara antigás amortiguó su voz, se la cambió, y lo que de ella salió no era muy inteligible.

Demasiado tarde se percató de lo que había hecho. Maryam se volvió a medias, lo vio, un hombre alto con máscara antigás y fusil en la mano, le gritaba. No tuvo tiempo de pensar, no tuvo tiempo de hacer nada sino huir. Sin vacilar, se volvió y echó a correr, a correr a la mayor velocidad posible túnel abajo.

Yosef se arrancó el respirador, pero ella ya le daba la espalda. Cuando abrió la boca para gritarle de nuevo, vio que tropezaba con la cuerda y caía.

—¡Corre! —gritó en hebreo—. ¡Corre! —repitió en árabe.

El cuerpo de Maryam se puso en movimiento antes siquiera de que su mente entendiera lo que ocurría: empezó a levantarse, a correr.

Yosef la vio ponerse de rodillas y, al mismo tiempo vislumbró algo que se movía detrás de ella, más allá, túnel abajo, una luz que se agitaba frenéticamente, como si alguien corriera con ella en mano.

Un hombre gritó. Un estruendoso rugido apagó su voz en tanto la granada explotaba. La explosión sonó como el breve fragor de un trueno, amortiguado casi en seguida por la tierra que la absorbía. Horrorizado, Yosef lo observó. A la sucesión de ecos apagados en que se había convertido la onda expansiva la sustituyó otro sonido, el de tierra que caía, el del techo que empezaba a desmoronarse.

Incluso sabiendo lo que ocurrió después, para Yosef esos serían siempre los peores momentos de su vida. Cuando el estrépito cesó, cuando ya nada caía, cuando se asentó la gran nube de polvo y de escombros que llenó el túnel, cuando por fin pudo ver, tuvo la sensación de haber quedado aplastado, él también, bajo toneladas de escombros.

El derrumbe fue parcial, al parecer limitado al sector entre las tablas donde Yosef había preparado la explosión y las siguientes. Sin embargo, el túnel entero se había llenado de piedras y tierra y resultaba imposible saber hasta dónde se extendía el hundimiento en la otra dirección.

No estaba seguro de cuánto tiempo permaneció inmóvil junto a la pared de tierra que se iba asentando, pues ni sus pensamientos ni su cuerpo parecían pertenecerle ya, sino a otro ser no del todo humano. Lo que oyó más que nada, cuando se produjo el silencio, fue el latido de su corazón, el sonido más solitario del mundo, cada latido tan separado como el tañido de una campana en lo alto de una torre, con un alcance muy por encima de lo imaginable.

Más tarde se daría cuenta de que debió de escarbar bastante tiempo, pues sus manos sucias sangraban y tenía las uñas rotas. En algún momento debió de darse cuenta de que era inútil, de que ninguna mano humana podría arrancar esos incontables metros de roca y tierra. Estaba seguro de que Maryam había quedado enterrada bajo ese grotesco, inamovible montón de escombros, y con ella todo lo que había renacido, aunque brevemente, en él.

No muy lejos, encontró a Krämer echado en el suelo, donde Maryam se había visto obligada a dejarlo. El anciano estaba consciente, si bien débil y apenas capaz de moverse. Yosef le quitó la camisa del pijama de la cara y le puso la máscara antigás. A los pocos minutos su respiración se normalizó.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Yosef.

Por toda respuesta, Krämer agitó apenas la cabeza y alzó una mano pidiéndole tiempo.

En ese instante Yosef oyó ruidos que venían desde la bifurcación, donde el corto túnel llevaba al refugio; alguien venía por fin a investigar la explosión.

—Tenemos que salir de aquí. ¿Puede agarrarse a mi cuello si lo cargo?

El anciano asintió con la cabeza. Yosef se agachó y lo ayudó a subirse a su espalda. Con los brazos en torno al cuello de Yosef, quien le sostenía las piernas con las manos, Krämer se colgó sin fuerzas, como una muñeca de valor inapreciable que

un gesto descuidado o impetuoso podía romper.

El techo no era lo bastante alto para que Yosef se enderezase y se apoyara bien sobre las piernas, de modo que avanzó doblado tambaleándose; era menor el peso del anciano que el esfuerzo que cargarlo suponía a sus tendones. El taconeo de los pasos que se acercaban aumentaba por momentos y el corazón de Yosef se congeló al darse cuenta de que había dejado ambos fusiles en el almacén.

No llegarían hasta allí, sólo podían alcanzar el túnel lateral y esperar que los hombres que los seguían fueran por el túnel principal en busca de la fuente de la explosión. Con el oído izquierdo oía la voz del anciano, rasposa a través del filtro del respirador, y se preguntó cuánto tiempo resistirían sus pulmones sin aire fresco, aun con la ayuda de la máscara. Sus propios pulmones ardían, expuestos de nuevo al penetrante gas lacrimógeno, pero no se atrevía a detenerse, ni siquiera para usar un momento la máscara.

El túnel se le antojó eterno. Todavía llevaba la linterna en la cintura metida en el cinturón de municiones y de vez en cuando la encendía para hacerse una idea de cómo era la sección de más adelante. La oscuridad le pareció interminable, como si el trecho entre él y la salida se alargara constantemente, sin sentido y sin fronteras. Detrás de ellos alguien dijo algo con un grito que rebotó en las paredes y les llegó quebrado.

—¿Nos han visto? —inquirió Yosef.

—No —contestó Krämer resollando—. Siga andando.

Yosef apretó el paso. Tenía la impresión de que sus piernas cederían en cualquier momento y no se atrevió a preguntarse cuánto tiempo más los sostendrían, a él y a Krämer.

—Por favor —oyó que le decía la voz de Krämer, distorsionada por la máscara—, no deje... que Weiss me... coja... vivo.

—Haré lo que pueda —respondió Yosef resoplando con una voz inesperadamente desfallecida, debilitada por el gas y el esfuerzo que había precisado para llegar hasta allí.

—No, no, eso no. Tiene... que... matarme.

Yosef vaciló. Le resultaba impensable matar a alguien que no lo amenazaba; sin embargo, sabía que Krämer tenía razón, que sería sumamente cruel dejarlo en manos de Weiss y sus matones. En una ocasión, en el Líbano, un compañero le pidió lo mismo y él aceptó sin dudarle, aunque al final no hizo falta y pudo sacar a su amigo vivo de allí; pero sabía que, si hubiese sido necesario, lo habría matado y luego se habría suicidado. Weiss no se equivocaba: el espíritu de Masada seguía vivo.

No contestó. Necesitaba sus fuerzas para salvar los nueve metros que lo separaban del túnel más corto con Krämer a cuestas. Quería tumbarse, recuperarse antes de seguir: el pasaje lateral era mucho más estrecho y bajo que aquél por el que

iban, y le sería imposible cargar a Krämer. Tendrían que ir a gatas y arrastrarse, y si no había salida al fondo, morirían, lentamente, sin poder volver, sin poder regresar.

Los pasos que se acercaban decidieron por él. Miró a Krämer por encima del hombro.

—¿Podrá arrastrarse detrás de mí? Si se coge a mis manos, tiraré de usted.

—Lo intentaré. —Krämer había recuperado parte de su energía, ahora que respiraba mejor—. No perdamos tiempo.

Yosef se metió en el pasaje boca arriba, la cabeza primero, impulsándose hacia atrás con los talones. Krämer lo siguió, arrastrándose y deslizándose sobre las rodillas; Yosef tiraba de él con cortos arranques jadeantes.

Gerhard Weiss vaciló en la entrada del túnel lateral.

—¿Qué hay allí? —preguntó.

—No estoy seguro —respondió su comandante local, un hombre de baja estatura llamado Umberto Gui—. Voy a ver.

Gui rebuscó en su bolsillo y extrajo el plano de los túneles que había conseguido ese mismo día. Con un dedo nervioso siguió la ruta que él y sus hombres habían utilizado para tomar el refugio antiaéreo por asalto y encontró el túnel en el que se hallaban.

—*Sí, sí, é essatamente qui. Eccola.* —Señaló una línea corta—. Es un viejo túnel, de los que construyeron para que el agua de lluvia fuera a dar al río Dora Riparia en caso de inundación.

—¿Hay salida por allí?

Gui negó con la cabeza.

—No lo creo. Antes las había encima del río, recuerdo haberlas visto de niño; pero el *Consiglio Comunale* las mandó tapiar hace años porque constituían un peligro sanitario. Usted no cree que han ido por allí, ¿verdad?

—No lo sé, todo es posible.

Weiss iluminó la entrada. La luz de la linterna reveló una superficie plana de tierra batida, toscas paredes de madera y vigas en el techo a intervalos regulares. Ningún movimiento, ningún sonido, nada sugería que alguien había pasado por allí recientemente. Las hendiduras y raspaduras del suelo podían ser de seres humanos, mas no había huellas de pisadas. Weiss estaba nervioso, quería encontrar la fuente de la explosión e ir por un túnel tan estrecho como éste los retrasaría.

—Umberto, creo que vi unas latas de gasolina ahí atrás. ¿Puede pedir a uno de sus hombres que me traiga una? Que empape las paredes. En cuanto el fuego prenda en esta madera, el resto del túnel se incendiará. Lo prenderemos al salir.

Yosef estaba tumbado en el suelo resoplando; a su lado, Otto Krämer, en posición fetal, trataba de mantenerse caliente. El propio Yosef estaba helado, y sabía que si no salían de allí pronto podían morir de frío.

Estaba seguro de que sus perseguidores habían pasado de largo. De la apertura del túnel no llegaba ningún sonido y confiaba en que ya no los seguían; ¡vaya consuelo! De todos modos podían morir, allí mismo, de frío, de sed, de hambre. Si no había otra salida que el túnel por donde habían venido, la muerte los alcanzaría muy pronto. Notaba que Krämer no resistiría mucho más, la tensión y el esfuerzo a que se había sometido se habían cobrado lo suyo y prolongarlos podría acabar con él.

Ahora lo único que importaba era sacar a Krämer. Hasta la posibilidad de que el alemán testificara en el juicio se le antojaba increíblemente remota y, habiendo perdido a Maryam, su propia vida ya no tenía sentido. Descansarían un rato más y continuarían su camino por el túnel. Tenía que acabar en algún lugar, para algo lo habían abierto.

Algo, un olor molesto, persistente, le irritaba las fosas nasales; era un tufillo familiar, pero tan débil que le era imposible identificarlo. Olfateó. El olor cambió, se trocó en otro, igualmente débil al principio, más fuerte por momentos. Pensó que sería más gas lacrimógeno, pero con una segunda inspiración y una tercera lo supo: era humo, y antes de eso era gasolina. Weiss había prendido fuego al túnel.

Se sentía mareada y algo en su cabeza se había vuelto loco; forcejeaba en su cráneo, desesperado por escapar y, de paso, hacerle todo el daño posible. Casi no sintió los cortes y las magulladuras en el resto del cuerpo, pese a que eran numerosos.

Abrió los ojos. Una luz brillante los apuñaló implacable. Volvió a cerrarlos. Levantó un brazo en un vano intento de protegerse del resplandor. Alguien la cogió del brazo y la levantó violentamente. El dolor le arrancó un grito. Los cortes y las magulladuras no eran las únicas heridas que tenía.

—¿Dónde está Krämer? —gritó alguien. Maryam se preguntó en qué idioma hablaban, se le antojó ajeno pero extrañamente familiar. La voz la golpeó de nuevo —. ¿Estaba con usted cuando el techo se derrumbó?

Ella se preguntó por qué entendía ese idioma y entonces se dio cuenta de que el hombre hablaba italiano.

—¿Krämer? No... no lo recuerdo. ¿Dónde... dónde estoy?

Otra mano la cogió. Trató de abrir los ojos de nuevo, pero la luz la cegó tanto como antes.

—Si quedó atrapado ahí debajo, está muerto. Podemos interrogarla más tarde. Ahora, vámonos de aquí antes de que se caiga el resto del techo.

El humo se tornaba más denso por momentos. Al menos la máscara protegería a Krämer, pero si él, Yosef, respiraba demasiado humo, el resultado sería el mismo: para cuando los alcanzara, el fuego ya no serviría de nada.

Clavó los talones en el suelo y se arrastró unos metros más fuertemente cogido a las muñecas de Krämer. El anciano hizo lo que pudo por aligerar la carga y de rodillas se acercó a él. Se movieron sin hablar. Las palabras ya no importaban, ya ni siquiera los pensamientos servían de nada. Lo único que importaba ahora era avanzar, arrastrar sus doloridos cuerpos centímetro a centímetro.

Yosef volvió a impulsarse. Pronto, pensó, lo único que les quedaría sería el instinto de supervivencia, pero sin la fuerza física para seguir adelante. Soltó a Krämer y se retorció para ponerse boca abajo. Ahora miraba adelante pero allí sólo había oscuridad. Con la mano buscó la linterna y la alzó. El haz iluminó el interminable suelo, las interminables paredes, como una luz en una tumba. El foco se movió unos centímetros a la derecha y Yosef vio algo distinto. Movié la linterna de nuevo y pugnó por ver bien. El túnel terminaba en una gran rejilla de metal cuyos delgados barrotes estaban oxidados. Más allá, la oscuridad.

Las primeras volutas de humo revolotearon en torno a la luz. Yosef hizo acopio de fuerza y se arrastró los últimos centímetros. Tocó la rejilla. Parecía sólida, empotrada en hormigón. Pero ¿qué había más allá? Metió una mano y sus dedos tocaron la dura superficie de una plancha de metal.

Yosef nunca lo sabría, pero él y Otto Krämer le debían la vida a un empresario local corrupto, apodado *Andreo il Truccatore* (el «sobornador») Laguardia, de oficio soldador y propietario de una pequeña empresa que trabajaba por libre para la Fiat, en Turín. Laguardia solía ganar a menudo los concursos de obras del gobierno local, mayormente gracias a que su jefe gozaba de la reputación de ser encantador, desarmar con su cortesía y estar dispuesto a enviar a hombres corpulentos con equipo de soldar en caso de ser precisa un poco de firme persuasión.

Unos años antes, Andreo había pagado unos *tangenti* por valor de varios millones de liras a un político local deseoso de dejar su huella en la escena nacional y que, para conseguirlo, necesitaba fondos desesperadamente. Las numerosas muestras de gratitud incluyeron, pues, un contrato para cubrir y sellar varias salidas de agua de lluvia que iban a dar al río Po, al torrente Stura di Lanzo, al torrente Sangone y al río Dora Riparia. La opción más barata y la que menos tiempo requería consistía en soldar cubiertas de metal encima de las rejillas ya existentes, y Laguardia optó alegremente por ella. Los trabajos en la sección del Dora duraron dos días en total. Curiosa y paradójicamente, el agradecido político era Pier Maria Pacchia y Laguardia era uno de los que mayores fondos aportaba para financiar su defensa.

Yosef descubrió el fallo en el sistema de Laguardia en cuanto apoyó la espalda en la rejilla. Los barrotes originales, totalmente oxidados por los años de exposición al viento y al agua, cedieron como ramas delgadas. Puesto que habían colocado la cubierta de metal sobre ellos y la habían soldado por los bordes, los barrotes se llevaron la cubierta y cayeron ruidosamente al agua.

Fuera, un enfermizo amanecer había llegado a la ciudad. Los pájaros cantaban como si estuviesen hartos del ritual y los primeros coches y autobuses se abrían camino pesadamente gruñendo por las grises calles matinales. El primer vuelo del día acababa de despegar del aeropuerto de Turín y había dejado una estela de vapor en el aire húmedo.

Yosef se inclinó hacia fuera y levantó un brazo. Sus dedos tocaron el primer peldaño de una antigua escalera que subía hasta la calle. Alzando los ojos, vio un cielo pálido, todavía rebosante de estrellas, y tomó la más profunda bocanada de aire que había tomado en su vida.



Llegaron, como náufragos, a un terraplén encima de un canal que serpenteaba entre una empinada ribera y edificios que se perfilaban como venas en la piel. No había nadie en él. No sabían de dónde venían ni dónde habían salido, sólo sabían que se hallaban en algún lugar de Turín, sin nadie que los socorriera. No tenían dinero, casi ni ropa, ni amigos a quienes pedir ayuda. Krämer estaba enfermo y Yosef tenía la certeza de que si permanecía mucho tiempo fuera en la calle, moriría. Se le ocurrió la posibilidad de entregarse a la policía, aunque sólo fuera para que llevaran al viejo a un hospital y lo trataran, pero, habiéndoselo pensado mejor, se dio cuenta de que eso equivaldría a firmar la sentencia de muerte de Krämer.

Anduvieron por el terraplén, trastabillando, medio desnudos, sucios, temblando y azotados por un viento helado que surgía del agua cortante como un cuchillo. Judío y asesino de judíos, arrojados juntos a los confines del mundo. De vez en cuando o el conductor de un coche o un motociclista los miraba, pero nadie se detenía. El día se iba aclarando y la ciudad dormida despertaba paulatinamente, pero ni la luz del sol ni el bullicio les supusieron un consuelo.

Se detuvieron junto al muro del terraplén. Krämer no se aguantaba; más que respirar, resollaba, y temblaba sin control. Yosef trataba de pensar, pero tenía la mente tan embotada como el cuerpo, los pensamientos heridos por la desesperación y la pérdida.

Poco a poco reparó en unas voces a su izquierda. Volvió la cabeza y vio una caravana aparcada en el arcén y una fila de hombres que se dirigían hacia ella. Se acercó: ancianos y desposeídos haciendo cola. Se trataba de una especie de cocina ambulante donde servían desayuno a los vagabundos que dormían en el terraplén.

Se puso en la cola. Una sopa caliente o un café ayudarían. Avanzó, arrastrando los pies, sin hacer caso de las miradas despectivas que le dedicaban los demás. Por fin llegó su turno. Un joven lo miró desde detrás del mostrador; Yosef alzó una mano y dos dedos, a la vez que señalaba a Krämer, apoyado todavía en la pared. El chico asomó la cabeza y observó al anciano.

—*É il tuo amico?*

Yosef no entendió; se encogió de hombros y repitió el gesto, añadiendo «*due*», una de las únicas palabras de su escaso vocabulario italiano.

—*Tuo padre?*

Yosef se encogió de hombros nuevamente.

—*É malato?*

—Necesitamos comida —contestó Yosef en inglés—. Tenemos frío y mi amigo se está muriendo.

El joven entendió lo suficiente para ver que allí ocurría algo fuera de lo normal. Pese a los gritos de enojo de los hombres en la cola, se apeó de la caravana y fue hacia el lugar donde Krämer se encontraba tumbado, tembloroso e impotente. Yosef lo siguió. El joven se agachó y tocó la frente de Krämer.

—*Quest'uomo é gravemente malato. A bisogno di calore e di un medico. Dobbiamo chiamare un'ambulanza.*

Yosef únicamente captó las últimas palabras y adivinó lo que quería decir el chico.

—No, nada de ambulancias, nada de hospitales.

El joven lo miró extrañado. Estaba acostumbrado a la actitud de los desposeídos, a su desconfianza ante la autoridad, pero este hombre parecía más alterado de lo que cabría esperar dadas las circunstancias.

—*Morirci* —comentó—. *Senza attenzione medica, morirá. Ha capito?* Su amigo muere, necesita tratamiento médico.

En ese momento un coche pequeño se detuvo a su lado. El conductor salió y se encaminó hacia ellos. Era un hombre de cabello cano, de unos cincuenta años, cubierto por un abrigo largo. Yosef distinguió el alzacuello, antes de que el recién llegado juntara las solapas del abrigo para protegerse del frío.

Sostuvo una breve conversación con el joven, quien le explicó la situación en italiano. Yosef los observaba sintiéndose cada vez más impotente y consciente de que el control se le escapaba de las manos. El cura asentía con la cabeza, echaba una que otra ojeada a Krämer y luego al chico. Cuando éste acabó, el cura se agachó y examinó minuciosamente al anciano.

—*E semimorto. Chiama un'ambulanza subito.*

Yosef lo cogió del brazo.

—Por favor —suplicó—, morirá si va a un hospital.

El sacerdote se puso en pie y por primera vez miró directamente a Yosef. Este se percató de que estaba enfadado, que creía que ponía en peligro la vida del viejo por un capricho, una obsesión. El cura abrió la boca, al parecer con la intención de regañarlo, pero volvió a cerrarla. En el brillo de sus ojos, Yosef vio primero la suposición y luego la certeza. Le soltó el brazo.

—*Roberto, gli altri vi attendono. Sono freddi. Lasciami occuparmi di questo.*

El joven lo miró con expresión extrañada, sorprendido por el repentino cambio. Los ojos del cura se habían clavado con dureza en los suyos, y supo que de nada serviría discutir. Asintió con la cabeza y regresó a la caravana, la cola era mucho más larga.

El sacerdote se volvió hacia Yosef.

—Ayúdeme a meterlo en el asiento trasero del coche —le pidió en inglés.

Yosef tuvo la sensación de que se le aligeraba el corazón. Algo le decía que el cura no los entregaría, ni a él ni a Krämer. Se agachó y juntos colocaron a Krämer en el asiento trasero del pequeño Fiat.

—Suba.

El eclesiástico se sentó en el asiento del conductor, encendió el motor, puso la calefacción al máximo y se unió al tráfico de primera hora de la mañana que empezaba a llenar el terraplén.

El cura se llamaba padre Innocente Tambroni, regentaba un refugio para los *emarginati* de la ciudad en la cripta de la iglesia de San Giambattista, en el distrito Montebianco. A lo largo de los años este clérigo, radical desde el punto de vista tanto religioso como político, había proporcionado refugio a toda clase de hombres, mujeres y niños, desposeídos, inmigrantes ilegales, refugiados políticos, madres solteras, curas obligados a colgar los hábitos, drogadictos y obreros del sur de los que se deshacía la industria automotriz del norte cuando ésta reducía la producción.

Sus relaciones con el Vaticano no eran precisamente buenas, si bien hasta ahora había conseguido evitar la suerte de otros curas disidentes expulsados de la Iglesia con bombo y platillo por apoyar el divorcio, los métodos anticonceptivos, el aborto o los derechos de los homosexuales. Abría los brazos a todos, o casi todos, pues, a diferencia de más de un obispo que había conocido, su abrazo no incluía a los extremistas de derechas ni a los mafiosos.

Ayudó a Yosef a llevar a Krämer a una habitación privada detrás de la cripta, donde habían dispuesto un jergón. Era la enfermería donde algunos de los que buscaban asilo recibían tratamiento médico sin correr el riesgo que correrían en un hospital, el de ser detenidos o peor. En cuanto envolvieron al anciano en varias mantas, Tambroni hizo una llamada telefónica; habló medio minuto y colgó. Sólo entonces centró su atención en Yosef.

—Tenemos un médico que asiste a nuestros enfermos sin cobrar, se llama doctor Zaganelli y puede confiar en él. En cuanto a usted, puede compartir mi alojamiento hasta que decidamos qué hacer.

—¿Sabe quién soy?

Tambroni asintió con la cabeza.

—En estos momentos, su rostro es el más conocido de Italia, señor Abuhatseira.

—¿No piensa entregarme a la policía?

—Quizá. Éste no es un refugio para homicidas o asesinos. ¿Es usted un asesino, señor Abuhatseira?

—He matado a hombres, sí —contestó Yosef, tras vacilar.

—No me refería a eso.

—No maté ni a Butti ni a Gentileschi.

—Eso me parecía. La derecha aquí, en Italia, ha usado ese truco demasiado a menudo. Llevan a cabo tiroteos y ataques con bomba y luego echan la culpa a sus enemigos; se ha convertido en una costumbre, tanto que nosotros, los escépticos profesionales, nos lo pensamos seriamente antes de llegar a una conclusión.

—¿Y a qué conclusión ha llegado con respecto a los asesinatos?

Tambroni sacó el labio inferior.

—Los disparos venían del sector fascista de la multitud, de haberse encontrado allí, usted no habría salido con vida. En una situación en que el acusado es un judío y el crimen tiene que ver con intimidadores como Pacchia y gentes de su calaña, tiendo a dar el beneficio de la duda al judío. No siempre es una actitud sensata. He dado asilo a numerosos palestinos en mi iglesia y sé lo que hacen sus compatriotas, señor Abuhatseira, no me hago ilusiones. Pero Pacchia es un hombre malvado, y antes de entregarlo a usted necesitaría más pruebas.

—No soy el único a quien persiguen. Al que de veras quieren es a ese viejo. Puede suponer un grave peligro para usted.

El cura se encogió de hombros.

—Mi vida ha peligrado antes.

Alguien llamó a la puerta y una mujer vestida de monja entró.

—*Il dottore Zaganelli é arrivato. É permesso?*

—*Sì, sì, farlo entrare.*

El médico entró, seguido de cerca por la monja, que llevaba su maletín. Era un hombrecillo atildado de unos sesenta años, que lucía bigote encerado y pajarita. Estrechó la mano de Tambroni y conversó con él un par de minutos. Entre tanto, la monja se había inclinado sobre Krämer y lo preparaba para el examen del médico. No hizo caso de Yosef.

Tambroni acabó de explicar la situación al médico y cogió a Yosef del brazo.

—Creo que ha llegado el momento de que usted y yo charlemos en serio, señor Abuhatseira, y creo que un buen desayuno le sentaría bien.

Ese mismo día, más tarde, Yosef preguntó si podía hacer una llamada telefónica.

—Desde aquí, no. Damos por sentado que pinchan la línea de la iglesia con regularidad. Cuando quiero hacer lo que considero una llamada comprometida voy a una cabina, cuanto más lejos, mejor.

Tambroni dejó a Krämer bajo el cuidado de la monja, la hermana Consolata, y en su Fiat llevó a Yosef a una cabina en una parte poco habitada de la ciudad. Le aconsejó que no tardara mucho, pues podían rastrear cualquier línea en cuestión de minutos y si el teléfono al que llamaba estaba pinchado corría grave peligro de ser descubierto.

—Si es necesario podemos ir de cabina en cabina, pero le sugiero que su llamada

sea breve y concisa.

Yosef asintió con la cabeza. Se encontraba todavía en estado de shock; todo lo que le había ocurrido se le antojaba real sólo en parte, se sentía como un ser irreal, carente de emociones, recuerdos o pesares. Tenía una misión que cumplir, como un robot, y eso era lo único que importaba ahora. ¿Y cuándo hubiese cumplido con su misión? Trató de no pensar en eso.

Telefoneó a la embajada israelí en Roma.

—Quiero hablar con Baruch Caplin, es urgente.

Caplin era el jefe del Mossad responsable de las operaciones en Italia. Antes de salir de Israel, a Yosef le habían dado su número y le habían asegurado que, si necesitaba salir de Italia rápido, él lo arreglaría.

—Lo siento —contestó la telefonista de la centralita—, pero ¿puede decirme de qué se trata?

—Dígale a Caplin que soy Maroc, m-a-r-o-c, mi operación se ha visto comprometida y necesito ayuda desesperadamente.

Tras una pausa, la telefonista contestó: Voy a ponerlo en espera, señor, no tardaré.

—No, no puedo arriesgarme. Volveré a llamar dentro de diez minutos.

Fueron a otra parte de la ciudad y encontraron un teléfono en un pequeño café. Tambroni le dio más fichas.

—Cuidado —murmuró.

Yosef marcó el número de nuevo.

—Soy Maroc, póngame con Caplin.

—Lo siento, señor, pero no hay nadie con ese nombre en la embajada.

Yosef sintió que se le congelaban las entrañas.

—Debe de haber un error. Caplin es el jefe de la sección del Mossad. Soy un agente en activo, y estoy en apuros. Tiene el deber de ayudarme.

—Lo siento, señor, pero no tenemos a nadie que pertenezca al Mossad. Quizá deba ponerse en contacto con su sede en Jerusalén.

—Escuche, soy Yosef Abuhateira, dígaselo a Caplin, asegúrese de que lo entienda. Abuhateira.

—Lo siento, señor, no puedo ayudarlo.

Un chasquido y la comunicación se cortó.

Ahora sabía por qué el Mossad lo había escogido y enviado allí. Podían negar su existencia, repudiarlo con la misma facilidad que un árabe a su esposa, un inconformista que iba por libre y que buscaba vengarse. No habían contado con el intento de asesinato, y, como resultado, se había convertido en un estorbo, pues si vinculaban a un agente del Mossad con la muerte de Butti y Gentileschi, Alberto Luzzatto perdería la oportunidad de ser primer ministro y, en ese caso, se habría perdido la ocasión de fomentar una mejor relación entre Israel e Italia. Mejor hacer como que Yosef no existía.

Regresaron a la iglesia en silencio. Yosef veía pasar la ciudad como si fuese un deslucido decorado de película barata, un lugar sin corazón y sin sustancia. Se sentía desesperadamente solo y espantado. Lo que temía no era ser capturado, ni siquiera la muerte, sino la posibilidad de que en el fondo nada de esto tuviese sentido.

Al llegar a la iglesia se interesó por Krämer. La hermana le dijo que el anciano empezaba a recuperarse; había pasado por durísimas pruebas, pero algo de su espíritu luchador se estaba materializando por fin y parecía ir por buen camino. Yosef suspiró aliviado. Haber perdido a Krämer ahora habría significado el golpe final, la inevitable confirmación de que todo había sido inútil.

Le habían preparado una habitación, a la que se dirigió directamente, agotado y necesitado de sueño, aunque lo que más temía eran sus pesadillas. Llegaron el sueño y las pesadillas, pero no despertó hasta mucho después.

Transcurrieron dos días. Sus sueños se referían a una sola cosa, un interminable y horroroso círculo cerrado. La veía ir delante de él a la cámara de gas, desnuda y tan impotente como una niña. Tendía la mano para asirla y tirar de ella o entrar con ella, daba igual, pero una enorme puerta de metal se cerraba de golpe y los separaba; ya no podía ni verla, ni oírla ni tocarla.

Al tercer día el padre Tambroni fue a casa de Leone Mortara disfrazado de vendedor a domicilio.

—Gracias a Dios que ha venido —exclamó Mortara en cuanto le explicó la situación—. ¿Yosef está a salvo?

—De momento, sí, pero no podré tenerlo mucho tiempo en San Giambattista. Se la conoce demasiado como centro de refugiados y lo descubrirían con un registro a fondo.

—¿Qué hay de Krämer?

—Krämer se encuentra bien. Al principio parecía que no iba a sobrevivir, pero el

médico cree que podrá levantarse dentro de unos días.

—¿Podrá ir al juicio?

El juicio contra Pacchia avanzaba, pero el público tendía a simpatizar con el acusado. Pacchia había conseguido reunir un panel de «testigos expertos» dispuestos a afirmar que las teorías aceptadas acerca del Holocausto podían ponerse legítimamente en duda. Hasta ahora el fiscal no estaba a la altura y no insistía demasiado para echar abajo las declaraciones de muchos de los testigos de Pacchia. En el último minuto, varios testigos de la acusación habían decidido no comparecer y el juicio se estaba volviendo unilateral, a favor de la defensa. Sólo la comparecencia de Otto Krämer podía cambiar el rumbo.

—Creo que sí, y él dice que quiere seguir adelante.

—¿Entiende usted por qué es tan importante?

Tambroni asintió con la cabeza.

—Absolutamente. Haré todo lo que pueda por mantenerlo a salvo y va he hablado con algunos de mis mejores contactos, sin mencionar nombres. Puedo encontrar pisos francos para ambos.

—Bien. Nuestros activistas clave fueron eliminados en la redada del refugio subterráneo. No cuento con suficientes recursos para hacer esto solo y, además, tenemos un grave problema.

—¿Cuál?

Mortara vaciló. Lo que tenía que decir no le resultaba fácil.

—Tiene que ver con Yosef. Estaba con una mujer llamada Maryam Shumayyil, imagino que cree que murió durante la redada.

El cura asintió.

—Así es. El techo se desmoronó y quedó enterrada bajo los escombros. Yosef estaba allí, lo vio todo.

—Al parecer, sigue viva. No he hablado con ella, pero me han dicho que puede confirmarse. Estaba al otro lado del derrumbamiento y, aparte de unos cuantos cortes y magulladuras, se encuentra bien.

—Eso es fantástico, Yosef se alegrará muchísimo.

Mortara negó con la cabeza.

—No lo creo. Está viva, pero en manos de un hombre llamado Weiss. ¿Le ha hablado Yosef de él?

Tambroni respiró hondo. Sabía lo que venía a continuación.

—Sí —susurró.

—Weiss la retendrá hasta que reciba la confirmación de que Krämer ha muerto. Sin esa prueba, no la soltará. Por otro lado, si Krämer sigue vivo, Weiss está dispuesto a cambiarla por él y los papeles que tenía. En caso de que Yosef rechace estas opciones, la matará.

—¿Cómo sabe que Yosef está vivo?

—Dejó unas cosas en el terraplén cerca del lugar donde usted lo encontró, entre otras, un cinturón de municiones; la persona que las recogió las entregó a la policía. Huelga decir que informaron a Weiss en menos de una hora. —Mortara hizo una pausa—. Ha dado a Yosef hasta mañana para que le diga dónde está el cuerpo de Krämer o para entregárselo, si sigue vivo.



# EL REPRESENTANTE

Esa tarde transportaron a Otto Krämer a una clínica privada dirigida por un médico judío de apellido Momigliano. A Yosef lo enviaron a casa del hermano de Tambroni, un periodista liberal de investigación, de cuya discreción se podían fiar completamente. Lo alojaron en una habitación oculta detrás de unas pesadas librerías del segundo piso, virtualmente imposible de detectar sin echar abajo la casa. A lo largo de los años, más de un refugiado político se había escondido allí; irónicamente, varios eran palestinos.

Se reunieron esa noche en las afueras de la ciudad, en casa de una joven pareja judía que había sido muy amiga de Bruno Frezza. Entre los asistentes se encontraban Mortara, nervioso y perdido, Yosef, Tambroni, el abogado encargado de hacer llegar al fiscal el testimonio de Krämer (y de asegurarse de que éste subiera al estrado) y dos miembros supervivientes de Azione Ebraica, estos últimos armados.

Hablaron más de tres horas, revisaron todas las opciones docenas de veces y descartaron la mayoría por imposibles o demasiado arriesgadas. Para gran frustración de Yosef, los demás recurrían a menudo al italiano, de modo que, dentro de lo posible, los alentó a hablar en inglés o en hebreo. Le era de vital importancia entender todo lo que se decía esa noche. De ello dependía la vida de Maryam.

Como habían acordado de antemano, poco antes de las once de la noche llevaron a Yosef a una cabina telefónica a varios kilómetros de allí. Marcó el número que Weiss había dado a Mortara. Contestó el propio Weiss, con voz sorprendentemente suave ahora que sólo la amplificaba un auricular de teléfono.

—Me alegro de oír su voz por fin, señor Abuhatseira. Le felicito por su ingenio, ha dado muestras de una extraordinaria astucia, para un judío. Lamentablemente, yo todavía tengo la sartén por el mango. Tengo aquí a alguien que significa más para usted de lo que podría significar Otto Krämer. La ecuación es sencilla: su vida a cambio de la de un hombre que fue responsable de la muerte de millones de los suyos.

—¿Acepta, pues, que lo que dice Krämer es cierto?

El encogimiento de hombros de Weiss resultó casi audible.

—¿Por qué no? Ocurrió y no fue un error. Debido a la derrota del Reich, la siniestra influencia de los judíos sigue extendiéndose por todo el mundo, y, como resultado, las cosas están diez veces peor que antes. La raza blanca y la civilización occidental corren peligro inminente de extinción. Por eso ha de haber otro Holocausto y, si es necesario, otro.

—Déjeme hablar con Maryam.

—Por supuesto. Haré que la traigan al teléfono.

Se oyó que alguien se movía en el fondo y luego, la voz de una mujer. La voz de Maryam. Inconfundible.

—Yosef, es cierto. Lo siento, pero me salvé del derrumbamiento sólo para caer en manos de los que llevaban a cabo la redada.

—¿Te encuentras bien, amor?

Yosef percibió el nudo en su garganta cuando contestó.

—Sí, estoy bien. No me han hecho daño... ni nada. Pero lo que Weiss dice es cierto. Me matará. Aunque no debes preocuparte por esto. Creías que estaba muerta, sigue creyéndolo. Krämer tiene que testificar.

—No puedo hacer eso. Sabes que no puedo. Eres lo único que me importa. Acabo de enterarme de que estás viva, no puedes pretender que deje que te maten.

—Tienes que hacerlo, Yosef. Matarán a Krämer y Pacchia saldrá en libertad, podrá difundir todas las mentiras que quiera. No...

Le arrancaron el auricular y Yosef oyó nuevamente la voz de Weiss.

—Creo que usted y yo nos entendemos, señor Abuhatseira. Es una mujer muy hermosa. Lamentaría ver lo que puede ocurrirle.

—¿Cómo sé que la dejarán ir?

—Pida consejo a quienquiera que se ocupe de usted. Sugiero el tradicional método de intercambio: en Turín hay docenas de puentes, elija el que prefiera. En cuanto veamos a Krämer dirigirse hacia nosotros, soltaremos a su mujer. Estaremos apuntando a su espalda en todo momento y usted puede hacer lo mismo con Krämer si lo desea. En cuanto tengamos a Krämer y sus papeles, podrá usted llevársela a donde quiera.

—¿Qué garantías tengo de que no informará a la policía de mi paradero?

—Es un riesgo que tendrá que correr. Soy un hombre de palabra y yo también prefiero no involucrar a la policía.

—Muy bien. Le telefonaré más tarde.

—Recuerde que tiene hasta el mediodía, ni un minuto más. Y haga exactamente lo que le he dicho.

—Tú tienes que decidir, Yosef, nadie más tiene derecho a hacerlo. No te juzgaremos, decidas lo que decidas, créeme.

Mortara hablaba con gentileza, como si quisiera convencer a un niño de que comiera. Yosef tenía la vista clavada en el suelo. Sabía que, fuese cual fuese su decisión, al menos otra persona moriría.

Eran las ocho de la mañana. Ninguno había dormido bien y sus ojos cansados y sus caras largas revelaban la tensión de las últimas horas.

Yosef se estremeció. Tendría que vivir con su decisión, vivir con ella cada día del resto de su vida. Podía entrar por fin en la cámara de gas y sacar a alguien a quien amaba, pero sólo a cambio de arrastrar a otra víctima consigo y dejarla allí, junto con todos esos otros seres sin rostro y sin nombre.

Alzó la cabeza.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a la clínica? —preguntó.

Casi no tuvieron elección en cuanto al puente. Uno en el centro era impensable y en el norte y en el sur todos los puentes principales que cruzaban el río Po eran carreteras de mucho tráfico. Podrían haber creado una situación que obligara a desviar los coches un rato, pero correrían el riesgo de que se presentara la policía de tráfico.

Finalmente Tambroni dio con el lugar idóneo. Al sur de la ciudad los jardines de Italia 61 flanqueaban el río, y por uno de sus numerosos senderos se llegaba directamente a un puente de peatones, estructura corta que conducía al Corso Moncalieri, bulevar que comunicaba, a su vez, al sur con la carretera SS29 a Savona y al norte con media docena de importantes vías. Al otro lado del bulevar, la ciudad cedía el lugar a una vasta zona de campo salpicado de villas y pequeñas urbanizaciones.

Lo primero que se les ocurrió era citarse poco antes del amanecer, en un momento de plena calma, cuando era más probable que nadie viera el intercambio. Pero, pensándolo bien, se dieron cuenta de que eso resultaba demasiado peligroso. Weiss guardaba rencores, sobre todo contra Yosef, y podría aprovechar la oportunidad de vengarse sin ser visto.

Un coche aguardaría a escasos metros del extremo oeste del puente de peatones, en la calle que atravesaba el parque por el centro, el Corso Unitá d'Italia, listo para llevárselos lejos entre el tráfico de primera hora de la mañana. Si veían otro coche aparcado por allí, cancelarían el trato.

Comunicaron a Weiss el lugar y la hora, las diez en punto, y emprendieron el camino hacia el parque. Mortara había sugerido que, para no arriesgar la vida en caso de una emboscada, Yosef se quedara atrás, pero éste se negó.

—He tomado una decisión y he de ver que se cumpla. Si no, sería una cobardía. Tengo que estar allí.

Existía otra razón para su presencia. Esa noche, temprano, Tambroni le había conseguido un arma, un rifle de francotirador equipado con bípode y miras con cristal de aumento, un arma que ya conocía por haberla usado antes. Con ella en la mano le parecía posible que Maryam saliera de esto con vida.

Aparcaron en el Corso Unitá d'Italia con tiempo de sobra, pues Yosef quería comprobar que nada se interpusiera en su línea de disparo y que su posición estuviera protegida. Para ello, el doctor Momigliano le había dado un archivador de metal de su consultorio. Una pequeña furgoneta Fiat aparcó detrás de ellos y dos hombres se

apearon. Colocaron el archivador de lado en la entrada del puente. Yosef se agachó detrás del mueble y probó varias posiciones. Una vez satisfecho, asintió con la cabeza. Los hombres ya habían sacado varias cajas de viejos ladrillos y los metieron a toda prisa en los cajones.

—Gracias —dijo Yosef—. Más vale que os marchéis, no queremos que Weiss recele.

Los hombres se fueron y dejaron el otro coche aparcado en el *corso*. Yosef permaneció agachado detrás de su barricada.

Weiss y su gente llegaron al cabo de diez minutos, en un largo coche negro cuyas ventanas refulgían a la luz del sol matinal y se reflejaban en el río. El puente estaba vacío, ningún peatón lo había cruzado desde que Yosef había llegado. De vez en cuando alguien paseaba por el parque a sus espaldas, seguido de nuevo del silencio, y entonces no había nada que aliviara la tensión de la espera.

Una puerta trasera del vehículo negro se abrió y un hombre se apeó con un rifle en la mano. Se dirigió directamente a los escalones que llevaban al puente y se agachó detrás del peldaño superior. Una vez tomada su posición, levantó una mano para indicar que estaba preparado.

Otro hombre salió del auto, Yosef reparó en que tenía la mano discretamente metida debajo de la chaqueta; detrás de él iba Weiss. Yosef podría haberlo matado desde allí, pero ¿de qué serviría?

Yosef levantó la mano, Leone Mortara salió del lugar donde había estado esperando, junto al coche en el *corso*, subió al puente y anduvo por el centro hasta llegar aproximadamente a la mitad.

—¡Weiss! —gritó—, tenemos que hablar.

Le temblaba la voz, aunque intentaba controlarla. El peso con que lo habían cargado lo abrumaba, pero lo había aceptado pese al dolor que sabía que provocaría. No había buscado ese papel, y, sin embargo, sabía que no le quedaba más remedio que desempeñarlo. De modo que volvió a gritar el nombre de Weiss.

El hombre se acercó hasta que se encontraron cara a cara.

—¿Está preparado? —inquirió Mortara.

Weiss asintió con la cabeza.

—¿Tiene a la mujer?

—Está en el coche. ¿Y usted?

—Está listo.

—Bien. No hay por qué esperar. Que echen a andar.

—Todavía no. Queremos insistir en una cosa. Usted debe mantenerse a la vista durante el intercambio. Tenemos a un hombre con un rifle apostado en lo alto del puente, y no estará apuntando a Krämer, eso no tendría sentido, sino que estará apuntándole a usted. En cuanto la señorita Shumayyil se encuentre a salvo en nuestro

coche, usted podrá marcharse.

—Esto no formaba parte de nuestro acuerdo previo.

—No corre usted peligro si su gente se comporta como es debido, se lo garantizo.

—¿La palabra de un judío?

—Tómelo o déjelo —respondió Mortara encogiéndose de hombros.

Weiss abrió la boca como si estuviese a punto de decir algo, pero al parecer cambió de opinión. Estaba impaciente y, además, todavía tenía ventaja.

—Muy bien. No perdamos más tiempo.

Ambos se volvieron y regresaron a sus respectivas posiciones a cada extremo del pequeño puente. Una anciana apareció en el sendero por el lado de Mortara; estaba a punto de cruzar, pero, al echar un vistazo a la gente allí reunida, decidió no hacerlo. Leone la vio alejarse rezongando. En cuanto la perdió de vista levantó la mano.

Yosef la vio venir. Apuntaba a Weiss con el rifle, pero no lograba mantener la vista en la mira. Cojeaba mucho de la pierna izquierda y tenía las heridas de la cabeza burdamente vendadas. No la habían dejado cambiarse de ropa, ni lavarse el cabello, ni bañarse. Yosef sabía que debía de estar aterrorizada. Maryam continuó avanzando y buscándolo con la mirada, pero él no podía dejar que se dieran cuenta de su presencia.

Echó un rápido vistazo por la mira y apartó la vista para ver al anciano pasar, con la cabeza en alto y paso tan firme como le era posible sin ayuda. Una fuerte brisa que llegaba del río le agitaba el cabello blanco como si fuesen hilos plateados. No se detuvo, ni miró hacia atrás, siguió andando. En las manos llevaba una pequeña caja de cartón, se hubiese dicho que contenía todas sus posesiones. Los papeles que guardaba pesaban, pero los cargaba con aparente facilidad.

Hacia la mitad del puente, Maryam y el anciano se cruzaron. Ella vaciló un momento y lo miró directamente a los ojos; él le cogió la mano un segundo. Parecía decirle algo. Yosef percibió la impaciencia en el otro lado y volvió a centrar la vista en la mira. Cuando volvió a alzar los ojos, Krämer y Maryam se habían separado y Maryam casi había llegado al lado de Yosef. No apretó ni aminoró el paso, sino que siguió andando al mismo ritmo, a sabiendas que un rifle le apuntaba la espalda y que su vida pendía de un hilo más que frágil.

De pronto todo terminó. Los guardaespaldas de Weiss se abalanzaron sobre el anciano, lo cogieron bruscamente de los brazos y lo metieron en el coche. El francotirador permaneció apostado, con el rifle en alto. Yosef se puso en pie y lo imitó. Transcurridos unos segundos, Weiss también desapareció en el interior del vehículo; el hombre con el rifle se unió a él y se alejaron.

Maryam estaba delante de él, temblorosa, vacía ya de todo valor. Yosef dejó su rifle en el polvoriento suelo y se disponía a abrazarla, pero ella se limitó a mirarlo cuando se acercó, desvió la mirada y se alejó. Yosef la vio alejarse; sufría por ella.

Sin ánimos, cogió el rifle y se dirigió hacia el auto.



El coche se detuvo frente a un pabellón de madera de tejado alto, situado al pie del bosque de una escarpada ladera. Al norte y al oeste, a pocos kilómetros, una profusión de montañas nevadas se alzaba hacia un cielo plateado. Nubes de tormenta rodeaban el pico más alto, una torcida y arcana figura de escarcha, y de vez en cuando un relámpago como un harapo descansaba en sus hombros.

El anciano contempló las montañas con aire nostálgico; le recordaban su infancia, época tan lejana en el tiempo y tan aislada del presente por esos sombríos años de guerra y matanza. Al menos le suponía un consuelo verlas de nuevo, poder conservarlas en la memoria el poco tiempo que le quedaba.

Hicieron el largo viaje en un tenso silencio, roto únicamente por alguna que otra instrucción que Weiss espetaba al chófer y una breve conversación que sostuvo por teléfono. Aparte de eso, se contentó con apoyarse en el respaldo y esperar su oportunidad. Tenía a Krämer y tenía una caja que contenía el famoso archivo de Krämer.

Tras unos cuantos rodeos por Turín, para comprobar que no los seguían, viajaron unas dos horas rumbo al este. Pasaron de largo Milán por el norte y luego Bérgamo y Brescia, antes de enfilarse hacia el norte por la E45, al oeste de Verona; dejaron Trento y Bolzano atrás hasta llegar casi a la frontera con Austria, a ese lugar, frío y remoto, en lo alto de la ladera, cercado por una alambrada y prácticamente inaccesible, a no ser por la estrecha carretera, vigilada en todo momento.

Weiss se apeó y entró en el pabellón sin una mirada atrás. Lo siguió el chófer con la caja de cartón que contenía los valiosos papeles. Al cabo de un momento, dos guardias sacaron al prisionero del auto y lo empujaron hacia el pabellón.

Weiss lo esperaba en una larga estancia en el lado norte del edificio, una sala de techo alto y paredes recubiertas de madera, una de las cuales ocupaba casi enteramente un ventanal. Más allá de los cristales había una amplia terraza, convertida ahora en galería para protegerla de la nieve y la lluvia; pero en verano, podía uno sentarse allí y dejarse asombrar o asustar por las interminables filas de altas montañas blancas, tan próximas que, de haber sido gigantes, sólo habrían tenido que dar un corto paso para aplastar la torre y sus jardines y convertirlos en yesca.

—No es Berchtesgaden —murmuró Weiss—, pero me lo recuerda. —Hablabas en alemán, con el acento de Baja Sajonia que había adquirido de joven y que nunca perdió, si bien habían pasado muchos años desde que residió en Brunswick—. Nunca tuve el privilegio de que me invitaran allí, pero usted... seguro que tiene recuerdos

del lugar.

—No creería los recuerdos que tengo.

El acento del anciano era distinto, pero los largos años de residencia en el extranjero no habían perjudicado su alemán.

Weiss arqueó una ceja.

—¿Ah no? Quizá tengamos ocasión de comprobarlo. Lo que sí que me cuesta creer es que estoy aquí, en esta sala, con una leyenda viva, un hombre al que he idolatrado toda mi vida de adulto, y que en lo único que puedo pensar es en cómo pretendo matarlo. Lo que más me cuesta aceptar es que, de todos nosotros, sea usted el que haya traicionado nuestra causa y haya hecho caer la vergüenza sobre nosotros.

El anciano no respondió. Sus piernas no temblaban y, aunque el corazón le latía desaforado, se sentía bastante tranquilo y controlado. Trató de sostener la mirada de Weiss, pero sus ojos se volvían, una y otra vez, como por voluntad propia, hacia las montañas.

—Usted no sólo formaba parte de una élite —prosiguió Weiss—, no era sólo un soldado de a pie al servicio del Reich, sino que era un vínculo vivo con el propio Führer. Los hombres como usted constituían la esencia del arianismo. Por eso no lo entiendo. Tantos otros se han mantenido fieles hasta el fin, han dado su vida por Alemania, y usted nos ha traicionado como un criminal común que vende información a un espía de la policía. ¿Cómo pudo venderse a los judíos para que lo exhibieran ante las cámaras de televisión y lo utilizaran para alimentar su propaganda?

Weiss hizo una pausa, miraba airadamente a su víctima como si estuviese a punto de propinarle una bofetada; su rostro revelaba su ira, la ira alimentada por el rencor de un niño canijo que ha aprendido cómo herir sin haber descubierto el secreto del dominio de sí mismo.

—De haberlo conseguido, ¿habría logrado algo? —preguntó—. ¿Habría dormido mejor aunque fuera una sola noche? Le enseñaron a ser duro, a controlar sus emociones naturales y los remordimientos de su conciencia burguesa. Sin embargo, ahora que es viejo, en lugar de ver, como era de esperar, el resultado de tantos años de aguardar y planear, decide irse de la lengua, lloriqueando como un niño pequeño, un niño que cree haber hecho mal aunque nadie se haya dado cuenta.

»Puede que esto no hubiese ocurrido si nos hubiésemos conocido antes, mucho antes, cuando empezó a tener dudas. Podríamos haber hablado, yo podría haber hecho que recuperara la sensatez. ¿Cree que habría sido posible, Otto? ¿Podría haberlo ayudado?

El prisionero continuó guardando un obstinado silencio, su vista ya casi no se apartaba de las montañas. Observaba cómo el viento arrastraba hacia abajo la nieve de un pico quebrado, una larga bandera blanca recortada contra ese perfecto cielo

plateado. Su silencio no hizo sino intensificar la ira de Weiss.

—No —concluyó éste—. Ya veo que no. En todo caso, ahora ya no tiene remedio. Su juicio tendrá lugar aquí esta noche; yo lo presidiré y los otros jueces serán hombres que usted conoce, algunos sólo de nombre, y otros, en persona. Acudirán dentro de unas seis horas. Mientras tanto, usted y yo tenemos mucho de qué hablar. ¿Por qué no se sienta?

Los guardias, que habían permanecido de pie detrás del prisionero, dieron un paso hacia adelante y lo obligaron a sentarse en una silla dura de respaldo alto que se hallaba unos centímetros a su derecha. Cerca de la silla, en una mesita, descansaba una cajita de cuero negro. Weiss se aproximó y la abrió. Los guardias sostenían firmemente al anciano.

—Su juicio será poco más que un trámite, estoy seguro de que no esperaba más. El proceso entero se filmará, al igual que su ejecución, y enviaremos copias de la película a todos nuestros grupos en todo el mundo. Haremos de usted un ejemplo, una lección, para la generación más joven.

»Pero su muerte, a estas alturas, es meramente incidental. Elimina el peligro que representaba, el de convertirse en un espectáculo público, aunque no elimina la amenaza a mayor plazo, la de su traición. Hemos de saber qué ha dicho, exactamente, a sus amigos judíos acerca de nuestra organización.

Weiss hizo una pausa y extrajo dos objetos de la caja: una jeringuilla y una ampolleta de cristal.

—Puesto que resulta obvio que no podemos fiarnos de usted, tendremos que interrogarlo con ayuda farmacéutica. No es un suero de la verdad. Usted sabe, tan bien como yo, que eso no existe. Sin embargo, lo relajará hasta tal punto que no le importará lo que me dice. E insisto en que me lo cuente todo.

Hizo un gesto con la cabeza hacia el hombre que tenía a la izquierda. El guardia se inclinó y, sin miramientos, le quitó la chaqueta al anciano y la dejó caer al suelo. Entonces, con los calmados y ágiles movimientos de un enfermero, le desabrochó el puño de la camisa y la arremangó hasta más arriba del codo.

Weiss introdujo la aguja de la jeringuilla en el sello plástico de la ampolleta y llenó el cilindro hasta la mitad. Sacó la aguja con cuidado, guardó la ampolleta en la caja, y se volvió hacia el hombre que permanecía en la silla. Dos ancianos, unidos por los recuerdos y separados por la conciencia. Weiss alzó el delgado brazo y buscó una vena adecuada.

Al hacerlo su mirada topó con los números: 174 398, seis sencillos dígitos tatuados en el antebrazo izquierdo, seis dígitos que no tenían por qué estar allí. Como si pretendieran borrarlos, los dedos de Weiss frotaron los ofensivos números, pero no estaban escritos con una pluma y el tatuaje no era reciente.

—¿Quién es usted? —preguntó Weiss.

Su ira había desaparecido sustituida por algo parecido al miedo, no un miedo cerval, todavía no, pues apenas empezaba a captar la realidad.

—Un *Häftling* —contestó el anciano. Le costaba contener el deje de burla—. Un *Untermensch*, un judío. No tengo nombre, sólo el número que usted me dio. ¿No se acuerda de mí?

—¿Acordarme de usted? No nos conocemos. Usted me ha engañado, me ha hecho creer que era Otto Krämer.

—Se engañó a sí mismo, *Herr Sturmbannführer*. No podía imaginarse que alguien tomara voluntariamente el lugar de Krämer, de modo que no se molestó en comprobarlo. No era tan descuidado cuando llevaba uniforme y se llamaba Emil Luders.

Una luz se encendió en la mente turbada de Weiss. Volvió a mirar al anciano sentado en la silla. No, no lo reconocía, ni remotamente.

—¿Está usted sugiriendo que nos conocimos durante la guerra? ¿A eso se refiere? Es imposible, no serví en ninguno de los campos.

—No nos conocimos en un campo. Nos conocimos a principios de 1944, en Turín. Por aquel entonces yo tenía nombre, me llamaba Jacob Friedenson, y era alemán, como usted, hasta que una pandilla de criminales decidió que, después de todo, no era alemán sino judío. En 1938 vine a Italia con mi esposa y mis hijos. Teníamos parientes en Turín y creíamos que los italianos nos tratarían mejor que nuestros propios compatriotas. Y así fue, hasta que los alemanes se hicieron con el poder en 1943.

»Usted y yo nos conocimos en una de las últimas redadas que llevó a cabo. Usted tenía que cumplir una cuota y enviar judíos al campo de Fossoli y luego a Auschwitz. Descubrieron a mi familia, que estaba escondida, y la llevaron al lugar de embarque con otras familias. Todo estaba dispuesto para la primera etapa de nuestro viaje, y entonces usted acudió. Había recibido instrucciones de enviar únicamente los especímenes sanos y útiles. El transporte saldría hacia Auschwitz al cabo de unos días y lo que querían era mano de obra, esclavos. Mi esposa estaba enferma y mis hijos eran demasiado pequeños para valerse por sí mismos, de modo que usted les disparó, los mató ante mis propios ojos, volvió a meter la pistola en su funda, la cerró, se volvió hacia mí y sonrió.

Nunca había olvidado esa sonrisa, nunca en todos estos años. En el campo juró, como lo hicieron tantos otros, que sobreviviría y daría testimonio, que haría justicia con Emil Luders y cualquier otro torturador que saliera con vida de la guerra, sin importar cómo. Mañana, en un tribunal en Milán, saldarian más cuentas, y al menos en el lapso de una generación, la mentira volvería a quedar clavada en el sangriento suelo del que había pretendido levantarse. Su voz no se oiría, pero eso daba igual. Al tomar el lugar de Otto Krämer había asegurado su propia victoria y la derrota de sus

enemigos. Eso era más de lo que la suerte había reservado a la mayoría de sus compañeros.

Sonrió a Weiss. En ese momento recordó a su esposa y a sus hijos, y el recuerdo fue más vivo de lo que había sido en los años transcurridos desde el episodio que acababa de describir. Mientras los recordaba, metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón y encontró el pequeño transmisor que había ocultado. Los explosivos pegados a su pecho se le antojaban ligeros, como si no fuesen más que aire.

—Y ahora, todo ha terminado —añadió.

Se levantó despacio y dio un paso hacia Gerhard Weiss. Con una mano atrajo al asesino de su esposa, en un último abrazo, y con la otra pulsó el botón del transmisor, todo ello sin dejar de sonreír.

# EL COLONO

—¿Cómo se llama?

—Me llamo Otto Krämer.

—¿De qué nacionalidad es usted?

—Soy alemán, pero desde 1957 soy ciudadano argentino.

El tribunal escuchó, en medio de un profundo silencio, las preguntas y las respuestas iniciales. En su banco, los magistrados contemplaban al anciano con expresión impasible, si bien en el fondo ninguno ignoraba la importancia del testimonio que estaban a punto de escuchar. El fiscal del Estado repasó con Krämer primero, sus antecedentes, su educación académica y, luego, los detalles de su trabajo bajo el Reich.

—Señor Krämer —prosiguió. De reojo vio el rostro tenso de Pier Maria Pacchia, cuya presunción había desaparecido en cuestión de minutos, pues él también entendía la trascendencia de lo que iba a escuchar el tribunal y después de éste, el mundo entero—. Señor Krämer, quiero, con una sencilla pregunta, plantearle el tema que se juzga en este tribunal. El caballero que ve usted de pie a unos metros es Pier Maria Pacchia. Se le acusa de redactar opúsculos en los que niega que el acontecimiento conocido como Holocausto, es decir, el exterminio de los judíos europeos en los campos de la muerte y en los guetos del Tercer Reich, niega que este conocido acontecimiento tuviera lugar. Según ha reconocido usted mismo, usted está en condiciones de valorar dicha afirmación. Quiero, por tanto, hacerle una única pregunta, a saber, en su opinión, ¿dice o no la verdad el señor Pacchia?

Krämer miró al fiscal y luego a Pacchia. Sus miradas se encontraron brevemente, antes de que Pacchia apartara la suya, mezcla de desdén y miedo. Krämer volvió a mirar al fiscal.

—Juro por todo lo que me es sagrado que no sólo miente, sino que utiliza sus embustes para prender fuego a las chispas que podrían provocar un segundo Holocausto en este continente. Lo rechazo absolutamente, a él y a cuantos cuentan las mismas mentiras a sus hijos. Lo que ocurrió, ocurrió. Él no estuvo allí, yo sí, yo lo convertí en lo que fue.

Sentado en un duro banco en el fondo de la sala, el inspector Antonio Nieddu observaba, sin que nadie reparara en su presencia, y escuchaba. En unos días, su vida entera había cambiado. Sabía que no podría regresar a Cerdeña, ni seguir formando parte de la policía. Quizá tuviese que irse de Italia, adquirir un nuevo nombre, encontrar una nueva profesión. Tanto cambio lo asustaba, y, sin embargo, cuanto más

tiempo tenía para meditar en lo ocurrido, más convencido estaba de que hacía lo correcto.

En el pasado, había soportado las pequeñas injusticias y corruptelas que eran parte del trabajo diario de un policía y de la vida en general. Ahora, empezaba a darse cuenta de cómo encajaban en un esquema de mayor envergadura, de cómo hombres y mujeres como él no eran sino piezas de una máquina corrupta omnipresente en la sociedad en su conjunto. Los sobornos y las comisiones eran meros síntomas de un malestar mucho más grave, de una enfermedad que convertía a los hombres en asesinos y a los políticos en tiranos.

No había permanecido de brazos cruzados desde su llegada al continente y en unos días habría recopilado todas las pruebas que precisaba; demostraría quiénes eran los verdaderos responsables del asesinato de Butti y Gentileschi, daría las pistas que llevarían a los más altos niveles de la policía, de los *carabinieri* y del Ministerio de Justicia... y quizá a partir de allí, otras pistas conducirían a otros niveles.

Inclinándose, escuchó lo que decía Otto Krämer y se preguntó si hubiese estado allí para dar su propio testimonio de haber vivido en la época de Krämer.



*Kiryat Arba.*

*Israel*

La luna nueva creció, ladeada y sola, detrás de la copa de un ciprés en un rincón de lo que antaño fuera un campo árabe. En esa fresca noche primaveral se oían las voces de los que se dirigían de la sinagoga, donde habían asistido al servicio, hacia el centro comunitario. Era un día especial. Horas antes, los niños de la escuela del asentamiento habían sido premiados por los poemas que rendían homenaje a la vida y muerte de Baruch Goldstein, el colono fanático que, en 1994, había matado a treinta y tres musulmanes mientras éstos rezaban en la Tumba de los Patriarcas, en Hebron. Casi todos los habitantes del asentamiento habían asistido al servicio en que habían rezado por su alma. Esa noche, los jóvenes hombres y mujeres para quienes Goldstein era casi un santo, darían un concierto y representarían una corta pieza teatral en su honor.

Yosef no había participado en la oración y no pensaba ir a ver la obra de teatro. Había ido hasta allí solo, al confín del asentamiento, a observar, escuchar y reflexionar. Al principio le pareció que regresar a casa, reanudar su trabajo y su vida le resultaría sencillo; no obstante se le antojaba más difícil cada día que pasaba.

Pensó en Goldstein y en la brutalidad de su atentado contra inocentes hombres desarmados, hombres que rezaban. Pensó en sus amigos del asentamiento y en las palabras que empleaban para describir a los árabes cuya tierra habían robado. Recordó que él también empleaba esos términos y recordó sus propios actos, su propia barbarie. Sintió ganas de vomitar.

Poco a poco, respirando el perfumado aire nocturno, como si con ello pudiese guardarlo para siempre en los pulmones, regresó a su casa. Abrió la puerta y entró como si fuera la única persona viva en el *yishuv*. El perfume de los árboles lo siguió. Siempre lo recordaría como el perfume de la soledad.

Apartó el pensamiento de Goldstein y se permitió pensar en Jacob Friedenson. En la clínica de Momigliano éste no había dejado de esperar su oportunidad y por fin, de pronto, se le había presentado, cuando casi había perdido la esperanza, y todo cambió. Durante más de dos horas Yosef trató de hacerle cambiar de opinión, pero el anciano no dejaba de sonreír amablemente y de insistir en que morir de ese modo daría sentido a su vida. Y Yosef lo entendió por fin. Se preguntó cuántos Jacob Friedenson habría, y cuántos Baruch Goldstein.

Miró la estancia, repleta de montones de cajas preparadas para ser transportadas a

la mañana siguiente. Había pasado el día haciendo sus maletas y llenando las cajas, despidiéndose en silencio. Sus viejos amigos sólo se enterarían de que se marchaba cuando vieran la furgoneta de mudanzas frente a su puerta, pero para entonces, él ya se habría ido. De momento, iría a Jerusalén. ¿Su hogar? Quizá... y tal vez no.

Ovó un coche detenerse frente a su casa y, al cabo de un momento, una llamada a la puerta. Y ahí estaba Maryam cuando la abrió. Evocó la primera vez que la vio, en la entrada de un apartamento en Nuoro, enmarcada por una luz amarillenta. Tuvo la impresión de que habían transcurrido años desde entonces. Ahora la enmarcaba la oscuridad, y el aroma de la noche se posó en ella, como si empezase y acabase en ella.

Maryam entró. Era la primera vez que venía y sería la última. El sólo hecho de cruzar los puestos de control la había alterado y si Yosef no lo hubiese arreglado, no la habrían dejado pasar.

—¿Estás preparado? —preguntó, y miró a su alrededor en la pequeña estancia.

No le decía nada sobre él. Fuese lo que fuese antes, ahora no era sino una habitación vacía con montones de cajas.

Yosef asintió con la cabeza.

Matyam vestía camiseta y tejanos; no se había maquillado ni lucía joyas. Estaba despeinada y todavía se le notaban las huellas de la tensión a que se había visto sometida. A Yosef se le antojó la mujer más hermosa que había visto nunca.

Habían salido de Italia en un pequeño barco proporcionado por Leone Mortara. Detrás de éste aparecieron numerosos amigos y ayudantes invisibles. De Italia fueron a Grecia, con pasaportes falsos, y allí abordaron el transbordador a Haifa. Eso fue una semana antes.

Yosef apagó la luz y cenó por última vez la puerta después de que salieran juntos. Acarició la *mezuzá*, el tubo sujeto a la jamba de la puerta en cuyo interior se halla un rollo de pergamino con pasajes bíblicos en un lado y la palabra *Shacldai*, en el otro. Giró sobre los talones y se encaminó hacia Maryam.

Las calles del asentamiento estaban vacías, si bien oyeron las voces que cantaban en la escuela. En la esquina, calle abajo, la luna nueva pendía del cielo.

Yosef cogió la mano de Maryam; le pareció pequeña y frágil y la asió con gentileza, temeroso de romperla. Apenas la distinguía en la oscuridad.

—¿Cuándo vamos a casarnos? —inquirió.

—No lo sé. Puede que nos casemos, puede que no. No puedo pensar en eso ahora.

Le había pedido que se casara con él en el barco, rumbo a Grecia y ella se había negado, le sugirió que podían vivir juntos, pero que el matrimonio era impensable.

—No acabo de entenderlo —comentó él—. Estás dispuesta a vivir conmigo, pero no a casarte.

—Tú eres judío practicante y querrás hijos que sigan tu tradición, eso significa

que querrás que me convierta porque tus hijos no podrán ser judíos si su madre no lo es.

—Y eso, ¿por qué es tan terrible?

—Soy cristiana. Quizá no sea creyente, pero forma parte de mí, como ser árabe o palestina. Si me casara contigo me desharía de mi legado, como si careciera de importancia. Por favor, no esperes que lo haga.

La luna subió por encima de los bajos tejados del pueblo, las estrellas brillaban en torno a ella como si pugnaran por traspasar la oscuridad.

—Te quiero mucho —susurró Yosef.

—Lo sé.

Maryam se volvió hacia él, le cogió la cara y lo besó. Se abrazaron largo rato, hasta que unos estruendosos aplausos en la escuela los devolvieron al presente.

—Es hora de irnos declaró Yosef.

—Viviré contigo —insistió Maryam, paladeando aún el sabor de sus labios—, pero no me casaré.

—Mi familia no lo permitirá. Para ellos, es matrimonio o nada.

—Quiero vivir contigo, no con ellos, sólo contigo.

—No estamos en Norteamérica, aquí la gente no vive junta sin casarse.

—Ya va siendo hora de que empiecen a hacerlo —manifestó Maryam tras una corta pausa.

Subieron al coche. En la negrura de la noche unas figuras venían desde la escuela comentando animadamente la obra de teatro en voz alta y excitada. Eran los amigos y vecinos de Yosef. Él había compartido sus vidas, sus esperanzas y sus miedos, se había creído uno de ellos, y ahora no eran sino sombras vociferantes que pasaban de largo. Miró a Maryam.

—Puede que tengas razón.

Cuando se alejaban miró hacia atrás. La luna reposaba sobre Kiryat Arba, un perfecto disco plateado. Volvió la cara hacia adelante. El camino estaba vacío hasta donde alcanzaba la vista.

*Fin*



DANIEL EASTERMAN es el seudónimo de Denis M. MacEoin (Belfast, Irlanda del Norte, 1949). Ha sido editor de *Middle East Quarterly* desde junio de 2009.

Estudió Lengua y Literatura en el Trinity College de la Universidad de Dublín, y Árabe, Persa y Estudios Islámicos en la Universidad de Edimburgo. Sus especializaciones académicas son el chiismo, Shaykhism, babismo, y la Fe Bahá'í. Se doctoró en la Universidad de Cambridge. Fue profesor durante un corto intervalo en la Universidad Mohammed V de Marruecos y después profesor de Árabe y Estudios Islámicos en la Universidad de Newcastle. En 1986, fue designado Miembro Honorario del Centro de Estudios de Oriente Medio y el Islam en la Universidad de Durham.

Es autor de novelas de intriga y suspense, la mayoría de ficción histórica, muy adictivas, en las que se tratan frecuentemente problemas políticos y religiosos. Ha escrito también ocho novelas, bajo el seudónimo de Jonathan Aycliffe, que fueron muy aclamadas por la crítica. Aparte de sus ocupaciones literarias y académicas, se interesa por la medicina alternativa en el Reino Unido, que es donde actualmente reside.

Como Daniel Easterman, ha publicado las novelas: *El séptimo santuario* (*The seventh sanctuary*, 1988), *La cofradía del sepulcro* (*Brotherhood of the tomb*, 1989), *La noche de la séptima oscuridad* (*Night of the seventh darkness*, 1991), *El testamento de Judas* (*The Judas testament*, 1994), *El último asesino* (*The last assassin*, 1995) y *La noche del Apocalipsis* (*Night of the Apocalypse*, 1995).